

CAMPANA DE PALO

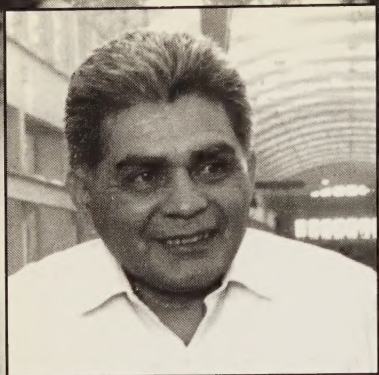
Los del 73

Memoria Montonera

**Gonzalo Leonidas Chaves
Jorge Omar Lewinger**

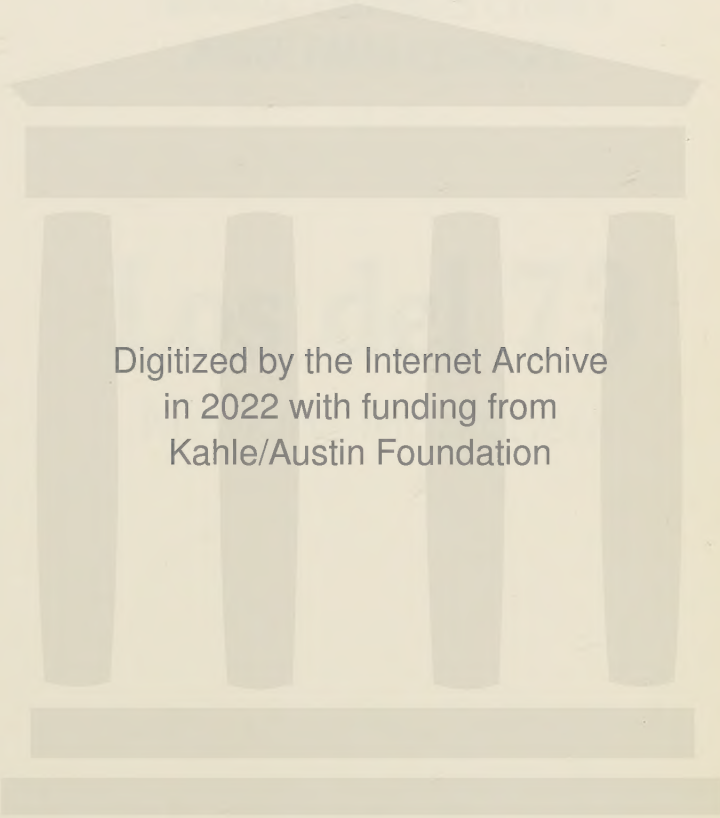


de la campana



Gonzalo Leonidas Chaves.

Nació el 14 de agosto de 1939. Tiene tres hijos. Alterna su trabajo como diseñador gráfico y coordinador de programas de formación laboral. Se inició en la JP y hoy es vicepresidente primero y congresal nacional del Frente Grande de La Plata. Ex trabajador telefónico y militante de la organización Montoneros en la década del 70, sobrevivió a la Triple A, que el 7 de agosto de 1974 asesinó a su padre y a su hermano. Allí pasó a la clandestinidad y a partir del 77 estuvo exiliado en Madrid, México y La Habana. En Ginebra, Suiza, durante la 63a. Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo, donde realizaba denuncias sobre los atropellos al movimiento obrero, un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada se preparó para asesinarlo. Regresó clandestinamente al país a mediados del 78 para organizar la resistencia. Durante el gobierno democrático de Raúl Alfonsín fue procesado por asociación ilícita y debió retornar al exilio en Montevideo y San Pablo. Concedida la eximición de prisión volvió al país en abril del 88. Enrolado en el Peronismo renovador, rompe con el PJ cuando Menem indulta a los militares genocidas. Actualmente vive y trabaja en la ciudad de La Plata.



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

GONZALO LEONIDAS CHAVES
JORGE OMAR LEWINGER

Los del 73

Memoria Montonera



EDITORIAL DE LA CAMPANA

Colección Campana de Palo

Diseño de tapa: Pablo Blesa

Foto de tapa: Asamblea en fábrica. Año 1974.

Diagramación y Armado: Gráfica 12/50

© Gonzalo Leonidas Chaves - Jorge Omar Lewinger

© De la Campana

Calle 7 N° 1288 - La Plata

Tel. (021) 22-7174

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Impreso en Argentina

ISBN: 987-9125-13-4

A nuestros hijos:

Julieta, Mariana, Gonzalo y mi nieto Siro

*Paula, Arturo, Pilar, Andrea y a mis dos
nietos en camino*

Agradecimientos

A Vicente Zito Lema por darnos el primer impulso. A Elvio Alberione y Enrique Vázquez por sus relatos. A Roberto Baschetti por su generosidad. A Eduardo Gurrucharry, Pancho Gaitan, Omar Galoppo, Nelly Separovic Kustro, Laura Pampillo, Claudio Lorenzo, Ceferino Reato, Graciela Daleo, Alicia Olmedo, Jorge Garrido, Estela Cerecetto, Juan Manuel Sanchez, Jô Amado, Martín Roqué, Pirucha Pierini, Pestaña Gonzalez, Ricardo Sadava y Hugo Bacci por sus aportes.

Gonzalo

A Delfor Díaz, por las historias increíbles que me contó. A Osvaldo Cucagna por la espera. A los compañeros de La Plata que me hicieron el aguante. A Sebastián Borro por guardar la memoria. A mi hermano Iván por sus recuerdos. A Alejandro Incháurregui por develarme incógnitas. A Andrea, mi mujer, por la ayuda invaluable que me dio y por la alegría de compartir juntos el hijo que viene.

Jorge Omar

A Laura Conte y Susana Pellegrino, por haberme orientado en dos etapas distintas de mi vida y de este libro. A Pichi, mi mujer, por haber compartido el miedo y las ganas con que escribí esto; por sus observaciones siempre realistas y pertinentes; por ayudarme y soportarme.

Ante posibles distorsiones:

*Queremos dejar testimonio
que vivimos
que somos
que los planetas no nos son ajenos
aunque si lejanos
y que integrados en abrazos sin mucha tecnología
son nuestra poesía
rústica.*

*Queremos dejar testimonio
que somos tiempo
palabra
acción /desordenada acción/
en horas de alumbramientos colectivos.*

*Queremos dejar testimonio
sin levantar templos ni columnas
que el día de mañana sean ruinas a visitar
para que de esta manera nuestro testimonio
no sea distorsionado
y se siga rebelando*

Poema inédito del jefe montonero Eduardo Pereyra Rossi, encontrado en Rosario, cuando los compañeros *levantan* su casa tras su secuestro y asesinato en 1982.

Introducción

Gonzalo Chaves desciende apurado del ómnibus que viene de La Plata. En el café *Tortoni* de Avenida de Mayo, lo espera Jorge Omar Lewinger. Tienen una cita con un editor y quieren ser puntuales. Son las dos y cinco de una tarde primaveral del año 1990. Café de por medio, Jorge Omar y Gonzalo están compartiendo una mesa junto al editor. La puntualidad los delata, son *setentistas*. Posiblemente cada uno de ellos pensó que tenía diez minutos de tolerancia para llegar a tiempo a la entrevista, los hábitos de la clandestinidad persisten en los gestos cotidianos de una generación de militantes que pasó largos años de proscripción y asedio represivo. Están charlando sobre la posibilidad de escribir un libro sobre la década del 70. Es el momento oportuno -dice el posible editor- para iniciar el debate, para sacar la historia reciente de la clandestinidad en donde se la quiere arrinconar, develar dudas sobre un período tan cercano en el tiempo, pero tan distante en la memoria, para ello es importante que hablen los protagonistas.

Así nació este proyecto hace más de siete años, mentiríamos si dijésemos que estuvimos todo ese tiempo escribiendo, más bien lo estuvimos rumiando. Nos ocurrieron muchas cosas. Se nos movió el piso y dudamos. Lo hablamos y llegamos a la conclusión de que si atravesamos por el genocidio, el terror, la derrota, la diáspora, la política del olvido y la impunidad, sería de una soberbia tremenda no aceptar que teníamos miedo. Esto nos confirmó la necesidad de poner en palabras nuestras angustias y temores.

Es cierto que cuando uno se decide a hablar es importante también que otros estén dispuestos a escuchar. Para eso fue necesario no sólo esperar el tiempo de cada uno, sino también que madure el tiempo colectivo, el momento donde nuestra historia particular se entrecruza con la historia de todos. La mayoría del país no soportaba a los militares y cuando tuvo oportunidad lo manifestó públicamente. Pero hay

que admitir, aunque sea duro, que la dictadura militar tuvo el consenso de un importante sector de la sociedad. Fueron pocos los que la apoyaron públicamente, pero muchos se negaron a ver lo que sucedía o lo justificaron con aquello de que *en algo andarían*.

Las cosas no cambian solamente con el paso del tiempo, fue necesaria la persistencia de muchos para que ese secreto de familia, ese secreto a voces, que constituye el pasado reciente, pudiera ser sacado a luz, y en esto hay que reconocerlo tuvo mucho que ver la lucha que vienen librando los organismos de Derechos Humanos. Hoy pareciera que la sociedad está madura para recordar. El 24 de marzo del 96, al conmemorarse el 20 aniversario del golpe de Estado, fuimos cien mil en Plaza de Mayo y ese es un dato importante.

En esta tarea no estamos solos. De un tiempo a esta parte se publicaron un número importante de libros que buscan rescatar la memoria. Nosotros no pretendemos decirlo todo, solamente queremos hacer conocer nuestra parte. El golpe militar congeló un debate, el terrorismo de Estado impidió que pudiéramos hacer una lectura del pasado reciente como generación. Hubo una ruptura de la continuidad histórica. Ahora la estamos reconstruyendo por partes, en forma individual o en grupos, lo importante es que el tendido de los puentes está en marcha.

«¿No constituirá nuestra obstinación en recordar, una forma de reproducir en imágenes lo que ya no está, lo que no pudo ser? ¿No será una forma desesperada de desmentir la derrota?», se pregunta la psicóloga Raquel Bozzolo.

«El pasado no es un lugar al que se accede sino que debe ser construido y esta es una tarea colectiva. La interpretación que hagamos sobre los hechos que vivimos constituirán la historia. No hay posibilidad de conocimiento objetivo de ese pasado, pero es necesario que el análisis de los hechos sea un análisis crítico».

«Es probable que podamos 'elaborar' nuestro pasado e 'imaginar' un futuro distinto para así olvidar lo que no sea necesario recordar si nos animamos a recordar críticamente»⁽¹⁾, concluye.

Recuperar el pasado reciente puede tener el peligro de quedar preso de la historia. Esto es tan cierto como que un nuevo pensamiento político no puede construirse negando el pasado. Muchas cosas han cambiado en el país, esto más que un análisis es un dato de la realidad. Hay verdades que creíamos eternas y cayeron estrepitosamente, otras como

justicia social, soberanía y libertad siguen tan frescas como el primer día en que se formularon. Una de las cuestiones políticas que cambió en forma elocuente es el comportamiento electoral de la sociedad. La forma en que la gente se expresa en las urnas demuestra que la antinomia *peronismo-antiperonismo* no tiene vigencia. No estamos diciendo que no van a existir más los peronistas y los antiperonistas. Solamente estamos afirmando que sobre ese esquema de pensamiento que rigió la vida política del país por décadas, no es posible construir nada duradero. A la historia hay que asumirla, rescatando lo bueno y desechando lo que no sirve. Sin pasado es imposible transformar el presente y construir nuevas esperanzas. Pensamos que solo a través de la verdad y la justicia es posible afianzar la convivencia democrática.

Jorge Omar tiene 53 años, la piel blanca y cada vez menos pelo, castaño y entrecano. Es descendiente de una familia judío-polaca que emigró a la Argentina en 1937. Vinieron al país presintiendo la hecatombe mundial que se desataría en Europa poco después. Gracias a esa decisión son casi los únicos sobrevivientes de la familia. Jorge Omar cursó el secundario en el *Colegio Nacional de Buenos Aires* y comenzó a trabajar como periodista en *El Cronista Comercial*. Junto a su hermano Arturo -muerto el 25 de mayo de 1975- formó parte del grupo político de Silvio Frondizi a principios de la década del 60. También con Silvio, posteriormente asesinado por la *Triple A*, apoyó en el 62 la fórmula Framini- Anglada, candidatos peronistas a la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Luego participó de la constitución del grupo político *Tercer Movimiento Histórico*. Militó en el movimiento estudiantil secundario y en la facultad de Ciencias Económicas, en los primeros intentos de unidad de sectores reformistas y humanistas. Tras el golpe del general Juan Carlos Onganía y *la Noche de los Bastones Largos*, siguió el camino que transitó buena parte de la política universitaria : se replegó a la resistencia. En el 67 se preparó, junto a otros compañeros, para acompañar al *Che* y, tras su muerte, fue miembro fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Protagonista de la fuga del penal de Rawson, Jorge Omar estuvo detenido allí hasta su liberación, el 25 de mayo de 1973.

Gonzalo tiene 58 años, es morocho y de tupido pelo negro, hoy cada vez más gris. Sus facciones delatan la presencia de un abuelo indio. El origen de su familia es un mestizaje de culturas: portugueses, genoveses, españoles e indoamericanos. Gonzalo cursó estudios secundarios en la Escuela de Bellas Artes. Inició su militancia en la JP de La Plata. Su actividad sindical comenzó en el gremio telefónico (FOETRA). Enrolado en el ala dura del peronismo, fue parte responsable del proyecto del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). Participó de la campaña del frustrado retorno de Perón en 1964, las tomas de fábricas y la constitución de la *CGT de los Argentinos*. Junto con la JP de La Plata formó parte de los primeros grupos armados. Participó de la campaña del *Luche y Vuelve* que culminó con el retorno de Perón el 17 de noviembre de 1972 y de la campaña electoral que llevó a Héctor Cámpora a la presidencia de la Nación en 1973. El 7 de agosto de 1974 la Triple A secuestra y asesina a su padre y a su hermano, ese día también lo buscaban a él para matarlo. Ante la impunidad con que actuaban los parapoliciales en ese momento, se ve obligado a pasar a la clandestinidad.

Jorge Omar y Gonzalo se conocieron en la organización Montoneros, traían un bagaje de experiencias políticas y culturales diferentes, pero convergieron, como gran parte de toda una generación, en un denominador común: el peronismo como expresión de un genuino *Movimiento de Liberación Nacional y Social*. Ambos vivieron años trascendentes, un camino compartido cuyo momento culminante fue el triunfo popular del 11 de marzo de 1973, que condujo a Héctor Campora a la presidencia de la Nación. Esa primavera democrática impregnó fuertemente el espíritu de toda una generación. Un momento inolvidable que transgredió el *orden constituido*. La fiesta de las mayorías, que los representantes del privilegio nunca perdonaron.

G.L.Ch. y J. O. L.
Buenos Aires, marzo de 1998

¹ Fuente: Raquel Bozzolo, *Psicóloga. Palabras expuestas en la Jornada de Memoria Recuerdo y Compromiso, La Plata 9 de mayo de 1996.*

Horacio Chaves

Suboficial del Ejército y

Soldado de la Resistencia Peronista

Horacio Chaves

Suboficial del Ejército y Soldado de la Resistencia Peronista

(Gonzalo Leonidas Chaves) Por la mañana muy temprano salimos de casa con mi hermano Arturo y unos amigos del barrio. Hacía mucho frío. Todos los domingos íbamos a repartir volantes de la tienda *Casa Boo* para ganarnos unos mangos. Cuando llegamos a la calle 23, a tres cuadras del Regimiento 7, un soldado nos paró, fusil en mano, y nos mandó de vuelta. Había estallado la revuelta del 9 de junio de 1956 y en ella mi viejo, el suboficial mayor Horacio Irineo Chaves, tuvo una participación protagónica. Ese día comenzó una nueva vida para nuestra familia.

Sentados a la mesa éramos 10, María, mi vieja, a la que siempre llamamos *China*, mi viejo y ocho hermanos -Iván, Mirthy, Rolando, Laura, Gonzalo, Arturo, Jorge y el más chico, Rómulo-. Yo tenía 17 años y fue una revelación para mí descubrir esa faceta política del viejo. El siempre tuvo sus ideas, pero nunca lo vimos participar en política. Horacio, como lo llamaba mi madre, se retiró del Ejército a los 39 años, con el último grado de la carrera. Egresó de la *Escuela de Suboficiales Sargento Cabral* a los 22 y pasó 17 años en las Fuerzas Armadas, la mayoría en el *Regimiento 7 de Infantería* de La Plata. Podrido de la vida ociosa del cuartel -tras su retiro- se fue a hombrear bolsas al puerto de Berisso; después entró a Obras Sanitarias para hacer las tareas de cualquier principiante, cavar zanjas y soldar caños. Como éramos muchos y la guita no alcanzaba entró a trabajar también en el Departamento de Policía de la Provincia de Buenos Aires como personal técnico.

El diálogo con él siempre fue escaso: entre los dos trabajos y su dispersa vida familiar lo veíamos poco. El viejo estaba afiliado al sin-

dicato de la Unión del Personal Civil de la Nación (UPCN) y no estoy seguro si lo estaba al Partido Peronista, pero ese era todo su acercamiento a la militancia. Sin embargo, desde la milicia, imbuído del concepto de Ejército Nacional, hizo política. El 28 de septiembre de 1951, cuando se produce el intento de golpe del general Benjamín Menéndez, se ofreció como voluntario -ya estaba retirado- para colaborar con el gobierno del general Juan Domingo Perón contra los sublevados. El 16 de junio de 1955, cuando aviones navales al mando del comandante de la Fuerza Aérea Santiago Sabaró⁽¹⁾ bombardearon Plaza de Mayo, matando -según algunos informes- a 350 personas e hiriendo a más de 2.000, participó, junto a las fuerzas leales en el copamiento de las bases navales de Río Santiago y Punta Indio, que se habían levantado contra el gobierno constitucional. Tres meses después, el 16 de septiembre, cuando estalló con toda la *Revolución Libertadora*, se pone a las órdenes del coronel Humberto Ugolini, en ese entonces jefe del Regimiento 7 de Infantería.

El Levantamiento

Sofocada la sublevación del sábado 9 de junio, el domingo por la tarde llegé a casa un soldado con la misión de acompañarnos al cuartel. La vieja arrancó con sus ocho hijos, derecho por la 54; la calle estaba desierta, algunos vecinos se asomaban para saludarnos, otros espían detrás de los visillos. El viejo apareció en la guardia, sin cinturón, sin cordones en los borceguíes, esposado y custodiado por dos guardias armados con fusiles *Mauser*. Nos dio un beso a cada uno de los hijos, después se apartó para charlar con la vieja y nos retiramos. En ese momento yo no tenía la más puta idea que se trataba del saludo de despedida: el último deseo otorgado antes de fusilarlo. Cuenta mi hermano Ivan: *Yo me enteré por Antonio, el dueño del almacén que había en 54 y 19, que a papá lo habían bajado de un camión atado con sogas y estaba detenido en el Regimiento 7; pasé todo el día pensando como podía acercarme para conversar con él. Por la noche venía caminando por plaza Moreno y me cruzo con el 'Mono', un amigo que me dice que trate de hacer algo, porque en la casa del Chino (Ricardo) Balbín circulaba una lista de los que iban a fusilar y*

figuraba papá. El padre del 'Mono', que era amigo y correligionario de Balbín es el que se entera de la existencia de la lista. Por la mañana fui a ver al padre Alonso de la Iglesia San Ponciano, él me llevó a hablar con el general Leguizamón Martínez, comandante del 5° Cuerpo de Ejército, cuya sede funcionaba en la calle 54 entre 2 y 3. Cuando entramos, Leguizamón Martínez me preguntó: -¿Vos, qué sos del 'Negro' Chaves?. -Soy el hijo, respondí. -Bueno, tu viejo está vivo. -Eso es lo que quería saber. -Yo a tu viejo lo aprecio mucho, continuó. Me sentí muy mal después del fusilamiento de (Oscar) Cogorno y demoré los trámites, esa demora lo salvó, si no, los telegramas con la orden de parar los fusilamientos no hubiesen llegado a tiempo. Cuando ya me iba me dijo, -Tenés un viejo que tiene unas pelotas así, y abrió las manos con un gesto elocuente.

Por un decreto firmado por el general Pedro Eugenio Aramburu, refrendado por el almirante Isaac Rojas y los ministros, general Ossorio Arana, contralmirante Hartung y el comodoro Krause, donde se establecían los nombres de quienes debían ser fusilados, en la madrugada del lunes 11 fue pasado por las armas en la plaza central del regimiento el teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno, jefe de los insurrectos en La Plata; después le tocaba el turno a mi viejo. Lo confesó un sacerdote, pero la ejecución no se realizó; una orden de último momento emanada del Estado Mayor paró los fusilamientos. Entre el 10 y 12 de junio fueron ejecutados en Campo de Mayo, Escuela de Mecánica, Penitenciaría Nacional, La Plata, Lanús y los basurales de José León Suarez, 18 militares y nueve civiles, entre ellos el número uno del levantamiento, el general de división Juan José Valle⁽²⁾. Cuenta un compañero de mi viejo, el suboficial mayor retirado Delfor Díaz: *Cuando a Chaves le anunciaron que iba a ser fusilado, dijo solamente 'muchas gracias'. Lo cómico fue que cuando le anunciaron que le habían conmutado la pena, también dijo 'muchas gracias'.*

El general Leguizamón Martínez, horas después del fusilamiento de Cogorno, le envía a la viuda de éste, una carta a su casa de City Bell, donde le dice: *Murió como un valiente y siempre estuvo animado por puros sentimientos. Que Dios bendiga su hogar.* La mayoría de los

suboficiales que participaron el 9, reconocen en Leguizamón Martínez a un hombre de palabra, un enemigo, pero de palabra.

La toma del Regimiento 7 la hicieron con la complicidad de suboficiales en actividad que estaban en el complot. Eran las 20.55 cuando el sargento ayudante Delfor Díaz -segundo jefe del levantamiento- y el viejo, saltaron por los fondos, desde una casa lindera; iban armados con revólveres 38, se juntaron con seis hombres que habían permanecido ocultos en un depósito dentro del cuartel y tomaron la guardia desde adentro. Una vez reducidos los guardias y hecho el relevo entró Cogorno, secundado por el mayor Juan José Prat y se hizo cargo del regimiento. La detonación de una bomba en la zapatería Norlan a las 23.30 horas del 9 de junio, que estaba sobre la avenida 7, fue la señal pública de que la rebelión había estallado. Grupos de civiles armados tomaron las Centrales Telefónicas de Rocha, Paz y Tacuarí. Radio Provincia y las torres de transmisión de la localidad de Olmos; los encargados de las transmisiones llevaban un disco de la marcha *Los muchachos peronistas* para difundirlo por la emisora. A las 7.30 del domingo una escuadrilla de aviones *Gloster* a reacción disparan contra los últimos focos de resistencia atrincherados en los alrededores del Regimiento 7. Cogorno reunió a su gente y dio la orden de capitular.

Sobre los sucesos del 9 de junio yo tenía algunas imprecisiones, así que una tarde del mes de junio del 97, fui a visitar a Delfor Díaz en su casa del barrio de Tolosa y me relató lo siguiente:

¿Cómo empezamos?, se preguntó Díaz. Un día estaba en mi casa y tocan el timbre, salgo y estaba el hijo mayor de Cogorno. El chico, que en ese entonces tenía 14 años, me dijo: - 'Mi padre quiere hablar con usted'. - Bueno, le contesté. - '¿Cuándo va a ir?', me preguntó. - Voy ahora mismo, esperame un minutito. Me vestí y salimos en mi auto para City Bell. Cuando llegamos, Cogorno me dice, 'mirá Delfor estamos preparando una Revolución, el día todavía no está confirmado, pero es en el mes de junio'. Ahí no más me explicó cuales eran los planes del movimiento y me plegué. La primera tarea que me encomendó fue verlo al teniente primero Jorge Morganti. No podés ha-

blarlo vos -me dijo- porque sos un suboficial y no te va a dar bola. Llévale una carta mía, si después que la lee la pliega en forma de triángulo es porque está de acuerdo. Morganti la leyó, y cuando la plegó me di cuenta que se sumaba. Después fue a ver a Cogorno y ahí entró en el movimiento. El jefe indiscutido del alzamiento en la región era Cogorno. El segundo al mando por jerarquía era el mayor Prat, que junto a Morganti, jefe de la 9ª compañía del Regimiento 7, eran los únicos oficiales que se plegaron en La Plata. A cargo del grupo de suboficiales estaba yo. También me reunía con los civiles Alberto Proia y Pablo Guerrero; de todo le pasaba informe a Cogorno.

La toma del regimiento fue así. La noche del 9 de junio, desde la casa de mi hermano Dalmaso, que vivía pegado al regimiento, Chaves y yo saltamos al techo de un depósito del cuartel y de ahí bajamos al piso. Yo portaba un revolver y Horacio tenía otro, llevaba también esa ametralladora de juguete. Un soldado nos vio y nos gritó, '¡Alto quién vive!'. Yo le pegué un grito. -Soldado soy el sargento ayudante Delfor Díaz. - 'Perdón mi sargento', respondió. Lo mandé a presentarse al sargento ayudante Héctor Escolari, encargado de la 9ª compañía. Esa compañía era la que Morganti había dejado privada de franco para contar con los 75 hombres que la formaban. Estos, más los que había en las otras compañías, sumaban unos 350 hombres del ejército y además nos acompañaban unos mil civiles. Yo tenía apalabrado a mi cuñado, el sargento primero Rubén Bernasconi para que nos cobijara en la administración del cuartel. Ese día puso la excusa que tenía mucho trabajo y se quedó después de horario, allí nos juntamos Chaves y yo, con Oscar Di Giano, Hugo Di Bernardi, Raúl Díaz, Raúl Baglione, Juan Ferrari y mi cuñado. Estábamos todos en las oficinas. A las nueve menos cinco salimos corriendo para la guardia, la tomamos por asalto, le sacamos las armas: una pistola le di a Chaves, yo me quedé con otra. Oscar Di Grazia, que estaba en el complot era el cabo de cuarto y facilitó las cosas. En ese mismo momento se acerca el auto que traía a Cogorno, todo estaba coordinado. Bajó, entró al regimiento y dijo: 'bueno ahora sí el jefe soy yo'. Fuimos al casino de oficiales, estaban todos muy asustados y no querían dar la cara. Cogorno pidió al destituido jefe del Regimiento 7 que se presente. 'Díganle al teniente coronel Roberto Gilera que Cogorno es amigo de

él, que no viene a hacer ningún mal'. Cuando pudo hablarle personalmente le dijo. - 'Quedate tranquilo no te vamos a hacer nada, te mandamos a tu casa con una custodia'. - 'No', contestó, 'pónganme custodia aquí'. No quiso salir del regimiento. Se quedó en su pieza del casino y no lo molestaron para nada. Cuando los aviones comenzaron a bombardear, Cogorno sacó los presos del edificio de la calle 19 y los mandó al tinglado que estaba en 22 entre 48 y 49. Los detenidos eran todos oficiales. Al suboficial Abraham que le decíamos 'el Turco', lo designó de custodia. Estando de guardia en el tinglado dejó en libertad a los detenidos. Por eso el jefe del regimiento cuando retoma el mando lo pone al tipo como un ejemplo, dice que gracias a él salvaron la vida. El 'Turco' Abraham fue un traidor, estuvo y actuó con el movimiento del 9 de junio y nos delató.

El plan de operaciones era tomar todos los regimientos para combatir a la dictadura y formar el nuevo Ejército Argentino. Todos para hechar a Rojas y Aramburu. Los objetivos militares que teníamos en La Plata eran tomar el Departamento de Policía, Bomberos, el Comando del segundo cuerpo de Ejército y otros sitios. A las dependencias militares que estaban en diagonal 78 y 10 no hizo falta mandar tropas, directamente se entregaron por teléfono. El sargento ayudante Ferrari se comunicó con el que estaba a cargo del comando y le ordenó que se entregara, éste dijo que sí y mandó a los suboficiales a que se presentaran en el Regimiento 7. Cogorno le dio la misión a Prat para que tomara el Departamento de Policía con el apoyo de tanques. A las 0.30 horas del domingo 10 salió del regimiento una columna apoyada por dos tanques 'Sherman'. Tenía que ir a conversar con la policía que estaba hablada, pero Prat empezó a tirar antes y los tipos se rebelaron. Por eso la policía no se entregó, porque el tipo no cumplió las órdenes. Cuando Prat volvió, Cogorno lo echó, le dijo: 'Andate a tu casa sinvergüenza, traidor, yo te dije que directamente fueras por Bomberos (al fondo de la jefatura), hablaras con el jefe de policía, que no iba a ofrecer resistencia'. Los suboficiales que participaron del levantamiento en La Plata, además de Chaves y yo fueron: el suboficial principal Dalmaso Díaz; los cabos primeros Di Bernardi y Di Giano; los cabos Di Grazia y Díaz; el sub-oficial principal Baglione; los sargentos primeros Alberto Zigliani y Bernasconi; el sub-oficial

principal Julio Argentino Di Leo (Di Leo era del equipo pero había caído preso en reuniones preparatorias meses antes); los sargentos ayudantes Ferrari, Emilio Gallardo, Escolari y otros más. Ese era nuestro equipo.

A Cogorno lo fusilaron creo el día 11 a las 0.55 de la madrugada, no me acuerdo bien porque ya pasaron 41 años. Lo fusilaron frente a las dependencias de la administración, en la plaza de armas. Lo fusilaron parado, le quisieron dar un banquito y no lo aceptó. Gilera lo agarró del brazo y él dijo: 'No gracias, me puedo sostener solo'. Era muy valiente. Después de Cogorno le tocaba el turno a Chaves, que tenía el grado de suboficial mayor y después a Baglione. Les habían avisado que si no se levantaba la pena de muerte para las 10 de la noche iban a ser fusilados. Cuando yo me entregué, el jefe de las tropas leales a la dictadura me dijo: 'A usted también lo íbamos a fusilar'.

En la retirada yo me fui con Cogorno y Alberto Abadie en un auto. Cuando llegamos al río Salado, Cogorno dirigiéndose a Abadie que iba manejando le ordenó, 'Pará aquí'. 'Escuchame - me dijo- vamos a separarnos, así si nos detienen no nos agarran a todos'. El me tuteaba y yo le decía mi teniente coronel. 'Si vos caés yo ayudo a tu familia, si caigo yo vos ayudás a la mía, porque eso de fusilar son todas mentiras, no van a fusilar a nadie. Andate así me quedo más tranquilo'. Bajé del auto, me saqué la chaquetilla, quedé con el pulover y los pantalones, en pleno invierno; me vine caminando hasta una estancia amiga donde nos reuníamos y me prestaron un mameluco. De allí volví a pie hasta la diagonal 74, donde había una parada de taxi y pedí que me llevara hasta la casa de un amigo en la calle 3. Me quedé ahí hasta que levantaron la pena de muerte, cuando la levantaron me entregué. En el momento que Cogorno se estaba cambiando para tomar el regimiento lo vi ponerse las botas y le dije, -no venga con botas mi teniente coronel ¿Y si perdemos?. -'Que vamos a perder', me contestó. Después, en el viaje de retirada me dijo, 'tenías razón, ¿ahora qué hago con las botas?'. Cuando pararon a cargar nafta Abadie no podía bajar porque estaba herido y manchado de sangre, por eso

bajó Cogorno cubriendo el uniforme con un sobretodo civil. Un tal Etchepare que estaba en la estación de servicio, le vio las botas y lo denunció. En la vuelta que hace el camino hacia Ranchos iban a subir a una avioneta con rumbo a Uruguay. No llegaron, los detuvieron antes y los trajeron nuevamente al cuartel, a Cogorno lo fusilaron enseguida. Al compañero Abadie, lo fusilaron un día después, en el campo de adiestramiento de perros de la Policía de la Provincia. Alberto cuando hizo la conscripción salió como teniente de reserva, pero no estaba prestando servicios en el Ejército, era civil. Yo me salvé gracias a Cogorno, porque me bajé del auto cuando llegamos a Brandsen.

Los civiles que participaron eran más de mil. Los más destacados eran Guerrero y Proia. Guerrero estaba a cargo de todos los civiles de La Plata, Proia de los de Berisso y Ensenada. Un lugar importante por su protagonismo lo tuvo Rolando Zanetta, que cayó herido en un enfrentamiento y después falleció como consecuencia de las lesiones sufridas y Abadie que fue fusilado. Previo al 9 de junio, yo me reunía con ellos. Cuando estalló la Revolución Cogorno me encargó que le diera misiones a los civiles. En la esquina del regimiento estaban todos parados esperando órdenes, cuando yo tenía que salir les hacía una seña con la gorra y me acompañaban. Recuerdo que estaban: Enrique Cano; Jorge Door; el doctor Oscar Campaña y el 'vasco' Germán Petit de Berisso y muchos más. A los civiles no les dimos armas, algunos entraron al cuartel y las agarraron de las compañías. Había una sola mujer, a la que no voy a olvidar nunca, Irma Nieto García. Ella se me presentó dentro del regimiento, me pidió armas y le di la misión de custodiar un consulado, se fue al mando de cuatro civiles. Una actuación muy destacada tuvo también Omar Neira, con su grupo custodió otros consulados. Yo era el contacto entre los civiles y los militares, les daba todas las órdenes, era, en los hechos, el segundo jefe del alzamiento en La Plata.

Cuando me entregué después de fracasada la revolución de 1956, asumí todas mis responsabilidades como jefe. Primero me llevaron detenido a Olmos, estaba junto con Chaves. Allí estuvimos dos meses, después nos trasladaron a Magdalena y de allí me llevaron a la

cárcel de Las Heras. Pasó un tiempo y me devolvieron a Magdalena donde estuve alojado hasta que me dieron la libertad. Esa vez estuve un año y medio preso. Durante el gobierno de Frondizi, cuando estaba vigente el Plan Conintes, me detuvieron por segunda vez, estuve dos años, en total pasé tres años y medio en presidio. Mi hermano mayor, Dalmaso y mi cuñado Rubén también estuvieron presos. En el 56 me pasaron a disponibilidad con el grado de sargento ayudante. Cuando vino Perón en el 73 me reconocieron 40 años de servicios y me ascendieron dos grados más. Tiempo después en el año 1975, durante el gobierno de Isabel Martínez, cuando reinaba López Rega, estuve 48 horas preso. Ferrari, otro de los sublevados, que en ese entonces era director de la República de los Niños, hizo una denuncia diciendo que tenía bombas en mi casa. Vinieron, allanaron la casa y no encontraron nada. No lo podía creer, ¡Juancito Ferrari me hizo eso a mí!. Desde ese día no le hablé más. Un día me crucé con su señora y me dijo, '¿Qué te pasa que no saludás a Juancito?'. - 'Con lo que me hizo tu marido', y le conté todo. - '¡No!', me dijo, 'Son todas mentiras'. - 'Bueno, vos decís que son mentiras, pero a mí me detuvieron'.

El viejo tenía un gran sentido del humor, aún en los momentos más inesperados salía con una broma. Nosotros, cuando él estaba prestando servicios en el 7 de Infantería, vivíamos en las casitas de los suboficiales, que daban sobre la calle 54, en el mismo predio del cuartel - por una de esas casas saltaron el 9 de junio-. Cuando llovía, esa cuadra se inundaba siempre. El había construido un par de zancos como los de circo y cuando subía el agua se iba a tomar servicio montado en ellos y de impecable uniforme. El 9 no le faltó sentido del humor y portó una ametralladora de juguete que pintó de color negro mate. Después de sofocada la intentona, cuando se realizó el recuento de armamento, apareció, para sorpresa de los gorilas este juguete inofensivo. Había un mensaje en esta humorada: no sólo con armas se copa un regimiento, hacen falta otras cosas y estos hombres las tenían bien puestas.

En un homenaje que le hicimos en los 90, en el local del Partido Justicialista de La Plata, se presentó una persona y me dijo: *Yo conocí a su padre. El día que se rindió a las fuerzas represivas le saqué una foto desde la ventana de mi casa, yo vivía en la calle 51, cerca del regimiento.* Esa foto fue publicada en una edición del diario *Noticias* del 9 de agosto de 1974. El viejo va caminando por la avenida con las manos en alto, lleva un uniforme poco ortodoxo, breches, camisa verde oliva y una campera de Infantería de Marina que mi hermano mayor trajo de la colimba. Cuando dieron la orden de retirarse él decidió quedarse apostado en 51 y 17. Allí, desobedeciendo, se instaló detrás de un ómnibus *Isota Franchini* y estuvo disparando con una vieja ametralladora *Colt* hasta que se le atascó y lo detuvieron.

Cárceles

Nuestra situación económica familiar no era muy buena, éramos muchos hermanos, no todos trabajaban y la mayoría estudiaba. Al viejo, como represalia, no le pagaban el retiro del Ejército, así estuvimos un par de años arreglándonos como podíamos. El viejo tenía tres hijos más, con un amor paralelo, que no pudo o no supo resolver en su momento: Beatriz, Horacio e Irene. Desde su primera detención y por muchos años nos acostumbramos, más la vieja que nosotros, a visitarlo en la cárcel. Mi viejo pasó, en distintos períodos, un total de siete años en presidio. Conocimos Olmos, el Penal Militar de Magdalena, la hoy derruida cárcel de Las Heras, Devoto, la antigua cárcel de Caseros, también estuvo en Rawson y Río Gallegos. Al primer lugar que lo llevaron fue al Lisandro Olmos. Allí, conversando en una visita, me señaló a un hombre que recorría de una punta a la otra el patio triangular de la cárcel: *Ese viejito de aspecto inofensivo, fue el hombre más buscado en la zona sur;* me dijo. Era Nicanor Leyes, jefe de la *Resistencia* en Lanús, que después sería el primer secretario general del Movimiento Peronista Revolucionario (MRP), en el 64.

Cuando lo trasladaron al penal de Magdalena se nos complicaron las cosas, teníamos que viajar 60 kilómetros. El penal había sido construido durante el segundo gobierno de Perón y, paradójici-

camente, lo inauguraron los peronistas. Allí compartían el techo y la comida generales, oficiales y suboficiales peronistas de las tres armas. Teníamos que viajar más, pero comíamos en la cárcel mejor que en mi casa. Las visitas eran los sábados y domingos todo el día. Mi hermano Rómulo era muy chico y travieso, así que para que la vieja no tuviera que cargarlo en el viaje, lo escondían el sábado por la noche, dormía en la cárcel y al otro día se reencontraba con nosotros. Al tiempo de estar allí organizaron una fuga entre cuatro: el suboficial principal Baglione; el cadete de la Escuela de Penitenciaría, Eduardo Zabala; el teniente Ciro Ahumada⁽³⁾ y mi viejo. Dos o tres veces habían aplazado el intento. Fijaron el primero de enero del 57 como fecha tope. El 31 de diciembre ocurrió algo inesperado: en la última visita, las esposas de los detenidos, en vez de retirarse del penal comenzaron a recorrer los alrededores para saludar a sus maridos por las ventanas. Un capitán de apellido Salgado, que estaba de guardia, se enojó mucho y lo llamó al viejo para reprenderlo. Le gritó, diciendo que las mujeres tenían que dejarse de joder. Horacio le dijo que si quería hablar lo hiciera correctamente. Como el tipo seguía gritando se peleó a trompadas y lo mandaron al cepo. Desde allí le hizo llegar un papelito a Baglione diciéndole que se rajaran ellos solos, porque él iba a tener para rato. En la noche del 31 de diciembre de 1956, Baglione y Zabala se fugaron del Penal Militar de Magdalena, en medio de los cohetes y brindis de fin de año. Pasaron por la reja de la cocina, se arrastraron por el campo eludiendo la vigilancia y cortaron con un alicate la cerca de alambre. La mujer de Baglione, amparada en la oscuridad de la noche, los esperaba con un coche y los llevó a la embajada de Brasil. El embajador llamó a la Cancillería argentina y ésta se comunicó con el penal de Magdalena; recién allí el director se enteró de la evasión. Ahumada, un mes antes, había logrado que lo llevaran al Hospital Militar y se escapó de allí. Se volvieron a encontrar los tres en la embajada y viajaron juntos al exilio brasileño. Como Horacio se negó a declarar cuando le preguntaron si sabía algo de la fuga, lo mandaron castigado al sur. Estuvimos tres o cuatro días sin conocer su paradero, hasta que llegó una carta donde nos decía que lo habían trasladado al penal de Río Gallegos, esposado y en un avión militar con fuerte custodia.

Una fuga célebre

Estuvo alojado en el Penal de Río Gallegos hasta que se produjo en la madrugada del 18 de marzo de 1957, la célebre fuga. La *Revolución Libertadora*, había confinado en el sur del país, a la flor y nata de la dirigencia peronista, los hombres más odiados y calumniados por la prensa *gorila* después de Perón. Estaban Pedro Gomíz, secretario general del Sindicato Unico Petroleros del Estado (SUPE); José Espejo, ex secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT); Jorge Antonio, acaudalado empresario, presidente de Mercedes Benz Argentina; Guillermo Patricio Kelly, jefe de la *Alianza Libertadora Nacionalista (ALN)*; Héctor Cámpora, diputado nacional, presidente de la Cámara de Diputados y John William Cooke, diputado nacional y primer delegado personal de Perón en el país. Jorge Antonio, hombre de fortuna, sobornó al jefe de guardia del penal y un día se fueron en auto, con guardiacárcel y todo para la ciudad chilena de Punta Arenas. Quedó en el penal otro grupo de presos que no fueron de la partida: Sebastián Borro, dirigente sindical del *Frigorífico Nacional Lisandro De la Torre*; José Benigno Parla del sindicato Ferroviario; Manzo, delegado tranviario y Mateo Hernández, delegado de Luz y Fuerza, estos dos últimos miembros del Partido Comunista. El viejo había llegado hacía poco tiempo, también estaba Eusebio Zapata, pero como no se encontraba bien, lo tenían en la enfermería. Cuando se descubrió la huída quisieron tomar represalias contra ellos. Armados con las patas de una mesa se atrincheraron en los calabozos y así se hicieron respetar. En una carta que después Cooke le envió desde Chile al General Perón, exiliado en Caracas, le dice: *Cuando nos veamos le contaré los detalles de esta fuga, que fue novelesca. Contra todo lo que dice la propaganda de la tiranía, intervino poco dinero y mucha audacia y coraje, pasamos por momentos de peligro en que nuestro pellejo poco valía* ⁽⁴⁾.

En una charla con Borro a fines del 95, sentados a una mesa de *El Foro* en la calle Corrientes, nos contó: *Cuando llegué al penal, una de las primeras cosas que me dijo Jorge Antonio, era que iba a estar poco tiempo encerrado, nunca más hablamos de eso. El 18 de marzo de 1957, le toca asumir como jefe de guardia del penal, al guardiacárcel Juan de Cruz Ocampo, más conocido como el 'chileno Campolito'. Reíne a su*

gente y le dice: 'esta noche no me voy a quedar, duermo en casa porque me siento mal del estómago'. A los guardias no les pareció extraño. En la madrugada del 19, a las dos y cuarto, amparado por la oscuridad de la noche, hizo salir de a uno a los presos, complotados con él para la fuga. Cerró la cárcel con llave, verificó que la guardia exterior estuviera apostada y partieron hacia Chile apretujados en un auto propiedad del médico de la cárcel Humberto Cursi. El médico no estaba en el complot, pero cuando Jorge Antonio le pidió que le facilitara el coche a su amigo Manuel Araujo para realizar unos trámites, no dudó un momento. De más está decir que al Dr. Cursi lo detuvieron después de la fuga, pero como comprobaron que nada tenía que ver, lo dejaron en libertad. Antes de irse, cada uno de los prófugos hizo un manojo de ropa sobre la cama, simulando una persona durmiendo y lo tapó con la frazada. Recién al otro día, con el relevo de la guardia se dieron cuenta de la fuga. El problema fue que el jefe de guardia, que huyó con el uniforme y el arma reglamentaria, también se había llevado las llaves y no podían sacar a los detenidos que quedaron en los calabozos. Se armó un revuelo bárbaro, vinieron periodistas de todo el país y el extranjero, los 'gorilas' estaban furiosos. Le pregunté a Sebastián por qué no se fue él también, y me respondió que, en realidad, ninguno de los que se quedaron fueron invitados, no estaban en el plan de fuga y tampoco había lugar para todos en el coche. El viejo tiró otra versión, se quedó porque no tenía dinero y no quería depender de nadie cuando estuviera en el exilio. Lo cierto es que era fácil presumir la posibilidad de una fuga, pero ninguno sabía qué día se irían, ni cómo. Tras la huída, cuando les tomaron declaración a los que se quedaron, todos guardaron silencio: dijeron que estaban durmiendo y no vieron nada. De allí los separaron y al viejo lo trasladaron al penal de Rawson, donde pasó casi un año. Por un error lo dejaron en libertad; así que quedó libre, pero sabiendo que estaba, de hecho, prófugo.

Prófugo

En los días previos al 1 de abril de 1957, fecha de su cumpleaños, estábamos en casa y mi madre dijo: *Tenemos que mandarle una torta a Horacio para que festeje*. Un vecino confitero preparó una exquisita

masa para que aguantara el viaje. Me mandaron al correo para enviar la encomienda. Yo no aclaré que debía ir por avión, así que salió por barco. Creo que tardó tres meses en llegar y cuando el envío estuvo en el penal el viejo ya estaba en libertad, de modo que la encomienda volvió a casa a los seis meses, con la torta íntegra.

A pesar del frío que hacía en las mazmorras sureñas, no abandonó el hábito de hacer ejercicios y bañarse todos los días por la mañana. Pero creo que en Rawson la pasó muy mal, porque envió una carta pidiendo a mi hermano Iván que hiciera gestiones para que lo trataran como miembro del Ejército. Mi hermano mandó un telegrama al ministro de Guerra, general Victor Majo, que decía: *suboficial mayor Horacio Irineo Chaves, único militar confinado en el sur; se lo trata como delincuente común cuando es hombre del Ejército Argentino. A los dos días contestaron que a la brevedad iban a solucionar el problema.*

Llegó julio de 1957 y el país se agitaba con la convocatoria a la Asamblea Constituyente. Soplaban vientos electorales, para descomprimir la situación estaban poniendo en libertad a los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo. Muchos abogados y políticos visitaban la cárcel de Rawson. El viejo leyó en un diario que también él estaba en la lista de los posibles liberados. Un error, ya que él dependía de la Justicia Militar. Cuando va a verlo el abogado Gallino, que después sería gobernador de Chubut, le contó que él estaba en la lista de los liberados. Gallino se movió, lo confirmaron en la lista y salió efectivamente en libertad. Como no había pasajes en ese momento, el director del penal le sugirió que esperara hasta el otro día. El viejo dijo que prefería salir igual y volver después a buscar los pasajes. Cuando salió, en vez de arrancar hacia La Plata se fue caminando para Comodoro Rivadavia. En la ruta hizo dedo y lo levantó un vehículo, el conductor presumió, al verlo de pelo corto, pálido y con un bolso al hombro, que se trataba de un preso y le preguntó: -¿Detenido? -Sí, dijo. -¿Preso político? -Sí. -¿Peronista?,- Sí. Lo llevó hasta el hotel *La Vascongada*, en Comodoro, y le pagó una semana de estadía. El viejo mandó una carta a casa pidiendo que le

enviáramos la libreta de enrolamiento, ya que carecía de documentos. Un día salió del hotel a comer y se encontró con un ex soldado del Regimiento 7, que hacía viajes en camión. Cuando lo volvió a encontrar, al otro día, le contó que lo habían soltado por error. - *Chaves, si quiere lo llevo, total yo viajo solo, me conocen en el paralelo 42 y no vamos a tener problemas*, le dijo el camionero. Así volvió a La Plata. Como la situación era confusa, se quedó en su casa con toda la familia. Una noche en que volvía del cine con mi vieja, vieron que en la puerta había gente esperándolo. Le dijo a la vieja, *seguí caminando*, y pasaron de largo frente a los policías. Desde ese día no volvió a casa. El *Chivo* Mastay (hijo), un dirigente del Partido Conservador Popular, le ofreció un chalet que tenía cerca de la calle 7 y 80 y allí se instaló.

Cuenta mi hermano Ivan : *Estando papá prófugo, preocupado porque no tenía guita ni casa segura donde estar, me pidió que fuese a hablar con el general Leguizamón Martínez. Fui al Ministerio de Guerra, me hicieron pasar, y cuando me vio, Leguizamón Martínez me preguntó: -¿Qué pasa ahora con tu viejo? - Está prófugo, le dije. -Sí, ya sé, pero... ¿cómo está? - Bien, el viejo dice que está dispuesto a presentarse si usted le promete mandarlo al penal de Magdalena. - Dale mi palabra que va a ir a Magdalena, pero te voy a dar una recomendación, decile que no venga aquí, porque a tu viejo lo conocen todos y lo van a detener antes de verme. Podemos hacer una cosa, vení vos, decime donde está y yo lo mando a buscar con mi secretario el capitán Pita . Cuando ya me iba me dijo: - Dale saludos a tu viejo y decile que a mí me gusta mucho la libertad . Cuando le conté esta conversación al viejo, reflexionó: - Con ésto me quiso decir que no me presente . Y no se presentó. Al tiempo de estar en La Plata la policía descubrió su paradero, rodeó la casa y lo detuvieron. Lo llevaron primero a la cárcel de Olmos, de allí lo pasaron al Penal Militar de Magdalena y luego otra vez a Olmos, de donde fue liberado el 31 de enero de 1958. Horacio estuvo en *cana* un mes más que todos sus compañeros porque lo juzgaron dos veces por la misma causa, una de las tantas aberraciones jurídicas cometidas por los *gorilas*. No faltó quien nos llamara *hijos de terrorista* , ese era el mote que tenían los hombres de la *Resistencia Peronista*, como tiempo después nos llamarían *subversivos* a nosotros.*

La Resistencia

Poner *caños* fue uno de los métodos preferidos de los insurrectos, no había noche que no sonara un artefacto explosivo, eran instrumentos rústicos, caseros, hechos a base de pólvora y reacción a ácido, toda una tradición de lucha que venía de los anarquistas de principios de siglo.

El viejo en libertad no se quedó quieto un minuto. Se puso a organizar la resistencia en La Plata, para ello estaba conectado con gente del Gran Buenos Aires y la Capital. La dictadura de Aramburu y Rojas creyó poder destruir al peronismo con un baño de sangre. Los resultados fueron otros, los fusilamientos, la persecución y los miles de presos le dieron a la *Resistencia* dos cosas importantes: banderas y contactos. Los primeros acercamientos entre los grupos, la conformación de las estructuras nacionales de la *Resistencia*, incluida la CGT Auténtica, nacieron en presidio. Vinieron después las elecciones del 23 de febrero de 1958, el peronismo seguía proscrito. Perón hizo un acuerdo con el entonces candidato a presidente Arturo Frondizi y le otorgó el apoyo a cambio de medidas económicas y políticas, que incluían la legalización del peronismo. Muchos rebeldes, hombres que no creían en la palabra de los políticos -entre ellos el viejo- votaron en blanco desconociendo la orden de Perón: hubo casi un millón de votos en blanco. Ganó Frondizi y, al poco tiempo, como era de esperar, implantó el Plan Conintes, militarizando a los trabajadores en conflicto y deteniendo a los dirigentes a disposición de la justicia castrense. La *Resistencia* estaba en plena acción, el 14 de enero del 59 una ley aprobada en el Congreso dispuso la privatización del *Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre*, ese mismo día una asamblea de 7 mil tabajadores decide ocuparlo; las 62 *Organizaciones* apoyan con un paro de 48 horas; el barrio de Mataderos, donde estaba ubicado, es ocupado por los trabajadores; se adhieren el comercio y vecinos de Villa Luro, Villa Lugano y Liniers. En esta epopeya se destaca la figura de uno de los dirigentes sindicales más importantes de la *Resistencia*, Sebastián Borro. A mediados de año toma estado público la existencia de un grupo guerrillero que, bajo la denominación de *Uturuncos* opera en la zona del cerro Cochuna, en Tucumán. El 24 de diciembre los Uturuncos toman la comisaría de Frías, se apoderan de revólveres pistolas y 750 pesos. Los miembros del comando se identifican con brazaletes con la sigla MPL (Movimiento Peronista

de Liberación). El 30 de noviembre de 1960, bajo el mando del general Miguel Angel Iníguez se produce el intento de toma del Regimiento 11 de Infantería de Rosario: la revuelta fracasa y son detenidos civiles y militares. En esos dos años hubo en el país 5 mil atentados. La prensa de la época dio cuenta de algunos de los hechos de mayor envergadura. El 16 de febrero de 1960 llegó a la ciudad de Córdoba Alvaro Alsogaray, ministro de Economía del gobierno de Frondizi, coincidentemente con la visita se produce un atentado contra un depósito de Shell-Mex en Alta Gracia, donde ardieron 3 millones de litros de nafta y 400 mil litros de gasoil. Trece personas mueren en el hecho. El 12 de marzo del mismo año, un sabotaje en la planta de almacenaje de la Dirección de Gas del Estado, en Mar del Plata, destruye 1.400 tubos de gas con pérdidas millonarias. Los militares responsables de las torturas y persecución de los peronistas son también blancos de la *Resistencia*. Se atenta contra el domicilio particular del general Cecilio Labayrú, comandante de la Agrupación Montaña de Cuyo y la casa del mayor Cabrera, del Servicio de Inteligencia del Ejército. A principios de ese mismo año, un grupo dirigido por el ex oficial del Ejército Ciro Ahumada copa la mina Huemul, en Mendoza, y roba más de 4 mil kilos de gelinita y la distribuye en todo el país. Durante la vigencia del Plan Conintes son detenidas más de 2 mil personas, los presos quedan a disposición de la Justicia Militar. Unos quinientos fueron condenados por los Consejos de Guerra especiales creados para tal fin. Entre esos miles está el viejo. Es nuevamente detenido y salvajemente torturado. El nunca contó, ni admitió ante sus hijos que fue torturado, trabajaba de duro y no quería pasarnos su sufrimiento.

Tropero

Fuimos educados como hijos de *troperos*, mi viejo era muy rígido y nos castigaba haciéndonos hacer flexiones o salto de rana. Cuando nos peleábamos entre hermanos nos ponía los guantes al mejor estilo cuartelero. Más duro aún era con las hijas mujeres; atado a una tradición y un machismo que le supuraba por todos lados, tenía la idea de que sus hijas debían ser casi monjas. Un día llegó mi tío Juan con quejas, me había visto pelear a la salida de la escuela. El viejo me llamó, en presencia de mi tío (“*aquí me cagan a palos*”, pensé). -¿Vos

te peleaste en la escuela?, me preguntó. Yo negué primero y después, ante las evidencias irrefutables, acepté el hecho. -¿*Cómo saliste?* - *Gané*, respondí. - *Bueno, entonces tomá guita y andate al cine*. Premiaba la rebeldía, creo que la comunicación que logré con él fue a partir del hecho de enfrentarlo siempre. Cambió mucho después de salir de la cárcel la primera vez, se volvió más humano, igual de duro pero más comprensivo. Siempre perseguido, huyendo, no había año que no cayera preso. En la época de la dictadura militar de Onganía, cada víspera del 17 de Octubre o del 1 de Mayo lo metían en cana; estaba adentro unos días y después lo soltaban. En una época había en la Seccional 5ta. un comisario amigo, que había conocido en el Regimiento 7 como colimba; éste, cada vez que le salía la captura, le mandaba un vigilante para avisarle. *Don Chaves* -decía el agente- *dice el comisario que tiene orden de arrestarlo, y el viejo se 'tomaba el olivo'*.

El 30 de junio de 1969 es ejecutado Augusto Timoteo Vandor, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), por el comando *Domingo Blajaquis* del *Ejército Nacional Revolucionario*. Onganía, al frente del gobierno, organiza la represión y ese día es puesta fuera de la ley la *CGT de los Argentinos (CGTA)*. Intervienen sus sindicatos afiliados y se implanta el estado de sitio y la ley marcial. La cosa no paró allí, por sexta vez en ese año fue encarcelado Raymundo Ongaro, secretario general de Gráficos y de la CGTA. También detuvieron a centenares de trabajadores y estudiantes en todo el país. Ese día, en La Plata, hicieron una redada; un grupo importante de activistas gremiales, políticos y estudiantiles fueron detenidos, entre ellos Jorge del Río, secretario general de la CGTA regional La Plata, Berisso y Ensenada y Juan Agote, secretario general del gremio del Sindicato de Obreros y Empleados del Ministerio de Educación de la Provincia (SOYEMEP). Al viejo lo van a buscar a su casa; cuando salen, uno de los policías le dice: *Mándeles a decir a su hijo Gonzalo, que vive en Gambier, que lo vamos a buscar también a él*. Mi hermano fue corriendo a avisarme y esa vez zafé yo. Fueron a detenerme a la *Empresa Nacional de Teléfonos (Entel)* donde

trabajaba, así que tuve que abandonar casa y trabajo. En ese entonces yo era delegado en la empresa, militante de la CGTA y hombre de la JP. Hacía seis años que estaba en Entel, trabajando de revisador, y me dejaron cesante.

Militancia

En la cárcel de Las Heras visité muchas veces a mi viejo. En una oportunidad yo estaba haciendo la colimba, así que entré a la penitenciaría de uniforme. Llevaba el birrete en la mano y dentro de él una petaca de ginebra para *los muchachos*. Era mi forma de transgredir. En el penal comencé a familiarizarme con nombres mitológicos de la *Resistencia* de aquella época, como Magín del Carmen Guzmán, el general Iñiguez, René Sproviero, Armando Cabo, Juan Carlos Brid, Benito Moya, Ariel Martínez, Héctor Gringoli, Armando Nicoletta, Julio Troxler, Arnaldo Lizaso, el *Flaco* Durruti, el *Vasco* Petit; algunos de ellos de un accionar controvertido, como Fernández Rojo. También eran parte del mito los jóvenes resistentes Gustavo Rearte, Jorge Rulli, Beatriz Fortunato, Envar El Kadri, Héctor Spina y otros.

En ese tiempo yo leía *Azul y Blanco*, un periódico opositor del sector nacionalista católico, que estuvo con el general Eduardo Lonardi en el golpe del 55. No militaba ni tenía pensado hacerlo, soñaba con ser pintor, tenía cuatro años de estudios en la Escuela de Bellas Artes. Comencé haciendo encargos al viejo. Un día me dio una carta para un compañero que vivía en Capital y allí conocí al viejo César Marcos⁽⁶⁾, en ese entonces director del periódico *El Guerrillero*, una publicación del peronismo resistente. El viejo Marcos era un *maestro*, un intelectual en serio y un hombre de acción. Marcos me dio otro encargo: llevar un paquete de periódicos para distribuir en La Plata. Otra vez, también en Las Heras, mi viejo me dio un paquetito. *Llevá ésto y entregalo en mano -me dijo-, el hombre vive junto al río, en Quilmes, se lo manda un preso común, es su compinche, nos da una mano aquí dentro y nosotros le retribuimos de esta manera*. Yo no pude contener la curiosidad y abrí el paquete en el camino, era un carnet *trucho* de periodista de la revista *Life*. El

preso que se lo enviaba trabajaba en la imprenta de la cárcel y, de paso, hacía algunos trabajitos extras. Lo cierto es que yo empecé a militar haciendo mandados al viejo: no sé cuánto hay de mandato paterno o de elección en ésto. Mi vieja me contó que cuando yo nació estuvo una semana llorando y peleada con Horacio. Habían discutido por mi nombre: el viejo quería ponerme Espartaco y María se opuso, finalmente transaron con Gonzalo.

Después que salí de la colimba, en 1960, me acerqué a la JP de La Plata, allí militaban muchos compañeros de lucha: la *Negra* Amanda Peralta, el legendario Clemente Saavedra, Néstor Fonseca, *Carlitos* Banegas, el *Loco* Roberto Caratolli, el *Turco* Amás, que era el único estudiante, el *Flaco* Alberto Alba, Mirta y Luli Díaz. Otros hombres de la JP detenidos durante el Conintes seguían presos: Haroldo Logiurato, Diego Miranda, Baby Molina y el *Barba* Juan Bartolletto. Un día el viejo me llamó y me dijo: - ¿no querés viajar a Cuba?, el *'Bebe'* Cooke está convocando gente desde allá. Hice el viaje con Caratolli, la *Negra* Amanda nos fue a despedir al Aeroparque. Cruzamos a Montevideo y allí nos conectamos con un delegado que tenía el *Gordo* Cooke. Este compañero era parte del exilio peronista que aún no había vuelto al país. En La Habana me encontré con *Pichila* Fonseca, Saavedra y Banegas de la JP La Plata. Cuando llegamos nos estaba esperando Alicia Eguren, la compañera de Cooke, quien nos llevó al encuentro de un nutrido grupo de argentinos. Estaban todos peleados entre sí, muy divididos, había poco acuerdo y mucha discusión al pedo. Sin embargo, cuando estalla la crisis de los cohetes entre la Unión Soviética, Cuba y Estados Unidos, el 23 de noviembre de 1962 y los norteamericanos amenazan invadir la Isla, todos los peronistas nos alistamos para defender palmo a palmo la dignidad de Cuba. Cuando volví me puse a trabajar de lleno en la JP. Eramos pocos organizando el grupo. Estaba *Pichila*, *Kity* Seoane y Amalia Ramella, que después sería mi compañera. Durante muchos años me conocieron como *el hijo de Horacio*, había en ésto una pesada carga que me costó sobrellevar, tenía que responder a un modelo demasiado difícil.

Compañeros

La actividad política me dio otro diálogo con mi viejo y pude comprender algunas facetas de su personalidad tan controvertida: duro con su familia, abierto y generoso con los demás. Todo el mundo lo visitaba para pedirle algo; un trabajo, salvar a un hijo del servicio militar, arreglar una pelea familiar, la firma de un crédito; siempre estaba dispuesto a darlo todo sin pedir nada. Nunca tuvo un cargo político rentado, militó toda su vida como un deber. En casa no teníamos para comer y él daba lo poco que tenía a los demás; así aprendimos que la solidaridad no es dar lo que a uno le sobra, sino compartir lo poco que se tiene.

Durante el gobierno de Arturo Illia los servicios le tendieron al viejo una cama y lo volvieron a meter preso. Ocurrió así: un día cayó en casa el *Pibe* Eduardo Fernández -tenía 24 años-, un compañero que compartió con el viejo la misma celda en Las Heras y le pidió que le guardara un maletín con efectos personales que, según dijo, pasaría a retirar días después. Esa misma noche cayeron de *Coordinación Federal*, le secuestraron el maletín y lo metieron en cana acusado de tenencia de explosivos. La policía, en esa época, andaba detrás de un depósito de explosivos, que se suponía tenía el grupo de La Plata. Creo que ésto fue un mito. Se hablaba de un cargamento de gelinita que estaba enterrado cerca del monumento a la madre en Ensenada, no sé si existió, pero hablar se hablaba. Una semana antes de que sucediera ésto, Fernández había estado en casa almorzando; cuando se fue, la *China* le dijo al viejo: *Horacio, vos sos demasiado confiado, no me gusta nada este hombre, no se le conoce trabajo y viste como un policía de franco*. En los años de persecución mi madre también aprendió a olfatear a los *tiras*. Esa vez estuvo más de un año preso, desde febrero del 65 hasta mediados del 66, la mayor parte en la vieja cárcel de Caseros. Cuando me casé con Amalia -el 6 de abril de 1965- no pudo participar de la fiesta. Mi hermano Arturo junto con Brites, un suboficial amigo, fueron a hablar con el jefe del penal donde estaba preso para que lo autorizara a salir. Pen-

sándolo ahora, no podía ser, pero igual fueron como forma de demostrarle que lo teníamos muy presente.

Lo visité también en Caseros y ahí conocí al *Grupo del Policlínico*, los muchachos del *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT)*, que el 29 de agosto de 1963 asaltaron la Policlínica Bancaria llevándose 100 mil dólares, una expropiación premonitoria de lo que después harían las organizaciones armadas. Estaban Jorge Caffati, José Luis Nell y un grupo numeroso de compañeros⁽⁶⁾. Otros miembros zafaron de la cana y estaban en libertad, entre ellos Joe Baxter, el *Pata* y el *Flaco* Eduardo. Nell escapó en una audaz fuga del Palacio de Tribunales, en la Capital Federal, se fue del país y recaló en Montevideo; allí, junto al *Pata* y Eduardo se conectaron y trabajaron con los Tupamaros. José Luis cayó nuevamente preso, ahora en Uruguay, y en otra espectacular fuga escapó del penal de Punta Carreta, con otros 141 tupamaros, el 6 de setiembre de 1971. En el penal me encontré también con Eduardo Salvide, Mario Franco y el *Gordo* Doglio, miembros de la JP. Un día fui a la cárcel y los muchachos me dijeron: ¿*Gonzalo, viste esta publicación*?. Era un folleto editado por la embajada norteamericana que se llamaba *Mientras América Duerme*, allí había una foto de los guerrilleros del *Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP)*, detenidos en Salta. Grande fue la sorpresa al encontrarnos en ella con la cara del *Pibe* Fernández; el mismo que entregó a mi viejo era el entregador del *EGP*. Un botón hijo de puta.

Transcurría el año 1964, gobernaba el país Illia, el radicalismo había salido triunfante en las últimas elecciones con sólo el 23 por ciento de los votos y el peronismo proscripto. El día 26 de febrero de ese año entré a trabajar en *ENTEL*. La JP de La Plata, desde el surgimiento del *Movimiento Revolucionario Peronista (MRP)*, el 5 de agosto de 1964, se integró a ese proyecto revolucionario. El viejo veía con buenos ojos esta propuesta y prestaba su colaboración. Tenía 56 años y llevaba sobre sus espaldas largo tiempo de cárcel y persecución. Contaba con el retiro del *Ejército* pero no le alcanzaba para vivir. Buscaba

otro empleo, pero sólo lograba trabajos temporarios: sereno, empleado en la casa Volcán, guardia de seguridad en un banco, sereno de la empresa ELMA en el puerto de Buenos Aires.

El 2 de diciembre de ese mismo año, Perón, en su primer intento de retorno al país, fue detenido en el Aeropuerto de *El Galeão*, Río de Janeiro. El canciller argentino, Miguel Angel Zabala Ortiz -uno de los principales protagonistas civiles del golpe de 1955-, había logrado la colaboración de la dictadura brasileña para frenar el retorno de Perón a la Argentina. En el país, las movilizaciones esperadas para apoyar el regreso del General, no se produjeron.

El 28 de junio de 1966 fue destituido Illia. Se iniciaba así la *Revolución Argentina* bajo el mando de Onganía. Nuevas generaciones surgían a la lucha. Otros hombres adquirían un protagonismo cada vez más importante. La vieja guardia resistente no claudicaba, pero pasó de tener el protagonismo principal a ser hombres de consulta y referencia. Se producía un relevo generacional; la iniciativa quedaba en otras manos.

Esta nueva situación no parecía suficiente para que lo dejaran tranquilo al viejo; era detenido tantas veces como conflictos se presentaban en el país. Se trataba de detenciones de días o semanas, lo visitábamos en la comisaría 5ta. de La Plata, en *Robos y Hurtos*, en el Departamento Central de Policía. En una de esas detenciones, un alto oficial de Inteligencia del Ejército pidió hablar con él. *Mire Chaves* -le dijo - *usted es un militar de carrera, con una foja de servicio excelente, yo admiro su patriotismo, aunque no acuerdo con sus métodos. Nuestra lucha no es contra ustedes, nosotros combatimos al comunismo, a los rojos, y necesitamos para ello la colaboración suya.* El viejo le contestó: *Mire coronel, yo no soy un político, soy solamente un hombre que busca y pelea por el retorno de Perón, como forma de devolver la justicia al pueblo; lo único rojo que reconozco es la sangre de los compañeros fusilados y caídos en la lucha.* Allí terminó la entrevista.

El tiempo no pasaba en vano y la cabeza del viejo se iba poniendo blanca. A él le gustaba andar siempre bien *empilchado* y cuidaba esos detalles aún preso. Contaba Rodolfo el *Turco* Achem⁽⁷⁾ que cuando estuvo detenido en la comisaría 5ta, las compañeras y compañeros de la JP se peleaban para cocinar y llevarle la vianda. Un día le tocó al

Turco; en la esquina de la comisaría le entregó el paquete con comida a mi vieja y esperó a que saliera de la visita. Todos querían conocer la anécdota del día. -¿Cómo está el preso?, le preguntó el *Turco*, -*muy bien*, contestó María, *pero se enojó conmigo. Cuando llegué me preguntó '¿trajiste eso?', sí, aquí están las milanesas. No, María, las milanesas no, la tintura para el pelo, no ves que los milicos me van a ver viejo*. Otro día los agentes de guardia querían partir una barra de hielo y no tenían con que. *Déjenme a mi* - dijo Horacio -, puso la barra sobre dos ladrillos y de un golpe de karate la partió en dos. En ese momento no dijo nada, pero al otro día andaba con la mano entablillada. Rodolfo Achem tenía un gran aprecio por Horacio, esto lo llevaba a transmitir las anécdotas a todo el mundo y agregarle un poco de su picardía de turco sanjuanino.

El relevo generacional

El 19 de febrero del 67 nació mi primer hijo, Gonzalo. Horacio ya era abuelo, estaba preso en Caseros y allí le tuvimos que llevar el chiquito para que lo conociera. Iba a tener un cariño grande por los nietos y lo podría expresar mejor que con sus hijos. Cuando nació Mariana, mi otra hija, en noviembre del 68, estaba libre. A mi tercera hija, Julieta, que nació en el hospital Francisco Franco en Madrid en el año 1978, no alcanzó a conocerla.

Lo cierto es que el viejo había comenzado una vida más sedentaria, más política, reuniones, charlas, entrevistas, se convierte en un ejemplo y guía para la nueva generación de luchadores. Su casa de la calle 27 siempre estaba llena de jóvenes. Cuando se organizó la marcha desde La Plata para recibir a Perón, el 17 de noviembre de 1972, él se puso al frente de la columna de la JP. Con sus 64 años caminó como todo el mundo, llegaron hasta el río Matanza, donde fueron detenidos por una barrera de tanques y soldados. Esa movilización la organizó la JP sin aparato ni recursos, todo a fuerza de voluntad. No estaban ni los encumbrados dirigentes políticos del jus-

ticialismo, ni de los grandes sindicatos, era el pueblo y principalmente la juventud.

Estábamos en plena campaña del *Luche y Vuelve*, un momento crucial. De todo el Gran Buenos Aires y del interior iban llegando columnas que confluían sobre Ezeiza; no llovía, diluviaba, y eso hacía más lenta la marcha. Los militares impidieron que el pueblo tomara contacto con su líder, pero el General ya estaba en el país. Perón descendió en Ezeiza, allí lo esperaban Juan Manuel Abal Medina y José Ignacio Rucci, que aparece en las fotos cubriéndolo con un paraguas grandote. De allí se dirigió en auto a Gaspar Campos, su residencia. Fue una linda victoria, nosotros dijimos *Luche y Vuelve* y Perón volvió. Después de 17 años y 52 días de exilio el General estaba de nuevo en la patria, fue la epopeya de toda una generación. Horacio regresó empapado de la marcha pero contento. La Libreta de Enrolamiento no le sirvió más; fue y vino caminando, algunos jóvenes no pudieron seguirlo, él estaba fresco. Tenía una salud de hierro. Mantenía a pesar de los años su hábito de correr todas las mañanas alrededor del Parque San Martín, después hacía ejercicios y le pegaba a la bolsa de arena que había colgado en el patio de su casa. Muchas veces, cuando venían a verlo, estaba en pantalones cortos haciendo gimnasia, aún en pleno invierno. Acostumbraba a colgarse con los pies del alero de la puerta, recibía a la gente cabeza abajo, los compañeros se agachaban para poder hablar, se sentían molestos; pasado un rato se ponía de pie y daba un apretón de manos que hacía crujir los dedos.

Un día lo llamé y le dije: *Viejo, tengo que hablar con vos*. Nos sentamos en el comedor de mi casa y le conté que habíamos ingresado en la organización Montoneros.

¿Cuántos fierros tienen?, me preguntó. Su interés como buen hombre de la Resistencia no era hacer preguntas sobre propuestas políticas, que además él ya conocía. Ellos soñaron siempre con juntar fierros y gente para traer a Perón. En ese momento veía concretarse anhelos largamente perseguidos. Nosotros éramos un grupo que venía del *MRP*, con compañeros en Capital, Gran Buenos Aires y La Plata, entre ellos estaban *el Gordo* Miguel Angel

Garaycochea y Sergio Puiggrós, para nombrar sólo algunos que no eran de nuestra zona. Habíamos tenido serias discusiones internas y la gente de Córdoba y Rosario, junto con algunos compañeros de Capital, tomaron distancia. Veníamos trabajando y organizándonos militarmente desde mediados de los 60. El paradigma organizativo en ese momento era unir a todos los grupos armados peronistas, como en los 60 fue tener mil cuadros estructurados o, en la primera resistencia -cuando se soñaba con mostrar una gran fuerza nacional- hacer estallar mil bombas el mismo día y a la misma hora en todo el país.

El diálogo con mi viejo, en esa época, era bueno; no hablábamos mucho, pero nos entendíamos. Siempre que podía me preguntaba: *Vos, que dibujás tan bien, ¿no hacés nada ahora?* Yo le contestaba que la militancia no me daba tiempo. Creo que le hubiese gustado que yo también siguiera pintando. El era muy hábil con las manos, de chico trabajó diseñando muebles, manejaba el lápiz y el pincel con mucha soltura, en la cárcel tallaba madera con destreza. Fue también un ávido lector. Yo comencé mis primeras lecturas en su biblioteca. Leí, por ejemplo, *El Figón de la Reina Patoja* y *la Isla de los Pingüinos*, de Anatole France; *El Juguete Rabioso*, de Roberto Arlt; a Fedor Dostoievsky y a Emilio Salgari. El devoraba todo lo que le llegaba a sus manos, compraba la colección *Rastros*, el *Séptimo Círculo*, los *Cuentos del Más Allá*, la revista *Leoplan*. Leía también historietas, *Patoruzú*, *Rico Tipo*, *Pobre Diablo*. El viejo compraba revistas y antes que nadie las leía él, no había forma de *primeriarlo*; como éramos muchos los lectores, hacíamos cola. Era un gran lector de novelas policiales, leyó todo Gilbert Chesterton. También conocí a través de él a Howard Fast. Tenía muchos textos de política, pero creo que le atraía más la literatura. Leyó todos los libros de Perón y se castigaba asimilando los textos de la prensa clandestina, periódicos como: *El Guerrillero*, *Línea Dura*, *El Soberano*, *Rebeldía*, *El Hombre*, *El 45*, *Norte*, *Lucha Obrera*, *Trinchera*, la revista *De Frente*, después *Compañero*, *Militancia*, *El Descamisado*, *El Peronista* y *La Causa Peronista*.

La disputa en el PJ

En 1972 Horacio fue electo secretario general del Partido Justicialista de La Plata. Ese logro fue parte de un esfuerzo de la *Juventud*; de la *Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN)*; del *Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP)*; del *MRP*; de la *Alianza de la JP* y las *Agrupaciones Gremiales de Base*, grupos que estábamos unidos, unos, y coordinados otros. Teníamos mucho trabajo universitario, eramos hegemónicos en la JP y poseíamos un buen desarrollo sindical. Cuando se estaban formando las listas de candidatos, fuimos a hablar con Carmelo Amerise, un viejo dirigente del PJ. -*Miren muchachos -nos dijo-, los políticos, que estamos hace años en ésto, estamos haciendo las cosas bien, a ustedes, que están en la lucha, no les conviene meterse.* -*Mire Amerise*, le respondimos después de muchos argumentos y ante la imposibilidad de hacerle entender nuestro pedido, *nosotros tenemos muchas fichas de afiliación y queremos conversar.* -*¿ Ah, sí, cuántas tienen?*, dijo comprendiendo ahora sí nuestro lenguaje. Fuimos hasta una camioneta que teníamos estacionada en la puerta y le llenamos el escritorio con paquetes de fichas, los que no entraron los pusimos en el suelo. Dirigente pragmático, Amerise dijo: -*Sentémonos a conversar muchachos.*

Así pudimos incorporar en las listas al viejo como secretario general del PJ, a Baby Molina, María Teresa Berardi (luego detenida-desaparecida) y Aníbal Bisus como concejales, a Carlos Negri como diputado provincial y a Carlos Kunkel como diputado nacional. También entró Héctor Moreda como diputado, pero él vino por su distrito, ya que era originario de Guaminí. El viejo en su función de secretario general se recorrió todas las unidades básicas, iba barrio por barrio. En la época de Isabel, cuando se acusaba de zurdo a todo el mundo y comenzó a operar la Triple A, el viejo tenía un discurso que decía así: *Había un país donde se inició una campaña contra los patos, se los perseguía, pato que agarraban, pato que iba preso. Un día llegó a un país limítrofe una bandada de teros a pedir asilo. Cuando las autoridades les pidieron los motivos por los cuales solicitaban refugio, respondieron 'En nuestro país hay una guerra contra los patos'. 'Bueno, pero ustedes son teros -les dijeron- ¿qué tienen que ver?'. 'Sí, pero primero te detienen, y hasta que demostrás que sos tero y no pato, te chupás un par de años en la cárcel'. Con esta campaña contra los zurdos pasa lo mismo, te meten en*

cana y después tenés que demostrar que sos peronista, como le pasó a Carlitos Caride.⁽⁸⁾

Aramburu

Desde que me acerqué a la JP comencé a participar con el viejo de los homenajes del 9 de junio que se hacían en el cementerio de La Plata todos los años. Nos juntábamos como un rito, hubiese dictadura o democracia; lloviese o tronase estábamos allí; iban todas las líneas internas, ese día aparecía otra historia. Ahora, cada 7 de agosto, aniversario de la muerte de mi viejo, cumplimos el mismo ritual con los compañeros. El viejo faltó muchos años a los homenajes porque estaba en cana o prófugo. Los suboficiales del 9 de junio constituían un grupo grande. Ellos me pidieron una vez que les hiciera una xilografía con la mano de Aramburu ensangrentada, debajo tenía un texto que rezaba: *Aramburu, esta es tu mano asesina*. Con ese grabado imprimían volantes y los tiraban todos los 9 de junio.

Cuando el 29 de mayo de 1970 fue secuestrado y luego ajusticiado el general Aramburu, responsable directo de los fusilamientos de 1956, en el peronismo se abrió una discusión tremenda. Unos decían que eran los servicios; otros, los nacionalistas; otros, que contaban con el visto bueno de Onganía; nadie quería admitir la verdad, que un comando montonero integrado por jóvenes que no pasaban los 23 años, había tomado las banderas de los mayores y hacía justicia en nombre del pueblo. Fuimos con la JP a consultar al viejo. -*Miren muchachos* -fue lo único que nos dijo- *no nos hagamos tantas preguntas, la justicia del pueblo tarde o temprano llega, se hizo justicia y basta*. Al año siguiente, a los pocos días de la muerte de Fernando Abal Medina y de Gustavo Ramus -dos de los compañeros que condujeron la operación contra Aramburu en la localidad de William Morris, acontecida el 7 de septiembre de 1971- hicimos una misa en la Parroquia de la Virgen del Valle, en la calle 57 entre 1 y 2. El viejo estuvo con nosotros. Creo que fue el primer homenaje que se le rindió en el país a Fernando y Gustavo. A la salida organizamos una marcha y la policía la disolvió deteniendo a un grupo de compañeros.

Lo estaban esperando

El viejo tenía mucho predicamento en el peronismo, abarcaba muchos espacios, a veces contradictorios entre sí. Tenía diálogo con los suboficiales, con los hombres de la *Resistencia*, con políticos de su generación, con la camada de la JP del 57, con los dirigentes sindicales, con miembros de otras fuerzas políticas y había establecido un fuerte contacto con nosotros, los jóvenes *setentistas*. Muchos viejos amigos le reprochaban ésto, pero él se sentía bien rodeado de jóvenes. Participó de la campaña que llevó al triunfo a Héctor Cámpora y estuvo el 25 de mayo de 1973 en Plaza de Mayo. También fue a Ezeiza cuando Perón volvió al país por segunda vez. Participó del acto del 1 de Mayo de 1974; cuando el General fustigó a la juventud se fue de la Plaza y volvió dolorido. Cuando asumió Oscar Bidegain la gobernación de la provincia de Buenos Aires fue un hombre de consulta permanente; nunca pidió un cargo, era secretario general del *PJ* en La Plata y eso le bastaba.

El 7 de agosto de 1974 a sólo un mes de la muerte del general Perón, fueron a buscarlo a su casa para matarlo. El viejo, como siempre, antes de regresar a su domicilio visitaba compañeros, iba de un lado a otro. Lo estaban esperando. Cuando llegó lo pararon: *Somos de la policía Federal -se presentaron- vamos a llevarlo detenido*. El tenía experiencia, no era la primera vez que le pasaba. No sé si presintió en ese momento que la cosa era distinta, que se inauguraba una ola de terror y muerte nunca conocida. Hacía poco, el 11 de mayo, habían matado al padre Carlos Mujica y el 31 julio a Rodolfo Ortega Peña. Sé que intuía el peligro, algunos amigos lo habían alertado, pero a él nunca se le pasó por la cabeza abandonar la lucha, ni irse del país, ni cambiar de casa. Toda la vida había vivido así y suponía que no había motivos para cambiar. Se lo llevaron junto con mi hermano Rolando; preguntaron por mí, se veía que no era gente de La Plata, porque lo llevaron a punta de pistola a mi cuñado Carlitos⁽⁹⁾ para que ratificara que Rolando era Rolando y no Gonzalo. Los mataron en Los Hornos. A mi hermano lo encontraron acibillado en una zanja en 66 entre 190 y 191. Al viejo lo tiraron sin

vida frente al local de la *JP*, en 12 entre 45 y 46; le volaron la cabeza de un escopetazo. Fue un anuncio de lo que vendría. A mí me fueron a buscar a la calle 69; me había mudado meses antes; mucho después me enteré que entraron en la que era mi casa y lo apretaron fiero al inquilino; después se fueron a la casa de otro vecino que se llamaba *Chávez*, lo golpearon y recién lo largaron cuando pudo demostrar que no tenía nada que ver conmigo. Esa noche también secuestraron en su casa al *Gringo* Ennio Pierini, (tenía 53 años), prestigioso dirigente de la huelga petrolera del 68, uno de los fundadores de la Federación de Petroleros del Estado; lo encontraron acribillado en la calle 7 entre 647 y 648. Otra de las víctimas fue Luis Macor (21 años), militante de la *FURN*, recién egresado de la carrera de periodismo. Luis, que había venido a estudiar a La Plata desde Catamarca, vivía en la calle 2 número 313.

A mi hermano Rolando, en casa, le decíamos el *Ruso*, de rubio no tenía nada, pero se ganó ese mote por ser el de tez más clara en una familia de morochos. La primaria la hizo en la Escuela 64, que está en la calle 54 y 19; el secundario en el Colegio Industrial de Berisso Albert Thomas, de donde egresó con el título de Técnico Mecánico. Cuando lo secuestraron tenía 34 años y trabajaba arreglando heladeras en un taller que tenían en la casa de *Don Sívori*, en la calle 6 entre 65 y 66. Mi hermano Rolando no era militante, era peronista pero nunca activó, lo que hace más incomprensible su muerte, o no. Porque cuanto más indiscriminada y siniestra es la represión, más siembra el terror. Era soltero y no dejó hijos para que lo recuerden, para eso estamos sus hermanos. Lo veo pedaleando su bicicleta de reparto con el bolso de herramientas colgando del caño. No era de mucho hablar pero tenía una comunicación especial con los chicos, dos por tres llevaba a mis hijos Mariana y Gonzalo al trabajo para que lo acompañaran a visitar a sus clientes. Cuando lo mataron, los hijos de su socio -que lo llamaban *Chavito*- estuvieron una semana sin poder dormir. Vivió lleno de amigos y creo que nunca se le pasó por la cabeza que tenía enemigos que podrían matarlo. Cometió el delito de portar apellido. Algún día se hará justicia para que sus amigos puedan concluir esa partida de truco que dejó pendiente en el club del barrio.

Pirucha Pierini, viuda del *Gringo*, denunció, unos años más tarde,

que el grupo que secuestró a su marido estaba dirigido por el tristemente célebre Aníbal Gordon. Activo miembro de la *Triple A*¹⁰⁰ y posteriormente, bajo la dictadura de Videla, jefe del *chupadero* conocido como *Automotores Orletti*. Gordon murió misteriosamente en la cárcel, llevándose con él muchos secretos. En 1985, estando yo exiliado en Montevideo, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, me conecté con un grupo de uruguayos que vivieron en Argentina durante los años de la última dictadura. Me contaron que muchos de los orientales desaparecidos en Argentina pasaron por *Orletti*. En ese *chupadero* estuvieron entre otros los dirigentes sindicales Gerardo Gatti y León Duarte, fundadores del *PIT-CNT*, organización de los trabajadores uruguayos. La historia de ambas márgenes del Plata se continúa cruzando en el tiempo y el espacio.

A fines de 1978, en plena dictadura militar, yo vivía clandestinamente con mi familia en el Gran Buenos Aires. Un día viajé a La Plata y allí me quedé a dormir en la casa de un amigo. Retorné muy temprano por la mañana para no encontrarme con conocidos. Cruzé una plaza donde sólo había un trabajador municipal realizando sus tareas, al pasar delante suyo me gritó: *¡Viva el viejo Chaves, carajo!*. Lo saludé y seguí mi camino. El hecho me conmovió. Nunca hubo un homenaje al viejo que me conmoviera tanto.

Hoy sigo encontrando gente que me dice: *Horacio estuvo en mi casa el mismo día de su muerte*. Hago cuentas y no me cierran. No puede ser que ese día visitara mil casas. Su figura y su conducta me pesan mucho, pero no tengo reclamos, fue un mandato asumido. Sus viejos amigos me paran por la calle y me susurran al oído: *Cuidá el apellido*. Cuando pasaba con el micro por el Regimiento 7 y veía la demolición en marcha sentía que algo se pretendía borrar. Todavía está en pie el portón central de la guardia, por donde entró vivo y salió muerto el teniente coronel Cogorno en el 56; por donde salieron vivos los soldados hacia Malvinas en 1982 y muchos no volvieron. Algunas casas de suboficiales fueron

tomadas por inquilinos furtivos. La que fue nuestra, en el número 1211, fue una de las últimas que derribaron. De esa casa nos mudamos el 20 de junio de 1946 a la calle 27; un chalecito que el viejo pagó mes a mes. Teníamos jardín y terreno con quinta, a Horacio le apasionaban las plantas y pasaba horas trabajando la tierra. Se peleaba con nosotros porque no las regábamos. Plantó flores en el jardín, armó canteros en el frente y alrededor de la casa, puso margaritas, agapantos, crisantemos, dalias dobles, un cedrón para ponerle hojas al mate y una planta de ruda macho, del lado izquierdo de la puerta de entrada, para espantar los malos espíritus. Por su casa pasaron muchos, generación tras generación; hoy, en sus homenajes, se mezclan los viejos camaradas de armas, maduros setentistas y jóvenes que no lo conocieron personalmente. Vinieron los nietos y los bisnietos. Son otros hombres y otros tiempos. "pero a pesar de la ausencia de su mano hábil, como un canto a la vida, en el jardín de su casa siguen creciendo las flores"■

¹ Sobre quienes fueron los que tripularon los aviones que bombardearon Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955 no hay mucha información pública, sin embargo, existe una lista incompleta que gente de la *Resistencia* pudo componer; algunos de esos nombres, además de Santiago Sabaró son: Oscar Lafontaine (se retiró con el grado de comodoro); el alférez García Mansilla y el hermano de Santiago Sabaró.

² Nómima de los fusilados por el levantamiento del 9 de junio de 1956: Ejecutados en Lanús el 10/06/56: Teniente Coronel José Albino Yngoyen; Capitán Jorge Miguel Costales; Dante Hipólito Lugo, Clemente Braulio Ross; Norberto Ross; Osvaldo Braulio Albedro. Ejecutados en José León Suárez el 10/06/56: Carlos Alberto Lizaso; Nicolás Caranza, Francisco Garbortí; Mario Brion, Vicente Rodríguez. Ejecutados en Campo de Mayo el 11/06/56: Coronel Eduardo Alcibíades Cortines; Coronel Ricardo Ibazeta; Capitán Nestor Dardo Cano; Capitán Eloy Luis Caro; Teniente Néstor Videla; Teniente: 1º Jorge Noriega. Ejecutados en la Escuela de Mecánica el 11/06/56: Sargento Hugo E. Quiroga; Suboficial Miguel Paolini; Suboficial Ernesto Garecca; Cabo José Miguel Rodríguez. Ejecutados en la Penitenciaría Nacional (Cárcel de Las Heras) el 11/06/56 y 12/06/56: Sargento Luciano Rojas; Sargento Isairo Costa; Sargento Luis Pugnetti, General de División Juan José Valle. Ejecutados en La Plata el 11/06/56: Teniente Coronel Oscar Lorenzo Cogomo; 12/06/56 subteniente de reserva Alberto Abadie.

³ **Ciro Ahumada**, en ese entonces teniente del Ejército, tuvo una participación protagónica en la Resistencia Peronista. Durante el Plan Comites fue juzgado en ausencia y condenado por asociación ilícita con su mujer, una de las tantas aberraciones jurídicas cometidas en esa época. Sin embargo, por esos laberintos de la historia, participo de la emboscada del 20 de junio de 1973, siendo uno de los que desde el palco disparaba contra la gente. Después fue uno de los organizadores de la Triple A. El último cargo que se le conoce fue como jefe de personal de la destilería de YPF de Ensenada, previo a su privatización, donde dejó el tendal de despedidos.

⁴ Fuente : Correspondencia Perón-Cooke, tomo I, Granica editor, Bs. As., junio 1973.

⁵ **César Marcos**: Nació en la ciudad de Buenos Aires el 3 de setiembre de 1907. Cursó la escuela primaria, pero la situación de pobreza de su familia no le dio para proseguir los estudios. Comenzó la lectura desde muy chico, hábito que le transmitió su madre, una australiana que no solo aprendió a leer por su propio empeño, sino que también les enseñó a leer y escribir a sus hijos. Fue un verdadero

Horacio Chaves: Suboficial del Ejército y Soldado de la Resistencia Peronista

autodidacta. Al terminar la conscripción decide quedarse en el Ejército y trabaja en la Compañía de Archivistas. A los 26 años se casa con Ana Opfer. Al promediar la guerra se retira del Ejército. Después del golpe del 43, la relación con algunos militares, ahora en el gobierno, lo lleva a asumir como Director General de Espectáculo. Después del golpe de 1955, toma parte activa en la Resistencia Peronista. En febrero de 1956, junto a Miguel Lagomarsino, asume la conducción del Comando Nacional Peronista, organismo que se constituye a instancias de John William Cooke, para enfrentar la inminente ilegalidad a la que es empujado el peronismo. Desde allí desarrolla una intensa tarea de organización y adoctrinamiento.

⁶ **Grupo del Policlínico.** Integrantes del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), presos en la cárcel de Caseros: Oscar Abrigo; Guillermo Dobler; Mario Duahy; Carlos Quaglia; Tomi Rivaric y el *Viejo* Horacio Rossi. Otra parte del grupo estaba en Devoto, entre ellos: Amilcar Fidanza; Carlos Arbelos, Alfredo Roca y Jorge Caffati.

⁷ **Rodolfo Achem,** *El Turco*, casado, dos hijos. Fundador y dirigente de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional, agrupamiento estudiantil peronista surgido en 1966. En los años 70 la FURN va a dar nacimiento a la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Después del triunfo electoral de Cámpora, Rodolfo Achem es designado Secretario de Supervisión Administrativa de la UNLP. En ejercicio de ese cargo, en la mañana del 8 de octubre de 1974, es secuestrado por un grupo de la Triple A, junto a Carlos Miguel, casado, dos hijos, Director del Departamento Central de Planificación de la UNLP. Trasladados por la fuerza hacia Capital Federal en un coche donde viajaban los parapolicías fuertemente armados, sobre el acceso sudoeste, a la altura del Arroyo de Villa Domínico, en el partido de Avellaneda, fueron asesinados y arrojados los cuerpos en un descampado.

⁸ **Carlos Caride** *Carlitos*: Mítico hombre de la JP. En 1967 es herido en un enfrentamiento con la Policía Federal y lo detienen. Forma parte de las FAP desde su surgimiento y en el año 73 ingresa a Montoneros. Muere en 1976 como consecuencia de una herida de bala, que recibe en un enfrentamiento con la Policía Bonaerense.

⁹ **Carlos Tames** (41) casado, dos hijas, empleado de la Dirección de Rentas de la Provincia de Buenos Aires. El comunicado militar publicado el domingo 6 de junio de 1976 en la página dos del diario *El Día* dice lo siguiente: *Informóse respecto de la muerte de un hombre en un operativo en La Plata. Comunicado de la Jefatura Militar La Plata. El día 3 de junio, en oportunidad de realizarse un operativo ordenado por esta jefatura, resultó herido de bala Carlos Tames, que ante el no acatamiento de la orden impartida continuó su marcha en un vehículo Renault 4L, por la calle 44 de 10 hacia 11, hecho que motivó que los efectivos abrieran fuego causándole heridas que produjeron su fallecimiento hoy 5 de junio.* El comunicado termina expresando que: *La Jefatura Militar La Plata reitera a la población la recomendación de atender las indicaciones que se imparten, en forma inmediata, con el fin de evitar penosos episodios.*

¹⁰ **Triple A:** fue una organización parapolicial creada por López Rega en el año 74 y la condujo un miembro de la custodia de Isabel, el comisario Almirón, tal como lo investigó y demostró Rodolfo Walsh.

Arturo Lewinger

Un corazón muy grande

Arturo Lewinger

Un corazón muy grande

(Jorge Omar Lewinger) Mi padre delegó en él muchas de sus atribuciones. Seguramente movido por sus propias dificultades para enfrentar los conflictos y cambios de mi adolescencia. Lo cierto es que Arturo no sólo era mi hermano mayor -me llevaba cuatro años y medio-, sino en cierta medida mi orientador paternal.

Vivimos con mi hermano un amor tan intenso que, hasta su adolescencia, requirió del estrecho contacto físico que implica la pelea constante. Peleas donde él medía su fuerza para no lastimarme y yo descargaba toda mi agresividad, no sólo física, tratando de herirlo en su orgullo o en su moral.

Recuerdo una vez que le cambió a un chico del barrio un soldadito de plomo que teníamos, de porte mucho mayor que los comunes, por varias decenas de estos últimos. Estaba chocho por el negocio. Yo lo empecé a jorobar con que había sido una estafa, que se había aprovechado del pobre pibe, casi lo hago llorar. Le agüé la fiesta clavándole el cuchillo donde sabía que no lo podía tolerar: -"es una inmoralidad", le dije. Con mi cara de ángel yo era un maldito, porque en el fondo estaba más contento que él del arreglo, pero gozaba perversamente tocándole sus puntos débiles.

Arturo me cuidaba hasta el exceso; de bebé, según me contaron mis viejos, me salvó la vida cuando subí a una mesa y me disponía a saltar por una ventana: estuve a punto de caer desde un octavo piso. Esa fue la actitud que siempre tuvo conmigo, pero también a su modo me preparaba "para sacarme bueno". En unas vacaciones en Mar del Plata, promovió -e hizo de manager mío-, una pelea con un pibe del barrio. La verdad es que yo tenía bastante miedo, pero también sentía que no podía fallarle y triunfó este último sentimiento, lo que me costó recibir algunas buenas piñas.

Pasado ese período en que vivíamos peleándonos, nuestra relación se encauzó más armoniosamente, aunque no en la dirección que hubieran querido mis padres. Arturo comenzó a militar en el Partido So-

cialista de Alfredo Palacios y, siguiendo sus tradiciones, me ofreció participar de reuniones literarias. Como adelanto me recomendó la lectura de *Los Miserables* de Víctor Hugo.

Todavía me río de lo anticuado de este modo de "meloneo" que usó conmigo, pero lo cierto es que fue eficaz. Ese libro me produjo un gran impacto: me despertó a los problemas sociales.

Pero no concurrí a ninguna reunión literaria porque Arturo, entretanto, ya se había apartado del socialismo y ahora participaba del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) PRAXIS con Silvio Frondizi.

Allí se destacó como uno de los dirigentes de segunda línea, nivel que decidió, más adelante, la ruptura con Silvio. A Silvio todos lo respetábamos como profesor e ideólogo, pero su accionar no condecía con la imagen que teníamos del liderazgo político.

Inicié mis primeras armas en la política con él, siguiendo los pasos de mi hermano, lo que me llevó a conocer las volanteadas en fábrica, la militancia estudiantil y las villas miseria del Gran Buenos Aires, pero también el pensamiento de marxistas como Antonio Gramsci, Antonio Labriola o Henry Lefebvre, jacobinos como Jean Jaques Rousseau, cristianos como Ives Calvet, Teillard de Chardin, Emanuel Mounier, existencialistas como Jean Paul Sartre y tantos otros, que frecuentaba por sugerencia de Arturo y del propio Silvio.

Mi hermano, junto a Jorge Castro -directivo periodístico de *El Cronista* y reciente funcionario menemista-, Alberto Ferrari -ahora abogado vinculado al radicalismo-, Luis Piriz -luego militante del PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), secuestrado y desaparecido-, Aldo Commoto -abogado de sindicatos combativos hace poco fallecido-, y algunos otros, lanzó, a fines del 65, el "Tercer Movimiento Histórico", grupo político generacional que planteaba, tras su alejamiento de Silvio Frondizi, la superación del yrigoyenismo y del peronismo. Como se vé, esta idea tan recurrente, aunque motorizada con tan diversas intenciones, reconoce muy viejas iniciativas.

En realidad, en aquellos momentos, el grupo de cuya conducción participaba Arturo, buscaba un acercamiento crítico hacia el peronismo, a partir de una visión más nacional de las concepciones de izquierda.

Arturo ejercía un liderazgo natural; extrovertido y simpático, de una sensibilidad humana y social increíble, se ganaba el afecto de los compañeros y la gente. En el 90 me tocó cubrir periodísticamente una

reunión con representantes políticos y gremiales próximos al disidente *Grupo de los Ocho*⁽¹⁾, en Entre Ríos, que presidía el entonces diputado José Conde Ramos. Casualmente, inicié una conversación con el representante de Apedefa (personal directivo de ferrocarriles), Leopoldo Loto, quien se conmocionó cuando le mencioné mi nombre y apellido. -Vos sos el hermano de Arturo, me dijo. -Sí, le respondí y, como me suele pasar, le pregunté: -pero vos... no te recuerdo. Se sonrió y me dijo: -yo soy "Pocho", de Villa Jardín. Realmente estaba muy cambiado, pero ese sobrenombre me traía a la memoria toda una historia de militancia, junto a mi hermano, en esa villa de Lanús.

Pero lo significativo fue que él me contó cuánto lo querían en su casa a Arturo, que incluso supo vivir allí en alguno de sus obligados rajes. A Arturo lo recordaban con Eva, su mujer, y con su hijo Juan Pablo: me dió un teléfono y me pidió que éste último le hablara a su mamá, "para la que sería una gran alegría" saber algo de mi sobrino. A Pocho, que era integrante de la conducción de la CGT con Saúl Ubaldini, casi se le caían las lágrimas con el recuerdo.

Arturo estudiaba arquitectura y trabajaba de dibujante, era maestro mayor de obras, título que obtuvo en el Colegio Industrial Otto Krausse. Era muy bueno en diseño arquitectónico y eso le sirvió para pucherear como dibujante, pero no era lo que realmente le gustaba. Un día dejó esa carrera y se puso a estudiar Historia en la universidad de La Plata, su verdadera vocación.

Desde la adolescencia lo recuerdo siempre junto a su novia, que luego sería su mujer, Eva Gruszka, con quien se casó el 4 de setiembre del 62, y con una pasión tan grande como la que sentía por ella: la lucha revolucionaria para terminar con la injusticia social.

Así fue como terminó separándose del "Tercer Movimiento Histórico" y, junto con Piriz, inició la formación de uno de los grupos que luego confluiría en la FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). Luis después se separó y se integró al ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

Los pasos previos

Con Roberto Pampillo, *El Gallego*; su novia, Elida D'Ippolito, *Amalia*; Humberto D'Ippolito, *El Gordo Pablo*, Arturo y Eva, *La Co-*

lorada, Luis Piriz y muy pocos compañeros más, iniciamos los preparativos para ir con el Che. Estos compañeros luego serían destacados militantes de Montoneros. Humberto, finalmente se integró a Descamisados y Luis Piriz al ERP. Este intento nos llevó, el 13 de setiembre de 1967, a Cuba y, tras la muerte del comandante guerrillero argentino-cubano, regresamos a nuestra patria, a formar uno de los grupos de las proto-FAR.

Arturo llegó a ser miembro de la conducción nacional de Montoneros, luego de la fusión, pero nunca abandonó su organización "paralela": el contacto con muchos compañeros de villas, trabajadores, profesionales, que eran su red de relaciones construida tras años de militancia y de distintas actividades sociales y de trabajo. Eran su cable a tierra y en los momentos difíciles su retaguardia. Así construyó un semillero de amistades que lo querían y admiraban, aunque no todos compartiesen su rumbo político.

Mi detención en Rawson, el 17 de agosto de 1972, tras la fuga del penal, y luego las diferentes funciones que teníamos -él fue responsable de la regional Córdoba y luego de La Plata y el sur del país-, nos impedían estar en contacto muy frecuente, pero cada uno tenía en el otro -así lo sentía yo y estoy seguro que era mutuo- un punto cardinal que nos ayudaba a definir el lugar de cada uno.

Cada vez que nos veíamos era una fiesta. Arturo se había vuelto muy casero y más reflexivo. Me llevaba a su casa con los ojos cerrados, como era nuestra norma de seguridad y recién adentro brotaba toda la vida. Solía estar, los días que nos dedicábamos a nosotros mismos, hasta tarde en la cama con Eva o en pijama. Bien de entrecasa. Yo sentía aquel clima indescriptible de cuando éramos niños, él durmiendo abajo y yo en la cama superior, peleando o jugando... A veces Arturo planteaba, como un hondo deseo, "¿no se podrá acortar esta guerra?". Después agregaba un chiste para cubrir sus deseos más vitales, "está bien que la guerra sea prolongada pero no prolonguemos la guerra". Cuando el tiempo daba, Eva y Arturo se esmeraban en agasajarme con un asado, compartíamos las informaciones familiares, los avances de *Buchi* (así le decíamos a Juan Pablo), las novedades de mi hija Andrea, intercambiábamos noticias sobre la situación que vivíamos, los últimos libros leídos. Hasta que llegaba el momento, siempre prematuro, de separarnos nuevamente.

Cosas de la clandestinidad: casi nadie sabía que éramos hermanos, su aspecto, tan diferente al mío, tampoco lo delataba. Con Arturo, *el Ruso*, *Chacho*, *Chachosqui* o *Felipe*, como lo conocían los compañeros, compartíamos algunas esporádicas reuniones, que para mí tenían el secreto placer de tenerlo cerca. En una ocasión, en medio del fragor de la discusión con un grupo grande de compañeros en La Plata -con Arturo solíamos discrepar muchas veces- se me escapó un... "hermano, estás equivocado". Me pareció una gaff terrible, pero la cosa pasó por un trato cariñoso entre compañeros. Discutíamos la caracterización de Perón y él sostenía con ardor lo positivo de su liderazgo, a pesar de las contradicciones que aparecían con Montoneros.

Cuando Perón regresó en el '72, Arturo fue uno de los compañeros que, en representación de Montoneros, se entrevistó con él en Gaspar Campos.

Era un tipo de una audacia y una generosidad sin límites, combatiente excepcional, tenía un empuje tan arrollador que siempre me hacía temer por su vida.

En una oportunidad compartimos una acción armada. Lo tenía a mi espalda y él tenía que dominar a un policía armado con una ametralladora. De pronto sentí un disparo, no podía saber si él o el policía lo había efectuado, tampoco podía descuidar mi función. Sentí, por un segundo -que me pareció una eternidad- un vacío total, una sensación de estar paralizado. Cuando pude reaccionar y me dí vuelta lo ví caído al uniformado: estaba herido y Chacho lo puteaba -le salía del corazón- por haberse resistido.

Estuvo mucho tiempo obsesionado por si no debió darle más tiempo al policía, luego que éste manoteara la ametralladora, antes de tirar. No podía convencerlo de que en esas circunstancias límite es uno o el otro.

En esa misma acción *Amalia* lo salvó a Carlos Olmedo, quien era doblegado por otro policía, con quien forcejeaba para quitarle la ametralladora de las manos.

En Córdoba, me contó un compañero, que durante el "navarrazo" contra el gobernador Ricardo Obregón Cano, Arturo se desesperaba por organizar la defensa del gobierno constitucional y, con un walkie-talkie en las manos, hablaba con Atilio López (sindicalista combativo y vicegobernador):

“Apelo a tu conciencia de clase”, le decía, cuando ya no sabía con qué argumentos darle ánimos... Me lo imagino, atropellador y desesperado, siempre listo para cualquier sacrificio.

Tiempo atrás me encontré con una compañera que le puso de nombre a uno de sus hijos, Felipe, en homenaje a mi hermano, después que lo mataron. Para mí fue como encontrar la profunda huella que dejaba Arturo en sus compañeros de militancia, comprobar que mi cariño por él, o su muerte heroica, no me obnubilaban para juzgarlo.

Su figura está ahí, seguramente, repechando siempre la adversidad, en el corazón aún silencioso de muchos que, lamentablemente, no sé cómo encontrar, ni dónde buscar. Como ese hermoso poema que le escribió Francisco *Paco* Urondo a Arturo, el Ruso, Chachosqui, el montonero Felipe, que leí en México en una publicación del exilio que se llamaba *El Descamisado* y que conseguí en Buenos Aires gracias a Roberto Baschetti:

A don Arturo Lewinger, peronista y montonero

Seguramente en el colegio te decían
El rusito. Seguramente
te has agarrado a trompadas
más de una vez y seguramente
de allí salió esa estirpe criolla,
esa valentía revolucionaria que nos
alumbró como una firmeza, un sol de comprensión.

(Vengo escribiendo y escribiendo, hablando
y hablando de compañeros que han matado. Hace
años fueron Emilio o El Rubio, pero ahora
hay muchos. José Moustache, El Mormón, Añamén,
el que lloró de alegría sobre mi hombro.)

Seguramente cuando te decían El Gaucho muchos
sonreirían pensando estar
frente a una vulgar broma
antisemita; seguramente
sabían muy bien que todos
te consideraban seriamente
nuestro Felipe Varela, nuestro
Chacho Peñaloza, en estos llanos

de piedra y males, en estas capitales injustas
(A la mañana, cuando uno abre los diarios,
hay que tener un arma al alcance de la mano:
El Pelado Marcos fue asesinado esta mañana,
seguramente ayer a la tarde; un tiro en el
medio de su enorme frente bondadosa, de su
grosso humor, de su terquedad minuciosa.
¿Con quién voy a discutir ahora?, ¿con quién me
voy a pelear ahora?)

Seguramente este gaucho que nos falta
no lo encontraremos así nomás,
aunque seguramente ya estás
en la memoria de todo este porfiado pueblo
gaucho que jugará su vida, que seguirá
haciendo lo que hiciste; entrar,
liberar al compañero preso, recibir
en el pecho la estrella
punzó, si es necesario; mejor abrirla
en la entraña del enemigo.

(Hay que hablar y escribir de otros temas.
Además hay que derrotar al enemigo. No se puede
morir de rabia; hay que ir
armando el poder del pueblo. Nuestros muertos
han muerto por eso; por eso seguirán muriendo
los torturados, los caídos, los asustados, los convencidos;
han caído muchos, hay que tener un arma
al alcance de la mano. La rabia,
el dolor, es para el aniquilamiento del enemigo)

Seguramente irás al cielo
hebreo, al cielo de Cristo, a todos
los cielos. Y seguramente te quedarás
en el cielo de la patria, donde
seguramente
no te dejaremos descansar en paz, porque tanta
inmensidad será poca para recordarte, para seguirte,
para agradecerte, para gritar tu nombre
en los combates y en el asalto final, querido Gaucho.

Su final

Yo salí en libertad, luego de caer preso en Rawson, el 25 de mayo de 1973. Dos años después, cuando bajo el gobierno de Isabel los compañeros de la JP ya no eran liberados sino perseguidos y encarcelados, uno de ellos, Edgardo Suarez, era detenido en la comisaría segunda de Mar del Plata.

Chacho, jefe de la regional Sur, se puso al frente de la operación para liberarlo. No lo logró, hirió a un policía que se resistió y, a su vez, fue herido y luego asesinado fríamente en el suelo. Era el 25 de mayo de 1975. En el comunicado que preparó previamente para esa acción recordaba que dos años atrás el peronismo liberaba a sus militantes mientras que, en ese momento, había que recurrir nuevamente a la violencia para rescatarlos. No puedo dejar de pensar que él, cuando lo escribió, seguramente pensó en muchos compañeros que salieron de Rawson, pero también en mí.

Cuando mi padre fue a buscar sus restos sufrió amenazas e insultos de la policía por “judío y comunista”. En el velatorio esa misma policía no permitió que hubiesen coronas de flores. Trece años después de su muerte, en 1989, la lápida de su tumba, en el cementerio de la Tablada, fue destruída por manos anónimas o, tal vez, mano de obra desocupada, como dijo un ministro radical refiriéndose a policías de la época de la dictadura que aún operan como parapoliciales o delincuentes.

“No me maten, soy un chico”

“No me maten, soy un chico”, gritó Juan Pablo cuando salió con las manos en alto de la casa rodeada por el Ejército en La Plata. Cuando me lo pudo contar por primera vez (antes sólo tenía relatos retransmitidos por mis viejos), habían pasado 15 años. Salió de su casa y en el jardín estaba tendida su mamá, sin vida, adentro estaba el cuerpo de su compañero, *Julio* (Jorge Elio Martínez), con quien había formado pareja un año después de la muerte de Arturo. Una década y media después, mi sobrino, el hijo de mi hermano Arturo y de Eva Gruszka, todavía se pregunta por qué no se acercó al cuerpo de su mamá para ver si realmente estaba muerta.

Había terminado el tiroteo. Julio había metido a Juan Pablo debajo de una cama y le dijo que no saliese. Un rato antes del infierno, Juan Pablo había vuelto de la escuela y Julio le sirvió la merienda.

Eva y Julio se tirotearon hasta morir. Cuando Juan Pablo salió, un ex compañero vestido de verde olivo, transformado en ladero de los militares, le preguntó dónde estaban las armas. En el jardín yacía su mamá y ante las respuestas de “no sé nada”, el colaborador insistía amenazador. Juan Pablo tenía ocho años. Dos años antes había perdido a su papá. Cuando mataron a Arturo, su hijo consolaba a su mamá asumiéndose como el “hombre” de la familia: “a mí también me duele, pero no podemos llorar siempre, no llores más mamá”, le decía.

“Dónde están las armas” le preguntaban y él sentía cada vez más miedo, tanto miedo que no podía abrazar a su mamá, tendida en el jardín.

Quince años pasaron hasta que me lo pudo contar. Faltaban aún tres años más (fue en 1995) para que Juan Pablo pudiese volver a ver esa casa.

Hurgando en el diario El Día de mayo de 1977 la ubiqué en el barrio del Cementerio, en las afueras de La Plata; un barrio muy humilde, de calles de tierra. Con la ayuda de Gonzalo pude ubicar la casa con exactitud y los vecinos nos confirmaron lo que había pasado una tarde de mayo de 1977.

Le conté a Juan Pablo este descubrimiento y en ese momento no se sintió con fuerzas para volver a ese lugar. Tiempo después, poco antes de irse a completar sus estudios en el extranjero, me llamó y me dijo: “quiero ir, no puedo irme sin volver a verla” (¿a la casa, a la madre tendida en el jardín?).

Hacer su vida, irse, verdaderamente, lo impulsaba a volver a ese lugar. Partir suponía palpar su herida; abrazar a su mamá; re-pasar por su infancia dolorida, cuando estaba en tercer grado y un 3 de mayo, a la tarde, después de la merienda, el miedo se hizo terror; conjurar, finalmente, los fantasmas...

Emprendimos viaje, nos acompañaba también su novia, sin saber qué encontraríamos. Las verjas del pequeño jardín de la calle 30 número 2087, calle de tierra, entre 74 y 75, aún guardan los agujeros de las balas. Y los vecinos guardan el recuerdo imborrable de esa tarde de

mayo, en que un despliegue militar inusitado, según dicen, rodeó el barrio. La vecina de al lado, Beba, cuando lo reconoció a Juan Pablo, gracias a una foto de cuando tenía ocho años y estaba con su mamá, se deshizo en recuerdos de cariño y dolor. Al vecino de enfrente, Andrés, se le cayeron unas lagrimas, derramó algunas palabrotas para los milicos y nos acompañó a buscar a su hijo, que hoy cuida una escuela: el amigo del barrio de Juan Pablo.

Tras esta aproximación por los afectos que habían dejado en el barrio, por fin entramos. Recorrimos un pasillo, golpeamos; la señora que hoy vive en la casa que fue de Juan Pablo, Eva y Julio, nos dejó traspasar la vieja puerta de chapa, con cierto pudor por lo pobre de sus pertenencias. Nos contó cómo debió reconstruir una pared interior, destruida por una granada. Vimos el patio interior, la cocina -donde Juan Pablo tomó aquella última merienda con Julio y su mamá-, el comedor, una pieza. “Vuelvan cuando quieran”, le dijo a mi sobrino, ensimismado, palpando vaya a saber cuántos recuerdos.

Visitamos también la escuela, a pocas cuadras, rehaciendo el camino que recorría cotidianamente Juan Pablo desde su casa: no tenían registro de los alumnos que pasaron por tercer grado en aquel año de 1977. Juan Pablo quiso que fuésemos a la comisaría quinta, donde lo llevaron después que mataron a su mamá y a su compañero. Entramos, no hay registro de su paso por esa comisaría, de donde lo recuperó mi papá, su abuelo. “Todo se quema después de 10 años”, nos mintieron amablemente, “tienen que pedir ver los libros en la jefatura de la policía provincial”, agregaron. Sólo en los vecinos, en el calor de su acogida, en los agujeros de bala en las rejas del jardín del 2087 de la calle 30, se disipan las brumas de un pasado aún desaparecido para las instituciones. Nos fuimos, creo que Juan Pablo estaba más aliviado: no era una pesadilla, le había ocurrido y ahí estaba el lugar, hasta ese momento desconocido para él. El pasado latía vivo, en el presente, como un dolor tal vez insoportable, pero ya no fantasmagórico sino tan real como el cuerpo de su mamá tendido en el jardín, como una mano tendida, como una caricia tibia hacia su hijo ■

¹ **Grupo de los Ocho** Fue un grupo disidente del Partido Justicialista que estuvo en el origen del Frente Grande. Entre ellos estaban los legisladores Carlos Chacho Alvarez, Germán Abdala, Luis Brunati, Moises Fontela, Jose Conde Ramos, Darío Alessandro (padre), Franco Caviglia y Juan Pablo Cafiero.

El exilio

El exilio

(G.L.Ch.) París, 12 de octubre de 1979. En un acto realizado en la Asamblea Nacional Francesa y presidido por el legislador, Bernardo Stasi -presidente de la Comisión Interparlamentaria de Derechos Humanos- se presentaron Ana María Martí, Alicia Milia de Pirles y Sara Solarz de Osatinsky, que habían permanecido en la ESMA casi dos años en calidad de desaparecidas y liberadas a fines de 1978, principios de 1979. Parte del testimonio dado por las tres liberadas que denunciaron las atrocidades a las que fueron sometidas ellas y miles de personas que pasaron por la ESMA, dice:

*“A mediados del año 1977, en oportunidad de la realización de la 63ª Conferencia de la OIT, viajó a Ginebra (Suiza) un grupo operativo especializado con el objetivo de asesinar a **Gonzalo Chaves**. En el mes de setiembre de 1978 viajó otro grupo operativo a cargo del teniente de navío Miguel Angel Benazzi a España con la intención de asesinar a **Armando Croatto**”⁽¹⁾.*

De los siete años y ocho meses de dictadura, la mitad del tiempo viví con mi familia en el exilio y la otra mitad estuvimos clandestinos en el país. Residimos en Roma, Madrid, La Habana y en México DF. Muchos amigos me preguntan ahora, ¿conociste tal región de España, viste en París, tal cosa? No pueden entender cómo viviendo en Europa no visité los sitios de concurrencia obligada de cualquier *tour* internacional. Lo cierto es que nosotros -no quiero generalizar en esto-, los compañeros que manteníamos un grado de organización en el exterior, vivíamos inventando formas de comunicarnos con Argentina, de informarnos sobre lo que estaba sucediendo e imaginando la forma más segura para ingre-

sar al país. Había en todo esto mucha locura, una suerte de negación de nuestra condición de exiliados, de no aceptar que la represión y el aniquilamiento que la dictadura se planteaba sobre nosotros estaba siendo efectiva. Pero fue también una forma de mantenernos vivos, de reafirmar nuestras convicciones, esa fue nuestra forma de transitar la diáspora.

Desde el Bloque Sindical del Peronismo Montonero organizamos una campaña en el exterior denunciando los atropellos y la represión sobre el movimiento obrero. El objetivo era obtener una condena en los foros internacionales como forma de presión para lograr una apertura que permitiera el cese a las intervenciones militares a los gremios, a la CGT y la libertad de miles de presos sindicales y políticos. En esta tarea no estábamos solos, existían otros grupos de sindicalistas argentinos con los cuales coordinábamos algunas tareas y la presencia de un dirigente de la talla de Raymundo Ongaro del Sindicato Gráfico, que realizó una tarea titánica de denuncias contra la dictadura militar y de solidaridad con los trabajadores argentinos desde el exilio. En junio de 1977 concurrimos por primera vez a la Asamblea anual de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Habíamos confeccionado un *dossier* donde se enumeraban los atropellos contra el movimiento obrero y se daba a conocer una de las primeras listas de trabajadores desaparecidos, muertos y detenidos por la dictadura. Estuvimos nuevamente en los años 78, 79, 80 y 81. La nuestra no era una presencia oficial, actuábamos en nombre del sindicalismo resistente y logramos hacer conocer al Comité de Libertad Sindical y a las cientos de delegaciones presentes la verdad sobre la situación que sufría nuestro país y la represión desatada contra los trabajadores y sus organizaciones. Ese *dossier* también fue entregado en mano en entrevistas previamente concertadas a los dirigentes Enzo Frisso de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL); Culakosky, secretario general de la Confederación Mundial de Trabajadores (CMT) y Enrique Pastorino, secretario general de la Federación Mundial de Trabajadores (FSM). En esta tarea participamos en forma alternada los compañeros del Bloque Sindical, José Dalmaso Lopez, Armando Croatto, Eduardo Berrozpe, Paulino Aramayo, Aldo Moran, otros compañeros que vivían en el exilio y yo. En 1977 fuimos por primera vez oficialmente invitados al Congreso de la Unión General de Trabajadores (UGT) que se realizó en Cataluña. En marzo del 78 nos llegó otra invitación para participar del

Congreso de la UGT de Argelia. Frente a miles de delegados argelinos y los representantes del movimiento obrero internacional habló *el Gordo* José, denunciando a la dictadura militar. Grande fue nuestro asombro cuando al final del encuentro se hizo presente Huari Bumediën, presidente de Argelia y uno de los más prominentes jefes de la guerra de liberación argelina. Uno a uno, a todos los invitados extranjeros nos estrechó la mano. Ese mismo año se realizó, en el mes de junio, el Congreso de Comisiones Obreras (CCOO) en Madrid. Yo estaba de paso por España y concurrí al encuentro junto al *Gordo* José y el *Petiso* Armando. Cuando llegamos los compañeros de Comisiones nos informaron que estábamos invitados a hablar, pero que arregláramos con el representante sindical del Partido Comunista Argentino para presentar un mensaje único. No nos pudimos poner de acuerdo con este hombre del PCA porque se oponía a que calificáramos al gobierno del general Jorge Rafael Videla como dictadura militar. Los comunistas sostenían que había que defender a Videla del embate de los sectores *pinochetistas* de las Fuerzas Armadas. No podíamos dar crédito a lo que escuchábamos, no hubo acuerdo y terciaron los compañeros de CCOO. Uno de ellos nos llevó aparte y nos dijo: *No le hagan caso a éste, ustedes pasen al frente y hablen, van a ver como responde la gente.* Cuando Armando Croatto se presentó frente a la concurrencia, todo el congreso de pie comenzó a gritar: *¡Videla, asesino del pueblo argentino!*. En noviembre del 78 Armando y José Lopez participaron del Congreso de la Central de Trabajadores Cubanos (CTC). Yo, ya estaba en el país. En 1980 retomé el camino del exilio. Viviendo en La Habana nos invitan a participar de una gira con entrevistas por distintas ciudades de Gran Bretaña. El viaje lo organizó el Comité de Solidaridad con Argentina que funcionaba en Londres. Visité el Sindicato Portuario de Liverpool, los tabacaleros y el Trade Unions Congress de Glasgow, los textiles de Manchester, los metalúrgicos y otros gremios de Londres, Sheffield y Coventry. Parte de la gira la realicé con *el Negro* Juan Sosa, un compañero delegado de Astilleros Astarza. En América también realizamos una intensa labor de esclarecimiento; personalmente estuve en Ecuador y Colombia visitando sindicatos ligados a la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT). En 1981 participamos con Paulino Aramayo y otros compañeros en el Congreso de la Central Mexicana de Trabajadores (CMT). Allí conocimos al legendario Fidel Velázquez que llevaba 30 años al frente de la CMT. Teníamos buenas relaciones con el CPUSTAL (Con-

greso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina), con la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores) y con la CLAT. A todos ellos los manteníamos informados sobre la situación que vivía el MOA. Nos movíamos mucho y país que pisábamos hacíamos denuncias. A los milicos no les gustaba nuestra actividad en el exterior y nos buscaban para acallarnos. Ese fue nuestro *exilio dorado*.

Existe una versión muy difundida de que los expatriados argentinos vivíamos en Madrid, París o ciudad de México añorando el asado, el dulce de leche y la música de tango. Hay mucho de cierto en esto. Lejos del terruño uno aprende a valorizar cosas cotidianas que parecen intrascendentes cuando las tenemos pero que se tornan importantes cuando faltan. El exiliado más que un nostálgico del pasado es un nostálgico del futuro, porque vive pensando y haciendo planes para cuando retorne al país. Cuando vuelve, esos planes que elaboró meticulosamente no encajan con la realidad porque el país es otro, fue cambiado drásticamente y allí surge otro conflicto, que es como si al retornar se volviera a exiliar. Nos llevó mucho tiempo descifrar el desexilio. Traíamos un bajaje de cuestiones personales postergadas o dejadas de lado en nuestro afán de hacer. Cuando paramos comenzaron a aflorar. También con el retorno se profundizó la crisis de la *Organización* ■

¹ Fuente: ESMA "Traslados" - Testimonios de tres liberadas. Editado por: Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas; Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora. Bs. As. abril de 1995.

**Fuga de Rawson;
Masacre en Trelew**

Fuga de Rawson; Masacre en Trelew

(J.O.L.) El 17 de octubre de 1990 el diario *Sur* me envió a cubrir las movilizaciones populares que configuraron lo que dió en llamarse el "Chubutazo". La consigna que presidió esa rebeldía cívica fue "Chubut le dice no al ajuste liberal, provincial y nacional". Este fue uno de los hitos importantes en la resistencia popular contra el desmantelamiento del Estado y la reestructuración salvajes, tanto en lo económico como en lo social, que impulsó el menemismo.

No bien llegué a Trelew fui a Rawson, distante unos 15 kilómetros, a entrevistar a los dirigentes provinciales de ATE, que estaban a la cabeza de la protesta, junto a los gremios de los docentes y de vialidad. Luego de informarme lo que pasaba, me explicaron lo que consideraban antecedentes de sus luchas: los más próximos y los más lejanos.

"La primera gran concentración de la multisectorial se realizó en el teatro *Español*", le dijo Ariel Testino, secretario adjunto de ATE-Chubut, al periodista Jorge Oniar Lewinger. Y agregó: "no sé si sabrás que ese teatro es un símbolo de lucha para nosotros, porque allí se realizó, en agosto de 1972, una asamblea popular para liberar a los dirigentes detenidos por la dictadura de Lanusse, que habían intentado evitar lo que después fue la masacre de Trelew del día 22, tras la fuga de militantes populares del penal de Rawson". Habían pasado 18 años.

En esos 18 años pasaron muchas cosas: el golpe de Onganía; en 1973 los gobiernos de Héctor Cámpora, Juan Perón e Isabel Perón. Esta última fue derrocada por un golpe militar que estableció, por siete largos años, la tiranía más cruenta de nuestra historia. Recién en 1983 se pudo restablecer un gobierno democrático, el del radical Raúl Alfonsín. Pese al final anticipado de su mandato, por primera vez en el siglo un jefe de Estado electo por el voto popular entregó el bastón presidencial a otro mandatario de distinto signo político, Carlos Menem.

Sin embargo, esos 18 años también tuvieron hilos conductores que

explican, tras esos aparentes cambios y rupturas, la continuidad y la causalidad de estas transformaciones. Uno de esos hilos es la rebeldía popular, que puede rastrearse, desde principios de siglo, y en Chubut, en las luchas de los anarquistas de esa "Patagonia Trágica" que nos contó Osvaldo Bayer. Pero también en el intento reiterado de hacer de estas despobladas tierras un lugar de confinamiento de los disidentes políticos. Y el golpe militar de Onganía también buscó aislar así a los combatientes populares. El penal de Rawson fue concebido, por eso, como una cárcel de máxima seguridad.

La fuga del penal de Rawson, que los analistas políticos de la época caracterizaron como el comienzo del fin del lanussismo, se produjo el 15 de agosto de 1972.

El éxito parcial de ese escape y el alevoso asesinato de 16 de los 19 guerrilleros detenidos en la base Almirante Zar de la Marina, generalizó el repudio al régimen militar, que pretendió inútilmente ocultar la fría decisión de esos fusilamientos. Los 19 compañeros se habían rendido en el aeropuerto de Trelew, tras un acuerdo de respetarles sus vidas, que fue avalado por un abogado radical (luego legislador de ese partido), Mario Abel Amaya, el dirigente peronista Gustavo Peralta y por otros dirigentes políticos. El acuerdo también incluyó una revisión médica, que hizo el juez Alejandro Godoy, y la presencia de periodistas que entrevistaron a los militantes.

El gobierno de Lanusse pretendió tapar estos fusilamientos esgrimiendo un presunto intento de fuga (que ya en aquel momento casi nadie creyó) de la base aeronaval de Trelew.

Tres de los militantes fusilados, María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo Haidar, sobrevivieron a las heridas recibidas y a las largas horas en que quedaron tirados en el suelo sin atención médica; ninguno de ellos tres sobreviviría, luego, a la masacre más masiva que produjo la dictadura inaugurada por el general Jorge Rafael Videla en 1976.

María Antonia Berger, entrevistada por el poeta y militante monotonero "Paco" Urondo, poco antes de salir en libertad el 25 de mayo de 1973, contó como fueron sacados de sus celdas en la madrugada y

ametrallados, bajo las ordenes del capitán de corbeta Luis E. Sosa, comandante de la base. Creyendo morir, cuenta María Antonia, mojó su índice en la sangre que salía de sus heridas y escribió en el suelo *Agustín*, el nombre de su amado compañero, Agustín Villagra.¹¹

El velatorio de varios de los compañeros muertos, ametrallados por decisión de la cúpula de la Marina, con conocimiento y aprobación del presidente de facto, general Lanusse, tal como lo informaron después varios medios, produjo una conmoción y movilización popular, que hizo entrar en escena a un represor, el comisario Alberto Villar, que no se andaba con chiquitas: con una tanqueta *Shortland* volteó la puerta e irrumpió en la entonces sede central del Partido Justicialista, ubicada en avenida La Plata, a dos cuadras de Rivadavia, donde una multitud rendía homenaje a varios de los caídos (otros fueron enterrados en sus respectivas provincias de origen, donde también se produjeron grandes manifestaciones). Así retiró los féretros de María Angélica Sabelli, Ana Villareal de Santucho y Eduardo Capello, y dispersó a la muchedumbre enardecida.

El resto de los asesinados fueron: Carlos Astudillo, Pedro Bonet, Alfredo Kohon, Humberto Toschi, Mariano Pujadas, José Ricardo Mena, Susana Lesgart, Emilio Delfino, Humberto Suarez, Miguel Angel Polti, Alberto del Rey, Clarisa Lea Place y Jorge A. Ulla. Los 16 compañeros caídos integraban las filas del ERP, de las FAR y de Montoneros.

A la dictadura de Lanusse le inquietaba, además de la gente reunida en las calles, las declaraciones de Perón que impugnaban la versión oficial de los hechos en la base Almirante Zar de Trelew. Ese duro cuestionamiento fue ratificado con su decisión de ofrecer la sede del PJ para homenajear a los guerrilleros abatidos en la madrugada del 22 de agosto de 1972, sin hacer ningún distingo entre peronistas y no peronistas.

Antes de rendirse, los guerrilleros ofrecieron una conferencia de prensa: "aquí hay compañeros de tres organizaciones -señaló el montonero Mariano Pujadas-. Esta acción es, entonces, significativa de nuestra voluntad de unión. Estamos juntos en ésto, y vamos a luchar juntos por la liberación de nuestro pueblo. Aún nos separan algunas diferencias políticas. Pero estamos seguros de que al calor de la lucha

serán superadas. Dos de las organizaciones que están aquí son peronistas, la otra no. Pero eso no es una traba. Los compañeros peronistas que estamos aquí ya lo hemos dicho, y lo repetimos: no somos nosotros los que elegimos la violencia como camino. Si el régimen tuviera la voluntad de dar elecciones limpias, sin ninguna traba, el pueblo y nosotros lo aceptaríamos. Pero en los hechos, la cháchara de las elecciones limpias se inspira en una falta de voluntad para pacificar al país. Hasta que el régimen no libere a los presos políticos, que son miles, hasta que no termine con la tortura, con secuestros y los asesinatos, mientras no permita que la voluntad popular se exprese, seguiremos de pie, frente a él.”⁽²⁾

En Trelew, días después de la fuga del penal de Rawson, una asamblea popular se reunió en el teatro *Español* para exigir la libertad de dirigentes políticos y sociales de la zona, detenidos por tratar de evitar lo que pocas horas después sería una masacre. Entre los detenidos estaban Amaya y Peralta.

A todo esto, las relaciones diplomáticas entre Chile -gobernada por Salvador Allende- y Argentina, estaban muy tensas tras el arribo a Santiago del avión secuestrado que transportaba a los que habían logrado concretar con éxito la evasión. El gobierno de Lanusse exigía la repatriación de los dirigentes guerrilleros fugados: Marcos Osatinsky -jefe de la fuga-, Roberto Santucho, Roberto Quieto, Fernando Vaca Narvaja, Domingo Mena y Enrique Gorriarán Merlo. Estos lograron llegar a la capital chilena tras copar el aeropuerto de Trelew, apoderarse de un avión de Austral y desviarlo de su ruta habitual.

Funcionarios del gobierno trasandino vacilaban, pero la noticia de los asesinatos en la base aeronaval de Trelew, siete días después de la fuga del penal de Rawson, derrumbaron las reservas diplomáticas y Salvador Allende autorizó el despegue del avión con destino a Cuba.

La fuga

Hasta aquí una breve descripción de la situación política desencadenada por la fuga, de la que fui partícipe como responsable del apoyo externo.

De muchos de estos hechos, producidos en plena campaña electo-

ral, que llevaría al triunfo peronista del 11 de marzo del 73, me enteré mucho después, porque, tras el error que cometí en la señal de fuga - motivo del fracaso parcial del operativo- fui detenido y encarcelado en Rawson, donde permanecí hasta que todos los presos políticos fuimos liberados el 25 de mayo de 1973. Hay una anécdota que es significativa de las horas que se vivieron con la asunción del gobierno por Héctor Cámpora: la empresa Austral, como gesto de cortesía hacia las organizaciones guerrilleras, ese día de la liberación envió a Trelew, para trasladarnos a Buenos Aires, el mismo avión y tripulación que fue tomado por los evadidos para dirigirse a Chile y luego a Cuba.

Los sucesos que viví durante la fuga y luego durante mi detención, me permitieron intuir, a pesar de no estar al tanto de lo que ocurría en el resto del país, que algo estaba cambiando. He aquí algunos de esos hechos.

Los compañeros presos en Rawson venían preparando la fuga desde hacía muchos meses: en realidad, varios de ellos, comandados por Marcos Osatinsky, la habían comenzado a planear en la Cárcel de Encausados de Córdoba, donde se encontraban detenidos hasta que fueron trasladados a este penal de máxima seguridad.

La fuga de Rawson se comenzó a planificar en forma conjunta con el ERP y con los compañeros presos de Montoneros. La conducción nacional de Montoneros no estuvo en ese entonces de acuerdo con realizarla y los Descamisados sólo aportaron ayuda logística.

Finalmente la operación se realizó en forma conjunta, bajo la conducción de Marcos Osatinsky (FAR), secundado por Mario Santucho, tal como lo recuerda la mencionada nota de Primera Plana, escrita por el periodista Ernesto L. Fossati, posteriormente también secuestrado y desaparecido: “Bajo la jefatura de las FAR -determinación tomada en conjunto-, la evasión exigió cinco meses de minuciosos preparativos. En ese tiempo, inclusive, detectaron el santo y seña usado para el relevo de centinelas en las torretas del muro que rodea el penal”.⁽³⁾

Por mi parte, estuve en contacto estrecho con Víctor Fernández Palmeiro y Alejandro Ferreyra, ambos del ERP, con quién discutimos y planificamos muchos aspectos externos de la fuga. Entre ellos el proyecto de construir “tatuceras”, que eran grandes escondrijos subterráneos para muchas personas, que habían desarrollado los Tupamaros para intentar extender su accionar al campo. Finalmente nos faltó tiempo

para encarar este proyecto tan ambicioso, porque se vencían las últimas fechas posibles de la fuga, ya que varios de los máximos jefes guerrilleros estaban a punto de ser trasladados a otros penales, en especial el buque-cárcel Granaderos.

Con Fernández Palmeiro incluso realicé un vuelo en avioneta desde Don Torcuato hasta Rawson, previa escala en Bahía Blanca, sin que el piloto, amigo de una compañera de las FAR, supiera el objetivo del reconocimiento. Este mismo piloto, en otra oportunidad, llevó a Chile clandestinamente a José Luis *el Colorado* Marcos, del ERP. Finalmente no pudimos contar con el concurso de esta avioneta, porque al enterarse el piloto del objetivo se asustó tanto que desistió de toda otra colaboración. Entre nuestros planes estaba que esta avioneta estuviese en Trelew para permitir el traslado de más compañeros en la fuga.

También viajé a Montevideo donde me entrevisté con dirigentes Tupamaros para tratar de conseguir un piloto de avión comercial, cosa que finalmente tampoco fue posible conseguir. Por otra parte, otro compañero de las FAR viajó a Panamá, donde consiguió comprar un viejo avión aún en uso. Pero todo terminó en una estafa, porque no tenía la documentación en orden como para poder volar y nunca se lo pudo sacar del aeropuerto donde estaba.

Dentro de la cárcel, en cambio, las cosas marchaban viento en popa. Logramos hacer ingresar algunas pocas armas y los compañeros las escondieron en "embutes" disimulados en el piso de una celda del pabellón 5, cavados con suma discreción. La tierra la sacaban escondida en envoltorios dentro de sus ropas y la dejaban en los patios externos, donde tenían los recreos, cuyo suelo tenía la misma consistencia pedregosa.

El lugar de este escondite fue un secreto que duró muchos años, aún después de la fuga. En el ingreso de las armas colaboró un guardia, de apellido Facio, que siempre tuvo buena actitud con los presos. Hace pocos meses atrás me enteré por un compañero, que estuvo preso en Rawson, que después de la fuga y tras muchos interrogatorios por parte de distintos servicios de inteligencia, lo detectaron y por último lo asesinaron.

Los compañeros presos también fabricaron una pistola con miga de pan, oscurecida con el hollín de una estufa, con la que lograron que

les abriesen la primera reja que los separaba de la libertad y también fabricaron todo tipo de púas con elásticos de cama y agujas de tejer, que se hacían enviar las compañeras.

Nunca las compañeras “tejieron” tanto como en aquella época, me dijo un compañero de prisión que me contó cómo tomaron el penal. Hicieron un plano milimétrico de todas las instalaciones de la cárcel. Practicaron en el mayor secreto los roles de cada uno de los que intervenían en la fuga. Alberto Camps construyó en madera, por ejemplo, una pequeña réplica de un fusil FAL para enseñar el manejo de esa arma a todos los que no lo conocían. Ocurría que al tomar la guardia se apoderarían, tal como ocurrió, de una importante cantidad de esos fusiles.

Por fin, el día de la fuga, como tantos otros, se vistieron con sus mejores ropas de recibir visitas y, a las 17, hora prefijada, cantaron la zamba *Luis Burela*, que era la señal de inicio de la toma del penal: “con que armas señor peharemos, con las que le quitaremos dicen que gritó...”, entonaron en una de sus estrofas, a voz en cuello.

Un viaje más al sur

Mientras tanto, en el exterior, yo estaba sólo, en mi camioneta (otros dos compañeros estaban detrás, cada uno de ellos conduciendo un camión chico), en la placita de juegos de Rawson, pegada al muro de la cárcel. Luego de recibir desde una ventana del penal la señal que interpreté como de suspensión de la fuga, me retiré hacia Trelew, con los dos camiones que me seguían, en los que debía subir el grueso de los compañeros presos. Me había olvidado que Carlos “Tomasito” Goldemberg, que conducía un Falcon, ya había ingresado al penal tras recibir la señal positiva del inicio de la fuga. En ese vehículo cubrieron el trayecto Rawson-Trelew los jefes de las organizaciones político militares que lograron completar la evasión.

Cuando comprendí mi error retorné a la cárcel, pero un grupo ya había partido, con demora, hacia el aeropuerto de Trelew en varios taxis (demora que luego resultaría fatal, porque el avión no pudo esperarlos: estos serían los 19 compañeros finalmente ametrallados en la base aeronaval, contigua al aeropuerto). Ante la emergencia, el resto

del contingente a fugarse, y que no pudo hacerlo, cerca de 90 compañeros (estaba prevista la fuga de unos 110, en total), desistió del intento y mantuvo toda una noche el penal bajo su control.

Al comprobar que mi regreso ya era inútil, abandoné Rawson, nuevamente, en dirección al aeropuerto. Milagrosamente no ingresé en él porque ví un patrullero policial que salía del mismo. Mi intención original era entrar a la estación aérea para ver si aún estaba el avión en que se irían los compañeros. No sabía lo que estaba pasando allí, mucho menos imaginaba lo que sucedería después.

Continué viaje hacia el sur, previo cargar el tanque y varios bidones con combustible, comprar unos chocolates y un mapa en una estación de servicio. En el momento en que pagaba, la radio comenzó a informar de la fuga y, por la forma en que me miró el empleado, comprendí que esa noticia le aclaraba el motivo de mi inusitada compra.

Luego de recorrer varios cientos de kilómetros, hacia Comodoro Rivadavia, me interné por un camino provincial -en realidad un sendero de montaña- en dirección al oeste. A medida que ascendía en la meseta el frío se hacía más intenso y aparecían los primeros manchones de nieve. Varios charcos de agua, cubiertos por una fina capa de hielo, mojaron el distribuidor de mi vehículo y lo inutilizaron. Esa noche dormí en la camioneta, para no morir de frío a la intemperie. Al día siguiente comencé la marcha a pie. Caminé todo ese día. Calculo que recorrí unos cuarenta kilómetros. Un puestero me dió de comer y un lugar para pasar la noche junto al fuego de la cocina. No me hizo preguntas, a pesar que las radios informaban de la fuga y yo no era, precisamente, lo que podría llamarse un lugareño, con mi gamulán abrigado, zapatos, ropa y aspecto de tipo de ciudad.

Al amanecer, el hombre me despidió deseándome suerte y me largué nuevamente a caminar a campo traviesa. Sentí en él cierta simpatía, como en varios de los ranchos de piedra donde fui parando para tomar agua y reponer fuerzas. Pero tras mi idea de no comprometerlos en mi escape subsistía la errónea (y *aparartista*) idea de valernos por nuestros propios medios. Hubo otro compañero del grupo de apoyo externo que, por el contrario, recurrió al auxilio de la gente del lugar: fue el único que logró regresar a Buenos Aires sano y salvo, después de estar escondido durante un mes en varias casas y chacras de la zona.

Lo cierto es que no pedí ayuda, y tras varias horas de caminata

solitaria, pasado el mediodía de ese segundo día, llegué al pueblito de Gan Gan. Aquí, en vez de encontrar un micro -me habían informado que pasaba una vez por semana- fui detenido por la policía de un pequeño destacamento.

Logré, después de insistir, que me anotasen en el libro de la comisaría como arrestado. Poco después un policía comentó, tras recibir un mensaje por radio: "el miedo no es zonzo, me pidieron que mientras esperamos su traslado en avión no lo registremos como preso".

Horas después arribó un teniente del Ejército al comando de un vehículo *Unimog*, todo terreno: "tenés suerte pibe -recuerdo que me dijo- teníamos órdenes de matarte si te encontrábamos en el camino: te salvaste", repitió.

El jefe policial del destacamento de Gan Gan, localidad vecina a la de Gastre, zona donde aún hoy se discute la construcción de un basural de desechos radiactivos, me sorprendió cuando me quitó las esposas y me dió de comer junto a su mujer y su pequeña hija -una hermosa rubiecita que por su aspecto y edad me hizo recordar a la mía, Andreita, que por entonces tenía algo más de tres años.

"Si hubieran venido con doscientos hombres -dijo para mi asombro el policía- levantaban toda la Patagonia". Y continuó luego: quisieron aislarlos, los encerraron en el sur (aludía a que la dictadura de Lanusse reinauguró el penal de Rawson como cárcel para presos políticos), pero lo que lograron es integrarnos a nosotros al resto del país: ahora sabemos lo que pasa".

Cuando llegó, al anochecer, un pequeño avión de la aeronáutica para llevarme de Gan Gan a Rawson, ése y otro oficial se hicieron cargo de mi custodia en el viaje. Jugado por jugado, y viendo la buena disposición de estos policías, les pedí que me dejaran "robarles" sus armas y tomar el avión para llevarlo a Chile. "Si no fuese por mi familia -juró emocionado uno de ellos- aceptaría, pero tengo miedo que sufran las represalias". Finalmente se comprometieron a garantizar mi integridad física mientras yo estuviese a cargo de la policía provincial de Chubut. Evidentemente conocían bien el estado de ánimo de esa fuerza: su promesa se cumplió a pies juntillas. Todos los "servicios" que me interrogaron en Rawson puteaban por no poder torturarnos a gusto. En otros parajes patagónicos también habían sido detenidos otros dos compañeros que habían participado del apoyo externo a la fuga: el compañero Jorge, *El*

Colorado, Marcos (ERP) y Eduardo Tomás, Guillermo, Molinete (FAR). “Los cuidan como señoritas”, decían. Lo cierto es que cada vez que salíamos de un interrogatorio, un policía nos preguntaba: “¿te tocaron pibe?”.

Apenas descendí del avión que me trasladó de Gan Gan a Trelew, fui llevado a la *Regional*, donde un coronel del Ejército, rodeado de curiosos efectivos policiales de la provincia, me formuló varias preguntas.

Lejos de negar mi responsabilidad en la fuga (sintiendo ya los primeros mordiscos de la culpa por el fracaso de la operación y sus consecuencias, que luego me devoraría por años), le dije al militar no sólo que había participado en la acción, sino algo así como que me veía obligado a esa forma de lucha “porque usted está ahí, en el poder que tomaron de prepo, y no permiten elecciones sin condicionamientos”.

A medida que yo hablaba, los policías que estaban a sus espaldas apoyaban con gestos mudos mis palabras: alguno me hacía la V de la victoria con los dedos, otros asentían con la cabeza o sonreían.

En la sede de la policía Federal de Rawson, donde me trasladaron posteriormente, el clima era completamente diferente. Era el 21 de agosto de 1972 a la medianoche. El secretario del juez Quiroga, de apellido Somoza -ambos pertenecían al fuero especial que creó la dictadura para juzgarnos, *la Cámara del Terror*, como se le decía en ese entonces- me tomó declaración junto a los otros dos compañeros también detenidos tras la fuga.

Después de unos minutos de preguntas me hacía salir nuevamente a un patio, donde quedaba, igual que los otros compañeros, esposado a la espalda y obligado a poner la frente contra la pared y permanecer con las piernas separadas, casi en puntas de pie. Así nos tuvieron prácticamente toda la noche. Cada tanto la escena se repetía: Somoza nos volvía a llamar a declarar, de a uno, y nos ofrecía café; minutos después suspendía el interrogatorio y otra vez nos sacaban al patio helado.

Al fondo del patio se sentían risas y festejos: había un asado del que participaba el secretario del juez. ¿Qué festejaban?, me preguntaba yo.

Al día siguiente un preso común me acercó la respuesta: en la base de la marina habían aplicado la “ley de fuga” a todos los compañeros

que se habían entregado. Pocos años después, el “Proceso” no sólo acabaría con los tres únicos sobrevivientes de aquella matanza, sino que también torturaría hasta morir al radical Mario Abel Amaya, quien pagaría así con su vida el haber salido de garante de la vida de los 19 compañeros que se entregaron en el aeropuerto de Trelew.

Por eso, cuando le contesté al secretario adjunto de ATE-Chubut, en 1990, que sabía de que se trataba lo del teatro *Español*, no sólo se me agolparon infinidad de imágenes, sino que sentí el calor de una emoción reconfortante. Casi dos décadas después, las aguas más subterráneas parecían engrosar el caudal de una nueva y sorprendente protesta, en esta Patagonia trágica y rebelde. Ese 17 de octubre de 1990, en una placita de juegos de la ciudad de Rawson, junto a los muros de un penal donde un guerrillero había dado la señal de fuga aquel 17 de agosto de 1972, una multitud se iba congregando para decirle “no al ajuste liberal, provincial y nacional”, ante los ojos azorados de un periodista que recobraba su pasado y se regocijaba con ese presente ■

¹ “La Patria Fusilada”, 1973, Francisco “Paco” Urondo, libro de entrevistas a los tres sobrevivientes de Trelew).

² Primera Plana, 22 de agosto de 1972).

³ Hago esta precisión sobre quien condujo la fuga, porque María Seoane, en su libro sobre Roberto Santucho, “Todo o Nada”, le atribuye erróneamente a él esa jefatura. Trabajé en el diario Sur con Seoane mientras ella escribía ese libro y nunca entendí por qué no me consultó, sabiendo que yo había participado de la fuga.

Luego, alrededor del 25 aniversario de la fuga y la matanza, el 22 de agosto de 1997, salió otro libro sobre estos acontecimientos, de una periodista que, entre otras cosas, entrevista a Gorriarán Merlo, quien también le adjudica a Santucho la conducción de la fuga. Esta ya es una tergiversación más grave, de alguien que participó de la fuga, que sirve para agregar nuevas distorsiones a esta etapa histórica.

En ese 25 aniversario, Graciela Daleo me invitó a un acto que se realizó en la Facultad de Psicología y del que participó también Pedro Cazes Camarero, ex director de la revista El Combatiente, del PRT-ERP, que participó de la fuga, Jorge Reyna y una hija de Santucho. Al final del encuentro le pregunté a Cazes Camarero por esta cuestión de la conducción de la fuga y por las tergiversaciones existentes. No me aclaró estas últimas, pero me confirmó que Osatinsky tuvo la jefatura de la operación

Gustavo Rearte

Un Jefe de la JP

Gustavo Rearte

Un Jefe de la JP

(G.L.Ch) En el sorteo de la *colimba* saqué el número 731 y me destinaron a la Aeronáutica. Fui a parar al Taller Regional Quilmes, más conocido en el sur por la IMPA. De allí viene mi apego por Quilmes y su gente, siendo yo platense de nacimiento. Me incorporé en enero de 1959; en el casi año y medio que deambulé por el lugar, el río era una fiesta. Miles de personas acudían los fines de semana a la costa, colmando los bares y la milonga *mistonga* del *Rancho Grande*. La polución vendría después apagando el brillo de la costa. Todavía funcionaba el cine sobre la playa; una gran pantalla instalada al costado de la escollera, donde aún hoy está el *Pejerrey Club*, una construcción de madera estilo *Art decó*, cuya imagen hizo famosa la película *Sur*.

Estando en la *colimba* cae preso nuevamente mi viejo acusado de terrorista. Por ese entonces gobernaba el país Arturo Frondizi. El peronismo seguía proscrito, sus hombres perseguidos, muchos presos y otros exiliados. Desde el 5 de marzo de 1956 estaba en vigencia el decreto 4161 que prohibía bajo pena de cárcel nombrar a Perón, a Eva Perón, usar los símbolos justicialistas y cantar *La marcha peronista*. El nuevo gobierno no cumple lo pactado con Perón y el país es una caldera. La represión no se hace esperar. El 13 de marzo de 1960 se pone en vigencia el Plan Conintes (el nombre deriva de una ley aprobada en 1948, denominada de *Comoción Interna del Estado*). Con este argumento se moviliza militarmente a trabajadores en huelga, se tortura y se detiene a miles de activistas. Un día, hastiado de no tener franco, me presenté ante el jefe del Escuadrón Tropa, comandante Labriola y le pedí que me autorizara a salir el fin de semana. -¿Cuál es su necesidad?, me preguntó. -*Tengo que visitar a mi padre, que es suboficial del Ejérci-*

to y está preso por peronista. -No se podía esperar otra cosa de usted, dijo. Me di cuenta que mi conducta como soldado dejaba mucho que desear. Sin embargo, mi atrevimiento dio resultado y pude visitar al viejo en la cárcel ese fin de semana. Lo fui a ver al penal de Las Heras y allí conocí algunos hombres de la Juventud Peronista: *El petiso* Héctor Spina, Juan Carlos Drago, Carmelo *Pepe* Pignataro, Juan Carlos Tambascio, más conocido por el *Petitero* y otros más. Ellos me hablaron de Gustavo Rearte, era la primera vez que escuchaba ese nombre.

Las primeras acciones

Las fuerzas represivas están detrás de Gustavo, se lo acusa de ser uno de los autores del asalto a un puesto de guardia de la Aeronáutica, montado sobre la autopista General Richieri en Ezeiza, donde se sustrajeron armas, municiones y uniformes. Una operación comando de la JP, realizada en 1960, que prefigurará acciones futuras. La idea se le ocurrió a Gustavo. Pasando un día por la autopista Richieri, vio que en unos monoblocks que estaban construyendo para el personal de la aeronáutica, habían puesto una guardia de cuatro soldados armados. Con la decisión de recuperar esas armas se conformó un grupo de siete miembros, entre los que estaban, Envar *Cacho* El Kadri, Jorge *Perro* Rulli, *El Petitero*, Felipe Vallese y Gustavo. Por ese pudor de defender a los agredidos sólo como víctimas, y no como luchador, nunca se dijo, públicamente, que Vallese, armado como el resto, también fue de la partida.

La JP envía a Gustavo a Montevideo a establecer contacto con el exilio y los mensajeros de Perón: allí, entre muchos extrañados, vivían el mayor Pablo Vicente y John Willam Cooke, jefe del Comando Táctico. De vuelta a Buenos Aires, una tarde, cuando caminaba por la calle Rodríguez Peña, es interceptado por una comisión policial a cargo del tristemente célebre comisario *Pepino* y un inspector, de apellido Caballero, de Coordinación Federal. Cuando le dan la voz de alto, Gustavo desenfunda el arma y se resiste, cae herido por un proyectil que le produce nueve perforaciones en los intestinos. Lo llevaron al Hospital Rawson y, en plena operación, se hace presente otra comisión policial con la orden de llevarlo para ser *interrogado*. Los médicos se ponen firmes y con el apoyo del sacerdote del hospital impiden su traslado.

Estuvo preso desde 1961 al 63, primero en la enfermería del penal de Villa Devoto y después en Caseros. Sale en libertad poco antes del 12 de octubre, día de la asunción de Arturo Illia como presidente de la República.

Los de la JP eran un grupo muy activo e informado, aprovecharon los años de cárcel para leer, lo que no era bien visto por algunos *cazadores de brujas* que también estaban en *cana*. Cuenta Rulli que en Caseros discutían y leían mucho con Gustavo, *realizamos una inmersión ideológica, leíamos de Trotsky a José Antonio Primo de Rivera, pasando por José María Rosas y Arturo Jauretche, también algunos manuales de marxismo que eran realmente basura*. Entre los muchos libros que pasaban de mano en mano, había un voluminoso texto que era hojeado con avidez. Relataba las acciones comando de la resistencia judía en Palestina contra las tropas de ocupación británicas. El autor era, nada más y nada menos que Menajem Beguin y se llamaba *Rebelión en Tierra Santa*. Viviendo en Montevideo, muchos años después, me enteré que también los Tupamaros lo tenían como libro de cabecera. Su ávida lectura no se realizaba por compartir los criterios ideológicos del autor, sino por la seducción que provocaban las experiencias de guerrilla urbana y del uso eficaz del explosivo, como la voladura del hotel *Rey David* en Jerusalem, sede del Estado Mayor Inglés.

Un día del año 1962, estando Gustavo en el penal de Caseros, cae preso el gordo Ricardo Polidoro, conocido militante de *Tacuara*, que dirigía Alberto Ezcurra. Lo primero que preguntó fue: *-¿Quién es Gustavo Rearte?* Cuando se lo presentan se cuadra militarmente y le dice: *-La organización me dio orden de ponerme bajo su mando*. Gustavo no simpatizaba precisamente con *Tacuara*, pero había un respeto a los hombres de la Resistencia que estaba más allá de las ideologías. Además está decir que ese encuentro le valió a Gustavo años de cargadas; precisamente a él, que estaba acusado de zurdo, se le venía a subordinar alguien de la derecha católica. En el 71 fue a verlo un joven de la nueva generación y comenzó diciendo: *Nosotros, los compañeros de*

superficie... Gustavo lo paró en seco. "Aquí no hay - le dijo- una organización de superficie y otra subterránea, ese es un criterio erróneo que lleva implícito un menosprecio a las estructuras políticas de masas, supone que son apéndices o juegan un rol secundario de una estructura que conduce desde las sombras". Gustavo creyó y trabajó para dotar de una organización al Movimiento, pero una organización ligada a las bases, con cuadros y dirigentes surgidos del trabajo político y social.

Con Perón

Gustavo trabajaba en 1953 en Carrier-Lixclet, una empresa que fabricaba equipos de aire acondicionado. Lo mandan a la quinta presidencial de Olivos a reparar una unidad y allí conoce personalmente a Perón. Durante los días que pasó en Olivos tuvo oportunidad de conversar con él. *El Viejo* le preguntó por su trabajo, por su familia. Gustavo le contó que hacía poco se había casado con Amelia Slikas y que estaban alquilando con muchas dificultades. Tuvo suerte y el general le facilitó las cosas para que le otorgasen un departamento del Banco Hipotecario a pagar en cuotas. Así pudo tener su casa propia en el barrio de Villa Celina, en La Matanza. De allí puede provenir ese trato particular que tenía Perón con él, *el General* hablaba de Gustavo como quien habla de un hijo.

Rearte inició la militancia sindical antes de la caída del peronismo. Primero fue metalúrgico y después entró a trabajar como operario en la empresa Jabón Federal, ubicada en la avenida General Paz y Crovara de La Tablada. El 16 de setiembre de 1955 se consuma el golpe contra el gobierno constitucional de Perón. El 23 asume como presidente de facto el general Eduardo Lonardi. Hay una anécdota relatada por Miguel Gazzera, que desnuda el pensamiento de los *Libertadores*: *El día 25 el general Lonardi concedió una audiencia a lo que quedaba de la CGT. Los compañeros estaban en la antesala cuando por el despacho pasó un marino. Se detuvo, les preguntó*

quiénes eran y qué esperaban. Respondida la pregunta los miró detenidamente y les hizo explotar esta sentencia:... y sepan ustedes que la Revolución Libertadora se hizo para que en este país el hijo del barrendero muera barrendero. El marino era el Contralmirante Arturo Rial.⁽¹⁾

El 13 de noviembre los sectores ultra gorilas de las Fuerzas Armadas, en un golpe palaciego, deponen al general Lonardi -un militar de formación nacionalista católica- y asume el mando del país el general Aramburu, el contralmirante Rojas sigue de vice. Al otro día, la Marina ocupa el edificio de la CGT y nombra interventor al capitán de navío Patrón Laplacette. Lo más valioso que había en el edificio era el cuerpo de Eva Perón, que quedó a merced del odio de los profanadores. Patrón Laplacette interviene todos los sindicatos adheridos, dando inicio a un tiempo de despojos y persecución al movimiento obrero. Gustavo fue delegado, delegado general y después, en 1957, secretario general del Sindicato de Jaboneros y Perfumistas de Capital Federal y Gran Buenos Aires. Desde este puesto se constituye en uno de los pilares de la *Comisión Intersindical* y luego del *Movimiento Obrero Unificado*. Patrón Laplacette convoca, en el mes de agosto del 57 al Congreso Normalizador de la CGT, allí nacen las 62 *Organizaciones*, donde Gustavo tiene una activa participación. Estando al frente del sindicato se produce una huelga en la empresa *Llaneza* perteneciente a Jaboneros de Avellaneda. Este conflicto estaba conducido por los comunistas. Muchos compañeros plantean no apoyarla debido al papel *gorila* que había asumido el Partido Comunista (PC) respaldando a la *Revolución Libertadora*. Gustavo sostiene que si los compañeros los votaron hay que bancarlos. Se logró destituir al gerente de personal de *Llaneza* y se ganó el conflicto. Cuando se aprueba la ley que autoriza la venta del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre, los trabajadores inician el 16 de enero de 1959 una huelga con ocupación del establecimiento. La Juventud Peronista participa de esta acción. En la madrugada del otro día las fuerzas de seguridad apoyadas por efectivos del Ejército desalojan a los obreros y toman posesión de la fábrica. Son apaleados y detenidos cientos de trabajadores, entre los presos se encuentra un trabajador metalúrgico compañero de Rearte: se llama Felipe Vallese.

Vallese y la JP

El 18 de marzo de 1962 se realizan las elecciones para gobernador de la Provincia de Buenos Aires y triunfa la fórmula peronista Framini-Anglada. Frondizi anula el veredicto de las urnas. Son sus últimos actos de gobierno. El día 29 las Fuerzas Armadas lo desalojan de la Casa Rosada y asume José María Guido, un político títere de los milicos. Para ese entonces la Policía Federal estaba detrás de Alberto *Pocho* Rearte, hermano de Gustavo, que ligan a un enfrentamiento armado producido en la calle Gascón en Capital. Gustavo sigue preso. En esa búsqueda, la noche del jueves 23 de agosto del 62, una comisión de la Policía Federal secuestra, frente al número 1176 de la calle Canalejas, en el barrio de Flores, a Vallese y nunca más aparece, va a ser uno de los primeros detenidos-desaparecidos, una metodología del terror que los militares van a aplicar masivamente en la década de los 70. Vallese era delegado metalúrgico de la empresa TEA y activo miembro de la JP. Cinco días después de su secuestro fue llevado a la comisaría de Villa Lynch, allí estuvo 24 horas y pudo entregar a dos presos un mensaje, dirigido a su gremio, para que lo ayuden. Los presos eran Antonio Oviedo Brochero y Moisés Kasmio. Felipe, con las ropas desgarradas y heridas en todo el cuerpo les contó que había sido detenido y torturado por personal policial, querían información sobre un compañero buscado por *terrorista*, les dijo. El mensaje fue transmitido pero la ayuda no llegó nunca. Vallese tenía 21 años, estaba terminando el secundario en una escuela nocturna y participó en las luchas estudiantiles en defensa de la enseñanza laica durante el gobierno de Frondizi. Desde el día de su desaparición un reclamo enfervoriza las marchas de la JP, *¡Un grito que estremece, queremos a Vallese! ¡Policía Federal, la vergüenza nacional!*

El 5 de febrero de 1963 toma posesión en la CGT una nueva Comisión Directiva. A mediados de año es convocado el Comité Central Confederado y decide poner en marcha el plan de lucha aprobado en el último Congreso. Se resuelve ejecutar la segunda semana de protesta, que se inicia el 27 de mayo y culmina el 31 con un paro nacional de 24 horas. En todo el desarrollo del plan participan más de 3 millones de trabajadores y se ocupan 11 mil establecimientos

fabriles. En esas jornadas las organizaciones de la Juventud Peronista apoyan con todo el plan de lucha.

Después del golpe del 55, el desmantelamiento de las estructuras del peronismo, sumado a la persecución de sus dirigentes y la defecación de otros, deja al Movimiento librado a su propia suerte. A pesar de ello, lentamente comienza a organizarse. Los grupos iniciales se juntan en el barrio, en la fábrica o en la oficina. Los une la solidaridad y la confianza. Se aglutinan en torno del más informado, en su gran mayoría son dirigentes medios. En casa de la hija del general Juan José Valle, se reúnen una tarde de 1957, Gustavo, el *Tuli* Ferrari y Susana Valle, y forman el comando Valle de la JP. Esta agrupación después va a confluír con el Comando Centro, que lideraban Spina y Rulli. Cuando en 1959 en una reunión realizada en el sindicato de Farmacia, se organiza la primera Mesa Ejecutiva de la JP, Gustavo forma parte de ella junto a Ferrari, Pocho Rearte y Spina. En la segunda Mesa, conformada en 1960, están: Rulli, Beatriz *Bechi* Fortunato, Spina, Alberto *Pocho* Rearte, El Kadri, Alberto Brito Lima y un representante del sector estudiantil. Las respuestas del peronismo son espontáneas, otras ingenuas y muchas violentas. Una actividad difundida era pegar una foto de Perón en los cristales del diario *La Nación* y al que intentaba arrancarla lo molían a palos. La barra brava de *Corrientes y Esmeralda* se convierte en Juventud Peronista. La proscripción de todos los dirigentes peronistas, de secretario de unidad básica y delegado gremial de sección para arriba, inhabilitados para ejercer cargos políticos y sindicales, como lo establecía el decreto 4152/56, da pie para el surgimiento de una nueva camada de dirigentes. Así surge en 1955 una nueva generación de peronistas.

El MRP

Con Rearte trabajamos juntos en la organización del MRP. En realidad, Gustavo era el jefe, un dirigente nato que se destacaba por su sola presencia. Era el que más sabía, intuyó antes que nosotros las

debilidades de un hombre tan controvertido como Héctor Villalón, cuando éste contaba con todo el aval de Perón y expuso sus críticas. Los de nuestra generación le teníamos un respeto casi sagrado -él, como los compañeros de la JP de La Plata, Diego Miranda y Haroldo Logiurato, venían del 55, nosotros comenzamos en los 60-. Su figura ya era un mito entre la militancia. El 5 de agosto de 1964 surge públicamente el MRP, es designado secretario general Nicanor Leyes, un viejo y prestigioso dirigente de la Resistencia, Gustavo forma parte de la conducción. Son de la partida los sindicalistas Ricardo De Luca, de Navales; Juan Eyheralde, del Calzado; Salar, de Ceramistas; los tucumanos Benito Romano y el *Gordo* Villalba de la FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar); Abdala Baluch, metalúrgico de La Matanza; Flotildo Rojas, de ATE (Asociación Trabajadores del Estado) Capital; Miguel Angel Garaycochea⁽²⁾, de Canillitas. Por el sector político participan Luis Rubeo y Pedro Bluma de Rosario; Bernabé Castellanos, de Entre Ríos; Carlos *Pancho* Gaitan, Fausto Rodríguez y Luis Carnevale, de Córdoba. Por la Rama Femenina, Doly Pierini, Diana Pareja y Martha Curone. Por la Juventud, Eduardo Salvide, de AJES (Agrupación Justicialista de Estudiantes Secundarios) y la JP de La Plata, representada por Néstor Fonseca, Amalia Ramella, *El Beto* Ayala, Baby Molina y yo. Este núcleo fundador agrupa a lo más sólido del antivandorismo en el campo político y gremial. Está claro desde el inicio que el MRP es, en manos de Perón, una estructura para poner límites al avance del vandorismo y preparar las condiciones para la *Operación Retorno* que se va a lanzar el 2 de diciembre de ese mismo año. Vandor, secretario general de la UOM, es el hombre que encarna la idea de un peronismo sin Perón. Para tal fin se reúne, en el año 63, el *Congreso de Avellaneda*, donde surge la famosa consigna *Hay que estar contra Perón para salvar a Perón*. Esa contradicción del MRP -ser una herramienta para la lucha interna o una propuesta hacia la sociedad- es lo que define sus limitaciones y sus virtudes. El 7 de julio de 1963 se realizan las elecciones presidenciales, el peronismo sigue proscripto, triunfan los radicales del Pueblo. Illia asume el gobierno el 12 de octubre. Previo a las elecciones, en el mes de julio, José María Guido decreta una amnistía, cientos de presos Conintes salen en libertad. El peronismo se debate en una lucha in-

terna que lo enfrenta en dos sectores antagónicos; de un lado están los vandonistas, del otro los sectores leales a Perón representados por un abanico de expresiones que van desde la derecha católica a la izquierda. Perón designa un *Cuadrivirato* como conducción máxima del Movimiento, integrado por Julio Antún, Rubén Sosa, Ilda Pineda de Molina y Andrés Framini. El lanzamiento del MRP, como la misma existencia del *Cuadrivirato*, preocupa a la vieja dirigencia y Delia de Parodi, Alberto Iturbe, Adolfo Cavalli y *El Lobo* Vador viajan a Madrid para exigir su desautorización. Al regreso, el 25 de agosto de 1964, traen una carta de puño y letra de Perón donde desautoriza al MRP, al periódico *Compañero*, que dirigía Mario Valotta, y declara al PJ como única organización del Movimiento ratificando el Comando Superior y a Iturbe como delegado de Perón. En el retorno de ese mismo viaje, Delia de Parodi trae otra carta dirigida al MRP, donde Perón nos explica las razones que lo obligaron a tomar esas medidas contra nosotros y nos insta a mantenernos en una posición de *Lealtad en rebeldía*. Nunca más preciso aquello de que *Dios aprieta pero no ahorca*. Con este despelote Gustavo viaja a Madrid y es recibido por el *General* en Puerta de Hierro. Fue a ratificar el accionar del MRP y Perón le dio el visto bueno para ello. A su regreso, junto con Mario *Toto* Franco, Ricardo *Dulce de leche* Ibarra, Eduardo Salvide, Emir Carlos *Titi* Vidal, *Gustavito* Lafleur y Juan Carlos *el Negro* Arroyo, crean la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP). Sentado frente a su *Olivetti*, Gustavo hace conocer su prédica a través de las páginas del periódico *En Lucha*⁽³⁾, órgano de la JRP y de *Compañero*, vocero del MRP. Firme en la defensa de los postulados del peronismo, duro con los genuflexos y traidores. El fue también uno de los principales redactores del decálogo, el programa y la declaración de principios del MRP; en ese entonces tenía 32 años.

Agudo crítico de las direcciones claudicantes, tanto políticas como sindicales, Gustavo, junto a Armando Jaime, *el Negro* Salomón, *Pancho* Gaitán, nosotros desde La Plata y otros compañeros del MRP, planteamos en 1965 el voto en blanco en las elecciones nacionales

para la renovación parcial de las cámaras. Esa vez no nos fue bien porque la mayoría de los compañeros votaron los candidatos que mal o bien representaban al peronismo. Nuestra intransigencia a veces nos hacía perder cintura frente a los procesos electorales. Los del MRP somos uno de los mayores impulsores del encuentro sindical-político *De Pie Junto a Perón*. Viajamos a Tucumán junto a Gustavo para organizar el encuentro, él está en la primera línea. La jornada convoca a las fuerzas políticas y gremiales combativas; José Alonso del Sindicato del Vestido preside la reunión. Realizado en marzo del 64, el Plenario reafirma el carácter revolucionario del peronismo y va a constituir uno de los hitos más importantes en la lucha contra el vandomismo.

Cuando los Estados Unidos invaden Santo Domingo en 1965, se organiza en el país una campaña contra el envío de tropas argentinas. Gustavo está en esa tarea y visita la República Dominicana, llevando el apoyo del peronismo a la lucha que libraba el coronel Francisco Caamaño Deno contra los invasores yanquis. En el invierno del 67 viaja por segunda vez a La Habana, integrando la delegación argentina que se organiza para participar en el congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). La delegación estaba presidida por John William Cooke y el congreso se realiza el 31 de julio. Sobre la relación de Rearte con el *Gordo* Cooke no conozco detalles, pero sé que fue muy rica y polémica. Gustavo no se guardaba nada y tenía sus diferencias con el *Gordo*, discutían apasionadamente. Cooke hizo grandes esfuerzos para acercar el peronismo a la revolución cubana, muchos de nosotros conocimos la Isla en el 62 por él. Gustavo estuvo varias veces y mantenía una relación muy estrecha con los cubanos, nunca ocultó su solidaridad y apoyó la lucha que libraba el *Che* en Bolivia. No obraba sólo por sentimentalismo, estaba informado de los planes y proyectos que ese grupo de hombres llevaba adelante en el corazón de la selva chaco-boliviana. Hoy se conoce que Gustavo se entrevistó con el *Che* cuando éste pasó clandestinamente por el Río de la Plata, antes de dirigirse a La Paz y de allí al monte boliviano. La muerte del *Che* el 8 de octubre de 1967 nos golpeó duro; como dijo después Perón en una carta, *era uno de los nuestros*: así lo sentimos.

El Peronismo Revolucionario

El 18 de agosto de 1968 lo encuentra en plena tarea de organización del plenario del Peronismo Revolucionario. Esta reunión se realizó en el sindicato de Farmacia, en Buenos Aires, y estuvieron presentes, entre otros, Jorge Di Pasquale⁽⁴⁾, Alfredo Ferraresi, el mayor Bernardo Alberte⁽⁵⁾; el *Chanchito* Lucero, de Rosario; Juan García Elorrio de *Cristianismo y Revolución*; Haroldo Loggiurato y Tomás Saraví por el *Dele Dele* de La Plata; los sacerdotes Arturo Ferré Gadea, Gerardo Ferrari; el *Negro* José Sabino Navarro; el *Gordo* Miguel Lizazo⁽⁶⁾; Celestino Blanco de telefónicos; Eduardo Gurucharri, Gustavo Lafleur, Jorge Perez y Mario Franco de la JRP (Juventud Revolucionaria Peronista); por la JP de San Fernando, Manuel Belloni y Diego Frondizi; Jorge Gil Solá y Roberto Sinigaglia por Acción Revolucionaria Peronista (ARP); el *Pelado* Berazategui y Zoloa de Mendoza; de Córdoba vinieron el *Gringo* Elbio Alberione, el *Negro* Erico Tejada y Horacio Lava; de la JP de La Plata concurrimos el *Turco* Rodolfo Achem⁽⁷⁾, Néstor Pichila Fonseca⁽⁸⁾ y yo. También, si mal no recuerdo, estuvo presente un sector universitario del Integralismo cordobés. Casi al final de la reunión tuvimos una visita inesperada: junto con su compañera, Alicia Eguren⁽⁹⁾, llegó el *Bebe* Cooke. El *Bebe* estaba muy enfermo, el cáncer lo había debilitado mucho; flaco, con las ropas que le sobraban por todos lados, vino a dar su palabra de apoyo a la organización de la lucha armada que, a poco andar, se iniciaría en el país. En esa reunión hubo mucha discusión, faltaba todavía madurez, pero se lograron acuerdos importantes para ese momento. El plenario resolvió: *Promover la lucha frontal contra la dictadura de Onganía y apoyar todas las formas de lucha que surgieran del campo popular*. Armando Jaime, Salomón de Salta, Avellaneda, un compañero de la juventud de Capital y otros, realizaron un congreso paralelo en el Gran Buenos Aires. Al parecer, la reunión se complicó y cayeron todos en *cana*. Poco tiempo después de este Primer Congreso, y bajo el impulso de sus resoluciones, se edita el periódico *Con Todo*⁽¹⁰⁾, dirigido por Bernardo Alberte.

Al mes de la reunión en Farmacia, el 19 de setiembre de 1968, es apresado en forma fortuita un grupo guerrillero en Taco Ralo, pro-

vincia de Tucumán. Entre sus integrantes se encuentran, Envar El Kadri y Arturo Ferre Gadea. Este grupo constituía el *Destacamento 17 de Octubre* de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas). Ese mismo día, a los 47 años de edad, acosado por un cáncer, muere en Buenos Aires John Willam Cooke. La lucha armada, a los tropiezos, iba tomando cuerpo en el país.

Estamos en los albores de las insurrecciones populares que sacudirían al país y Gustavo no cejaba en su esfuerzo por adoctrinar y organizar. En Córdoba se realiza, el 11 y 12 de enero de 1969, el segundo encuentro del Peronismo Revolucionario: Gustavo es uno de los organizadores; acuden agrupamientos de todo el país, la reunión es muy representativa, presiden la mesa el mayor Alberte, Jorge Di Pasquale, Miguel Garaycochea y *Pancho* Gaitán. Son más de cien delegados de todo el país. Está presente todo el sindicalismo combativo. La JRP se opuso a la participación del Comando de Organización (CdeO) que dirigía Alberto Brito Lima. Discuten y no aceptan su participación. Gustavo se retiró junto a toda la JRP cuando se corrió la bola que venía la *cana*, y no volvieron. Cuenta Eduardo Gurucharri que ellos se fueron en un *Torino*, que manejaba el psicólogo Antonio Caparrós, junto a Gustavo y al cineasta Octavio Getino. El Congreso se dispersó, volvió a reagruparse y finalizó con la aprobación de un documento que se dio a conocer a la prensa.

La guerrilla

El Rosariazo, que estalló el 21 de mayo de 1969 y el Cordobazo, que eclosionó ocho días después, lo encuentra a Gustavo alojado, junto a Eduardo Gurucharri, Pedro Sandoval y Héctor Hugo Andina Lizárraga, en la cárcel de Villa Urquiza. Fue detenido en Tucumán el día 3 de mayo, previo a las insurrecciones populares, acusado de conspiración para la rebelión. Se tragó seis meses de *cama*. En enero del 69 ya habían sido apresados en el abra de Santa Laura, Jujuy,

Edgardo Lombardi y César Burgos. Estos dos compañeros eran parte de un grupo de la JRP que se encontraba realizando una operación de reconocimiento del terreno. A Gustavo no lo dejaban tranquilo. Cuando pasaba algo *grosso*, lo detenían unos días y después lo largaban. Cuando fue ajusticiado el general Aramburu lo metieron preso junto a Susana Valle; él no quiso esconderse porque pensó que se iba a tomar como una confirmación de las sospechas; estuvieron unos días en *Coordinacion* y los largaron. Cuando matan a José Alonso lo detienen, cuando matan a Vandor, los de *Coordina* también lo van a buscar a su casa, pero esta vez no lo encuentran, estaba alojado en la cárcel de Villa Urquiza. A comienzos del 70, junto a un grupo importante de compañeros fundó el MRI7, cuya mesa de conducción estaba integrada, entre otros, por Eduardo Gurucharri, Edgardo Lombardi, Pedro Sandoval, Emil Vidal, Alicia Rabinovich, Jorge Perez y Mario *el Toto* Franco, que se fue al poco tiempo. Rearte fue un desmalezador de dudas. Sus ideas están avaladas por la autoridad ética de su conducta, no había especulación en sus planteos. En el momento de mayor auge de las organizaciones armadas fue un duro crítico de las *orgas*, intuía que en medio de la riqueza de planteos y métodos que traían las nuevas generaciones de militantes de los setenta, surgidos en muchos casos de prácticas estudiantiles, se colaban también ideas erróneas, que después pagaríamos caro. El hombre que forjó la primera resistencia, el que realizó las primeras acciones armadas en el país, el profeta de los sueños, defendió frente a los timoratos y reformistas el derecho a la rebeldía, el derecho de armarse contra los opresores, pero quería que la lucha no derivara en una guerra de aparatos. Buscaba que la organización del pueblo y su vanguardia estuvieran enraizadas en la base. *No habrá cambios cualitativos en el peronismo -decía- hasta tanto no logremos la organización política que sustente y sea capaz de llevar adelante esta guerra.* En octubre de 1969, un comando de las FAP toma por asalto el destacamento de policía de la localidad de Tortuguitas en la provincia de Buenos Aires, se llevan armas y uniformes. Esta va a ser la primera operación armada importante de la guerrilla peronista, en este nuevo escalón de la lucha. Comienza el nuevo año y el 6 de enero, para la fiesta de Reyes, es difundido el siguiente comunicado: *En el día de*

la fecha el Destacamento 'Eva Perón' de las FAP, tomó por asalto la Guardia Policial de Villa Piolín y capturó su armamento. Simultáneamente distribuyó entre los niños de la villa una carga de juguetes, expropiados momentos antes. La guerrilla peronista en su versión urbana hace sus primeras apariciones públicas.

Todavía conservaba el calor del abrazo que el General le brindó al despedirlo en el jardín de la residencia de Puerta de Hierro, cuando cayó enfermo. De fe inquebrantable y lealtad probada, el rebelde Gustavo, rodeado de sus hijos María Eva (tenía 15 años) y Gustavito (18 años) y su mujer Amelia Slikas y sus hermanos, vivió desde su lecho los sucesos de Ezeiza del 20 de junio del 73: *La cosa es vasta -decía- miren el ejemplo de México con su revolución institucionalizada, quieren hacer lo mismo con la revolución peronista.* Gustavo tenía dos hermanos, Miguel -Cacho-, mayor que él y Alberto -Pocho-, el benjamín de la familia, con quien siempre discutía y se peleaba en las reuniones. De chicos vivieron en la Capital, en el barrio de San Telmo, junto con su madre Ema, de origen italiano, y su padre, un criollo oriundo de Córdoba, de firmes convicciones nacionalistas. Robusto, atropellador, Gustavo dejaba entrever en sus posturas su paso por el boxeo. Fue aficionado a ese deporte y llegó a tener su debut en la Federación de Box. Con su mujer Amelia se conocieron de adolescentes en la empresa Siam Di Tella. Antes de los veinte estuvo un año en la Escuela de Suboficiales de la Aeronáutica de Córdoba, lo pusieron en el cuadro de honor, pero la disciplina militar no era para él. Víctima de una leucemia empecinada, Gustavo Rearte falleció el domingo 1 de julio de 1973 en el Hospital Francés, a la edad de 41 años. Fue velado en la Federación Gráfica Bonaerense. Lo acompañaron más de tres mil personas al cementerio. Lo despidieron Carlitos Caride, Eduardo Gurrucharri, Julio Guillán, Raymundo Ongaro, el mayor Bernardo Alberte y el cónsul cubano de ese entonces.

La última vez que nos encontramos fue en la Convención del Partido Justicialista, realizada en el Hotel Crillón de Santa Fe y Esmeralda. Ese día, 15 de diciembre de 1972, se proclamó la fórmula Cámpora-Solano Lima. El suyo fue uno de los discursos más brillantes que le escuché, su palabra fue atendida con recogimiento, había un respeto casi sagrado hacia este hombre, aún por parte de dirigentes que no hubieran dudado en mandarlo en *cama*. Como conclusión, se opuso a la postulación de Héctor Cámpora. Sostenía que ese lugar era de Perón y que no se podía transigir. Esta oposición a la figura de Cámpora como candidato a presidente de la Nación, para mi dolor, coincidía, desde otra óptica e intereses, con los planteos de los dirigentes sindicales de las "62 Organizaciones"; con la diferencia que éstos últimos querían reemplazar a Cámpora por Antonio Cafiero y Gustavo quería que fuese Perón. Creo que, como otros compañeros de su experiencia y trayectoria, tenían más dudas que certezas respecto al proceso iniciado con el *Luche* y *Vuelve*. Les faltó confirmar que por allí, con su bagaje de aciertos y errores, pasaba el curso de la historia.

Cuenta Amelia que, en una carta, Gustavo le dice, *te quiero en Cristo y en Marx*, así de abarcadora era su fe. En otro momento, cuando a la Tía Margarita Contursi le ponen una bomba en su casa, él se queda para acompañarla, ese también era Gustavo. Dicen sus amigos que en 1972, cuando Gustavo viaja a Madrid para entrevistarse con Perón, el General le propone integrar un Triunvirato, junto a Rodolfo Galimberti y Julián Licastro, para conducir la JP. Para cualquiera de nosotros eso representaba un honor, un gran reconocimiento. Gustavo se lo tenía merecido, no había dudas que si a alguien le correspondía ese lugar era a él. Sin embargo, le contestó a Perón que no iba a responder por él, que le diera tiempo para llamar a los muchachos de La Matanza para discutirlo. Telefonó desde Madrid y consultó a sus compañeros del MR17 y de la *Agrupación 9 de Junio*, que lideraba Honorio Gutierrez, y por acuerdo decidieron que no aceptara: con esa respuesta volvió a ver a Perón. Ese era Gustavo, soñador, rebelde, cuestionador, leal hasta la médula, querido

por sus compañeros y respetado por sus enemigos. Un madrugador de la historia, un precursor, un hombre que en los cincuenta hablaba el lenguaje de los setenta ■

¹ **Miguel Gazzera y Norberto Cresole**, *Peronismo: Autocrítica y Perspectivas*. Editorial Descartes, Bs. As. 1970, Pág. 63.

² **Miguel Garaycochea** (*Gordo* (40) 20/04/76. Casado, dirigente del Gremio de Camillitas. Hombre de larga historia en el Peronismo Revolucionario, miembro fundador en 1964 del MRP. Fue abatido junto a su compañera **Irma Delgado Puchi** (43) cuando se trasladaban en un Citroën por la ruta Panamericana, ambos están detenidos-desaparecidos. *Puchi* era delegada de la empresa *Laboratorios Lazar* de Munro, su padre de apellido Delgado y su madre Irma L. Lizaso son también secuestrados y están desaparecidos. *El Gordo* y *Puchi* eran miembros de la columna norte de Montoneros.

³ *En Lucha*, órgano de la JRP, se publicó a partir 1960 y se publicaron más de 50 números en todos los años de existencia. Firmaban como responsables de la publicación: Gustavo Rearte, J. J. Jordan (*Toto* Mario Franco), Eduardo Salvide y Gustavo Flores (*Gustavito* Lafleur).

⁴ **Jorge Fernando Di Pasquale** (), 26/12/76. casado, un hijo, secretario general de la Asociación de Empleados de Farmacia. Según testimonios en la madrugada del miércoles 26 de diciembre se presentaron en su casa de la calle Condarco N° 1700 de Capital, nueve hombres de civil diciendo que eran policías. El operativo demoró una hora y media, en el transcurso del cual los desconocidos revisaron todo, robándose dinero y un auto propiedad de Jorge. Quien actuaba como jefe del grupo manifestó a la familia que Di Pasquale iba a ser trasladado al Regimiento 1 de Patricios, pero posteriores diligencias de su hijo Pedro Fernando y su esposa Griselda Román no permitieron confirmar el lugar de confinamiento. Según informaciones recibidas, habría permanecido detenido en la comisaría 37. Las autoridades de la Policía Federal negaron sistemáticamente el hecho.

⁵ **Bernardo Alberte** *El Yorma*. Teniente coronel (RE), fue designado por Perón en 1964 como su delegado personal en reemplazo del mayor Pablo Vicente. El 24 de marzo de 1976, a las 2 de la madrugada, una comisión del ejército irrumpió en su casa, amenazado con armas de fuego, lo redujeron y lo arrojaron sin más trámite desde el 6° piso de su departamento, en Libertador al 1600.

⁶ **Miguel Francisco Lizaso** (38), 14/09/76. Casado, un hijo. Cayó abatido cuando intentaban detenerlo en una pinza. *El gordo* Lizaso cubrió la retirada de su compañera Adriana que pudo zafar. Fue director de la revista *El Peronista*, clausurada en junio de 1974 y miembro de la organización Montoneros. Hermano de **Carlos Lizaso** (21), fusilado en los basurales de José León Suarez el 10/06/56. También hermano de **Jorge Héctor Nono Lizaso** (41), 1/10/76. Detenido-desaparecido, fue secuestrado junto a su esposa **María del Carmen Nuñez China** (34), en Florida, provincia de Bs. As., conducidos a la ESMA fueron brutalmente torturados, están detenidos-desaparecidos. Los dos eran miembros de Montoneros. También hermano de **Irma Lizaso de Delgado** (59), 2/04/76. Casada, secuestrada en la localidad de Florida, provincia de Bs. As., delegada. Su otro hermano mayor **Arnaldo Lizaso**, casado, un hijo, fue parte de la conducción de la Agrupación del Peronismo Auténtico (APA) y después miembro del Consejo Superior del Peronismo Montonero. Vivió en el exilio hasta el año 1984, volvió a la Argentina y se radicó en Chile. Falleció en 1996.

⁷ **Rodolfo Achem**, ver página 49

⁸ **Néstor Pichila Fonseca** (27), se formó en la Escuela de Aprendices del Astillero Naval de Río Santiago, de allí salió con el oficio de carpintero matricero. En 1958, siendo menor de edad, fue

elegido delegado por sus compañeros, éste es el comienzo de su actividad sindical. Afiliado al gremio de ATE Ensenada, fue designado como representante de la seccional ante la Delegación Regional de la CGT. En 1965, siendo obrero textil, participa del conflicto de la empresa Petroquímica Sudamericana. La JP de La Plata lo cuenta en sus filas desde sus inicios. En 1972 entra a trabajar en el frigorífico SWIFT de Berisso, es elegido delegado de su sección. Dirigente de la *Coordinadora Sindical de Gremios en Lucha*, organiza junto a otros compañeros las movilizaciones contra las políticas reaccionarias del gobierno de Isabel Martínez de Perón. Además de trabajar y militar, estudia, termina el secundario de noche en el Colegio Nacional. Luego, entra y se recibe en la escuela de Cine de Bellas Artes. El golpe militar de 1976 lo encuentra en plena tarea sindical en el frigorífico y, a causa de la represión que se desata, tiene que dejar su trabajo y pasa a la clandestinidad.

9 **Alicia Graciana Eguren** (52) 26/01/77, viuda de John William Cooke. Histórica militante del Peronismo Revolucionario, formó parte de la conducción de Acción Revolucionaria Peronista (ARP) en los años sesenta. Fue secuestrada en Capital Federal por las Fuerzas Armadas. Según testigos, fue vista en la ESMA y *trasladada* en abril de 1977.

10 *Con Todo*. Después del primer Congreso del Peronismo Revolucionario, realizado en el Sindicato de Farmacia en 1968, saltó este periódico como órgano del Peronismo Revolucionario. Director: Bernardo Albarte. Redacción: Alicia Eguren, Celestino Blanco de FOETRA, Jorge Gil Solá de ARP. Salieron 4 ó 5 números entre los años 68 y 69.

Carlos Olmedo

Los días del estío

Carlos Olmedo

Los días del estío

(J.O.L.) Debo aceptar que cuando lo conocí, a mediados de 1968, me resultó un tipo pedante. No sé a qué se debió esa primera impresión. Posiblemente a que nuestro encuentro -él, mi hermano Arturo y yo- obedecía a un comienzo de coordinación entre nuestro minigrupo y el suyo (lo que después se conoció como las proto-FAR). Carlos Olmedo, por esa circunstancia, seguramente trató de apabullarnos con su autoconfianza, su capacidad y, sobre todo, con el número de compañeros y recursos con que decía contar para iniciar la lucha guerrillera.

Sin embargo, esa primera impresión se me disipó tan repentinamente como vino. Es que también fueron fulminantes los acuerdos y la mutua confianza y esa primera imagen dió paso a su contraparte: el reconocimiento al empuje arrollador del que sería nuestro número uno indiscutido.

El rechazo que me produjo inicialmente, por ese aire de “vendedor de ilusiones”, pienso que obedeció más que a él a mi propia prevención con todo lo que oliese a político tradicional. En definitiva, algo que nos marcó a toda esa generación: nos hicimos a la vida pensante tras el cruento golpe del 55 y la persecución posterior al peronismo, luego vivimos otros golpes, elecciones proscriptivas o anuladas; sólo conocimos farsas democráticas.

Cuando nos reunimos aquella primera vez, en un café de la avenida Pueyrredón y Vicente Lopez, el general Onganía hacía casi dos años que había prometido dos décadas de gobierno militar. Algo así como dictadura para siempre, porque decía que había “objetivos pero no plazos” y ofrecía una “nueva República”, de postre, también tutelada por las Fuerzas Armadas, siempre y cuando los argentinos corrigiésemos nuestra obcecación por el populismo y la manía mayoritaria de votar al peronismo no bien nos abrían una brecha democrática.

Como ya dije, era mediados del 68 y hacía más de un año que se había disipado la muy tibia y fugaz expectativa que tuvimos algunos de nosotros -me incluyo, aunque hoy con vergüenza- en que Onganía inauguraría un período más semejante a los dos gobiernos de Perón que al de Pedro Eugenio Aramburu.

El minigrupo en el que yo militaba, frustrado el intento que hicimos de acompañar al Che Guevara -su muerte nos sorprendió en Cuba cuando nos preparábamos para ir tras él-, se alistó para lo único que considerábamos eficaz y posible en esas circunstancias: “armar nuestra política”, como diría Olmedo en los primeros documentos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Rápidamente, la fusión en una sola organización del grupo que conducía Olmedo con el que lideraba mi hermano Arturo, se encabalgó con el acercamiento a las FAP, durante el invierno de 1968. En realidad fue esta última la que puso en contacto a nuestros dos grupos, con una generosidad e inteligencia hoy difícil de encontrar en el terreno político. En vez de intentar fagocitarnos, nos ayudó logísticamente y promovió nuestra coordinación mientras librábamos una profunda discusión acerca del peronismo.

En general, los dos grupos proveníamos de la izquierda, valorábamos positivamente al peronismo, pero no nos incluíamos en él. La discusión sobre el peronismo se venía dando, de distintos modos, desde hacía muchos años, pero en esa oportunidad, nuestra decisión de actuar como organización guerrillera y la cercanía con la FAP le otorgaba el carácter de una definición de gran trascendencia política.

En el marco de esa efervescencia y de la discusión política conocí realmente a Olmedo. Con otro queridísimo compañero, Roberto Pampillo, éramos, dentro de lo que podría definirse como una segunda línea de conducción, los más reacios a aceptar nuestra identificación plena con el peronismo, tal vez por motivos diferentes: Roberto (por algo le decíamos *el Gallego*), por cierta desconfianza natural a todo lo que viniese mezclado y no fuese transparente, como obviamente sucedía en el peronismo; yo porque no dudaba que esa era la mejor manera de iniciar una revolución, pero quería garantías de la no desvirtuación del final.

Ardua tarea tuvo el *Jóse* (así le decíamos a Carlos Olmedo y después a mi me dirían Josecito para diferenciarme de él, algo que a pesar

del diminutivo me llenaba de orgullo, porque suponía un cierto emparentamiento) para convencernos.

En esa discusión conocí toda su capacidad intelectual y política, pero sobre todo su calidad humana. La polémica fue sin concesiones, ya que no queríamos quedarnos con dudas ante algo que sentíamos tan importante. Por eso, cuando quedé plenamente satisfecho, reconocí sin ningún problema que me había convencido. Esto fue para mi un hecho natural, pero José lo valoró como un gesto de “honestidad intelectual” y allí se afianzó entre los dos una corriente de afecto mutuo.

Roberto, con un pensamiento menos abstracto y más afianzado en las demostraciones prácticas, se quedó con sus dudas, que renacieron durante toda nuestra historia común, ya en Montoneros, cada vez que Perón hacía algo que interpretábamos como una cagada.

Olmedo era un gran orientador. Se había licenciado en filosofía y había realizado un postgrado en la Sorbona a muy temprana edad: a los 23 daba cursos para graduados en Filosofía y Letras. Decía, desde una perspectiva materialista histórica, que una fuerza o movimiento debe juzgarse primero por su composición social y su práctica política y recién en última instancia por la lectura ideológica que tenga de sus propios actos. Tanto las fuerzas sociales que componían al peronismo como su práctica integral, lo definían, por lo menos hasta ese momento, como “el fenómeno maldito del país burgués” (John William Cooke), por lo que aparecía como profundamente revolucionario. Afirmaba José que las grandes discrepancias doctrinarias que albergaba se resolverían de acuerdo al resultado de la lucha política y social que se daba en esos momentos y de la que éramos protagonistas, aunque éste, sostenía, no supusiese que desaparecerían todas las contradicciones.

Todavía hoy me impresiona cómo este pensamiento se alejaba del etiquetamiento que usaba la izquierda tradicional, con respecto al peronismo, definiéndolo como “burgués”. Pero lo que más me seducía de su razonamiento es que no se cerraba en sí mismo, ya que las únicas garantías ideológicas que ofrecía surgían, en última instancia, del accionar político social y de nuestro protagonismo. Debo reconocer, sin embargo, que este pensamiento traía aparejado una predisposición al voluntarismo, que se fue realmente acentuando a medida que nuestras organizaciones se fueron aislando del cobijo de los sectores populares que las nutrían.

Me seducía la claridad de Olmedo, su antidogmatismo y su capacidad de hacer de las palabras herramientas: "herramientas transformadoras", como solía decir.

Pero luego conocí al otro Olmedo, el de las realizaciones prácticas, el de la entrega más que generosa y el que brindaba seguridad y aplomo en las situaciones más difíciles; y ahí, como tantos otros compañeros que compartimos esa experiencia, presentí en él a un líder indiscutido. Pero quiero demorarme un poco más en aquella discusión inaugural.

No puedo olvidar, a pesar de que han pasado más de 30 años, un ejemplo que utilizó y que me pareció brillante. Recordó una historia que cuenta en uno de sus libros Frantz Fanon, psiquiatra negro martiniqués que peleó en Argelia y que condujo el periódico del Frente de Liberación Nacional de Argelia (FLNA).

Los franceses, decía Olmedo citando de memoria a Fanon, hicieron un llamado a la mujer argelina para imitar la imagen "moderna" de las europeas. Las convocaron a liberarse de los "atavismos impuestos" por la religión musulmana -el velo, la reclusión en el hogar, lejos de la vida mundana de los hombres, el no poder elegir personalmente a su marido-. Les ofrecían, presuntamente, la libertad, pero era una "libertad" para combatir a los que combatían por la libertad de Argelia del yugo colonial francés.

La respuesta, según Fanon-Olmedo, fue que aún las argelinas que ya habían dejado de lado esas antiguas tradiciones culturales del Corán, pasaron a respetarlas más escrupulosamente, por lo menos esa fue la tendencia dominante, según contó Olmedo.

Sólo cuando el FLNA fue creciendo -explicaban Fanon/Olmedo-, y su lucha iba ganando en envergadura, las mujeres fueron eligiendo a sus compañeros sin la selección familiar previa y se vistieron y adoptaron las costumbres europeas cada vez que las necesidades de la lucha contra el colonizador francés así lo exigían.

Para Olmedo ésta era una demostración de cómo las costumbres y concepciones cambian de acuerdo a la práctica social y política y a las fuerzas sociales -en el ejemplo, también nacionales- que la impulsan y no exclusivamente por su intrínseco valor, presuntamente progresista o reaccionario de las mismas.

Estas ideas las desarrolló luego mucho más, criticando la concep-

ción pretendidamente leninista de la "importación" de la ideología socialista o comunista en el seno de las masas, que no se percataba de que Lenin no era un importador sino, sencillamente, parte del movimiento socialdemócrata ruso.

El Nacionalismo Popular Revolucionario

Las organizaciones armadas peronistas fuimos criticadas por la izquierda que se definía como marxista, debido a nuestra identidad política peronista. Consideraban contradictorio el peronismo con un proyecto revolucionario, por ser parte -afirmaban- de la ideología burguesa.

Por nuestra parte concebíamos la ideología como "la conciencia que los hombres han logrado de su propia realidad", según la definía Olmedo. Y agregábamos, con él: "una ideología tiene vigencia todo el tiempo que sirve para interpretar una realidad, para darle a sus protagonistas una conciencia del sentido que esa realidad tiene". Es decir, para nosotros la ideología nunca fue un paquete cerrado de ideas capaces de constituirse en una bandera política universal.

Por el contrario, afirmamos siempre la identidad particular, única e irrepetible, de la cultura e historia de nuestro pueblo, en el marco condicionante de las situaciones de dominación y conflicto que se dan en el mundo en cada época. Lo que sintetizaba para nosotros el peronismo, como expresión del nacionalismo popular revolucionario.

"La experiencia peronista podría definirse -decía Olmedo- como aquella experiencia que impide absolutamente a un trabajador concebir un hecho reivindicativo despojado de su significación política". Y agregaba luego: "lo que genera conciencia no es sólo la miseria, sino la comprensión de que esa miseria es una injusticia. Y esa es quizás la contribución más importante que la experiencia peronista ha dado a nuestro pueblo. La posibilidad de comparar, de cotejar, de desmentir. La posibilidad de hacer de la explotación una historia, un fenómeno histórico referido a intereses terráqueos y no celestiales o sobrehumanos. Y por lo tanto, que es modificable. Allí está, quizás, la clave de la interpretación del fenómeno peronista".⁽¹⁾

En cambio, para nuestros críticos de izquierda, la lucha tenía un

contenido universal entre capitalismo y socialismo y sólo era nacional, en el mejor de los casos, “por su forma”, lo que suponía analizar desde lo general hacia lo particular (del socialismo mundial y su enfrentamiento con el capitalismo desarrollado, a la particularidad nacional de nuestro país)⁽²⁾. De este modo ponían como contradicción principal en el mundo y en el análisis de nuestro país la que definía el enfrentamiento del Este con el Oeste.

Nosotros, a la inversa, siempre pensábamos la situación mundial desde la experiencia argentina, definiendo como puja fundamental la que opone a los países opresores y a los oprimidos, las metrópolis a las colonias o neocolonias, al imperialismo con las naciones que aspiran a su independencia.

Como ya dije, también combatimos la teoría de la “importación” de la ideología en el seno de las masas. Sólo concebíamos el avance ideológico como fruto de la propia identidad cultural, social, histórica y política de un pueblo, verdadero magma en el que se va transformando al calor de su práctica de lucha. Fuera de esto, ninguna influencia exterior puede germinar y ayudar a afilar las herramientas ideológicas utilizadas, pensábamos.

Albañil y arquitecto

El José tenía la capacidad de sacar ideas de nosotros mismos para devolvérselas enriquecidas y sistematizadas: esta capacidad nos hizo vivir los momentos iniciales de nuestra lucha como una empresa realmente compartida. El no vivía en ningún lugar, porque se alojaba en muchos, todas nuestras casas podían ser circunstancialmente la suya. En ese entonces, aún no por razones de clandestinidad, sino porque siempre estaba andando, organizando por todo el país.

Con el aprendí que la continuidad de nuestra lucha estaba garantizada, según lo sentíamos en esos años, por la existencia de otros grupos que, con relación con nosotros o sin ella, rumboaban para el mismo lado. Y no puedo dejar de comparar esa actitud de aquella coyuntura, corroborada por muchos compañeros de otras organizaciones que en esos años me comentaron un sentimiento similar, con las de hoy en día, donde parece tan difícil reconstruir el movimiento

y la cultura nacional y popular; me parece que allí está el origen de la solidaridad de aquella época. Pienso, más allá de las grandes diferencias de ambas épocas, que en aquel momento podíamos tener discrepancias, pero caminábamos realmente en la misma dirección. Hoy podemos llenarnos la boca, como se hace a menudo, con que vamos para el mismo lado, pero en la práctica cada cual sigue el camino de su propio interés.

Fue ese marchar juntos, en aquellos años de avance popular, aunque hubiésemos nacido políticamente cada uno en distintos cuadrantes, y esa convicción y confianza en la convergencia, lo que nos unió efectivamente. Pero Olmedo fue, sin lugar a dudas, el gran albañil y arquitecto (hacía ambas cosas) de esa construcción que llevó, primero, a la creación de las OAP (Organizaciones Armadas Peronistas), como estructura de coordinación; y luego a la fusión de Desacamisados y las FAR con Montoneros. La competencia lógica entre las distintas fuerzas no nos debilitó, porque acicateó la imaginación, la actividad y la organización. Se fortaleció una creciente complementación y coordinación mutua. Esto se dio así entre las FAR, las FAP, Montoneros y Descamisados. Sólo las FAP entraron en un proceso de disgregación temprana, antes del '73, como producto, a mi juicio, de no poder adaptarse, en un primer momento, a los cambios estratégicos que imponían las elecciones que planteó el general Lanusse. Posteriormente, por discrepancias más profundas respecto a la relación entre la lucha de masas y el accionar armado. Y recuerdo a varios y destacados compañeros de las FAP que añoraban la presencia de Carlos Olmedo, lamentablemente muerto el 3 de noviembre de 1971, en un combate en Ferreira, Córdoba, cuando tenía 28 años de edad.

El José, junto con mi hermano Arturo, se encontraron en Uruguay con Raúl Sendic y anudaron los primeros lazos de las FAR con los Tupamaros, en quienes vimos la confirmación de nuestras concepciones nacionalistas, populares y revolucionarias.

Luego me tocó a mí, perseguido aún en democracia, despedir esa relación con Sendic en 1989. Refugiado en Uruguay, padecí las noticias de su enfermedad y muerte. Marché con miles de uruguayos hasta el cementerio de La Teja y escribí una nota, con el seudónimo de Juan

Arlalían (J.A.) -el mismo que utilizaba en mi trabajo periodístico en este segundo exilio, para no poner en riesgo mi refugio-:

“Un alma cimarrona”

“Vine trayendo el último saludo de mi hermano, el de tantos otros hermanos que en mi tierra ya no están.

Pero el de mi hermano que te conoció personalmente. Allá por el 69. Y nos contaba tus sencillas palabras de maestro. “No es cuestión de documentos. La teoría la van a ir construyendo a partir de lo que hagan”, nos decía que decías.

Y nosotros que recién asomábamos a la lucha revolucionaria en Argentina -la guerrilla, fruto del mandato popular del Cordobazo y las resistencias peronistas del caño, el sabotaje, las huelgas salvajes posteriores al 55-, nos sentíamos más confiados, con tus palabras, en nuestras propias fuerzas, en nuestra propia capacidad de constructores.

Y nos identificábamos en tus palabras, Raúl, las que nos transmitía mi hermano, porque eso era lo que ya sentíamos: al calor de la lucha popular, de nuestra acción, la teoría se hacía una herramienta, un arma, pura creatividad y heterodoxia.

Cometimos muchos errores, pero hoy que en mi patria la lucha revolucionaria parece muerta -no lo está-, la teoría suena puramente repetitiva.

Y ni siquiera está instalado el debate necesario de lo que pasó desde la perspectiva popular, despejado de argumentos de la dictadura.

Por eso, Raúl Sendic, ahora que te acompañe con tu pueblo hasta La Teja, hasta el corazón de los humildes y rebeldes del Uruguay, tus palabras, las de mi hermano, me suenan más vivificantes que nunca.

Mi hermano murió allá en mi tierra; bajo las balas de los mismos que a vos creyeron encerrarte. Muchos hermanos de vida y lucha, compañeros entrañables, ya no están. No sabemos donde están y nunca en mi tierra pude acompañarlos hasta la tierra con mi gente.

Por eso yo, que no te conocí, te traje mi primer saludo junto al último. Y el de tantos argentinos que hoy caminan adentro mío con vos hacia La Teja. Que no te conocí es un decir, porque tu alma cimarrona cruzaba el charco y estaba entre nosotros, como un ejemplo.

Palpo el calor de tu gente que te recibe y te entierra en sus entrañas. Siento que vos, hombre de pocos discursos, de poco jetonear, te

nos metiste adentro despacito, acompañándonos con tu fuerza porfiada y revolucionaria, como se nos encarna el paisaje, una esquina, un patio natal.

Creo por eso que vos, hombre del interior y montevideano, bonaerense y tucumano, rioplatense y sudamericano, sos el Uruguay que se quiere sacudir tanta injusticia, frente al Uruguay tradicional y conservador. Sos los argentinos que no nos resignamos ante la derrota y que seguimos creyendo real la utopía, posible la liberación, alcanzable la justicia social.

En una palabra, Sendic, te siento, ahora que caminamos hacia La Teja, como la rebeldía que no cesa ni muere, ni se rinde, aunque ande a veces despacito o le cueste hablar.

Llevaré hasta mi terruño este calor de orientales que te abrigan, como hace dos décadas recibí tus sencillas palabras de maestro.

Hoy, como hace veinte años, más confiado en nuestra propia capacidad de constructores de un futuro mejor”.⁽³⁾

Una estrella fugaz

Olmedo tenía 28 años cuando lo mataron: fue una poderosa estrella fugaz; una luz propia que permanece mucho más allá de su corta existencia.

Olmedo fue alumno y preceptor en el Colegio Nacional de Buenos Aires, por donde pasamos varios compañeros suyos de militancia. A veces incluso desde trincheras estudiantiles diferentes: yo por ejemplo, simpatizante del reformismo (estoy casi seguro que Olmedo también, aunque no lo sé con certeza porque él era un año mayor y nunca nos conocimos en el secundario), me enfrenté con Firmenich y Fernando Abal Medina, militantes del humanismo.

Sin embargo, y esto es muy sintomático de aquella época, poco después compartí la misma agrupación con Abal en la facultad de Ciencias Económicas, por la ruptura que ambos produjimos -como otros tantos- con nuestros troncos de origen, pero para confluir en algo nuevo y común. Confluencia era la palabra de esa hora y creo que por eso sirvió para denominar un agrupamiento político estudiantil con el que conquistamos el centro de estudiantes del Buenos Aires en el 62.

El pasaje de Carlos por el *Buenos Aires* no fue gratuito: varios alumnos lo acompañaron desde allí hasta las FAR. Una de ellas, Liliana Goldemberg, fue su mujer amada y fugaz, porque la muerte de Carlos los separó prematuramente.

Olmedo provenía de una humilde familia paraguaya, sostenida desde temprano por su mamá, tras la muerte de su padre. A menudo nos hablaba de su temor a ser detenido, por la posibilidad de ser extraditado a su patria, dominada entonces por Alfredo Stroessner. Se había casado muy joven y se separó al poco tiempo, como nos sucedió a varios, cuando la militancia cada vez más comprometida, a veces la clandestinidad, dejaba a alguno de los miembros de la pareja en el camino o, mejor dicho, detrás de las fronteras de vidas diferentes.

Recuerdo también, en este momento, los primeros contactos que sostuvimos con Montoneros. Por nuestra parte la relación la conducía, obviamente, el José, por la otra estaban, en una reunión a la que yo concurrí, José Sabino Navarro y Mario Eduardo Firmenich. Sabino, obrero mecánico, rápidamente congenió con Olmedo. Tal vez intuían su común origen humilde tras ese presente compartido que nos enlazaba. Lo cierto es que de Sabino me impresionó su capacidad para “expropiar” los conocimientos de Carlos y, de éste, la fascinación por la inteligencia del primero. Sabino podía preguntarle si la música que estaba escuchando Olmedo era de Cocomarola, y éste responderle que era de Mozart, sin que ningún estúpido recelo se instalase entre ellos. Sabino sabía muy bien a quién aprovechar y no perdía el tiempo.

A todo esto, Olmedo trabajaba de directivo de la fundación Gillette, y en tal carácter participó de uno de los almuerzos de Mirta Legrand, en ese entonces no tan populares como hoy en día. Se desempeñó en la fundación hasta que debió pasar a la clandestinidad en 1970, en la misma época y por el mismo motivo que mi hermano, yo y varios compañeros más: la delación bajo tortura de Marcelo Verd, quien conocía nuestras identidades, o datos reveladores de nuestra actividad y domicilios.

Un día le pregunté a Olmedo como podía tolerar que otro compañero -Juan Pablo Maestre-, se durmiese en gran parte de nuestras reuniones. Yo sostenía que militaba a media máquina. El me respondió que era cierto: “aún así -me dijo- él aporta lo que otros a toda máquina”. Lo conocía bien, como que Juan Pablo -una de las primeras vícti-

mas de la Triple A junto a su esposa, Mirta Misetich-, era gerente de Gillette y por lo tanto compañero de trabajo de Olmedo. En realidad, la actitud de Maestre no era fruto del desinterés sino del agotamiento que le producía llevar dos vidas paralelas y tan divergentes.

La atracción que José ejercía sobre los compañeros era sorprendente, pero la que tenía sobre su hermano Osvaldo fue siempre tan importante como conflictiva. Tengo la sensación que este último tuvo grandes dificultades para encontrar su propio lugar frente a alguien tan descollante como Carlos. A poco andar de las proto-FAR, Osvaldo rompió, junto a su esposa y otros dos o tres compañeros, con el grupo que lideraba su hermano y formó un núcleo propio, que denominaron Comando Argentino de Liberación (CAL).

No tardó mucho en reintegrarse, ahora ya a las FAR, y Carlos me encomendó la difícil tarea de ocuparme de su reinserción. Menuda tarea, que me endilgó con recomendaciones varias. Tras ellas pude percibir todo el afecto que tenía por Osvaldo y en ese sentido me sentí orgulloso de que me hubiese elegido. Pero también se cuidó muy bien de advertirme de todas las dificultades que tendría que enfrentar, como cuidándome a mí en tanto militante y tratando de no dejarse traicionar por sus sentimientos filiales.

La relación que tuve con *Miguel*, como le decíamos a Osvaldo, fue siempre tormentosa, hasta fines de la década del 70, cuando dejé de verlo, estando ambos aún en el exilio. Finalmente, el 10 de diciembre de 1988 Osvaldo fue muerto en un intento de asalto a un banco. Cuando lo leí en el diario tuve la sensación de que Osvaldo no supo o no pudo digerir todo lo sucedido y la derrota sufrida por el pueblo argentino y por nosotros. Creo que no supo tentar nuevos caminos acordes con la democracia recuperada y la situación real que vivía toda la gente.

Una compañera, que había sido su mujer, me dijo, luego de su muerte, con el corazón dolorido y sin rencores: "Osvaldo creía que buscar trabajo, pelear por el sustento era distraer esfuerzos a la lucha revolucionaria".

Después de tantos años de haber padecido la ilegalidad, me sonó increíble que alguien pudiese pensar así, que pudiese quedar tan encerrado en la clandestinidad: necesaria en una época, demasiado prolongada y siempre dolorosa.

Me detengo en esto porque no fue una actitud exclusiva de él. Me resulta inaceptable que se pueda pensar en la revolución como algo tan alejado de la vida cotidiana de la gente, de sus posibilidades, aunque no nos gusten. Pienso que es mala guía no querer enfrentar la realidad tal como es. Entre otras cosas contribuye a restarle a la lucha armada, en mi opinión, la legitimidad que en su momento tuvo.

Cuando me enteré del final de Osvaldo creo haber sentido, además, un sentimiento de fracaso por el amoroso “encargo” recibido de su hermano Carlos, más de 20 años atrás, cuando sentí que me pedía que lo ayudase y lo orientase.

Pero si alguien pudo considerarse un verdadero orientador de nuestra generación, mucho más allá de las fronteras de nuestra primigenia organización, ése fue sin duda Carlos Olmedo.

En una oportunidad se trabó en una discusión con uno de los dirigentes de Descamisados, para acelerar la fusión de esa organización con FAR y Montoneros; sus argumentos se remontaron a la historia de Galileo. Y la anécdota la hizo famosa el propio compañero del debate -el gordo Fernando *Damián* Saavedra- y se transformó, finalmente, en un chiste con sabor a chicana: “No empecés con Galileo”, le solíamos decir.

Lo cierto es que su pensamiento riguroso, su palabra precisa y útil, su acción consecuente y su corazón apasionado, que un día lo hizo llorar de impotencia porque se le quedó una camioneta desde la que debía conducir la toma del pueblo de Garín, fue expresión cabal de quien supo transformar la rebeldía y el conocimiento en energía revolucionaria. Como con Galileo, semejante herejía fue tempranamente quemada en la hoguera de la represión ■

¹ Ver “Reportaje a las Fuerzas Armadas Revolucionarias: Los de Garín”, comunmente denominado por los militantes, en aquella época, como “Las 13 Preguntas” (Paco Urondo formulaba las preguntas y las contestaba Carlos Olmedo).

² Ver “Responde el Ejército Revolucionario del Pueblo Trabajo realizado por un grupo de militantes del ERP desde la cárcel de Encausados de Córdoba, ver “Una respuesta al documento del ERP”, Carlos Olmedo. Todo en: “Documentos 1970-1973”, compilador Roberto Baschetti. Págs. 145-215 Editorial de la Campana.

³ Texto de la nota publicada por la revista uruguaya *Compañeros*, en su edición del 10 de mayo de 1989, firmada por J.A. (Juan Arlalian), tras la muerte de Raúl Sendic.

Julio Roqué

Un maestro de vida

Julio Roqué

Un maestro de vida

(J.O.L.) Julio Iván Roqué, al que llamábamos *Lino, Mateo* o *Martín* -Martín se llama uno de sus hijos, que hoy tiene 23 años- era maestro; uno de mis mejores maestros. Porque enseñaba siempre: como forma de ser y de vivir; también por profesión.

Sostenía la esterilidad de separar los lugares donde se aprende de aquellos en que se produce; la escuela del taller; la teoría de la práctica. Y él practicaba esta filosofía.

“Lo único que yo sé hacer -decía quien fuera uno de los fundadores de las FAR y posteriormente miembro de la conducción nacional de Montoneros- es hacer que otros hagan”. Esta frase, dicha con el humor que lo caracterizaba, también trasuntaba la humildad de quien quería minimizar su enorme capacidad de impulsarnos a la reflexión y al esfuerzo con su propio ejemplo.

Era cordobés y no soportaba la soberbia porteña, mucho menos en los compañeros de militancia. Había en sus concepciones una profunda convicción federal: “Buenos Aires no está hecha a la medida del hombre”, decía, burlándose del gigantismo metropolitano y de la microcefalia de muchos habitantes del puerto.

Allí arraigaba también una concepción de la vida y la militancia que rechazaba la política como un activismo alocado, inexorablemente desgajado de la inserción laboral y social o concebida como burocrática administración gerencial de una organización revolucionaria.

Expresaba así una honda percepción crítica de desviaciones que visualizaba en Montoneros, especialmente en la regional Buenos Aires, que estuvo bajo su conducción en 1975.

Pero su crítica siempre se abrazaba a lo cotidiano. Por más exigencias que nos imponía la vida clandestina a muchos militantes, Lino no aceptaba que nuestras casas fueran “aguantaderos”; desordenados y anónimos lugares de paso. Llegó a escribir un trabajo crítico sobre el

particular, porque allí veía una peligrosa tendencia a encerrarnos en nosotros mismos: quería casas abiertas al barrio y a la vida, a pesar de todo, aún de la clandestinidad.

Con la misma sencillez y profundidad elaboraba nuestros manuales de capacitación política, a partir de algunas ideas básicas, puestas a prueba y reelaboradas en cursos piloto por los propios compañeros participantes. Tenía muy claro, por ejemplo, que la organización no era, no podía ser, una estructura pétrea: “sólo existe -decía- si la ponemos en movimiento y sólo sirve en relación a lo que queremos hacer”. Es decir, concluía, “la organización sólo es la mediación entre nuestras concepciones, nuestros objetivos ideológicos y la acción”.

Lino fue también un hábil piloto de tormentas. Cuando Lanusse planteó el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y Perón aceptó el desafío para ir desmontando cada uno de los condicionamientos impuestos por la dictadura, supo poner en tela de juicio la estrategia que desarrollábamos. Esa estrategia inicial estaba limitada al enfrentamiento directo a la autodenominada “Revolución Argentina”.

A diferencia de otras organizaciones político-militares, que prácticamente no incluyeron la cuestión electoral en sus planes y siguieron como si casi nada hubiera cambiado, Roqué orientó a las FAR para enriquecer nuestro accionar, multiplicar la actividad política de las agrupaciones juveniles, barriales y sindicales, exigir el desarrollo de comicios sin trampas ni condicionamientos, y aprovechar esa coyuntura, sin cejar en el hostigamiento guerrillero a la dictadura, para obligarla a retirarse totalmente y obtener elecciones realmente libres. En el GAN no sólo vió una trampa, sino también una debilidad y, por lo tanto, la posibilidad de una conquista. Eso permitió luego, tras el *Luche y Vuelve* y el *Cámpora al Gobierno, Perón al Poder*, un crecimiento espectacular de las fuerzas y sectores identificados y conducidos por FAR y Montoneros.

Julio Roqué era, sobre todo, un pedagogo (fue director del Instituto -secundario- Córdoba) e íntimo amigo de Olmedo. Un día encontré en una biblioteca, que había pertenecido al José, un libro sobre epistemología (teoría del conocimiento científico), de Jean Piaget.

Me puse a leerlo por curiosidad y me resultó apasionante, pero me surgían un montón de interrogantes. Lo acribillé a preguntas a Lino y éste aprovechó la oportunidad para explicarme a ese genial

investigador francés, muy conocido como estudioso de la psicología evolutiva del ser humano, pero poco -por lo menos para mí-, como un epistemólogo. Es decir, como alguien para el que la psicología de la evolución constituye tan sólo una fuente de información, asociada al análisis histórico y antropológico de las civilizaciones y al desarrollo de las especies animales: en definitiva, para intentar descubrir cómo se construye y en qué consiste el conocimiento científico. Lino me explicó este enfoque y lo que entendía como su paralelismo y similitud con el materialismo dialéctico.

Demás está decir que Lino no era un derrotista, pero tampoco compartía la tentación del exitismo. Era un desmitificador nato. Recuerdo que en una de las habituales evaluaciones de compañeros, un jefe de grupo (el *Pata Loca* Belástegui) fue muy criticado por su "escepticismo" (en realidad el *Pata Loca* tenía una profunda percepción crítica y un humanismo acorazado por un humor ácido, para no sufrir tanto dolor como padecemos). Lino preguntó si ese "escepticismo" era paralizante para el grupo tanto en la acción como en la reflexión; hubo coincidencia en que eso no sucedía. Entonces concluyó que era útil tener a alguien con esa particular capacidad para desmoronar "castillos de arena". Párrafos aparte merece su visión de la consecuencia revolucionaria y la traición.

La traición

No es casual que los dueños del poder no se conformen con la derrota que infligieron a los argentinos. Para hacerla perdurable quieren mostrar que hoy cualquier resistencia al curso de los acontecimientos es inviable. Para eso, empiezan por asegurar que la resistencia de ayer fue no sólo vencida sino inútil, ya que habría sido, presuntamente, instrumento de conspiraciones palaciegas, y sus jóvenes protagonistas, por lo tanto, unos idiotas útiles.

Así se afirma y reafirma que la traición política posterior de los miembros de la conducción nacional residual de Montoneros y la desvergüenza del incalificable Rodolfo Galimberti, se remonta a los orígenes de la lucha armada. Se sugiere -y se machaca- que siempre trabajaron para Onganía, Massera, Viola, ..., de este modo todos los protagonistas de esa historia apareceríamos como carne de cañón, idiotas útiles o, como se

decía en el *Proceso*, “los que se toman la pastilla (de cianuro), mientras los jefes se toman el avión”.

Julio Roqué desmontó con profundidad esta visión maniquea de los revolucionarios y de la traición. En el fragor de la lucha contra la dictadura, las Fuerzas Armadas secuestraron al *Pelado Diego* (su verdadero nombre es Nelson Latorre), responsable de la columna Capital Federal y lograron que delatara a sus compañeros de conducción en pocas horas. También le dieron, a cambio, la posibilidad de hablar telefónicamente con su compañera, Liliana Goldemberg, *La Pastito*, para salvarla y advertirle que se fuera de su casa.

Desesperada, La Pastito sentía que el mundo se le derrumbaba ante la traición de su compañero. -¿Con quién estuve viviendo?-, le comentó epistolariamente a Roqué; “¿Cómo no me dí cuenta antes de quién era?”. insistía.

La respuesta de Roqué, que Liliana me dio a leer (lamentablemente no pudimos encontrar copia de esa carta) fue sencilla, humana y, sobre todo, me pareció ajustada a la realidad.

Ser revolucionario es un combate cotidiano -decía- no una patente vitalicia. En cada nuevo enfrentamiento, y la tortura es uno de los más difíciles, se define el ser un revolucionario o el dejar de serlo.

Pero la traición que interrumpe una trayectoria -continuaba- tampoco puede entenderse como desvalorización de todo lo hecho. Y concluía: hasta ese momento fue un revolucionario, a partir de la traición dejó de serlo.

Roqué planteaba así los claroscuros que conviven en cada hombre y en el propio proceso revolucionario. Los propietarios del poder prefieren la visión maniquea de los que nacen buenos o son malos desde sus orígenes, para desvalorizar, con el triste ejemplo presente de algunos ex jefes montoneros, toda la experiencia de una generación.

Por eso, también buscan “personalizar” e identificar esa experiencia con algunos nombres, ahora tristemente célebres. Y lo hacen pensando en los potenciales rebeldes del presente y del futuro, para que no quede ni la semilla del ejemplo; ni rastros de la generosidad y entrega que derrochó, a mi juicio, nuestra generación para intentar lograr una sociedad más justa.

Rodolfo Walsh, en apuntes críticos premonitorios, de 1976, afirmaba que “la personalización de la política nos parece peligrosa. Primero porque creemos que para el pueblo existen los muchachos,

los montoneros, antes que Firmenich. Segundo, porque si a él le pasa algo es un desastre”.

Pero no fue un acierto fortuito el del compañero, sino la conclusión lógica de criticar, tal como lo citamos en otro capítulo (ver “La Resurrección de un Perseguido”), la concepción que dio por agotado al peronismo en el 75 y luego decretó la vigencia del Movimiento Montonero, cuya existencia se hizo depender de la difusión de su jefatura: Firmenich.

En definitiva, Walsh criticaba con razón lo que era una verdadera pirámide invertida: la suerte de las masas pareció hacerse depender de quien se consideraba apriorísticamente su conductor y no era éste el que debía interpretar a aquéllas para existir como jefe de alguien.

Sin embargo, aquella visión maniquea, que sumada a la teoría de los demonios, buscó ocultar y distorsionar lo ocurrido en los 70 y garantizar la impunidad a los genocidas, va desmoronándose lentamente.

Creo que el cambio notable, al que se sumarían luego muchos otros, fue la recordación del 20 aniversario del golpe del 24 de marzo de 1976, acontecimiento que, como nunca había ocurrido antes, logró un inmenso consenso nacional de reafirmación democrática, de repudio institucionalizado al golpismo y terrorismo de Estado. Pienso, por ejemplo, en que por primera vez mis hijos se enteraron de lo que fue y significó esa fecha nefasta por sus respectivos maestros y profesores: ya no sólo existía mi palabra, sino también la de la escuela para juzgar ese período de nuestra historia reciente.

Y a todo ésto se sumó una semana de movilizaciones populares que culminó con una gigantesca concentración en Plaza de Mayo, con todo lo que esto supone de sacudirse el miedo y la pasividad.

Un Jefe

Quiero destacar también la sensibilidad de Roqué y su actitud permanente de humanización de nuestra actividad. Ponía en duda a los que sólo conocían el acierto y ningún fracaso, o que daban esa imagen de sí mismos; el error era, para él, parte del aprendizaje y creía en la sanción, pero más en el estímulo. En esto no se dejó apabullar nunca por una cierta disciplina militar que exigía nuestra práctica y siempre hacía crecer su plantita formativa. Debo confesar que me ayudó

mucho cuando me sentí abrumado por el parcial fracaso de la fuga del penal de Rawson y el posterior fusilamiento de los compañeros que se entregaron en el aeropuerto de Trelew.

Hasta hoy, con mis hijos, recuerdo siempre sus sugerencias: “no es lo mismo -decía- subrayarle a alguien lo que hizo bien e impulsarlo a que corrija lo equivocado, que enfatizarle lo incorrecto a secas”. En definitiva, sabía encontrar en cada uno lo que tenía de positivo y lo potenciaba al máximo.

Era, en lo militar, tan bueno como en lo político, lo que demuestra, para mí, cuánto de estúpido hay en querer reducir la aptitud para el combate a la obediencia y la disciplina. Fue el jefe de la operación que acabó con la vida del general Sanchez, en Rosario, que era en ese momento el comandante del segundo cuerpo de Ejército y se había hecho famoso por sus crueles metodologías represivas.

Cuando se produjo la muerte de mi hermano al intentar liberar a un compañero preso en una comisaría de Mar del Plata, me dijo, sobreponiéndose a su propio dolor por la pérdida de Arturo, en realidad como premonición: “me gustaría morir en combate como él”. Y agregó algo así como que, enfrentado sin retorno a esa situación límite, es preferible poder elegir la propia muerte. Tal vez pensaba también en su compañera, Gabriela la *Ratita* Yofre, brutalmente torturada cuando fue detenida en Rosario y posteriormente liberada el 25 de mayo del 73.

Julio Roqué, que en 1977 nos dirigía, como miembro de la conducción nacional de Montoneros y vivía en la localidad de Haedo, así como eligió su vida, también construyó aquella última elección. Emboscado en su propia casa no vaciló en enfrentar a los militares que lo cercaban, obviamente superiores en número y armamento, que incluyó morteros y helicópteros. Luego de varias horas de enfrentamiento, y cuando ya no tenía más municiones, se voló con una carga de explosivo antes de caer en sus manos.

Olmedo decía, con razón, creo yo, que las revoluciones -concepto tan livianamente cuestionado en la actualidad- y las grandes transformaciones, las hacen los vivos, pero no sólo los vivos ■

José Sabino Navarro

El Negro que fue leyenda

José Sabino Navarro

El Negro que fue leyenda

En muchas oportunidades pedimos a compañeros que nos escribiesen relatos de su militancia, testimonios de su experiencia. Casi nunca tuvimos éxito. Pensamos que hay, además de un miedo residual, hondas dificultades para remover un pasado cargado de luces y sombras, de proyectos acariciados y dolores atroces.

Con nuestro viejo compañero Elbio Alberione, *El Gringo*, lo intentamos varias veces infructuosamente. Pero no podíamos perder su larga experiencia como ex cura, precursor de la corriente tercermundista y fundador de Montoneros en Córdoba, ni su extraordinaria memoria. De modo que un día nos fuimos a su casa, en aquella provincia, grabador en mano.

De esa grabación salió este relato de José Sabino Navarro, miembro destacado de la conducción de Montoneros, que además pinta los orígenes de la organización en esa provincia y una narración de aspectos desconocidos del intento de levantamiento cívico-militar propiciado por Montoneros para el 17 de noviembre de 1972, fecha del primer retorno de Perón.

(Elbio Alberione) José Sabino Navarro pertenecía a la JOC, la Juventud Obrera Católica. El asesor nacional de la JOC había sido primero monseñor Di Pascuo, un obispo progresista de San Luis, al que, a su muerte, lo sucedió monseñor Enrique Angelelli.

Después militó en *Cristianismo y Revolución* no bien se conformó esa agrupación. Era delegado de la empresa *Deca*, que en ese momento se llamaba *Deutz Cantábrica*. Sabino participaba en todos los cursos de capacitación y formación sindical que nosotros organizábamos en la provincia como parte de la formación de cuadros de la OPM (Organización Político-Militar). También asistió al congreso fundacional de nuestra OPM en Córdoba, junto con Juan García Elorrio,

Casiana Ahumada y Nuncio Aversa, que se conformó con los que militábamos en la agrupación *Lealtad y Lucha*. Ese congreso tuvo lugar en agosto de 1967.

Decidimos que había llegado el momento de pasar a la lucha armada y por eso constituimos esa organización, a la que en ese entonces entendíamos como parte de las FAP. De hecho todas las operaciones que realizamos en Córdoba a partir del 67 -la primera el 17 de octubre de ese año- se propagandizaron con menciones a las Fuerzas Armadas Peronistas. Después, como *comando Eva Perón* de las FAP. Algo similar hacían los compañeros de Santa Fe, lo que disgustaba bastante a los de la FAP, porque no teníamos, en realidad, ninguna relación orgánica ni acuerdo político previo.

Eso hacían los compañeros que provenían del Ateneo Universitario, entre ellos Raúl Clemente Yäger, el *Palometa* Pirlés, Carlitos Legás -murió de cáncer en el 76-, *La Madre* Braco y otro compañero al que llamábamos *El Oto* y el jefe de todos ellos, que era Federico *Mormón* Ernst (posteriormente serían máximos dirigentes de Montoneros). Creo importante recordarlo porque Ernst provenía de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios) del 58 y había compartido con Emilio Maza (otro jefe fundador de Montoneros) la dirección nacional de la UES: *el Gordo* Maza por Córdoba y Ernst por Santa Fe.

A propósito, me parece interesante recordar cómo tuve conocimiento de esta relación previa entre Maza y Ernst. Antes de la operación de Aramburu, viajamos con Maza de Córdoba a Buenos Aires trasladando alguna armas, uniformes militares y pertrechos que serían utilizados para esa acción. A mitad de camino decidimos pasar por Santa Fe para realizar una reunión con los compañeros de la OPM santafecina. En el trayecto Maza me preguntó si sabía algo de un compañero que él conoció como dirigente de la UES, en los años 58-59, que se llamaba Ernst. Le respondí que creía que no, porque en general no conocía los apellidos de los compañeros de ese grupo. Al llegar, nos llevaron a una casa del jefe de Santa Fe y, para mi sorpresa, Maza y Ernst se abrazaron, recordando esa militancia previa. Así conocí el apellido del *Mormón*. La reunión terminó en un acuerdo de iniciar un proceso de integración, que implicaría, después que se hiciese la operación Aramburu y la toma de La Calera, en Córdoba, la realización conjunta de otra acción de importancia en Santa Fe. Esta última final-

mente no se hizo, porque esta región debió soportar la clandestinidad de la mayoría de los compañeros de Córdoba, después de las caídas de La Calera.

Pero volviendo a José Sabino Navarro. Colaboró con lo que estábamos haciendo nosotros en Córdoba, desde su ubicación en *Cristianismo y Revolución*, pero nunca nos fusionamos. Esa fue una de nuestras principales relaciones políticas y parte de lo que luego sería la *Tendencia Revolucionaria Peronista* que se integró con John William Cooke, el mayor Alberte, delegado personal de Perón y Alicia Eguren, todos integrantes de Acción Revolucionaria Peronista (ARP), con los compañeros de *Cristianismo y Revolución*, Gustavo Rearte por la JRP y otras organizaciones de distintas provincias. Dicho sea de paso, en la Tendencia nos conocimos con Gonzalo *El Negro* Chaves, que venía como delegado del MRP (Movimiento Revolucionario Peronista) de La Plata. Mario Franco, de la JRP de Buenos Aires, viajaba a Córdoba con frecuencia y también lo hacía *El Negro* Arroyo del Frente Revolucionario Peronista (FRP) de Jujuy, conducido por Armando Jaime, que más adelante intentó una fórmula electoral con Agustín Tosco.

La primera capacitación en explosivos, de lo que no sabíamos absolutamente nada, la tuvimos en enero-febrero del 67. El curso lo realizamos en Buenos Aires con *El Traca* Jorge Gil Solá que había estado en Cuba y en China, vinculado a *Cristianismo y Revolución*. El nos dio los primeros cursos elementales, de los cuales participábamos Alberto Molina (más adelante miembro de la Conducción Nacional de Montoneros) y yo. Molina era sobrino del ex Fiscal de Investigaciones Administrativas. Su padre fue ministro de gobierno de la provincia de Santa Fe y funcionario del gobierno de Arturo Frondizi.

Este último dato es interesante porque el padre de Alberto Molina, su mamá y todos sus hijos colaboraron siempre con nosotros. Incluso, por un pedido nuestro, con el coche oficial, para sacar a Norma Arrostito y Abal Medina de Córdoba tras una operación en la que había quedado comprometida la seguridad de ambos. Era ministro en Santa Fe y vino personalmente con el *Rambler* oficial y los llevó a Buenos Aires. Supongo que vive, aunque debe ser muy viejito.

El Negro Sabino participó en esos cursos de capacitación, es más, se hicieron en su propia vivienda, una casita de madera por el oeste del

Gran Buenos Aires. Era un barrio obrero muy despoblado y las primeras explosiones de prueba las hicimos en un baldío, a 500 metros de su casa.

Después el Negro se nos pierde, se va de *Cristianismo y Revolución*. Nosotros en ese entonces habíamos desarrollado agrupaciones sindicales y algunas listas, fundamentalmente la *Verde* en la UOM, enfrentando a la conducción oficial de Alejo Simó, y la *Azul* en el Smata, que se oponía en Córdoba a Elpidio Torres. La gente de estas listas opositoras y combativas se denominaba a sí misma como *peronismo de las bases* o *peronismo de izquierda*. Al compañero que iba a ser candidato por la lista opositora de la UOM, el Negro Jorge Toledo, lo incorporamos a la conducción de nuestra *Agrupación Peronista Lealtad y Lucha*. Y como indicador de la importancia cualitativa de este hecho, adoptamos para nuestra OPM el nombre de *Peronismo de Base*, que nos diferenciaba claramente de la burocracia sindical y política claudicante. Toledo fue el candidato a secretario general por la lista opositora a Alejo Simó en la UOM. La elección fue anulada 24 horas antes de realizarse porque ganábamos el gremio. Posteriormente, en 1971, por razones de seguridad pasó a militar a Mendoza.

La denominación Peronismo de Base fue utilizada también después por los compañeros de Santa Fe, muchos de los cuales provenían de la Asociación Sindical Argentina (ASA), vinculada a la Clat (Confederación Latinoamericana de Trabajadores, central sindical vinculada a la Iglesia), entre ellos, los hermanos Oberlin. Ese nombre también fue usado por los que provenían del *Ateneo* (famosa agrupación universitaria peronista que luego constituiría la JUP de Santa Fe) y las agrupaciones estudiantiles y barriales conformadas por estudiantes de la Universidad Católica Argentina.

La OPM de Santa Fe fundada por los compañeros provenientes del Ateneo, inicialmente se denominó *Movimiento Popular de Liberación* y tenía relaciones con las FAP y su proyecto guerrillero rural: Taco Ralo. Carlos Benegas, a quien llamaban *Batman*, que era miembro de las FAP y se encontraba clandestino en Santa Fe, fue el instructor militar de ellos hasta su caída en esa ciudad.

Volviendo a la cuestión sindical, en marzo del 69, en la empresa Renault, había condiciones de protesta para que los obreros la pudieran expresar en las calles, pero no teníamos adentro de la fábrica diri-

gentes que la convocaran. La gente que teníamos en la fábrica era muy nueva, combativa, pero organizada medio clandestinamente y no se animaba a enfrentar y plantear sus posiciones. Entonces, para iniciar el proceso de salida a la calle se propuso la primera asamblea en puerta de fábrica, que decidió el primer paro activo, iniciando un proceso de movilización continua hasta el Cordobazo.

Para la organización de esa asamblea hicimos venir al *Negro* Sabino Navarro, que como delegado del Smata de su fábrica habló desde el capot de un colectivo. Fue la primera asamblea en puerta de fábrica en Renault; aprovechamos el cambio de turno del mediodía para contar con todos los trabajadores, los que salían y los que entraban al segundo turno, en total unos 4.000. Mientras, los colectivos servían de barricada y de tribuna. El Negro fue el orador principal, hubo represión, Sabino no alcanzó a huir y fue detenido. Como era miembro de la JOC recurrimos a la gestión del obispo Angelelli, que consiguió su liberación a las pocas horas.

Después de esto Sabino se desvinculó de *Cristianismo y Revolución* y perdimos contacto con él. Sabíamos que estaba en Buenos Aires, trabajando con un grupo, que tenía su propia gente, pero no teníamos forma de llegar a él.

Montoneros

En noviembre o diciembre del 69 el grupo de Maza, que había tomado su propio camino en el ya mencionado congreso de agosto del 67, en Río Ceballos, junto a Ignacio Velez, Capuano Martinez, Susana Lesgart y otros, vino a Córdoba para "hacer" el Banco de la Calera.

En el camino hacia La Calera, tienen problemas con un auto operativo: se cruzan con un patrullero al que le resultan sospechosos por estar con uniformes de la Policía Federal. A todo esto, la casa de la que habían salido -pertenece a una tía del *Gordo* Maza que estaba de vacaciones- era la única infraestructura que tenían en Córdoba y habían hecho un escándalo al partir porque se llevaron por delante un portón.

Cuando llegan al banco la custodia está reforzada y deben ingresar a los tiros, directamente. Así y todo se llevan la caja chica en medio del tiroteo. En ese combate es herido el sub comisario Argüello, que

luego, al año siguiente, será nuevamente alcanzado por una balá en la toma de La Calera y también sobrevivirá.

Por este motivo tienen que abandonar un coche, se hacen de otro, y al llegar a la ciudad están sin casas donde refugiarse. No querían volver a lo de la tía de Maza por los problemas que habían tenido al salir de allí. Para colmo, el tiroteo en el banco fue el de mayor envergadura que hasta ese momento había ocurrido en Córdoba, se usaron granadas, fuego de metralletas... Y eso estaba muy lejos del nivel militar que nosotros teníamos en la provincia.

Maza recurre entonces a un cura conocido de él -colaborador nuestro- para proteger al grupo, que traía herido en una mano a Gustavo Ramus (otro de los jefes fundadores de Montoneros). Entonces viene el cura a mi trabajo y me pide que los ayudemos. Apenas me dice cuatro palabras le pregunto: -"¿La gente que hizo esta mañana lo de La Calera?". Me responde afirmativamente y yo le digo: -esa gente pelea muy bien. ¿Los conozco?. -Sí, me contesta. -¿Es Maza?. -Sí, me confirma. Inmediatamente le digo que los traiga y los llevo a una casa donde vivía Dinora, que ya era mi pareja, y otra compañera llamada Adriana. Después, para sacar de Córdoba a Fernando Abal Medina y Norma Arrostito, dos miembros del grupo, utilizamos el vehículo del ministro de gobierno de Santa Fe, como ya dije antes.

A causa de esto, Maza y otro compañero quedan guardados en mi casa. Empezamos a conversar sobre las posiciones que antes nos habían separado. Una de las viejas diferencias era que ellos caracterizaban al movimiento peronista como revolucionario en su conjunto y nosotros planteábamos que era un mosaico y que había que operar como una tendencia revolucionaria interna. Sosteníamos que el peronismo era más amplio que sus sectores estrictamente revolucionarios. Otra cuestión de fricción era que ellos planteaban la tesis del foco guerrillero rural y nosotros decíamos que en Argentina la lucha armada debía desarrollarse centralmente en las ciudades.

Sin embargo, ellos ya estaban abandonando la tesis del foco rural. Lo determinante para ese cambio había sido el *Cordobazo* y estas conversaciones fueron posteriores a esa pueblada. Pero todavía Firmenich estaba en el Chaco, en la cuña boscosa del Impenetrable.

No llegamos a una síntesis ni a la unificación de las dos organizaciones -entendíamos que era un proceso más largo-, pero ellos se sor-

prendieron por el nivel de desarrollo político alcanzado por nosotros en Córdoba. Fundamentalmente porque les guardamos a toda la gente en distintas casas; no teníamos los "fierros" de ellos, pero sí buen trabajo de base y hasta postas sanitarias en algunos barrios. Mucha gente sabía que servirían para curar a un tipo que tuviera problemas en movilizaciones o en una operación armada.

De todo esto resultó que se abrió un proceso de discusión y fusión. Terminamos coincidiendo hasta en el nombre que había que lanzar: *Montoneros*, porque ya estaba descartada la posibilidad de hacer una sola cosa con las FAP. Teníamos mucha desconfianza para relacionarnos con otras organizaciones y por eso no les *abríamos* nada. Eramos dos o tres los que nos conectábamos con ellos y nada más.

Así es como cuatro compañeros aprovechamos la presencia de Maza en mi casa para hacer un curso intensivo de capacitación militar. Dinora, Alberto Molina, un médico, *Cacho Sorati* y yo. Maza nos pidió alguna gente de logística, que teníamos nosotros, para trabajar en la fabricación de granadas, en un taller que ellos habían montado con el *Colorado* Miani, un ingeniero que había hecho su carrera trabajando simultáneamente como obrero metalúrgico de IME (Industrias Mecánicas del Estado). Con el tiempo fue el jefe de la fábrica más importante de Montoneros, ubicada en Avellaneda, cerca del cementerio de la calle Agüero y que llevó el nombre de José Sabino Navarro. Esta fábrica cayó después del golpe del 76. Al *Colorado* lo mataron en la calle, en Capital, en el año 1977.

Como culminación del curso de capacitación, debíamos hacer una práctica operativa para obtener nuestras propias armas. Figuraba en el manual que cada uno debía recuperar su propia arma: uno llevaba un arma prestada hasta obtener la propia. Eso estaba en el código de ética.

Así viajamos Molina y yo a Buenos Aires, mientras Dinora y Sorati, quedaban en Córdoba. Ellos participaron en la ocupación del destacamento policial de Quebrada de las Rosas, como *comando Eva Perón*. Y nosotros tomamos, en la Capital, el puesto policial de General Paz y Mosconi. Este último lo hicimos como *comando Juan José Valle* junto a Firmenich, Abal Medina, Capuano Martínez, y Ramus. De este modo promocionamos dos comandos cuyos nombres reaparecerían en el secuestro de Aramburu y en la toma de La Calera.

Nosotros participamos en la discusión política que devinó en el secuestro del jefe de la Revolución Libertadora. Teníamos información y condiciones suficientes para actuar sobre Aramburu o contra el almirante Isaac Rojas y elegimos al primero, porque en esos momentos aparecía como la alternativa de sucesión política de Onganía, entonces a cargo del Gobierno, y con un proyecto integracionista del peronismo. Las revistas políticas de la época, entre ellas “Confirmado”, hablaban de “el nuevo Aramburu”.

También teníamos relaciones con algunos militares que habían participado del alzamiento del general Juan José Valle, que además de transmitirnos su experiencia y sus broncas, también hicieron su aporte para esta operación. En concreto, el uniforme que utilizó Maza para el secuestro de Aramburu, lo facilitó el coronel Guzo Conte Grand, que había sido responsable, el 9 de junio de 1956, de la sublevación de las unidades del Cuarto Cuerpo de Ejército en Mendoza. Este cuerpo, luego del levantamiento de Valle, fue eliminado del organigrama militar y se integró al Tercer y Primer Cuerpo

Al llegar a Buenos Aires para *hacer* el destacamento de la General Paz, fuimos a parar a una casa donde nos encontramos con José Sabino Navarro. Para nuestra sorpresa él también estaba haciendo el mismo proceso de integración con su grupo al de Abaí Medina. Así retomamos el contacto con él.

Sin embargo, la relación con Sabino se cortó ahí por las típicas razones de seguridad y compartimentación de aquella época. Lo único que sabíamos era que estábamos confluyendo en la misma organización. Recién en el 70-71 volvimos a tener contacto, cuando ya el Negro participaba de la Conducción Nacional de Montoneros, como consecuencia de la caída de compañeros del máximo nivel de dirección, que se produjeron después de la toma de La Calera. A él se le asignó la responsabilidad de las relaciones con Córdoba y, más adelante, vino aquí como jefe de esta *regional*.

Después de ocupar La Calera tuvimos 150 y tantos presos de las distintas agrupaciones, más 40 clandestinos que tienen que dispersarse por todo el país. Estas caídas se producen por un fichero que Maza había confeccionado con datos en clave, que los “servicios” pudieron descifrar. El fichero estaba en la casa del barrio “Los Naranjos”, donde fueron heridos y capturados Maza y Velez.

Maza fue herido en el páncreas y sobrevivió un mes hospitalizado, con una conducta que incluso sorprendió a sus captores y a médicos y enfermeras del hospital. Bueno es recordar la foto de Vélez, herido, en una camilla, y prisionero, levantando su mano derecha con sus dedos en V, que para los peronistas evocaba el Perón Vuelve. Esta foto se transformó en un emblema en la campaña del “Luche y Vuelve”. A partir de allí, muchos viejos peronistas de la anterior resistencia visitaban a Vélez en la cárcel buscando tomar contacto con la organización. Uno de ellos, médico, compró un campito, con un criadero de aves, para que sirviera de lugar de reunión y de recursos económicos de la organización.

Tras la emergencia de La Calera nos “aguantó” Santa Fe, Reconquista -donde estaba Roberto Perdía-, Buenos Aires, donde debimos recurrir a la solidaridad de otras organizaciones, especialmente las FAP.

Después de este éxodo fui el primero que inició el retorno a Córdoba, pero ya como clandestino. *El Negro Sabino*, que aún era legal, vino luego. Yo tenía por misión reenganchar a la gente, ponerla en marcha y después volver a Santa Fe; no teníamos infraestructura para aguantar. Había quedado todo muy “tocado”.

Cuando vuelvo para quedarme, otro médico (no el que visitaba a Vélez), también viejo peronista, que había participado en la resistencia y al que voy a ver con *El Mormón Ernst*, me da un campo que tenía en las proximidades de Córdoba. Este médico atendió los partos de la mayor parte de nuestras compañeras. Hicimos un alquiler y me dijo, sencillamente: -“Gringo, vos te vas y vivís tranquilo ahí”.

Hay que recordar que La Calera se eligió como objetivo, por un lado, por influencia de los Tupamaros, que habían tomado Pando. En segundo lugar, cuando los compañeros de Maza coparon el Banco de La Calera nosotros ya habíamos visto la posibilidad de tomar la localidad, porque era una realidad bastante controlable, a pesar de estar cerca de una unidad del Ejército. Teníamos compañeros que vivían allí, había caminos de tierra que permitían una fácil dispersión... Militarmente nos parecía un objetivo posible, la comisaría y la telefónica eran chiquitas.... Y además había una razón política: Calera fue el último foco de resistencia del peronismo en el 55. Ahí, un capitán, de

apellido Morelo, incluso desobedeciendo las órdenes del comandante en jefe, es decir de Perón, que planteaba la rendición, resistió y peleó con apoyo de la población y éste va a figurar en nuestra proclama de la toma del pueblo.

La caída de Sabino Navarro

Debe haber sido en julio o agosto del 72. Para una operación que era de apoyo al conflicto de Fiat hacían falta dos coches. Nosotros teníamos muchas dificultades "para hacerlos" en Córdoba y usarlos en seguida, porque eran fácilmente detectables. Yo le tenía miedo a ese tipo de cosas. Para alguna operación en que había que retener los autos se buscaban fuera de la ciudad.

Les habíamos planteado a los compañeros de Río Cuarto y de San Luis -trabajaban juntos-, que tenían que levantar un par de coches. Los responsables eran Alberto Molina y *El Polo* Martínez. Cuando viajaron para ver si los compañeros ya los habían "hecho", comprueban que no.

Alberto era un tipo muy audaz, muy impulsivo, como dirigente estudiantil, estuvo al borde de incorporarse inmediatamente a las FAP después de un campamento de trabajo en Tucumán. Sabino, por su parte, era un compañero calmo, pero muy aguerrido, decidido para la acción y confiaba demasiado en sí mismo. Igual que Alberto, apelaba demasiado frecuentemente a la improvisación.

Ante la situación de falta de vehículos deciden salir esa misma noche para "levantar" un garage. Se suma *el Negro* Sabino, que va desde Córdoba con un compañero de Santa Fe, que estudiaba en la Docta, de apellido Cottone, de muy poca experiencia militar y que, como Sabino, no conocía la sierra.

Cualquiera de nosotros, cordobeses, conocíamos mucho esa zona, la habíamos recorrido a pie y en vehículos: Calamuchita, los montes y la comunicación con el dique Los Molinos, que es donde se va a dar la batalla final del *Negro*.

"Hacen" el garage en Río Cuarto, participan el propio Molina y el Negro Díaz, que era un delegado ferroviario de esa localidad, un militante de primera, lo mejor que teníamos ahí. Un tipo bien de base,

peón, de los que trabajaban en los rieles y delegado. También actúa este pibe de Santa Fe. El grupo, creo que eran estos cuatro y otro cordobés universitario, que decidió trabajar como metalúrgico, uno de los que armó la lista Verde contra Simó en el 68 y que estaba clandestino desde lo de La Calera. Molina finalmente se quedó en Río Cuarto y no se fue con el grupo que llevaba los autos.

Ocurrió que ataron mal a los serenos y éstos avisaron a la policía. Esta empieza a montar operativos de vigilancia en todos los pueblos desde Río Cuarto hasta Córdoba. El grupo, a los 40 ó 50 kilómetros tiene los primeros enfrentamientos con la policía; logran superar esos primeros cercos. Pero se ven obligados a abandonar uno de los coches y siguen con el otro, un Peugeot 504. En uno de los combates muere Díaz y los demás se tiran al monte porque el auto queda muy dañado y ven que no tienen munición para seguir peleando por la ruta. Es una zona de monte bajo, churqui, bastante ralo y era una época del año en que todavía no tenía hojas. A Cecilio Salguero, que es el último que se queda cuidando la retaguardia para que los otros avancen un poco y se internen, lo detiene una patrulla policial al aclarar el día. Sabino Navarro y Cottone, siguen. Obtienen provisiones de las pocas casas que van encontrando por ahí.

Los empiezan a rastrear con helicópteros, estaba todo el monte patrullado. En todos los intentos de salida que hacen entablan combate y vuelven a internarse en el monte. Finalmente le tiran la infantería, con teléfonos portátiles, armando una especie de rastrillo. No podían caminar de día porque los veían desde los helicópteros, sólo tenían la noche para desplazarse y también mucho frío.

Recuperan algunas armas de bajo calibre. El Negro llevaba una pistola 9 milímetros y un revólver, la primera con tres cargadores, y Cottone también una pistola. Las granadas ya las habían utilizado en el camino para romper los cercos. En algunas de las salidas al camino, ocupan algún auto, vuelven a tener combate y de nuevo se tiran al monte. La batalla duró una semana.

Nosotros teníamos un compañero adentro de la policía, que era chofer del comando radioeléctrico y, cuando podía, nos pasaba toda la información que poseía; estaba desesperado por hacer algo. Por otro lado sabíamos que la gente de Capuano Martínez también estaba loca por ayudar de algún modo, pero era muy difícil meterse, estaba muy controlada la zona.

El Negro y Cottone salieron del monte una noche y encontraron un camino que les daba salida al dique Los Molinos: lo que buscaban. Ahí ocuparon un Citroën en el que fueron perseguidos y a Sabino lo hirieron en el hombro; finalmente, tomaron un colectivo pero no lo pudieron dominar bien por falta de práctica, además era muy grande y el tiroteo crecía porque los estaban alcanzando.

En una curva chocaron y se tiraron de nuevo al monte. *El Negro* a esa altura ya se estaba quedando sin munición y estaba bastante desangrado. Le pidió a Cottone que lo dejara y que se fuera, que se salvara. Cottone no quiso, entonces se lo ordenó. -“Yo no caigo -le dijo-, no quiero caer y me muero”. A los 100 o 200 metros, relata Cottone, cuando ya se alejaba, escuchó un disparo... y siguió.

La policía lo buscó por meses y no encontró el cuerpo del *Negro*. Finalmente lo encontraron en una cueva, escondido entre las piedras, el revolver 38 todavía estaba en su mano derecha. Como ocurrió con el Che Guevara, le cortaron las manos, se las llevaron como trofeo y así entregaron el cadáver a su mujer y sus hijos, que lo sepultaron en la zona Oeste del Gran Buenos Aires. Hay una hermosa poesía, que escribió Alberto Molina, hablando de las manos de Sabino Navarro, que luego cantaron los Huerque Mapu y que rememora esta historia ■

La insurrección frustrada

17 de Noviembre de 1972

La insurrección frustrada

17 de Noviembre de 1972

(E.A.) El alzamiento estaba preparado con conocimiento de Perón y con relaciones con la organización Montoneros. Era un plan de sublevación militar por si el poder castrense impedía la llegada de Perón ese 17 de noviembre del 72, como ya lo había hecho con el primer intento de retorno, en el período del presidente Illia.

Estaba planeado como un alzamiento que debía estallar sólo en el caso de que Lanusse no dejara aterrizar o ingresar a Perón a la Argentina. Una de las unidades que estaba en condiciones de participar, en la Marina, era la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), donde estaba el teniente Julio César Urien (h), y otro oficial artillero, Carlos Lebrón, al que llamábamos el *Sordo*. Al *Sordo* lo mataron en Tucumán, después del golpe del 76; un oficial lo reconoció y sin decirle agua va le puso la pistola en la cabeza y le disparó a quemarropa.

Uno de los enlaces con Perón de todo este movimiento era el padre de Urien, el ex juez Julio César Urien, pariente de Onganía, que pertenecía o había pertenecido a la logia ANAHEL, que también integraba José López Rega y de la cual, según los Urien, el fallecido ministro de Bienestar Social había sido expulsado por ser agente de la CIA.

En este alzamiento debían participar, según llegué a conocer, distintas unidades de Ejército, oficiales y suboficiales en actividad y en retiro. En el caso de Córdoba había retirados muy recientes, que habían sido detectados y depurados por el aparato de inteligencia de Lanusse y algunos teniente coroneles en actividad, como Antonio Navarro, que por entonces tenía a su cargo la policía militar.

El alzamiento de la ESMA, en realidad, fue abortado y estalló 48 ó 72 horas antes de la fecha del retorno. Se habían producido delaciones internas y el teniente Urien corría riesgo cierto de ser encarcelado. Ante esa perspectiva, decidió sublevarse de todas maneras. Comunicó afuera, al aparato civil -entre los cuales, en Lomas de Zamora, había

un médico y un abogado, que decían tener relación con Eduardo Duhalde, actual gobernador de Buenos Aires- que preparasen todo para recibir las armas.

El plan era obtener armas para entregar a militantes, que nosotros, la organización Montoneros, designaríamos en distintos barrios. La idea era hacer una especie de autodefensa y generar un movimiento cívico- militar que obligara a Lanusse a aceptar el ingreso de Perón. Una estrategia simple.

La sublevación en la ESMA, pese a abortar antes de tiempo, arrastró a un total de 80 hombres, especialmente suboficiales.

Lo cierto es que, luego de un combate interno en el que muere el jefe de la ESMA y es detenido el teniente Julio César Urien, cargan con armas varios camiones militares y una ambulancia. Con esa caravana parten por la General Paz hacia el sur, al mando del *Sordo*, el oficial artillero, y a medida que avanza van reduciendo los puestos policiales y recogiendo su armamento.

En Lomas de Zamora abandonan la ambulancia cargada de armas porque no están los contactos que debían recibirla. Ahí la recogen luego los militares.

Estos detalles los conoceremos luego, cuando Montoneros descubre que uno de los fallidos enlaces responde en realidad a los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas y que había delatado el alzamiento de la ESMA.

En Córdoba teníamos contacto con los militares que debían levantarse a la llegada de Perón, pero esa relación venía medio distorsionada. Por un lado nos llegaba, por Urien y el *Sordo*, la información de que los complotados de Córdoba ya tenían contacto con Montoneros, pero nosotros teníamos la certeza de que ese contacto no existía.

Por eso, como sabía quién era el oficial del Ejército de más confianza que estaba comprometido con el alzamiento, fui personalmente a su casa. Era el teniente coronel Pérez Arceno. Ya estaba de baja, porque había sido detectado cuando estaba a cargo del liceo General Paz y Lanusse lo había pasado rápidamente a retiro. Pero de todas maneras tenía todos los contactos para sublevar la Escuela y obtener las armas.

El problema fue que cuando nos presentamos, él dijo que ya tenía relaciones con Montoneros en Córdoba, a lo que le dijimos que no era

posible, porque la dirección éramos nosotros. Incluso fuí con Firmenich, en un segundo encuentro, en donde nos dimos una estrategia para demostrar que nosotros, y no otros, éramos los Montoneros.

Suponíamos que esos otros eran gente vinculada al dirigente Antún, porque ya en un congreso del PJ, realizado en Calamuchita, habían leído como Montoneros una proclama de apoyo al antunismo, que nosotros tampoco habíamos hecho. En realidad respaldábamos a Ricardo Obregón Cano.

La forma en que nos identificamos ante Pérez Arceno fue presentándonos con nuestras armas, con la fecha en que fueron recuperadas, sus números y la documentación de los diarios que comentaba esas sustracciones. Le pedimos, entonces, que consiguiese de los otros presuntos montoneros algún tipo de prueba que los acreditase como tales. Entonces nos dijo quién era el contacto: un tal José Reyes. "Tiene que ser José Reyes Pereira -le señalé-, que es el hijo de Argentina Pereira, la jefa de inteligencia de la policía de Córdoba", la que incluso había torturado a compañeros y que después fue ejecutada por el ERP en 1975. Le agregué, para más datos, que era un agente que, desde los 18 años, era perito calígrafo de la policía.

Pérez Arceno corroboró luego todos estos datos y de ahí para adelante la relación pasó a nuestras manos. Participé personalmente de ella, porque en ese tiempo estaba herido. Andaba rengo por una ráfaga de ametralladora que me alcanzó tras un allanamiento que se produjo en una reunión, camino a Río Ceballos, y de la que logramos escapar todos. Ocurrió en una casa que usábamos en el campo, éramos cuatro compañeros y salimos de un cerco.

A propósito de este episodio, quisiera recordar un hecho político vinculado que todavía me conmueve hoy. Después de este combate debí recurrir a la casa de un compañero legal para ser atendido de las heridas. Allí vivía una asistente social, compañera, que trabajaba en una villa miseria de la Seccional 13 y que ese día había llevado a su casa a una chica de la villa, que tendría 16 ó 17 años, era prostituta, había quedado embarazada y se acababa de hacer un aborto, por lo que le pidió que la acogiera en su casa hasta recuperarse. El combate había tenido mucha trascendencia y la entrada a la casa en esas condiciones nos obligaba a compartir los riesgos de un eventual allanamiento. Por esta razón debimos asegurar la defensa militar de

la casa y asumir la responsabilidad de explicarle la situación a esta chica. Cuando la trajeron al sofá donde yo estaba recostado esperando la llegada del médico le dije que era montonero y que había sido herido por la policía y que no tenía otro lugar donde ir esa noche. Popina, así la llamaban en la villa, me abrazó emocionada y dijo: "siempre quise conocer a los montoneros porque los admiro". Cuando le expliqué que en caso de que llegara la policía íbamos a resistir, me dijo que ella también y que le enseñáramos a usar un arma. Eso hicimos y ella participó de la defensa de la casa durante toda la noche. Popina, a partir de esto, se convirtió en una militante y dirigente del Movimiento Villero Peronista en su humilde barriada. Cuando fueron a detenerla, en 1976, Popina se resistió y murió en combate.

Por esta herida me perdí el 25 de mayo del 73, ya que no pude ir a Buenos Aires y me tuve que conformar con ver por televisión todo lo sucedido en esa jornada histórica.

También por eso tenía a mi cargo estas reuniones con los militares, que se realizaban en Unquillo y que conformaban el estado mayor del eventual alzamiento en la provincia.

En ese estado mayor de Córdoba, de los nombres que recuerdo, estaban, en actividad, el teniente coronel Navarro, que después va a producir el "navarrazo" contra Obregón Cano y en ese entonces era el jefe de la policía militar con mil hombres a su cargo y sede en La Calera. Por lo tanto tenía mil fusiles y otras tantas armas cortas a su alcance, que eran muy importantes para este tipo de operación donde se pretendía participación civil y resistencia en la ciudad. También estaba el teniente coronel Amirati, que era auditor de Ejército, un hombre de izquierda, de formación marxista, algo que me sorprendió muchísimo. Otro era el teniente coronel Chiape y también había un grupo de militares vinculados al peronismo después del 55 y que habían sido dados de baja por esta causa.

Eran en total unas 15 personas y a mí me incorporaron como parte del estado mayor después de haberles criticado la estrategia que tenían y que me parecía descabellada. Tenían unos planteos de incendiar algunos campos y hacer ataques con explosivos en el sur de la provincia. Tenían también relación con el viejo Capuano Martínez-padre de nuestro compañero Gustavo-, que después pasó a ser ministro de Obregón Cano en Turismo y que se resistió, en Calamuchita,

cuando lo fueron a buscar, tras el golpe del 76, hasta que lo mataron.

Una de las personas que participaba de ese estado mayor tenía un hermano en "Inteligencia" de la aeronáutica. Por esta persona supimos que las reuniones estaban totalmente en conocimiento de los servicios de esa fuerza y, por consiguiente, con toda seguridad del propio Lanusse.

De todas maneras no actuaron, la duda que nos quedó fue si ya entonces Navarro era el hombre que nos "botoneaba". Todo eso quedó congelado porque se produjo el retorno de Perón, su ingreso al país y, por lo tanto, no fue necesario el alzamiento.

Después de esto Navarro fue nombrado jefe de policía de la provincia. No era el candidato que nosotros proponíamos, pero cuando nos dijeron que tenía que haber pertenecido a las Fuerzas Armadas o de la policía, dimos los nombres de otra gente de entera confianza y sistemáticamente fueron rechazadas todas las ternas que presentamos. Las rebotaban en Buenos Aires por la influencia fundamental de López Rega y su sector, quienes finalmente impusieron como jefe de la policía de Córdoba al teniente coronel Navarro que todavía estaba en actividad ■

Recuerdos

Recuerdos

Rodolfo Walsh

(J.O.L.) Siempre me acuerdo del modo en que descubrí que militaba con Rodolfo Walsh, “Esteban” o “Neurus”. Demás está decir que sólo lo conocía por un seudónimo, hasta que un día, leyendo un libro de él, vi su foto en la solapa.

Así conocí su identidad, algo que me impactó como un ejemplo de humildad. Nunca tuvo una palabra o un gesto de superioridad, ni de ostentación de conocimientos que lo delataran. Y no era solamente el extremo cuidado que ponía en la compartimentación: después de mi descubrimiento nada cambió. Yo era su responsable en ese momento. Antes y después me sorprendía su capacidad de síntesis. En sus informes nunca había una palabra de más.

Después, cuando yo dirigía *El Descamisado* y él estaba en el diario *Noticias* me deleitaba con su sección de policiales, o con su impecable serie de notas sobre el conflicto palestino, donde también brillaba su claridad y capacidad de síntesis.

Allí me ayudó mucho con sus consejos. Recuerdo que una vez discutimos el lenguaje a usar en los editoriales de la revista. El se oponía al empleo de palabras vulgares o malas palabras como forma de parecer llano y popular. Decía -y lo demostraba en su escritura- que se podía llegar al hombre más humilde con un lenguaje periodístico preciso y claro sin necesidad de escribir una puteada o de hacerlo “al vesre”, por ejemplo. Y tenía sus motivos, que trascendían lo exclusivamente estético. Me decía que ese modo de querer parecer popular suponía una actitud paternalista, en donde previamente se había puesto al lector por debajo del nivel de uno. Es decir, todo lo contrario de hablar de igual a igual, que era, presuntamente, la actitud que se decía buscar.

Francisco “Paco” Urondo

(J.O.L.) Con “Paco” Urondo, además de militar juntos, me unía una entrañable amistad. Un día nos trezamos en una discusión por un concepto que se iba a difundir en un comunicado, luego de una operación militar de propaganda. Decíamos en el comunicado... “la violencia a la que lamentablemente debemos recurrir”... La discusión fue por la palabra “lamentablemente”. Yo decía, recurriendo a un clasismo que hoy me suena absurdo, que sólo para los que teníamos algo que perder la violencia podía definirse como un recurso “lamentable”. Los otros, argumentaba yo, los más pobres, ya se mueren de hambre y desesperación y para ellos la violencia es más bien una extrema oportunidad de liberación.

Paco, más sencillo y realista, decía que tener que ejercer la violencia es siempre y para todos una instancia lamentable. Hoy comparto la idea de *Paco*, pero en aquella oportunidad, por esa trifulca, casi nos perdemos ... lamentablemente, la señal de inicio de la operación, lo que nos hizo reír a los dos a carcajadas.

Héctor Oesterheld

(J.O.L.) Héctor Oesterheld era, ya en aquella época, un tipo mayor que la mayoría de nosotros. Era por eso, para nosotros, el Viejo, como le decíamos a cualquiera que superase los cuarenta. Un viejo muy querido y respetado.

Muchas veces pensamos con él, con Juan José *Yaya* Ascone y con Enrique *Jarito* Walker, una revista de historietas con personajes locales, héroes cotidianos, actuando y pensando como la gente que nos rodeaba, con todo el suspenso y acción de una tira policial. En definitiva, mucho de lo que él ya había hecho con *el Eternauta*. En realidad, en la segunda parte del *Eternauta* él fue mucho más lejos y metió la historieta en la lucha de resistencia en que estábamos inmersos desde fines de la década del 60. Pero esta segunda parte recién la leí muchos años después, con el retorno a la democracia.

A Oesterheld lo fascinaba -y a nosotros también- la posibilidad de hacer de la historieta -medio de lectura super masivo-, un nuevo recurso de lucha ideológica.

Finalmente, en el diario *Noticias* hizo de su tira *Los Antartes* una historia de ficción que reflejaba, paso a paso, todos los avatares que sufríamos durante el isabelismo. Para bien o para mal esto fue así. Pienso que fue una asociación exagerada, pero lo cierto es que así se fue dando. Lejos de tomar más autonomía, como muchas veces le sugerimos al *Viejo*, nuestros lectores (que no eran pocos: unos 100 mil compradores directos, en promedio, lo que suponía, en definitiva, unos 400 mil lectores), también reclamaban más “compromiso” con la realidad.

Hasta que un día la situación directamente se dió vuelta. Percibimos que en la tira los compañeros “leían” nuestra línea política; el diario había titulado en una oportunidad, haciendo evidente esa asociación: “Los Antartes...” en lugar de los Montoneros. Creada esta situación, vimos, poco después, que la historieta se “escapaba” de la lógica que seguían los acontecimientos -cada vez más desfavorables para nosotros- y “marchaba” triunfalmente hacia la toma del poder por el pueblo. Era 1974 y la realidad, obviamente, avanzaba en la dirección contraria. Esto no se nos escapaba, aunque mantuviésemos un optimismo blindado. Entonces yo, que colaboraba en ese momento con la dirección del diario, ejercida por Norberto Habegger (habíamos, en realidad, creado un equipo integrado de conducción conjunta entre la revista y el diario), hablé con Oesterheld sobre este tema. Le transmití la preocupación que existía por el rumbo que tomaban *los Antartes*, diametralmente opuesto a lo que sufríamos los montoneros. Comprendió en seguida y pegó un viraje que llevó, también a *los Antartes*, a la resistencia y no al poder.

Como se puede ver, el *Viejo* era un optimista empedernido y sus años no le habían aplacado ni su entusiasmo, ni sus deseos. *Germán*, como se llama el personaje del *Eternauta*, a través del cual Oesterheld se metía en su propia ficción, es un ejemplo que refleja sus deseos más profundos: si en la realidad aportó a la lucha con sus ideas y su talento, también lo hizo con su militancia personal. Y esa faceta tan ocultada de su vida -fue secuestrado y desaparecido, igual que cuatro de sus hijas y uno de sus yernos⁽¹⁾-, se trasparenta con toda su potencia en la ficción. Y en ella *Germán* pudo darse el gusto de decir lo que quería gritar Oesterheld en una realidad que lo obligaba a callar.

Rafael Perrota

(J.O.L.) Rafael Perrota provenía de una familia acomodada y propietaria de un tradicional diario de negocios, *El Cronista Comercial*. A través de él, por lo que sé, Perrota vivió codeándose con los que sucesivamente detentaron el poder en nuestro país.

Curiosamente, él y yo describimos un recorrido vital que nos aproximó durante varios años, sin que ninguno de los dos lo hubiese imaginado o deseado previamente.

En *El Cronista* hice, en 1968, mis primeros palotes como periodista profesional. Traía como bagaje mis estudios en economía política y mi vocación por esta profesión. Cuando ingresé, no se puede decir ni que me pagasen bien, ni que me tratarasen con guantes de seda.

Después de que un colega me diera un manual de redacción de *Associated Press* por todo rudimento técnico (en esa época no existía la carrera de comunicador social o periodista), me tuvieron reescribiendo cables de agencias durante varias semanas. Nadie me orientaba por donde conseguir una nota. Sólo un amigo me alertó: "si te quedás ahí sin conseguir información propia te van a echar", me dijo.

Comprendí que ningún jefe me iba a decir lo que tenía que hacer. Me puse a caminar por el microcentro hasta que, desesperado, entré en unas oficinas de la calle Belgrano que ostentaban el nombre de *Camea*. Pedí hablar con el gerente general y así obtuve las primeras informaciones sobre su proyecto de producir aluminio en el sur del país. Hice la nota, y me la publicaron. Mi primera nota. Un día después el secretario de redacción me llamó para reprenderme. Una empresa británica, importante avisadora del diario, tenía un proyecto competitivo de aquél, partiendo de las tierras lateríticas de Misiones, y yo ni lo mencionaba. Me pidió que los entrevistase y así publiqué mi segunda nota. Además, aprendí que suele haber más campanas que las que uno a veces escucha.

Finalmente conseguí superar exitosamente mi período de prueba en el diario y hasta llegué a escribir algunas columnas de tapa, una suerte de editorial sin firma, que internamente oficiaban de premio.

Tiempo después me fuí a trabajar a la editorial *Primera Plana*, hasta que en agosto de 1972, tras la fuga del penal de Rawson, caí preso.

Perrota fue haciendo, en forma paralela, una sorprendente evolu-

ción, que lo llevó a concurrir a actos de la campaña del PJ y a simpatizar con la JP, que le daba su color más combativo. Me contaron que su chofer lo llevaba en auto a estas manifestaciones callejeras.

Cuando salí en libertad fui a agradecerle su solidaridad con los presos políticos de aquella época. A mi mujer, por ejemplo, le conseguía pasajes para poder visitarme en la cárcel de Rawson.

A partir de este encuentro nació una nueva relación entre nosotros. Inicialmente me preguntó por qué no había compartido con él las inquietudes que me llevaron a la militancia. Le recordé que mientras trabajé en *El Cronista Comercial* él era otra persona y me resultaba impensable un resquicio para plantearle cualquier cosa que no estuviese estrictamente relacionada con el trabajo.

En realidad, creo que quería entender como había nacido aquella nueva etapa y se preguntaba cómo era posible que se le hubiesen escapado sus signos primeros, más aún cuando había tenido tan cerca suyo a alguno de sus protagonistas.

En una oportunidad fui a verlo junto a Julio Roqué, *Lino*, para conversar acerca de la posibilidad de abaratar los costos de nuestro diario *Noticias*, imprimiéndolo en sus instalaciones. "En esa silla, donde está usted -le dijo hacia el final de la charla- estuvo sentado el general Sanchez". Y continuó: "Yo le dije, ¿no tiene miedo que el que a hierro mata a hierro muera?". Seguramente sabía, como buen periodista, que *Lino* había sido quien comandó la operación en que murió el entonces comandante del II Cuerpo de Ejército.

También conocía las declaraciones del general Sanchez, meses antes de su muerte, anunciando el aniquilamiento del 85 por ciento de las fuerzas "subversivas" en su zona de comando. Y la irónica respuesta de un comunicado de las FAR: "El quince por ciento restante no se rinde".

Lo que nunca imaginó Perrota es que él también caería víctima de la nueva espiral represiva que se desataría después de 1976: los dueños del poder no perdonaban, sobre todo a uno de los suyos, semejantes herejías.

Lo cierto es que las nuevas ideas de Rafael Perrota, entrelazadas inseparablemente con el bagaje que traía de su larga trayectoria personal, hacían de él un ser interesante, lleno de contradicciones y vitalidad; con un humanismo a flor de piel.

Un día me invitó a su casa de la Recoleta, en la calle Quintana, y mientras charlábamos y discutíamos, un mozo nos atendía de librea y guantes blancos. Todo me parecía muy raro. Para colmo, Perrota me decía, para tranquilizarme, que debía considerar como una muestra de simpatía del sirviente el que no me tirase los platos sobre la mesa. “como hace con otros”.

Rafael colaboró para imprimirnos el diario *Noticias* y hasta la línea editorial de su propio periódico fue variando de acuerdo a los acontecimientos.

Imprevistamente, después del golpe, sus ex amigos, los militares, terminarían por secuestrarlo, torturarlo y hacerlo desaparecer.

Elida “Amalia” D’Ippolito

(J.O.L.) No puedo decir que la conocía mucho: ella me conocía mucho mejor a mí. Quiero decir que en nuestros muchos años de relación, su mirada fue mucho más penetrante que la mía.

Elida D’Ippolito, *Amalia*, sabía lo que valía cada compañero, le abría paso, los impulsaba a caminar más rápido. No conocía el temor a que le hiciesen sombra porque siempre iba, naturalmente, adelante. Su sonrisa (¡si ella lo supiese... igual a la de su hija hoy!) tenía algo de enigmático. Era su ventana a la dulzura, también a la duda y a la ironía. Algo se agazapaba entre ronroneante y al acecho detrás de su sonrisa.

Amalia, como le decíamos, Elida, en los papeles, fue la compañera de más alto nivel que tuvo la organización Montoneros. Cuando la mataron era jefa de la regional La Plata e integrante de la Conducción Nacional de la organización.

Su compañero fue mi mejor amigo, Roberto Pampillo. Le decíamos El Gallego. Ya hablé de él en el capítulo dedicado a Olmedo. Me interesa decir ahora que era un cuadro importante de la organización, miembro fundador de la FAR. Con él viajamos a Cuba con la intención de ir con el Che.

Amalia, su mujer, primero lo vio partir, hacía poco que lo conocía. Cuando Roberto volvió, estaba que trinaba por haberlo dejado ir solo y no haber sido ella también de la partida. Su bronca era por haber

pagado ese derecho de piso por ser mujer: ella también hubiera querido ir con el Che. Demostró largamente, durante toda su militancia posterior, que esa fue una injusticia.

Después, Roberto y Elida tuvieron iguales responsabilidades en la militancia, y entonces se distribuían bastante parejo las tareas de la casa y de criar a Laura, su hija, no sin peleas. Que eran indiscutiblemente para alquilar balcones: por algo a él le decíamos El Gallego, y Amalia no se quedaba atrás: tenía una fuerza arrasadora cuando defendía algo, que no sólo se sentía en sus palabras, sino en su mirada penetrante.

Por último, Amalia fue, en la pareja, la más atareada por sus responsabilidades en la militancia. Realmente una situación bastante singular: lo habitual era lo contrario.

Un compañero de la conducción, Raúl Yäger, decía con ironía, pero apuntando a modificar las desigualdades entre el hombre y la mujer, que si sostenemos su igualdad se obtiene, en definitiva, una desigualdad tolerable, pero que si se defiende la desigualdad el resultado es la esclavitud de la mujer.

Amalia y El Gallego fueron, además de tantas otras cosas, un buen ejemplo de la lucha para que la igualdad fuese igualdad y no esclavitud.

Norma Ester Arrostito

(J.O.L.) Tenía una sonrisa franca, con un cierto dejo de timidez seductora. Gaby -Norma Ester Arrostito- quería ser ante todo una mujer y no un “bronce”, como le decíamos a los compañeros históricos. Y no le costaba nada lograrlo.

Trabajé mucho tiempo con ella en la zona Sur del Gran Buenos Aires y siempre llegaba tarde a las reuniones matutinas, “por el tiempo que me lleva arreglarme”, según me explicó varias veces en que le pregunté por esa actitud un tanto insólita en una militante tan fogueada. Creo, en definitiva, que se mezclaban la coquetería con los hábitos de la clandestinidad, que la llevaban a maquillarse y arreglar su eterna peluca con sumo cuidado.

“La hábil maquilladora” -como la definió el enemigo en los afiches

y en la publicidad que pedía la captura de los autores del secuestro del general Aramburu- no podía evitar que se transmitiese naturalmente, casi dulcemente, el peso de su autoridad. Siempre imaginé -porque no lo hablé con ella- que su personalidad sirvió de contrapeso a un cierto militarismo que tuvieron los iniciadores de Montoneros que yo conocí de su grupo, especialmente el que era su compañero, Fernando Abal Medina y también Firmenich.

Gaby, con su conducta natural y espontánea, con sus hábitos cotidianos y su humanidad, estaba muy alejada de esos rasgos. Recuerdo también que fue criticada varias veces, en su grupo primigenio, según me contó. Y estoy seguro que estas diferencias vitales estaban detrás de aquellas críticas del momento: sus mejores virtudes se veían como un defecto para el mando.

Esa vida que exhalaba, atravesó como una llamita siempre encendida los rigores más extremos de la clandestinidad, que pocos padecieron como ella.

Nunca olvidaré un día, en Cuba, en que me encontré con Fernando, con quien habíamos hecho el secundario en el mismo colegio. Lo saludé amigablemente y él me respondió con un, "sólo hablo con tus jefes". Me chocó esa actitud militarista sobrepuesta a la de un compañero con el que uno se encuentra muy lejos de su patria. Ese mismo día, pero a la noche, hicimos un fogón entre varios compañeros. Como no podía ser de otra manera, se cantaron canciones folclóricas y Gaby, con una voz hermosa, entonó "Anocheciendo Zambas". Nunca me sonaron más poéticos sus versos: "los sueños que tu me diste / se están volviendo palomas / y este río de mi cuerpo / se va enredando en las sombras".

Como me dijo un día Gonzalo, no bien conocida su muerte, "caminé por los barrios de La Cañada, Itatí, entré en La Florida y en Kolynos (todos de Quilmes), y para mi asombro encontré que en muchas casas había velas encendidas en memoria de Norma.

"Qué ceguera la nuestra de no percibir la trascendencia de la flaca Norma, de lo que ella representaba para mucho hombres y mujeres de nuestros barrios. Qué apuro teníamos para vivir, que no hacíamos tiempo de sentarnos junto a ella y recibir el calor que emanaba de su alma", me dijo.

Y agregó, "Norma para nosotros era una gran compañera, una valiosa mujer, pero una más entre muchas. Ocupaba un lugar importante en

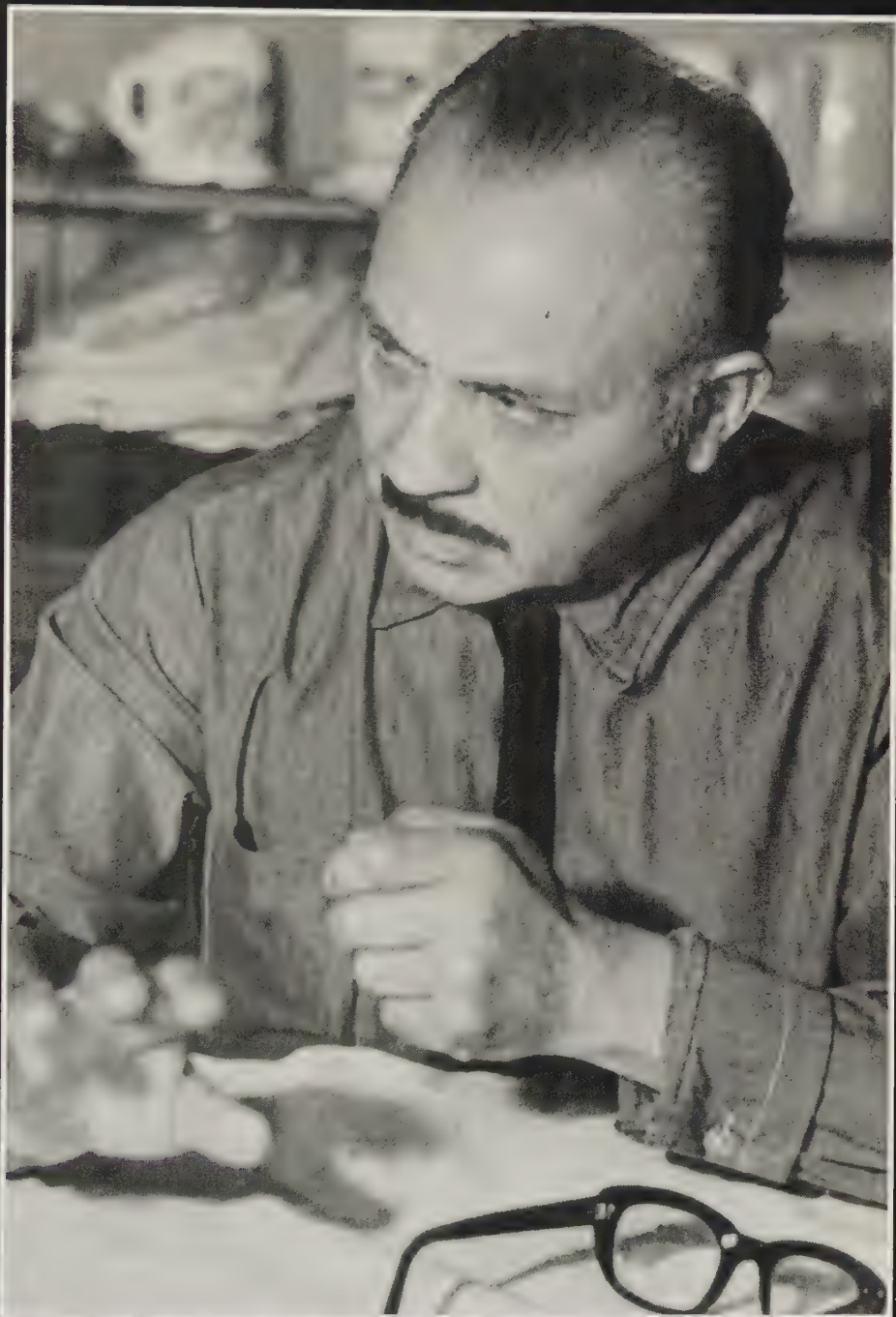
la organización, pero no de los más prominentes. Había un abismo entre lo que mucha gente sentía por ella y lo que decían nuestras evaluaciones internas. Prolijas evaluaciones regidas por el eficientismo. Con ellas podíamos conocer cuántas reuniones tenía en el mes, en cuántas operaciones participó, qué tipo de prensa distribuía, pero no nos servían para medir el brillo de sus ojos”, concluyó Gonzalo.

Gaby vivió un tiempo en mi casa con su último compañero. Era dulce con los chicos que no tuvo. Mi hija Andrea, un día, jugando entre sus brazos, la bautizo “Gaviota”. Le dijo que Gaby quería decir Gaviota. Ella se rió y le gustó el nuevo nombre. Y yo no dudo que, como una gaviota, vuelva en libertad, a pesar de grillos y barrotes que pretendieron encerrarla, como símbolo de mujer y luchadora, de la calidez que enciende rebeldías con sus fuegos más verdaderos. Reaparecerá, sin duda, por estas playas, cuando la lucha que llevamos adelante se mire sin miedos ni deformaciones ■

¹ Esto lo cuenta en la revista *Feriado Nacional* el psicólogo Eduardo Arias, secuestrado en marzo de 1977 y “desaparecido” hasta enero del '78, fecha en que su detención fue “blanqueada”. También menciona que hasta el “chupadero”, donde estaba junto con Oesterheld, en Camino de Cintura y Avenida Richieri, trajeron, al ser secuestrada su cuarta hija, a su nietito de cinco años.

Resistencia y sindicalismo

El duro camino hacia la democracia



Horacio Irineo Chaves, dirigente histórico de la Resistencia. En 1972, con el apoyo de la JP, fue electo secretario general del Partido Justicialista de La Plata. Foto tomada en su casa en 1973.



Arriba:
Horacio Chaves después de fracasada la insurrección, camina por calle 17 entre 50 y 51 a la rendición en la mañana del 10 de junio de 1956.

Derecha:
Teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno, jefe en La Plata del levantamiento cívico-militar del 9 de junio de 1956. Foto tomada en diciembre de 1952.





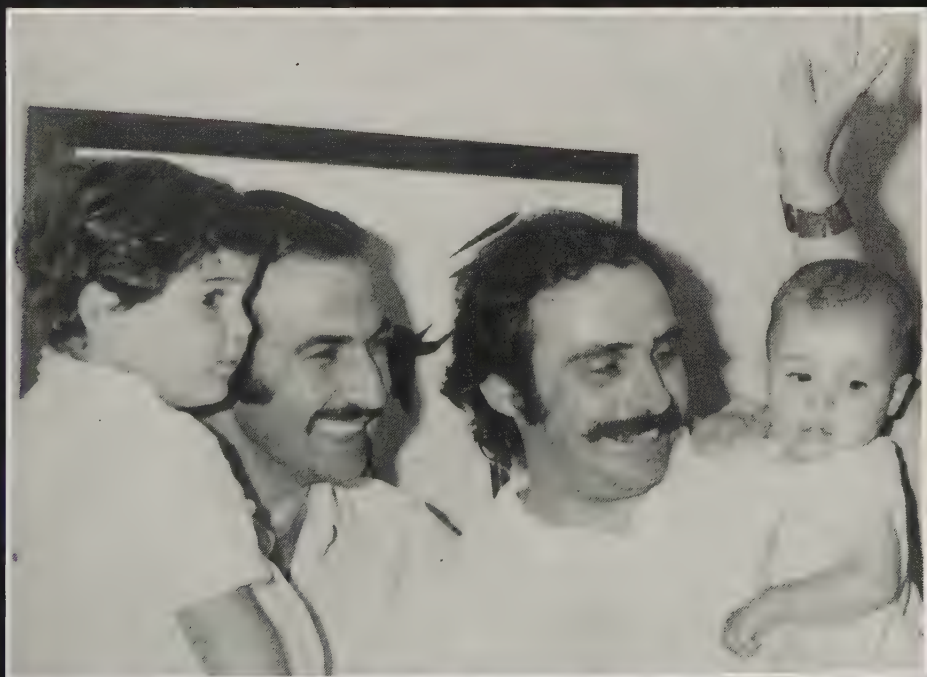
En la casa del Dr. Guaresti, se reúne un nutrido grupo de sindicalistas y abogados para constituir la CGT Auténtica. De izquierda a derecha: Atrás, (2) Alberto Cladera. De pie: (1) Heriberto Torres del SUPE flota; (2) Armando Sandoval de madereros; (4) Dr. Angel Castellanos, (6) Germán Petit, de la carne; (9) Roberto Guaresti; (10) Dr. René Orsi; (11) Aminta Gimenez de Guaresti; (12) Carlos Pierini, del SUPE. Sentados: (1) Cristina Ferrari del vidrio; (2) Armando Cabo, metalúrgico; (3) Andrés Framini, textil. En cucullas, el Flaco Durruti de barraqueros de Avellaneda y Armando Gasparri, mosaista. La Plata, 1958.



Miembros de la JP de La Plata se reúnen para dar la bienvenida a Diego Miranda recientemente liberado de la cárcel de Olmos, año 1965. De izquierda a derecha: Parados: Beto Ayala, Carlos Museler, Héctor Torres y el Panza Barði. Sentados: el Viejo José Díaz, el Flaco Gilbert, Baby Molina, Néstor Pichila Fonseca, el Parito Juan Carlos Andora, Diego Miranda y Catela.



Febrero de 1972, el primer acto masivo de la campaña del *Luche y Vuelve*. Cancha de Cambaceres en Ensenada, provincia de Bs. As. Al frente, de izquierda a derecha: los miembros de la JP de La Plata, el *Rusito* Carlos Ivanovich, el *Negro* Piñeiro, Carlos Sanguinetti y Nora Peralta. Detrás, con el bombo, se lo ve al Beto Ayala.



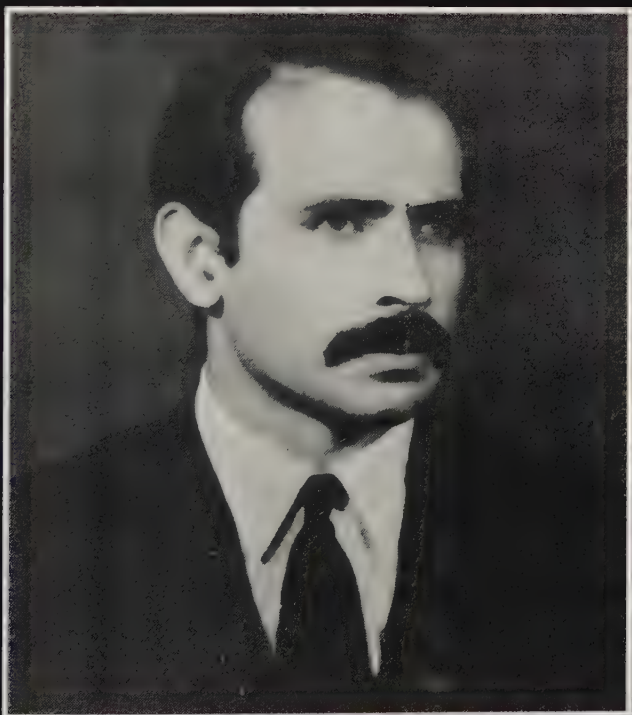
De izquierda a derecha: Rodolfo Turco Achem y su hijo Horacio Jorge; Carlos Miguel y su hijo Juan Rodrigo, enero de 1975.



Gustavo Rearte, un madrugador de la historia.



Arriba:
Rolando Chaves, el
Ruso, (de izquierda
a derecha el último
de la fila de pie) con
sus compañeros del
frigorífico Swift,
cancha de Estrella
de Berisso, 1958.



Izquierda:
El Negro Sabino
Navarro, trabaja-
dor, montonero y
peronista.



Eva La Colorada Gruszka y Arturo Felipe Lewinger, el día del casamiento, año 1962.



Carlos José Olmedo, con su madre, el día que se recibió en el Colegio Nacional de Buenos Aires, año 1962.



Horacio Petrus Campiglia, disfrutando de la pileta de natación, en Cuernavaca, México, junto a los padres de Jorge Omar Lewinger. 1980.



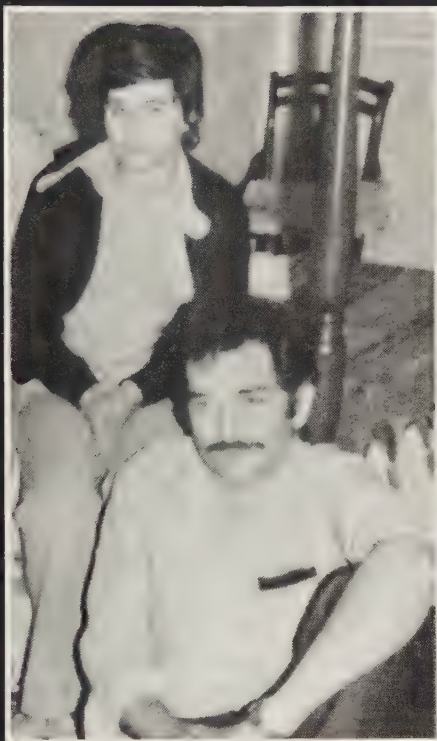
Arriba:
Alcira Pili Campiglia (32), compañera de Jorge Omar, detenida-desaparecida el 8 de junio de 1997 en Banfield, provincia de Buenos Aires

Derecha: Felipe Lewinger: en Palermo, lleva en sus brazos a su hijo Juan Pablo (izquierda) y a su sobrina Andrea.



Derecha:

Julio Lino Roqué, licenciado en Ciencias de la Educación, ejercía la docencia como forma de vida y como profesión, un desmitificador de dudas y un hábil piloto de tormenta. En la foto se lo ve junto a su compañera, **Gabriela La Ratita Yofré (24)** 28/10/76. Ambos están detenidos-desaparecidos



Abajo:

Roberto El Gallego Pampillo, haciendo un fueguito en un campamento de Bariloche. Enero de 1976.

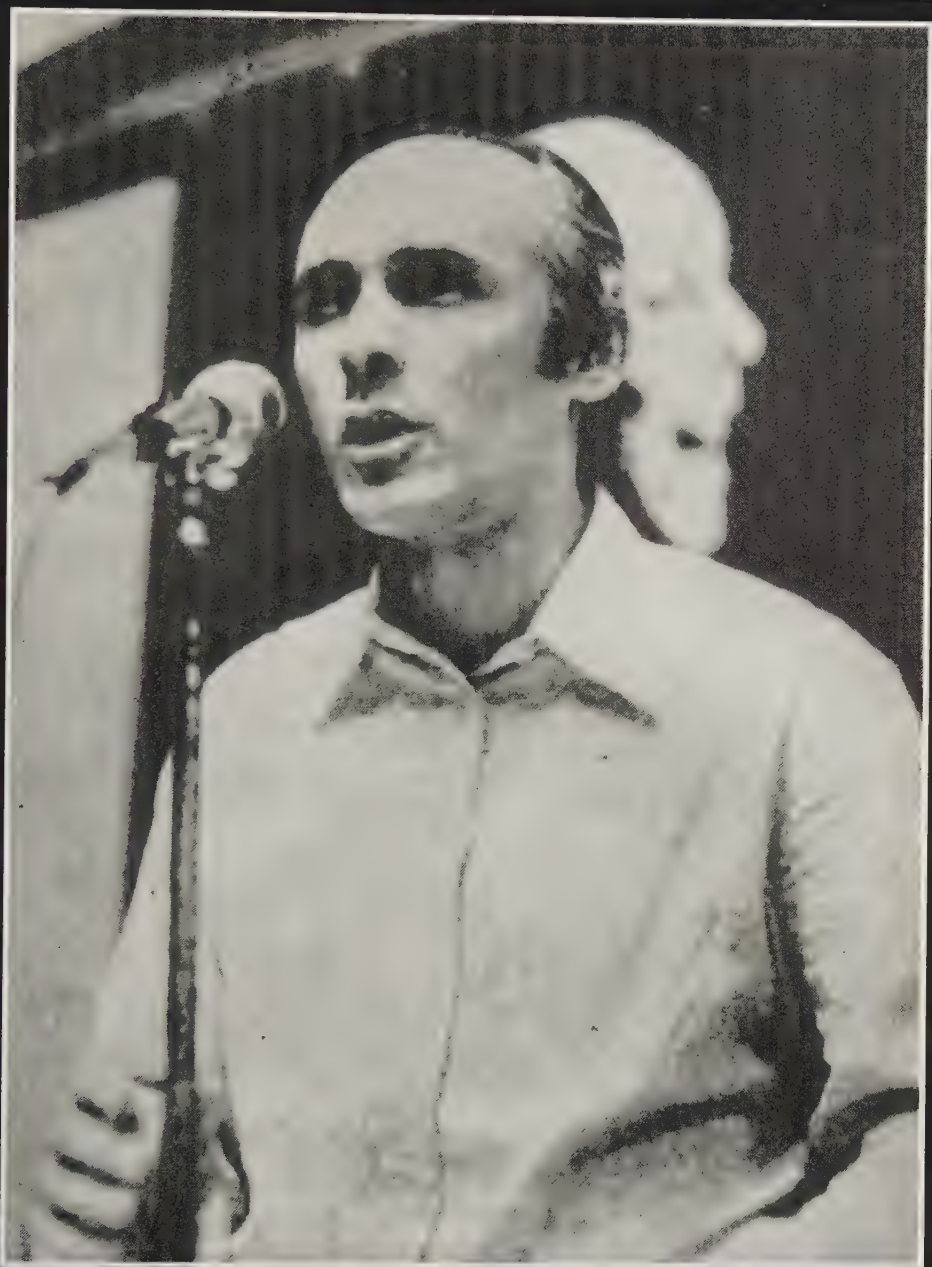




Los miembros de la Conducción Nacional del Peronismo Montonero, La Habana, enero de 1982. De izquierda a derecha: Fernando Vaca Narvaja, Oscar Bidegain, Eduardo Pereyra Rossi, Mario Firmenich, Ricardo Obregón Cano, Roberto Perdiá y Raúl Yäger.



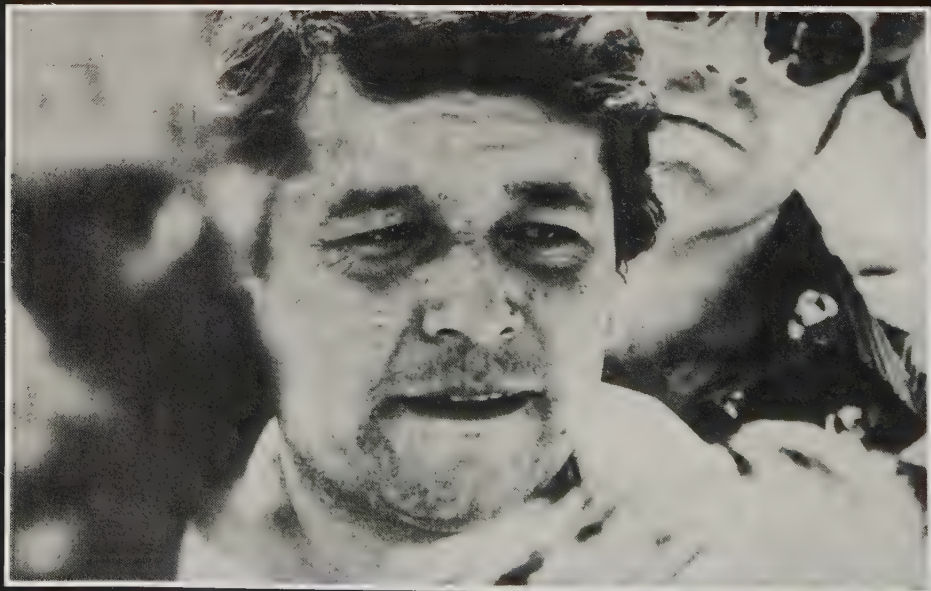
Elida Amalia D' Ippolito: una mirada dulce y penetrante.



Jorge Di Pasquale, secretario general de la Asociación de Empleados de Farmacia y dirigente del Peronismo de Base (PB), mayo de 1974.



Oscar Smith, secretario general del Sindicato de Luz y Fuerza de Capital Federal, detenido-desaparecido durante el conflicto que mantenían con las empresas de energía eléctrica en 1977.



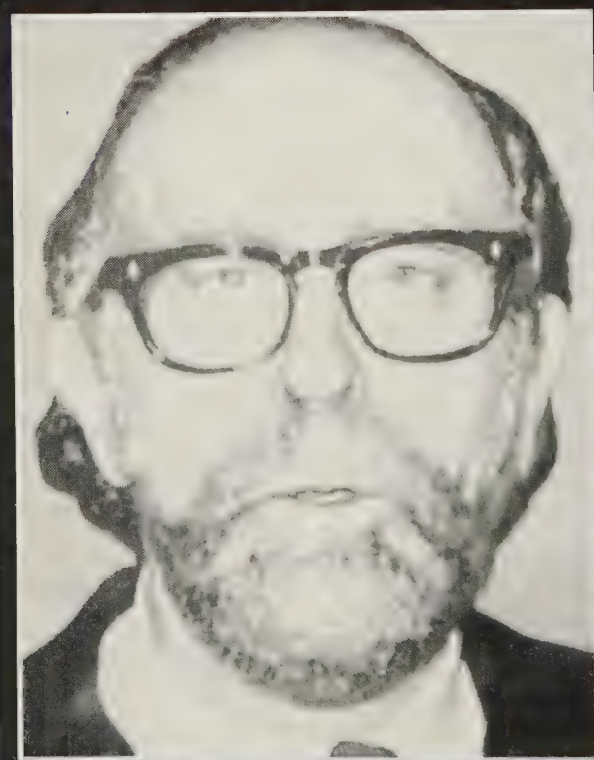
René Rufino Salamanca, cuando fue reelecto como secretario general de la seccional Córdoba del SMATA, junio de 1974.



Los miembros del Bloque Sindical del Peronismo Montonero. De izquierda a derecha: Gonzalo Chaves, Paulino Aramayo, José Lopez, Aldo Moran y Armando Croatto. Foto tomada en los jardines del palacio de las Naciones Unidas en Ginebra, Suiza, durante la Conferencia de la OIT, junio de 1978.



Arriba:
De izquierda a derecha: **El Vasco Arraraz, José Guaymasí, Ernesto Sarmiento Millá Ramírez y Ernesto Arrastasu** reunidos en la sede del sindicato, año 1969. Ernesto Ramírez era secretario general de la Asociación de Trabajadores de la UNLP (ATULP).



Izquierda:
Silvio Frondizi (67), casado, dos hijos, abogado y profesor. Fue fundador e ideólogo del movimiento político Praxis, surgido en los inicios de los años 60. El 27 de septiembre de 1974 un grupo parapolicial que después tomaría el nombre de Triple A, entró en su departamento en Capital Federal y lo asesinó impunemente.

Resistencia y sindicalismo

El duro camino hacia la democracia

(G.L.Ch) Hace cinco días que estoy viajando en ómnibus, con calor y mal dormido. Acabamos de dejar la ciudad de *João Pessoa*, capital del Estado de *Paraíba*, Brasil. Me quedan pocos kilómetros de viaje, tengo que descender en *Mamanguape*, un pequeño pueblo recostado sobre la ruta que va a Natal. Desde que salí de la ciudad de La Plata llevo recorridos 5.700 kilómetros. Ahora me encuentro en el paralelo seis sur, a sólo 90 kilómetros del punto más oriental de América. Mi destino es *Baía da Traição*, un puerto de pescadores de aguas cálidas y mansas. Estas tierras pertenecen a la nación Potiguara, una comunidad indígena que habita aquí desde antes de la llegada de los europeos. En el municipio de *Baía da Traição*, según el censo de 1992 viven seis mil personas de origen indio. Son hombres y mujeres morenos, muchos de ellos mestizos, *caboclos* en portugués, más próximos a los guaraníes o mapuches, que a los portugueses y holandeses que asolaron esta región.

El nombre de *Baía da Traição* suena como un estigma, no encaja con el paisaje acogedor de esta zona. Hay varias versiones sobre el origen de esta denominación, la más convincente está ligada a la conquista de América. Dicen que en la mañana del 15 de febrero de 1630 se dibujó en el horizonte una de las mayores armadas que cruzó el Atlántico. Los holandeses desembarcaron al día siguiente y tomaron posesión de lo que se llamaba *Capitanía de Pernambuco*, territorio de la corona portuguesa. La misión tenía los condimentos de un capitalismo incipiente. Los holandeses se presentaron como *Compañía de las Indias Occidentales*, que sólo tenía de comercial el nombre. Al mando de la tropa venía un fogueado jefe militar de apellido Lonck, de tra-

vectoria acorde con la importancia que los reyes de Holanda le daban a esta misión. Traían una propuesta seductora, decretaron la libertad de los indios declarándolos exentos de cualquier sujeción, alquiler u obligación de trabajar contra su voluntad en los ingenios azucareros. Todo aquel que trabajara debía recibir una paga. El capitalismo en su más cruda expresión se instalaba en América. La presencia de los holandeses en el siglo XVII se extendió de 1630 a 1645. Algunas tribus Tupís, nación a la que pertenecen los actuales Potiaguaras, se aliaron con ellos para combatir contra los portugueses. Este es el origen de la supuesta traición que se les atribuye.

La historia se repite

En Paraíba me esperan *Jô* y Alice a quienes conocí en 1988 durante mi último exilio en Brasil. Con ellos trabajé en varios periódicos sindicales de San Pablo. *Jô* fue militante de *Acción Libertadora Nacional (ALN)*, uno de los grupos armados brasileños de fines de los 60. Siempre me sorprendió el escalonamiento de hechos y acontecimientos que suceden en un país y luego se repiten en otros, como respondiendo a una planificación diabólica. Los luchadores de nuestra América se conocen y se ayudan en el exilio, pero pocas veces las experiencias de unos fueron asimiladas por los otros. En marzo de 1971 nuestro amigo estaba en el barrio de Lapa en Río de Janeiro, comprando una plastificadora para falsificar documentos. Cuando sale del comercio se le acerca un compañero y le dice: *-Tu departamento cayó*. En seguida acuerdan un encuentro esa misma noche en Niteroi. Así comienza el periplo que lo conduce por segunda vez al exilio. Se va para *Santana do Livramento* y cruza la frontera hacia Rivera. Ya en territorio uruguayo se conecta con una joven pareja de militantes que lo conduce a una pequeña ciudad llamada Isla Patru-lla y de allí sigue camino hacia Treinta y Tres. *Jô* pasa siete meses en Uruguay y después vuelve sin problemas a Brasil gracias al apoyo y solidaridad de los *Tupamaros*. Brasil ya llevaba siete años de gobierno militar: la asonada se había consumado el 31 de marzo de 1964 y asumió como titular del ejecutivo el general Humberto Castello Branco, hasta entonces jefe de la Casa Militar del gobierno constitu-

cional del presidente João Goulart. La institucionalización del golpe vendría después, cuando el 13 de diciembre de 1968 se dio a conocer el Acta Institucional Número 5. Las cosas no iban bien para la guerrilla brasileña, en la noche del 4 de noviembre de 1969 cae abatido en las calles de San Pablo el fundador y mítico jefe de la ALN, Carlos Marighela. Dos años después, en el mes de octubre, es muerto a tiros en el *Sertão de Bahía* el capitán Carlos Lamarca, otro de los jefes más buscados por la represión. Su muerte fue como una señal de algo que se extinguía, sin embargo, la guerrilla de *Araguaia*, en el interior, siguió en pie hasta 1973. En abril de 1985 son designados por un Colegio Electoral Tancredo Neves como presidente y José Sarney como vice. El primer mandatario elegido por el sufragio de los ciudadanos va a ser Fernando Collor de Mello en 1990. Los militares gobernaron Brasil durante 21 años; hasta que la ciudadanía pudo elegir a través de elecciones directas a su presidente pasaron 26 años.

Jô viaja de Río de Janeiro a Buenos Aires, convocado para participar de una reunión del exilio brasileño. Viene gente de Chile y Cuba. Cuando termina el encuentro, cada uno retorna a su lugar de asentamiento. La Argentina, en esos días, vivía en plena primavera política. Era el 25 de mayo de 1973 y Héctor Cámpora asumía el gobierno. La Plaza de Mayo rebalsaba de alegría, miles y miles de jóvenes se apretujaban cantando y agitando sus banderas. Para nosotros, los Montoneros, era difícil ver en este grupo de exiliados brasileños dispersos por el mundo, el espejo de nuestro futuro destino.

El 27 de junio de 1973 se produce en Uruguay el autogolpe que se conoció como la *bordaberryzación* del gobierno constitucional. En acuerdo con los ministros del Interior y Defensa Nacional, el presidente de la República, Juan María Bordaberry, disolvió por decreto el Parlamento, convirtiéndose en un mandatario títere de los militares. La Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) organizó una huelga general de repudio y fue también disuelta por decreto. La mayoría de sus dirigentes fueron perseguidos y tuvieron que ocultarse. Tiempo después muchos de ellos tomaron el camino del exilio. Hacia nuestro país viajan dos viejos luchadores, Gerardo Gatti, del sindicato Gráfico y León Duarte,

del sindicato de FUNSA (Fábrica Uruguaya de Neumáticos SA), dos de los miembros fundadores de la CNT en 1964. En el 68 también están juntos en el lanzamiento de Resistencia Obrera Estudiantil (ROE) y después forman parte de la conducción del Partido Por la Victoria del Pueblo (PVP). *El Loco* Duarte, como lo apodan sus compañeros, viaja hacia Buenos Aires en 1975. Los uruguayos en el exilio están activos y él no se queda quieto. El 13 de julio de 1976 es secuestrado por fuerzas conjuntas argentino-uruguayas y conducido al *chupadero Automotores Orletti*, donde es salvajemente torturado. Padre de dos hijos, León Duarte tenía en ese entonces 48 años. Gerardo Gatti reside en Buenos Aires desde 1973, porque sus compañeros le exigen que salga de Montevideo y él acepta a regañadientes. Cuando en 1975 se funda en el exilio el PVP es elegido secretario general por aclamación. El 9 de junio de 1976 es detenido durante un operativo realizado sobre su casa, en el barrio porteño de Belgrano. Varias semanas después Gerardo fue visto en *Automotores Orletti*, esto se conoció por testimonios de otros prisioneros que fueron trasladados clandestinamente a Uruguay y legalizados allí. Hay una foto tomada en cautiverio que fue difundida en el exterior: debe ser uno de los pocos testimonios fotográficos de un prisionero en un *chupadero*. Gerardo Gatti venía de una larga historia, en 1956 estuvo entre los fundadores de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y dirigió el periódico *Lucha Libertaria*. Cuando lo secuestraron tenía 44 años. El, junto a León Duarte, forma parte de una larga lista de uruguayos detenidos-desaparecidos y muertos por la represión en nuestro país.

Para la fecha del golpe en Uruguay las acciones armadas de la insurgencia eran escasas y los jefes más importantes de los *Tupas* estaban presos. El 13 de abril del 1972 Bordaberry decretó el Estado de Guerra Interno y consiguió apresar a la mayoría de los jefes guerrilleros. Fueron detenidos Eleuterio Fernández Huidobro, Julio Marenales Saenz y Jorge Maneras Lluveras. El fundador y jefe del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, Raúl Sendic, fue herido y apresado en un enfrentamiento en la Ciudad Vieja el 1 de septiembre de 1972. Con esas detenciones el accionar del MLN se apaga. Esta situación no impidió que se esgrimiera, como fundamento del autogolpe, *la amenaza que las operaciones de la guerrilla significaban para las instituciones de la República*. Bordaberry es sustituido por el Ejército, en 1976, y colocan en su lugar al general Aparicio Mendez. En 1981

asume el general Gregorio Alvarez. Finalmente, en noviembre de 1984 se realizan las primeras elecciones después de la dictadura y en marzo del 95 asume Luis María Sanguinetti, primer presidente electo democráticamente luego de 12 años de dictadura.

Cuando se produjo el golpe militar en Chile contra Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973, Héctor Cámpora ya no era presidente en Argentina. El gobierno de Cámpora fue uno de los más cortos de la historia del país, pero el más liberador; duró solamente 49 días. El presidente asumió el 25 de mayo y renunció el 14 de julio del 73. La caída del gobierno democrático de Chile nos sacudió de pies a cabeza. Nos impactó la imagen de los estadios de fútbol llenos de prisioneros políticos, la resistencia y muerte del presidente Allende. Sin embargo, nosotros aún nos negábamos a creer que esta marea *verde oliva* que avanzaba sobre América del Sur podía inundar nuestras costas. El dictador Augusto Pinochet se matuvo en el gobierno durante 17 años, desde 1973 a 1990. Todavía hoy, a ocho años de recuperada la democracia, el 11 de septiembre es feriado nacional en Chile.

Nuestros exilios

Finalmente, después de un largo viaje, llego a *Baía da Traição* y me instalo, dispuesto a terminar con lo que resta de este libro. Retomo el relato en el año 1977. En ese momento estoy viviendo en Madrid con mi familia, habíamos salido de Argentina en marzo de ese mismo año con destino a Roma para participar del lanzamiento del Movimiento Peronista Montonero (MPM). El 20 de abril se realiza una conferencia de prensa donde se da a conocer la composición de su Consejo Superior, es el momento de mayor convocatoria de Montoneros en el exilio. Formaban parte de la conducción Mario Eduardo Firmenich, Secretario General y Fernando Vaca Narvaja, Secretario de Relaciones Internacionales; por la Rama Política, los ex gobernadores de las provincias de Buenos Aires y Córdoba, Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano, a los que se sumaban Arnaldo Lizaso, Julio Rodriguez

Anido y Julio Suarez; por los intelectuales y artistas el ex-rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós, Juan Gelman, Pedro Orgambide, Miguel Bonasso y Norman Brisky; por el sindicalismo, Armando Croatto, José Dálmaso Lopez y yo; en representación de las mujeres, Adriana Lesgart, Lidia *Lili* Mazzaferro, René Chaves y María Antonia Berger; por el Frente Agrario, Osvaldo Lovey y Carlos Píccoli; en representación de las nuevas generaciones estaban Rodolfo Galimberti y Guillermo Amarilla. La estadía en Italia duró tres meses, paramos en la casa de unos compañeros en la ciudad balnearia de *Lido de Ostia*. Nunca tuve acceso a cifras precisas sobre el número de personas que tuvieron que salir del país por razones políticas, pero según organismos de Derechos Humanos fueron 2 millones de exiliados.⁽¹⁾

Después viajamos a España, que se abría lentamente a la democracia tras la muerte del General Franco en 1975. En Madrid la cartelera de los cines anunciaba el estreno de la película *Por quién doblan las campanas*, basada en el libro de Ernest Hemingway; la censura, como la dictadura del *Generalísimo*, duró 36 años. El 8 de abril de 1978 nació Julieta, en un hospital de Madrid que ostentaba el nombre de Francisco Franco; es nuestra hija del exilio. Mi mujer y yo queríamos volver a la Argentina, no nos bancábamos vivir lejos del país. Después de algunas discusiones, la Organización resolvió que retornáramos. Viajé a la ciudad de México para recibir instrucciones de la conducción. Nos encontramos con mi compañera en Bogotá, Colombia. Allí nos pusimos en contacto con algunos compañeros. Pasaron unos días y partimos en avión rumbo a Chile. Cuando llegamos a Santiago, en octubre del 78, la ciudad estaba toda embanderada. Lo primero que hicimos al llegar, fue visitar el palacio de La Moneda, sede del gobierno democrático y símbolo de la resistencia. Todavía estaban reparando los destrozos causados por el combate. A pesar de que Chile estaba en plena dictadura pinochetista nos sentíamos como en nuestra casa. Cruzamos la cordillera por el sur, con Julieta en brazos, tenía apenas cinco meses; Gonzalo, el más grande, 11 años y Mariana 10. Pisamos territorio argentino en la primavera del 78. Estábamos ansiosos por hablar con la gente y tomar contacto con los compañeros. Volver era para nosotros un sueño, habíamos estado ausentes sólo un año y medio, pero nos pareció una eternidad. No teníamos casa ni trabajo, los documentos eran buenos pero fasificados. Para asentarnos no podía-

mos recurrir a la familia, ni a los compañeros, ni a gente muy conocida. Tampoco era aconsejable frecuentar sitios o lugares públicos. Confiamos en el pueblo y nos fue bien. Habían pasado muchas cosas en el país, pero la solidaridad del peronismo seguía vigente. Conseguimos una casa en Berazategui, el compañero que nos dio una mano nos pidió disculpas por el lugar, era una vivienda precaria pero para nosotros un palacio. Cuando llovía, el agua llegaba hasta la orilla de la puerta, pintamos, arreglamos la casita y pasamos con los chicos días muy felices. A partir de Berazategui conseguimos otra casa en Remedios de Escalada, estaba sobre el asfalto. Tampoco era una mansión, pero las condiciones de seguridad eran óptimas. Julieta comenzó a ir a la guardería, los más grandes continuaron en la primaria. Una de las mejores maneras de ser clandestinos es vivir como todo el mundo. Eso es lo que hicimos, poner en práctica uno de los principios de la clandestinidad abierta.

La resistencia sindical

La misión que traíamos era organizar el trabajo sindical y urgía la necesidad de visitar compañeros. Los contactos no eran muchos, la represión había diezmado nuestras fuerzas. Tratamos de no conectarnos con las estructuras que seguían en pie, de las que carecíamos de información sobre su situación de seguridad. Para esos casos, la resolución era que tomaran contacto en el exterior, facilitándoles citas y medios para viajar. En zona Sur teníamos compañeros organizados en gráficos, la construcción, en telefónicos, metalúrgicos, en las empresas Alpargatas de Florencio Varela y Peugeot de Berazategui. Poco a poco fuimos discutiendo y fijando criterios de trabajo. A los tres meses de estar en el país leí en el diario *La Prensa* una noticia destacada; en ella se informaba que habían sido distribuidos volantes con la firma de Montoneros en la empresa Alpargatas. Cuando tomé contacto con las compañeras de la fábrica me informaron que habían sido ellas; creo que tiraron unos 10 volantes mimeografiados que circularon de mano en mano. Discutimos el asunto, yo les planteé mi duda: *Si tiramos 10 volantes y salimos en La Prensa, los compañeros no van a durar mucho tiempo en el trabajo.* En la Organización se había insta-

lado una discusión sobre el tema de la identidad, si era correcto o no identificar los trabajos sociales con Montoneros. Algunos compañeros de la Conducción Nacional opinaban que no firmar los volantes o realizar trabajos sin identificar era reformismo o claudicación, que esa era la política del enemigo para borrar nuestra identidad. La decisión que tomamos en la zona Sur del Gran Buenos Aires, compartida por *Carlom* -Eduardo Pereyra Rossi-, nuestro jefe en esa zona, fue no firmar ni ligar públicamente los trabajos. Sabíamos que algunos compañeros de las zona Norte y Oeste no compartían nuestro criterio, pero mantuvimos nuestra decisión. Al poco tiempo sacamos un boletín, que se llamaba *Confluencia Sindical*, donde se informaba de los conflictos y se denunciaban los atropellos, salieron siete números. Muchos de los sindicatos que recuperamos con la democracia fueron fruto de este trabajo iniciado en la clandestinidad.

En abril de 1976 se produce un conflicto en la empresa automotriz General Motors: la gerencia decide acortar los tiempos de descanso y los trabajadores responden con medidas de lucha. El Ejército rodea la planta con tanques, ocupa el establecimiento y detienen a trabajadores. Días después la empresa accede a restablecer los descansos. Durante 1976 estallan miles de pequeños conflictos, las medidas de luchas más generalizadas son el trabajo a tristeza y el sabotaje. En ese primer intento de defender derechos adquiridos se destacan por su envergadura los conflictos de Luz y Fuerza, portuarios y la mayoría de las empresas automotrices, como Ford, General Motors, Fiat, Renault y Chrysler. La dictadura ya había intervenido la CGT, 26 de los principales sindicatos nacionales y más de 16 seccionales. El derecho de huelga no existía, la Junta de Comandantes, a través del punto 7 del *Acta para el Proceso de Reorganización Nacional*, dejó a los trabajadores sin ningún resguardo.

En los buques *Treinta y Tres Orientales* y *Bahía Aguirre* amarrados en el puerto de Buenos Aires, la Marina tenía preso a un grupo de dirigentes gremiales y políticos, entre ellos estaba Lorenzo Miguel, secretario general de los metalúrgicos. Otros, como Julio Guillán de telefónicos, Alfredo Bravo, de educación, Juan Francisco Ezquerria, de bancarios, los metalúrgicos Alberto Piccinini y Victorio Paulón, de Villa Constitución, y Fran-

cisco Gutiérrez de la empresa SAIAR de Quilmes, estaban alojados en distintas cárceles. Desde antes del golpe se venía agitando el fantasma de la *guerrilla industrial*. Preocupados por el surgimiento de una nueva camada de dirigentes con capacidad de movilización -como pudo verse durante las jornadas del *Rodrigazo*, en los meses de junio y julio del 75-, la represión apuntó a los cuadros medios, miembros de comisiones internas y delegados de empresas, muchos de ellos dirigentes de las *Coordinadoras de Gremios y Comisiones Internas en Lucha*. Las cifras no siempre dicen todo, pero a veces es bueno cuantificar; se calcula que unos 4 mil delegados sindicales de base fueron detenidos-desaparecidos o muertos por la represión. El 21 de mayo de 1976, el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Roberto Eduardo Viola, firmaba la directiva secreta dada a conocer como: **Orden Parcial Nro. 495/76 (Reestructuración de jurisdicciones y adecuación orgánica para intensificar las operaciones contra la subversión)**. En la misma quedaron reestructuradas las jurisdicciones de las fuerzas, se pusieron en marcha grupos especiales llamados *Fuerzas de Tareas*, divididos a su vez en *Grupos de Tareas* y se ordenó la restricción total de acciones individuales, ejecutadas sin consentimiento de los mandos orgánicos de las Fuerzas Armadas.

También para esa misma fecha se firmó la directiva secreta 222/76, denominada **Operación Piloto en el Ambito Industrial**, en ella se lee: *El ejército accionará selectivamente sobre los establecimientos industriales y empresas del Estado, en coordinación con los organismos estatales relacionados con el ámbito, para promover y neutralizar las situaciones conflictivas de origen laboral, provocadas o que puedan ser explotadas por la subversión, a fin de impedir la agitación y acción insurreccional de masas y contribuir al eficiente funcionamiento del aparato productivo del país*⁽²⁾. Tiempo después el Anexo 3 de las Ordenes de Operaciones Contra la Subversión, de mediados de 1977 establecía los criterios para reprimir en las fábricas. El texto decía: *La erradicación de los elementos subversivos se efectuará empleando el método que más convenga para el éxito de la operación y para la ampliación de la información disponible (...) para el caso de detenciones deberá tratarse que las mismas se efectúen fuera de las empresas y en forma más o menos simulada o velada. Las detenciones en lugares de trabajo se efectuarán sólo cuándo no haya sido factible hacerlas en otro lugar y*

oportunidad (...). El subpunto C-3 decía: Las operaciones deberán ser precedidas y apoyadas con las imprescindibles acciones de contrainteligencia, entre las que deberá primar el secreto y el velo de las acciones a emprender. Asimismo se deberá negar al oponente la posibilidad de extraer experiencia (...). El punto 1 subfase 2 era explícito cuando afirmaba: d) Uno de los medios más idóneos para obtener información es por intermedio de los dirigentes gremiales que hayan dado suficientes pruebas de lealtad y apoyo al accionar de las fuerzas legales. El Anexo 3 facultaba también a los jefes militares encargados de cada fábrica a nombrar Comisiones Internas a dedo, el título del párrafo era: a) Para la normalización de las Comisiones Internas de fábrica sin elecciones, Ley 21.356 (este decreto-ley de la dictadura prohibía la creación de comisiones internas y suspendía las existentes). Su contenido establecía que las comisiones debían ser normalizadas cuando: (...) hayan quedado incompletas debido a las eliminaciones de personal (...) con la finalidad de evitar que elementos subversivos creen una estructura paralela que controle a las bases.⁽³⁾

La existencia de estas órdenes, dadas a conocer en el Juicio a las Juntas, confirma que las acciones represivas ejecutada por las Fuerzas Armadas, no fueron hechos aislados e inconexos; tampoco excesos de grupos incontrolados. Se trató de una estrategia nacional conducida desde el más alto nivel del Estado - como lo expresa la misma orden - donde la cadena de mandos estaba perfectamente asegurada desde el más alto mando hasta el último de los subalternos. También como se desprende de los textos de estas directivas, uno de los principales objetivos de la represión lo constituían los trabajadores y sus organizaciones.

Durante 1977, la lucha de los trabajadores de las empresas de energía eléctrica moviliza a miles de trabajadores y los *milicos* no están dispuestos a soportarlo. El 11 de febrero es secuestrado Oscar Smith⁽⁴⁾, secretario general del sindicato de Luz y Fuerza de Capital, tenía 47 años. La represión pegó duro sobre los dirigentes más combativos del Movimiento Obrero, algunos nombres de los detenidos-desaparecidos son: Jorge Di Pasquale⁽⁵⁾ de Farmacia, Benito Romano⁽⁶⁾ de FOTIA

(Federación de Obreros y Trabajadores de la Industria Azucarera), René Salamanca⁽⁷⁾ del SMATA de Córdoba, Tomás Di Tofino⁽⁸⁾ de Luz y Fuerza de Córdoba, Ernesto *Semilla* Ramírez⁽⁹⁾ de ATULP (Asociación de Trabajadores de la Universidad de La Plata) y Agustín Sánchez⁽¹⁰⁾, secretario adjunto del Sindicato Luz y Fuerza de Tucumán; la lista es mucho más larga. En ese año la *resistencia sindical* se extiende por todo el país manteniendo la característica de conflictos por empresas. De todos éstos, la huelga ferroviaria fue el ejemplo más claro de un movimiento de fuerza gestado y lanzado desde estructuras semilegales y clandestinas, decidido democráticamente en asambleas realizadas en los lugares de trabajo. La huelga ferroviaria de fines del 77 tuvo un alto contenido político, cuestionando el plan de privatizaciones y desmantelamiento de los ferrocarriles y amenazó con transformarse en un paro nacional. El 29 de octubre de ese año, en pleno conflicto ferroviario, los diarios publicaron un comunicado del Comando de la Zona Militar I que decía: (...) *en las proximidades de Plaza Constitución una patrulla dependiente de esta jefatura abatió con armas de fuego a un trabajador que incitaba a sus compañeros al cese de actividades (...) las fuerzas legales cumplen de esta forma la misión impuesta, tendiente a asegurar la libertad de trabajo*. Contra el paredón de la estación del ferrocarril, el pelotón del Ejército fusiló a un trabajador ferroviario, como lo hizo con otros tantos en Lanús y los basurales de José León Suárez en 1956.

A mediados de 1976 la *orga* me trasladó a Córdoba. El jefe de la Columna era Jorge Elio Martínez (*Julio*). Yo estaba a cargo de la Secretaría Política. Teníamos compañeros trabajando en la planta Renault de Santa Isabel, en bancarios, en metalúrgicos, en el transporte, en la administración pública y otros lugares. La represión nos venía cerrando el cerco, todos los días caían compañeros, fue un año muy duro en Córdoba, nosotros no acertábamos en tener una respuesta para frenar el aniquilamiento que el Tercer Cuerpo de Ejército se proponía sobre nosotros. En Renault la Comisión Interna de Reclamos y el Cuerpo de Delegados habían sido diezmados por la represión, pero los problemas seguían existiendo y

había que reunirse. Si te sorprendían convocando a una reunión o repartiendo un volante te detenían y muy posiblemente nunca más aparecías. Para evitar esto se pegaba un volante en el baño indicando lugar y hora de la reunión; así, poco a poco se acercaban los compañeros y se discutía. El problema era quién hablaba cuando se hacía un reclamo frente a la empresa, ser delegado era un delito, por lo que se resolvió que en cada reunión hablara un operario diferente. Los compañeros de Montoneros dentro de la planta tenían un buen trabajo, discutíamos mucho porque las urgencias políticas de la *Organización* nunca coincidían con los tiempos de la lucha sindical. A principios de marzo del 77 fui trasladado nuevamente por decisión de la CN a La Matanza. Una mañana me entero por los diarios de la caída de toda la conducción de la Columna Córdoba. El informe brindado al periodismo por el teniente coronel Carlos Vidal Miy Uranga del Tercer Cuerpo de Ejército decía: *Siendo aproximadamente las 8 horas, un patrullero de la Policía detectó un sospechoso a quien se le impartió la voz de alto. El individuo no acató la orden y abriendo fuego logró fugarse en medio del tiroteo. A raíz de esta situación concurrieron al lugar efectivos militares procediendo a ejecutar un rastrillaje de la zona. Al revisar una vivienda ubicada en la calle Sarmiento y Quintana del barrio Altos de Cabrera, la patrulla militar fue recibida a balazos. En esa circunstancia fueron heridos un suboficial y un soldado. Rápidamente concurrió al lugar el jefe militar de la zona, quien con otros efectivos rodeó la vivienda y después de un nutrido tiroteo penetraron en la casa. En la acción fueron abatidos los siete ocupantes de la vivienda. Ellos son : Eduardo Tomás Molinete, 'Miguel' o 'Guillermo' máximo cabecilla de Montoneros en Córdoba y Santa Fe; Juan Carlos Connocchiarri, 'Nelson', 'Coco' o 'Armando'; Carlos Eduardo Antonio Mayo, 'Cabeza' o 'Cabezón'; Ada Alicia Juaneda, 'Flaca'; Víctor Berman Salinas Pinheiro; Hilda Inés Oliver, 'Condesa' y 'Pepe' aún no identificado. Por la documentación capturada se pudo determinar que era un importante cabecilla de la agitación sindical y provenía de La Plata⁽¹¹⁾. Este enfrentamiento es conocido como *El combate del Castillo*. En la noche del martes 8 de marzo fueron entrando de a uno a la casa para realizar la reunión de la Conducción de Columna. Al otro día se levantaron temprano, desa-*

yunaron y se sentaron alrededor de la mesa para comenzar. El día anterior habían establecido el plan de defensa y cada uno sabía lo que tenía que hacer en caso de que llegara la represión. Era cerca del medio día cuando la patrulla del Ejército golpeó la puerta: los recibieron con una descarga cerrada. Rodeados por una gran cantidad de militares, resistieron hasta que se les agotaron las municiones. Durante el combate, que duró horas, se hizo presente, en un helicóptero que sobrevolaba el lugar, el comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, general Luciano Benjamín Menéndez. En el enfrentamiento cayeron siete compañeros de los ocho que estaban en la casa, la dueña de casa pudo escapar y refugiarse en una vivienda vecina. En la casa también estaba Ricardo Santilli, esposo de Hilda Inés Oliver. Ricardo salió de la reunión para comprar comida, cuando volvió se encontró con la casa rodeada y se alejó. El se exilió y después volvió al país durante la contraofensiva, en 1979, y fue detenido y secuestrado en el aeropuerto de Ezeiza cuando ingresaba. Está detenido-desaparecido.

Datos parciales indican que en el año 1976 se produjeron 89 conflictos sindicales que movilizaron a 190 mil trabajadores; en 1977, 100 conflictos con 514 mil asalariados movilizados y, en 1978, 40 conflictos donde participaron 212 mil trabajadores. Esta curva de conflictos tiene un ascenso importante en 1979 cuando se llegan a realizar 188 conflictos con un millón 820 mil trabajadores movilizad⁽¹²⁾. En el mes de abril de 1979 el Ministerio de Trabajo citó a la *Comisión de los 25* para que ratificara o rectificara la Jornada Nacional de Protesta convocada para el viernes 27 de ese mes, los dirigentes que concurrieron y fueron detenidos en el hall del edificio, eran: el taxista Roberto García, el minero Carlos Cabrera, Enrique Micó del vestido y otros más que sumaban un total de veinte. En cada gremio, en prevención de detenciones, se había designado con anterioridad a los reemplazantes, por lo que la conducción provisional de la *Comisión de los 25* se reunió y ratificó la medida de fuerza. *Los 25* estimaron que el paro contó con la adhesión del 75 por ciento de los trabajadores. Nosotros, a partir de una estimación de fuentes pú-

blicas, calculamos en 1 millón 500 mil el número de participantes.

En el 79 se lanzó la *contraofensiva* de Montoneros, muchos compañeros retornaron al país como parte de esa maniobra; nosotros, que ya estábamos asentados, nos conectamos con algunos de ellos. Manteníamos estrictos criterios de compartimentación; las estructuras político militares de Norte, Oeste y Sur, que estaban funcionando orgánicamente, se mantenían separadas de las *Tropas Especiales de Infantería (TEI)*, que tenían una conducción propia y, como misión principal, las acciones militares de la *Contraofensiva*. Al frente de todas las fuerzas desplegadas en el territorio estaba un miembro de la CN que vivía en el país. Primero fue Horacio Mendizábal (*Hernán*) y después Raúl Clemente Yäger (*Roque*). Nuestro jefe en el Sur era *el Negro* Eduardo Pereyra Rossi (*Carlóm*) quien después de la caída de *Hernán*, pasó a integrar la CN. Creo que fue el último relevo que se efectuó. Después, cuando en 1983 caen Yäger, Pereyra Rossi y Cambiasso, nadie cubre los puestos de los dos primeros en la CN. Varias veces pedimos explicación por la demora en realizar los relevos, pero nunca tuvimos una explicación fehaciente; con estas caídas se aceleró un proceso de descomposición. La Conducción Nacional se fue reduciendo en el número de sus integrantes, decayó su capacidad política de conducción y, al final de ese descenso, sus tres últimos integrantes se convirtieron en un grupo residual, que terminó adhiriendo al menemismo.

Con *Carlóm*, con quien veníamos discutiendo algunos criterios de implementación de la *contraofensiva* nos veíamos frecuentemente. Nos encontrábamos en un bar ubicado en Valentín Alsina y Rivadavia, en Lanús. Habíamos abandonado formas de encuentro más sofisticadas, conocidas por el enemigo. Sencillamente, entrábamos armados al boliche, pedíamos una ginebra en el mostrador y éramos dos parroquianos más. Una de las cosas que más se extraña en la clandestinidad es no poder sentar a la mesa a un amigo. Tener la posibilidad de recibir visitas era una fiesta. Uno de esos días *Carlóm* vino a casa. Yo tenía una ruta para dar vueltas y llegar sin problemas, él viajaba compartimentado. En casa nos sentamos todos a almorzar. Durante el

viaje, *el Negro Carlóm* me comentó que traía un libro de poemas de Antonio Machado para regalarle a mi hijo Gonzalo, él sostenía que un chico de 12 años tenía edad suficiente para leer a uno de los mayores poetas de España. *El Negro*, además de ser un lector apasionado, también escribía. En su casa se encontró una carpeta de poemas ordenados para ser publicados. La última hoja está escrita con un grueso marcador negro, fue elaborado pocos días después del secuestro y muerte de Raúl Yäger en Córdoba, dice:

Falta / todavía / que el tiempo madure / los frutos / pero no te vayas por eso / espera / que el tiempo pasa / y sería una lástima / que no puedas saborearlos.

Carlóm recién había asumido su nuevo cargo en la CN, así que hicimos un brindis. ¡Qué compañero *el Negro*, platense de nacimiento, hincha de Gimnasia, jugador de basquet en el club Brandsen de su barrio, pintón y querendón! El se mantenía tranquilo y confiado a pesar de la gravedad de nuestra situación. En el mes de septiembre de 1979 habían caído en zona Norte Horacio Mendizabal -número uno de la *Organización* en el país-, José Dálmaso López y Armando Croatto. Adriana Lesgart (31 años) fue secuestrada en el mismo mes en Capital. Después, durante el conflicto de la empresa metalúrgica Santa Rosa, en La Matanza, cayeron los que estaban trabajando en Oeste, *el Negrito* Guillermo Amarilla, María Antonia Berger (36), Bernardo Daniel Tolchinsky, *Juliot* (29), su mujer, Ana Dora Weissen (29) y otros compañeros más. La estructura de conducción de Sur funcionó hasta fines de 1979, para esa fecha la CN resolvió que saliéramos del país. El cerco se estrechaba sobre nosotros.

Durante la dictadura salí dos veces al exterior para reunirme con la conducción. La última vez no retorné. La decisión de sacar algunos “cuadros” del país me agarró afuera. Desde Madrid me comuniqué con mi compañera y le informé lo resuelto. -¿Cuánto tiempo tengo para irme -me preguntó. -En tres días tenés que estar en Brasil, le contesté. Amalia, experta en esas lides organizó todo. Informó a los compañeros que se quedaban, desarmó los embutes, pasó los fierros para otros, preparó las valijas, repasó la documentación, compró los boletos, saludó a los vecinos y habló con el dueño de la casa. Sólo faltaba un detalle, dónde dejar los

muebles, la vajilla, la ropa de cama, y demás enseres. Por la mañana llamó a un gitano y le vendió todo. Antes de los tres días estaba en Río de Janeiro. Nos volvimos a encontrar en el aeropuerto de México. Se iniciaba para nosotros otra etapa del exilio. Tengo fotos de la casa de Remedios de Escalada, un paraíso en el fondo, muchas macetas con plantas, jaulas de todos los tamaños, cotorras australianas, jilgueros y una hurraca paraguaya. Con qué cariño habíamos arreglado el lugar, la casa siempre estaba llena de chicos. Cuando Amalia habló con los dos más grandes sobre la decisión de volver al exterior, los chicos dijeron que preferían quedarse, pero, que si era por seguridad de todos, estaban de acuerdo. Dejaron la escuela, amigos, amores, cuadernos y juguetes que guardaban celosamente.

Los errores

La organización trabajaba en ese tiempo sobre una hipótesis insurreccional. La información que manejábamos decía que en 1979 existía un avance de la lucha sindical, verificado en el aumento del número de conflictos y en el crecimiento del nivel de cuestionamiento a la política económica de la dictadura. La huelga general del 27 de abril marcó un punto de inflexión, hay un antes y un después de ese paro. El descontento crecía y se abrían mayores espacios de legalidad que posibilitaban que un mayor número de trabajadores participara de los conflictos. Otra vez se verificaba aquello de que clandestinidad y masividad marchan por caminos contrapuestos. Hubo crecimiento organizativo, lento pero sostenido. Visto desde ahora queda claro que fue un grave error confundir ese ascenso de la lucha con una contraofensiva. Y mayor error aún pensar que esa contraofensiva podía ser conducida orgánicamente por Montoneros. Sin duda alguna, estas apreciaciones incorrectas estaban asentadas en un error madre de la *Organización*, algo que no pudimos revertir desde 1975. Ese error mayor lo cometimos durante el gobierno de Isabel Martínez, cuando para enfrentar la persecución, el cierre de locales, la clausura de nuestra prensa y defendernos de la Triple A, que nos buscaba para matarnos, decidi-

mos pasar a la clandestinidad. El 6 de setiembre de 1974, con la presencia de Mario Eduardo Firmenich, Juan Carlos Dante Gullo, Adriana Lesgart, Juan Pablo Ventura y Enrique Juárez, se realizó la conferencia de prensa donde se anunció *el pase a la clandestinidad*. Cerramos todos los locales, pusimos el eje en el accionar militar y nos replegamos sobre el aparato; esa decisión fue fatal. Otro camino tendría que haber sido defender nuestra legalidad, replegarnos sobre el pueblo, combatir al gobierno de Isabel desde la política y mantenernos armados como un elemento de autodefensa. La crítica a este error fue claramente señalada por Rodolfo Walsh en sus escritos realizados entre los años 1976 y 1977 ⁽¹³⁾. Nosotros, en cambio, nos deslizamos hacia el lugar que el enemigo quería que fuéramos. Me acuerdo que en una reunión en Roma, a principios de 1979, antes de lanzarse la *Contraofensiva* informé sobre la actividad política y sindical en el país. Hablé de los pequeños espacios de legalidad conquistados en el marco de una represión generalizada; del inicio de un ajeteo político ligado a una posible salida electoral; de la gente del peronismo que estaba afiliando, todavía sin fichas porque estaban prohibidos los partidos políticos. Creo que este informe no agradó a algunos miembros de la CN.

Durante la *contraofensiva* del 79 todo el esfuerzo de los cuadros estuvo puesto en dos direcciones, golpear militarmente sobre el eje del poder real, los grandes grupos económicos que sostenían la política de Martínez de Hoz y, por otro lado, organizar la lucha sindical. Hubo mucho voluntarismo y una visión estrecha de la realidad que nos impedía ver lo que pasaba. Se negaban dos cosas -no en teoría pero sí en la práctica-, una, que el crecimiento de la lucha popular podía concluir en un repliegue ordenado de los grupos económicos que ostentaban el poder y la vuelta a los cuarteles de las Fuerzas Armadas y no en una derrota total de la dictadura militar como nos hubiese gustado. Otra, la negativa a aceptar que el final podía ser una salida electoral. La derrota de Malvinas aceleró la retirada de los militares del gobierno, pero no se puede hablar de derrota del proyecto que vino a instalar el golpe militar. Hoy, ésto surge muy claro: recuperamos la democracia, realizamos elecciones periódicamente, pero el modelo económico impuesto durante la gestión de Martínez de Hoz sigue vigente.

Vergüenza ajena

Siento vergüenza ajena cuando veo por televisión a los ex-miembros de la conducción de Montoneros defendiendo al gobierno de Carlos Menem, a Jorge Omar le pasa lo mismo. Sin embargo no estamos de acuerdo con esa visión conspirativa de la historia -esto lo conversamos largamente- que culpa de todos los males a la Conducción Nacional, donde los militantes eran inocentes criaturas engañados por una *runfla* de diabólicos dirigentes. Esta visión no solamente es falsa, sino que ofende la dignidad de miles de compañeros que soñaron y pusieron todo lo mejor de sí para construir un mundo mejor. Hay decisiones de la organización que yo compartí en su momento y hoy las veo como erróneas, me hago cargo de ellas, pero de las conductas personales, de las decisiones individuales, que carguen quienes las tomaron. Las derrotas, que son muy duras, hacen aflorar las actitudes más miserables que puede tener un hombre, para ejemplo allí están los miembros residuales de la última Conducción Nacional de Montoneros, Mario Eduardo Firmenich, Roberto Cirilo Perdiá y Fernando Vaca Narvaja, que se pasaron con armas y bagajes al carro del menemismo. Esas son las vueltas de la vida. Pareciera que no existe el hombre que nace y se mantiene bueno por naturaleza. El hombre, en cierta medida, es él y sus circunstancias. En función de no seguir abonando *la teoría de los dos demonios*, cuando se quiera comparar la actitud de los ex-miembros de la conducción montonera, sería bueno no hacerlo con el comportamiento de la Junta Militar, sino compararlos con sus pares, los otros miembros de la CN que fueron detenidos en el país en plena dictadura o secuestrados en el exterior, que fueron torturados salvajemente o que murieron en combate, pero que en las situaciones límites supieron mantener una conducta. Hay una publicitada historia de traiciones, pero también hay una inmensa historia de lealtades, convenientemente silenciada. Con Jorge Omar reconstruimos esta lista, aún incompleta, de miembros de la CN y del Consejo Nacional de Montoneros detenidos-desaparecidos y muertos por la represión después del golpe del 76, son:

- **Carlos Hobert Pingulli** (31), miembro de la CN, murió en combate en diciembre de 1976, en un enfrentamiento en Capital Federal,

cuando un grupo de tareas fue a secuestrarlo. Su compañera, caída con él, abatió al coronel del Ejército que comandaba las tropas que los emboscaron. *Pingulli* fue miembro fundador en 1968 de uno de los grupos que dio origen a Montoneros.

- **Carlos Alberto Molina** (37), médico, miembro de la CN, secretario Político Nacional, cayó en combate junto a otros cuatro compañeros, el 20 de septiembre de 1976. El enfrentamiento se produjo en la calle Corro y Yermal del barrio de Liniers, en Capital Federal. Tropas del Ejército rodearon la casa donde se reunía la Secretaría Política, dando inicio a un combate desigual; este hecho fue comentado por Rodolfo Walsh en un texto titulado *Carta a mis amigos*, donde relata la muerte de su hija. El grupo, además de **Alberto Molina**, lo integraban: **María Victoria Walsh**, *Hilda* (26) una hija, periodista; **Ismael Salame**, dirigente de la JP de Tucumán; el ex-seminarista **Héctor Beltrán** y **José Carlos Coronel** (32). Cuando el Ejército entró a la casa, la prensa manifestó que *encontraron una nena de algo más de un año y cinco cadáveres*. La nena era Victoria Acosta hija de *Vicky* Walsh y Emiliano Acosta. Molina y *Vicky*, agotadas las municiones, se pegaron un tiro antes de caer vivos en manos de los militares.

- **José Carlos Coronel** *Julian* (32) casado, dos hijas. Poeta, profesor de Educación Democrática en la Escuela de Comercio de Famaillá y estudiante avanzado de Abogacía en la Universidad Nacional de Tucumán. Ex corresponsal en Jujuy del diario *El Tribuno* (Salta); ex colaborador de la revista literaria *Piedra* (de Jujuy); fundador de la *Agrupación Cultural Raúl Galán* (Jujuy). A la fecha de su muerte formaba parte de la Secretaría Política Nacional. Provenía de las FAR e integraba el Consejo Nacional de Montoneros.

- **Julio Ivan Roqué** *Lino* (36), casado con Gabriela Yofré (también desaparecida), tres hijos, licenciado en Ciencias de la Educación. Cayó en combate en la localidad de Haedo, provincia de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1977. Miembro de la CN, tenía a su cargo la secretaría de Prensa y Propaganda, en ese momento era el número uno en el país. *Lino* venía del grupo fundador de las FAR.

- **Norma Ester Arrostito Gabi** (36), casada. Miembro del grupo fundador de Montoneros, única mujer que participó del secuestro y ajusticiamiento de Aramburu. El 2 de diciembre del 76 es secuestrada en la Capital Federal. Al otro día aparece en los diarios un comunicado del Primer Cuerpo de Ejército, informando de su muerte en un enfrentamiento producido en una calle de Banfield. En realidad fue llevada viva a la ESMA, donde fue torturada durante días, allí permaneció secuestrada durante más de un año, engrillada, hasta ser *trasladada*. *El 15 de enero de 1978 el médico 'Tommy' le aplicó una inyección que la mató. La vimos salir de 'capucha' totalmente hinchada y de color violeta.*⁽¹⁴⁾

- **Horacio Antonio Arrúe Pablo Cristiano**. Miembro de la CN, secretario Político Nacional tras la muerte de Molina. En una emboscada cae en manos de las fuerzas represivas en junio del 77, en el Gran Buenos Aires, es salvajemente torturado, forma parte de la lista de detenidos-desaparecidos.

- **Alejandro Barri Sopita**, casado. Miembro de la CN, secuestrado coincidentemente con **Miguel Angel Estrella** y otros compañeros en la ciudad de Montevideo, Uruguay, el 15 de diciembre de 1977, fue trasladado a la Argentina y está desaparecido.

- **Oscar Rubén De Gregorio El Sordo**, casado. Miembro de la CN, secuestrado en Colonia, Uruguay, cuando salía de Argentina, el 18 de noviembre de 1977. Su mujer, *Elena*, vio en la impotencia y a la distancia cuando su marido fue apresado. Traslado al país fue conducido a la ESMA y torturado. Según testimonios de prisioneros liberados murió en cautiverio.

- **Elida Aida D' Ippolito Amalia** (31), casada, una hija. Miembro de la CN, responsable de la regional La Plata, una de las fundadoras de las FAR. El 22 de noviembre de 1976 el Ejército rodea una casa en barrio Gambier de la ciudad de La Plata, allí está reunida la conducción de Columna, se defienden a tiros. Cuando las fuerzas represivas logran penetrar en la casa -según la prensa- la mayoría están muertos; uno de esos cuerpos es el de *Amalia*.

- **Horacio Mendizábal** *Hernán*, casado, dos hijos. Miembro de la CN, secretario militar, fundador de la organización Descamisados. Secuestrado en la localidad de Munro, en el Gran Buenos Aires, el 19 de septiembre de 1979, está detenido-desaparecido.

- **Horacio Domingo Campiglia** *Petrus* (34), casado, dos hijas, visitador médico. Miembro de la CN, detenido y desaparecido en Río de Janeiro, Brasil, el 11 de marzo de 1980, junto a **Susana Binstock**, cuando tomaba contacto con un grupo de compañeros con los que iba a ingresar a la Argentina.

- **Eduardo Daniel Pereyra Rossi** *Carlóm* (33), estudiante de Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires, casado. Miembro de la CN; fue secuestrado en Rosario, provincia de Santa Fe, junto a **Osvaldo Agustín Cambiasso** (41), ingeniero químico. Luego de ser salvajemente torturados fueron llevados hasta la localidad de Lima, en la provincia de Buenos Aires, donde fueron asesinados en un enfrentamiento fraguado. Los cuerpos acribillados fueron hallados sobre un camino de tierra en el kilómetro 105 de la hoy autopista Panamericana, a pocas cuadras de la ruta, el 14 de mayo de 1983.

- **Raúl Clemente Yäger**, *Roque* (38), casado, dos hijos, ingeniero químico. Miembro de la CN y fundador del Ateneo Universitario de Santa Fe, uno de los grupos que dio origen a Montoneros en la provincia, de donde era oriundo. Secuestrado en Córdoba el 30 de abril de 1983 fue torturado y luego asesinado.

- **Jorge Elio Martínez**, *Julio* o *el Obispo*, casado. Miembro de la CN, jefe de la regional La Plata tras la caída de *Amalia*. Cayó en combate junto a su compañera **Eva Gruszka**, *Colo* (36), jefa de prensa de la Columna. El día martes 3 de mayo de 1977, por la tarde, resistieron el asalto militar parapetados en su casa de la calle 30 número 2083. El único testigo y sobreviviente fue **Juan Pablo Lewinger**, hijo del primer matrimonio de **Eva**, que en ese entonces tenía 8 años.

- **Eduardo Tomás Molinete** *Miguel* o *Guillermo*, casado, jefe de la Regional Córdoba, cayó el viernes 9 de marzo de 1977 en un en-

frentamiento, junto a otros miembros de la conducción de Columna. Integraba el Consejo Nacional.

- **Norberto Habegger**, *Cabezón*, (37), casado, un hijo. Fue secuestrado en Río de Janeiro el 6 de agosto de 1978 en un operativo realizado por el Batallón 601 del Ejército Argentino, con la colaboración de la dictadura de Brasil, en el marco de un acuerdo represivo conjunto conocido como *Operación Cóndor*; consistía en la coordinación de los gobiernos militares de la región para secuestrar, asesinar y desaparecer personas. Está detenido-desaparecido.

- **Marcelo Kurlat**, *Monra*, casado, una hija. Estudiante de química de la UBA. Rodeado en su casa por una patota de la ESMA, el 9 de diciembre de 1976, le gritan que tienen a su mujer -Mercedes Inés Carazo, *Lucía*, que había caído el 21 de octubre de ese mismo año- y le exigen que se entregue; él les responde a tiros. Está en la casa sólo con su hija. A través del megáfono le proponen que deje salir a la nena, acepta y la saca del escondite. Cuando su hija sale del campo de fuego continúa disparando. Una ráfaga lo tumba y se lo llevan gravemente herido. Según testigos muere en la ESMA.

- **Roberto Rufino Pirles**, *Nariz con Pelo*, casado, dos hijos, ingeniero químico, inició su militancia en el Ateneo de Santa Fe y fue miembro fundador de Montoneros. Integraba la CN. En marzo de 1975 fue detenido y torturado en la ciudad de Tucumán. Lo asesinaron en un presunto intento de fuga, en la madrugada del 8 de enero de 1977, junto a **Dardo Cabo** (36), cuando se hallaba alojado en la Unidad Penitenciaria número 9 de La Plata. Dardo provenía de la organización Descamisados. Casado, periodista, fue director de la revista Descamisados en 1973.

- **Carlos Valladares**, *Oveja*. Casado, miembro del Consejo Nacional. Secuestrado en Uruguay en 1977. Está detenido-desaparecido.

- **Jesús María Luján Gallego Willy** (34). Casado, una hija. Miembro del Consejo Nacional. Fue detenido durante la *contraofensiva*, el

15 de setiembre del 79. Conducía un grupo de propaganda denominado TEA (Tropas Especiales de Agitación).

La CGT en la Resistencia

En algún lugar de la zona norte del Gran Buenos Aires un grupo importante de sindicalistas se reúne el 14 de agosto de 1976. Me acuerdo con precisión de la fecha por que es el día de mi cumpleaños. Era un reunión clandestina y los participantes llegaban de distintos lugares del país arreglándoselas como podían para sortear los controles del Ejército en las rutas. Todos habían tenido que abandonar su trabajo y eran buscados por la represión. Están presentes *El Gaucho* Arturo Martín Garin (32 años), de Propulsora Siderúrgica de Ensenada; Mario Aguirre, directivo de ATE Rosario; Oscar Roberto Chávez (36), de Acindar Villa Constitución; Raúl Barrionuevo, de Renault Córdoba y Luis Medina de FOTIA Tucumán. Son dirigentes medios y miembros de Comisiones Internas de fábrica, la mayoría son nombres desconocidos para la prensa, pero todos tuvieron protagonismo en las movilizaciones de junio y julio del 75, durante el *Rodrigazo*. Se juegan una patriada y constituyen la CGT en la Resistencia (CGTR), una propuesta de Montoneros para organizar la *Resistencia Sindical*, que organizativamente no logró extenderse más allá del espacio propio. Sin embargo, las medidas de lucha propiciadas alcanzaron espacios más amplios, algunos lugares donde nosotros tuvimos participación directa en el año 76 fueron: el 17 de octubre, el frigorífico Swift de Rosario paró 15 minutos y Sugarosa 2 horas; se realizaron paros el 7 de septiembre, día del metalúrgico, en Materfer (Fiat Córdoba), Gurmendi, Galileo y La Cantábrica en el Gran Buenos Aires; Tamet Capital; Laminfer, Colbi en Rosario y Acindar en Villa Constitución. En otros lugares donde se trabajó se consiguió la paga doble del día. Otra propuesta fue la campaña de fin de año por el aguinaldo completo.

Logramos conformar secretariados regionales en Rosario-San Lorenzo; en Capital Federal; La Plata, Berisso y Ensenada; en Oeste y Sur del Gran Buenos Aires, y juntas promotoras en Cuyo, Villa Constitución-San Nicolás, zona Norte del conurbano bonaerense y Santa

Fe. El primer secretariado tuvo una vida efímera. En septiembre de 1976 fue detenido Aguirre; en diciembre son apresados: Garin (el 9), Luis Medina y Oscar Chávez (el 7) y Raúl Barrionuevo (el 1). Los últimos cuatro se encuentran detenidos-desaparecidos.

Sobre la caída del primer secretariado de la CGTR, recién ahora pudimos conocer algunos pormenores a través del testimonio de un militante de la Organización Revolucionaria Proletaria (ORP), que estuvo con el *Gaucha* Garin en el *chupadero* conocido con el nombre de *Garage Azopardo*, en Capital Federal. Nosotros sabíamos que el *Gaucha* había sido secuestrado el día 9 de diciembre del 76 en la estación Retiro, cuando abordaba un tren a Rosario, para participar de la creación del secretariado de esa regional. El testimonio dice: *Fui secuestrado en mi lugar de trabajo, el Hipódromo de Palermo, el 28 de noviembre de 1976, a las 15 horas. Me detuvo gente de civil y me llevaron en un típico Falcon verde. La patota -unos cuatro- pararon en una farmacia a comprar vendas y hacerme un tabique. Me llevaron a un sitio -que yo hasta ahora creía la ESMA- donde, una vez ingresado el auto a la dependencia, parecía que subía por un terraplén no demasiado elevado. Cuando llegamos me llevan a una sala y me sientan en una silla. Comienzan a tomarme datos como en una comisaría. Luego me llevan a la 'parrilla' y me picanean. Había música a todo volumen. Luego me llevan a una habitación más grande, donde había unos 10 ó 15 compañeros. Estábamos todos esposados a un caño que había a la altura del zócalo. Teníamos sobre las vendas de los ojos una capucha que nos la levantábamos. En el piso había líneas pintadas propias de una playa de estacionamiento, estaban dibujadas las cocheras. En las paredes había dos frases escritas, de las cuales recuerdo una, decía: 'Nazonalismo. Por la razón o por la fuerza'. Nazonalismo tenía la 'Z' formada por la cruz svástica. Creí reconocer al 'Turco Julián', es el único represor que pude ver.*

El primero que me habla es Norberto Gomez, médico de Montoneros. Tenía más margen de desplazamiento y de movida me ayuda. Me dice: 'Vos sos del Partido Comunista (PC) y de esto -gesticula como apretando el gatillo de un arma-, nada de nada'. Con esto me da ciertos códigos para manejarme en los interrogatorios. De movida era manifiesto que el Grupo de Tareas, estaba detrás de la CGTR. Las brigadas apuntaban el trabajo repre-

sivo a detener al 'Gaucho'. Un día llegan enloquecidos diciendo que 'habían detenido al Secretario General de la CGTR'. Era Garin. El 'Gaucho' fue detenido en Retiro. Como se defendió, le dieron un culatazo fuerte en la cabeza. Llegó desmayado, aunque nunca supimos si lo estaba o si se hacía. La cuestión es que cuando se preparan para interrogarlo, lo examina Norberto Gomez y a la patota le dice que está en coma, que es imposible hablar con él. Está así un día y medio. Al 'Gaucho' lo tenían en la pieza de al lado donde torturaban. Gomez era muy buen tipo y creo que si detectó que no era coma se hizo el boludo para que el otro siguiera con la de él. La cuestión que después de un día y medio el 'Gaucho' se 'despierta', espía y ve que el tipo que lo custodiaba se había dormido. Estaba desnudo pero no estaba atado. Se levanta, creo que agarra un cuchillo, abre la puerta y sale. Se sube a un auto y comienza a dar vueltas buscando la salida. No la encuentra y lo reducen. Lo entran y recién allí lo llevan con nosotros. Para suerte del 'Gaucho' las brigadas tardan horas en venir a interrogarlo, con lo que directamente ya no había nada que preguntarle. Luego de casi dos días de desaparecido, todas las alarmas ya habrían saltado y nadie iría a ninguna cita. El 'Gaucho' los cagó. De todos modos, cuando lo interrogaron, le decían: 'Hijo de puta, vos sos oficial'. Y él les decía, 'no', negaba todo. Incluso, en el tiempo que estuvo con nosotros, fingió no reconocer a los compañeros de la CGTR.

Después del intento de evasión las cosas se endurecen con todos. Nos ponen doble cadena, grillos, capucha y nos tiran agua fría. El 'Gaucho' estaba aislado, perpendicular a mí, como a cinco metros. Aislado pero en el mismo ambiente y sin tabiques, así que era medio relativo. Al 'Gaucho' lo llevan y lo traen varias veces. No lo quebraron. Te quiebran en el momento o después es muy difícil. En el momento él los cagó, así que no hubo otra oportunidad. El quiebre es en relación a los compañeros.

Antes de la detención del 'Gaucho' había un plan de fuga. Cuando los compañeros miraban por el ventiluz veían el río y un alambrado. Pensábamos que estábamos en algún piso del edificio del Estado Mayor del Ejército. Como Gomez se movía bastante, sabía donde estaban las armas. Además, adentro, los tipos no estaban enfierrados. Así que el plan era tomar el supuesto piso del edificio, hacer un llamado a la

Cruz Roja y a las Naciones Unidas para salir todos juntos. Un delirio, pero estaba en curso. Se desactivó porque, a raíz del intento de fuga del 'Gaucho', las medidas de seguridad se endurecieron tanto que hacían imposible cualquier intento.

En el 'Garaje Azopardo' había un grupo de milicianos montoneros que eran: Marcos Augusto Vazquez, secuestrado el 2 de diciembre de 1976, de Molinos Río de La Plata. Palermo, un viejo peronista que prestaba su casa para reuniones. José Medina, tucumano de la FOTIA. Otro compañero de Molinos Río de La Plata, vivía con su compañera en la casa de la madre, gordito, de 25 años aproximadamente. Recuerdo que decía: 'Tengo que aguantar hasta las 21 horas para que mi mujer se levante'. Se lo repetía permanentemente. Recién lo habían echado de Molinos. Lo secuestraron cuando fue a cobrar la indemnización. Otro trabajador de la construcción de Lanús, y otro compañero más, de la misma localidad. Oscar Chávez, de Acindar Villa Constitución, estaba en la CGTR sin ser Montonero. A los de la CGTR se los llevan alrededor del 13 ó 14 de diciembre de 1976. También cae mucha gente de la Comisión Municipal de la Vivienda. Buscaban a la comisión interna, detuvieron un montón de empleados, los torturaban e interrogaban, a algunos los largaban otros, quedaron.'¹⁵

Otros dirigentes destacados de la CGTR fueron: en la zona de Rosario, el ceramista Omar Sigliutti (detenido-desaparecido): José Dálmaso López, de químicos (dd) y Ramón Domínguez, de Fader (detenido). De la zona de Cuyo, Florencio Arias, de gráficos (asesinado) y Aldo Moran, de mineros. De La Plata, Ernesto Ramírez, secretario general de los No Docentes de la Universidad (dd) y Néstor Fonseca, del Swift de Berisso (asesinado). Del Gran Buenos Aires Zona Norte, Cristina Tinat, de los Laboratorios Squibb y *el Gordo* Ramírez, de Astilleros Astarsa, al que le decíamos *La Fabiana*. En zona Oeste, José Dominicovic, de gráficos. En Capital, José Medina y Miguel Bampini, de Grafa (detenidos) y Andrés Castillo, de bancarios (secuestrado y conducido a la ESMA, formó parte del grupo de cautivos mantenidos vivos y después liberados). La represión nos fue marcando la imposibilidad de mantener estructuras complejas y reuniones

permanentes. Después del lanzamiento del Movimiento Peronista Montonero, en abril de 1977, se formó, en el exilio, el Bloque Sindical integrado por, Armando Croatto⁽¹⁶⁾, José Dálmaso López⁽¹⁷⁾, Néstor Fonseca⁽¹⁸⁾ y yo, nos turnábamos para entrar al país, vivir un tiempo y después salir. Así siempre había un par de compañeros de la conducción o del Bloque en Argentina. Después en el '79 se suman Aldo Moran, Ramón Herrera y Eduardo Berrozpe. Resolvimos que la mesa actuara como referente. Como herramienta de conducción desarrollamos una prensa con redacción centralizada e impresión y distribución descentralizada. Ese año realizamos una campaña de repudio al primer aniversario del golpe militar, que en la zona de San Lorenzo se manifestó, en diversas plantas, con paros de 15 minutos, sabotajes y reuniones frente a las oficinas de personal. Participamos en el conflicto de subterráneos a través de la *Coordinadora 5 de abril*; en los conflictos de Kaiser Aluminio y OFA de La Plata; en el de petroleros, en San Lorenzo; en el de Telefónicos, Luz y Fuerza y Chrysler.

En 1979 *el Petiso* Armando y *el Gordo* José volvieron al país con la *contraofensiva*; yo, desde mediados del 78 estaba radicado Lanús. El día 21 de setiembre, al resistir su detención, cae abatido Croatto, el hecho se produce en el supermercado "El Canguro", de Munro. En el mismo mes fue secuestrado José Dálmaso López, que vivía con su mujer y sus tres hijos en la zona Norte del Gran Buenos Aires. La compañera de José, Sara Roldán, también es secuestrada, después la legalizan y pasa varios años en la cárcel. El cuerpo de Armando lo entregaron a sus familiares, el *Gordo* José está detenido-desaparecido.

La represión en La Plata

En setiembre de 1974, después del asesinato de mi viejo y mi hermano por la Triple A, me voy a vivir al sur del Gran Buenos Aires. Sin embargo sigo pegado a todo lo que pasa en mi ciudad. Me entero de un enfrentamiento producido en La Plata y salgo a comprar el diario. Leo en *La Gaceta* del 25 de noviembre de 1976 la siguiente información: *En un enfrentamiento registrado ayer, poco antes de las 13.40 horas, cuando los efectivos de seguridad procedieron a rodear las manzanas comprendidas por las calles 29, 30, 55 y 56 se observó que la atención*

de los custodios de la ley estaba concentrada en una vivienda situada en la calle 30 entre 55 y 56. Esta casa tenía una placa en la que figuraba la inscripción 'Daniel Mariani - Licenciado en Economía'.

Según me contaron algunos compañeros los hechos sucedieron así: Fuerzas conjuntas al mando del Ejército, rodearon cuatro manzanas y evacuaron dos colegios de la zona. Cuando los militares intentaron entrar fueron recibidos a tiros por un grupo de compañeros. El enfrentamiento duró más de tres horas. El Ejército llegó con vehículos blindados, artillería liviana y un helicóptero que sobrevolaba la zona. Como no podían doblegar la resistencia de la casa, empezaron a disparar con artillería, produciendo un gran boquete en las paredes, después continuaron con disparos de morteros. Continúa el diario 'Gaceta': *Poco antes de ser utilizado el mortero con el cual se acalló la resistencia, acudió al enfrentamiento el comandante del Primer Cuerpo del Ejército, general Carlos Suárez Mason, el comandante de la Décima Brigada de Infantería, coronel Adolfo Sigwald y el titular de la Policía Provincial coronel Juan Ramón Camps.* A las 16.55 cesaron los disparos: cuando entraron a la casa encontraron -según la prensa- siete personas muertas, en ningún momento hicieron mención de la bebé Clara Anahí Mariani de tres meses, que estaba con su madre en el interior de la vivienda. Cuatro de los compañeros caídos son: Roberto Porfirio Abel (30) casado, una hija, dirigente del gremio No Docentes de la UNLP; Juan Carlos Poiris; Eduardo Mendiburu Elizalde, *Gulliver* (25) casado, un hijo, estudiante de Arquitectura, empleado en el Ministerio de Economía de la provincia; Diana Esmeralda Teruggi, esposa de Mariani y madre de Clara Anahí que aún está desaparecida. Según el Ejército los otros tres cuerpos no pudieron ser identificados por estar carbonizados. En la casa del matrimonio Mariani funcionaba una imprenta clandestina. Estos compañeros formaban parte de la columna que abarcaba La Plata, Berisso, Ensenada, el interior de la provincia de Buenos Aires, y La Pampa. Daniel Mariani no estaba ese día en su casa, había viajado a Buenos Aires. Cuenta su madre que unos días después del enfrentamiento recibió un llamado de su hijo, confirmando que estaba vivo. Tiempo después, en agosto de 1977, cae en una pinza: desde entonces está detenido-desaparecido.

El mes de noviembre del 76 fue muy duro para los Montoneros en La Plata. El día 22 la conducción de la columna está reunida en una casa de la calle 139 entre 47 y 49 del barrio Gambier. El lugar es detectado y el Ejército rodeó la manzana. Se pone en marcha el plan de defensa y se entabla el combate. Cuando cesa el fuego los militares penetran en la casa; según la prensa, la mayoría están muertos y otros fueron detenidos. La información del diario *El Día*, del 27 de noviembre de 1976, dice: *Fueron abatidos cuatro de los máximos responsables de la Columna La Plata, Elida Aída D'Ippolito, 'Amalia', secretaria general de la Columna; Miguel Tierno, 'Manuel', responsable logístico; Montes Real, 'Leandro', responsable político y 'Cesar' -no se da nombre- responsable de propaganda y adoctrinamiento. En un galpón cerca de la casa allanada murió una mujer conocida por su apodo de 'Mimi' -era Marta Noemí Diturhbide, esposa de Real- y la compañera de Tierno, que se desconoce su filiación. El mismo día 22 cayó otra casa en la calle 63 entre 15 y 16, donde funcionaba el servicio de documentación; los diarios informaron que tras un tiroteo fue abatida una pareja sin dar a conocer sus nombres.*

Todos en la *organización* la conocíamos como *Amalia*. Estudiaba Física en la UBA, madre de una niña, militante de larga trayectoria, venía junto a su compañero Roberto Pampillo del grupo fundador de las FAR. Antes de llegar a La Plata había sido jefa de la Columna Norte del Gran Buenos Aires.

A su caída se hizo cargo de la columna Jorge Elio Martínez, *Julio* o *el Obispo*, que venía trasladado de Córdoba. En La Plata formó pareja con Eva Gruszka -viuda de Arturo Lewinger- que en ese entonces ejercía la secretaría de Prensa. Fue la última conducción orgánica de Montoneros en la zona.

Un grupo de compañeros de la *organización* está viviendo en una casa cercana al tinglado del Regimiento 7, ubicado en la calle 22 entre 48 y 49 de la ciudad de La Plata. La represión está haciendo estragos,

muchos cuadros habían sido trasladados al sur y a la provincia de Córdoba. La hora tope para llegar a la casa se fijó a las 22. A las 21.45 falta llegar un compañero. Néstor *Pichila* Fonseca propone jugar una partida de Mus mientras esperan. A las 22, deciden seguir jugando y esperar media hora más. El compañero no llega y abandonan la vivienda. *Pichila* sale en bicicleta y se pone a circular por los alrededores. A la madrugada el Ejército rodea la manzana, se apostan con un cañón frente a la puerta de entrada y disparan. Como no hay ninguna respuesta penetran en el domicilio, revisan todo y se llevan lo que puede ser vendido como botín de guerra: televisor, heladera, muebles, etcétera. Los vecinos miran desde lejos, entre ellos está *Pichila* con su bicicleta. A la media hora se retiran y Fonseca, con esa tranquilidad y entereza que lo caracterizó toda su vida, entra a la casa, abre un embute que no fue localizado, saca el dinero, documentos y se retira. *Pichila* fue uno de los últimos compañeros buscados de la *organización* que deja la ciudad. Se instala en la costa atlántica, donde es apresado y torturado. Mi última comunicación telefónica con él fue en marzo de 1978. La familia cuenta que también pierde contacto a partir del 19 de marzo de ese año y después vuelve a retomararlo un día antes del 1 de junio, fecha de su defunción, según certificado hallado en el juzgado de Mar del Plata. Cuando vuelve la democracia, revisando unos expedientes, los abogados de *Familiares* de Mar del Plata encuentran el nombre de *Pichila* y otros compañeros muertos en un supuesto enfrentamiento y enterrados como NN en el Cementerio Parque de la ciudad balnearia. El antropólogo norteamericano Snaw y el Equipo Argentino de Antropología Forense identificaron sus restos y hoy descansan en el Cementerio de La Plata.

La resistencia negada

En 1982 estamos viviendo en la ciudad de México. Alquilamos un departamento en el barrio *Colonia 20 de Noviembre* donde las calles tienen nombres de oficios. Allí, en la zona norte del Distrito Federal (DF), todos los oficios son posibles, desde el más noble al más infame. En una esquina había una pulquería, uno de esos bares que son templos de bebederos, con puerta rebatible como en las películas de va-

queros; en la otra esquina había un centro de alcohólicos anónimos. Todas las mañanas, cuando pasábamos frente al bar con Julieta, camino al jardín de infantes, nos topábamos con una pila de parroquianos durmiendo *la mona* en la puerta y otros debajo de los autos, el juego era contarles los pies, que era lo único visible y después dividirlos por dos para saber cuantos había. La colonia argentina en México era muy grande, teníamos muchos amigos y compañeros. Cuando dejamos el país por segunda vez, en enero del 80, nos fuimos a vivir a Cuba; allí pasamos días muy felices. El año y medio que vivimos en la Habana nos pasó volando. Cuando llegamos a la ciudad de México fue un impacto tremendo pasar de la paz de la Isla al ritmo bullicioso del DF, donde más de 15 millones de almas viven apretadas en una ciudad en la que, para ir de una punta a la otra, no te alcanza el día. El 2 de abril de 1982 se produce el desembarco de tropas argentinas en las islas Malvinas. A los días de euforia y desconcierto se impone la lógica del poder de las grandes potencias y la victoria de los ingleses nos sacude de pies a cabeza: nadie creía en el patriotismo de nuestro militares, nadie creía en el general Fortunato Galtieri, pero la recuperación de las Islas Malvinas es nuestra causa y el hecho nos sacudió.

Tres días antes, el 30 de marzo, se realiza la marcha convocada por la CGT de la calle Brasil. En ese momento el Movimiento Obrero está representado por dos centrales, los colaboracionistas de la CGT Azopardo y los sindicatos opositores encabezados por Saúl Ubaldini. Este último sector, proveniente del *Grupo de los 25*, lo constituyen los gremios movilizados que realizaron el paro general del 27 de abril del 79, ahora nucleados en la CGT Brasil. El 30 de marzo, en plena dictadura, miles de compañeros se movilizan a Plaza de Mayo para hacer escuchar su protesta, son apaleados por la policía y cientos de activistas son detenidos. Hay quienes opinan que los militares decidieron tomar las Malvinas como forma de recuperar prestigio y frenar el avance de la oposición que poco a poco ganaba las calles. No hay que olvidar que al primer paro nacional realizado el 27 de abril de 1979, le sucede el del 22 de julio de 1981, convocado por la Central Nacional de Trabajadores (CNT). Luego, la movilización de San

Cayetano, el 7 de agosto del mismo año, organizada por la CGT Brasil, que se continúa más tarde con la marcha del 30 de marzo.

Nada hacía pensar en esa cálida tarde de otoño, que la ciudad de Buenos Aires iba a ser el escenario de una de las mayores movilizaciones de trabajadores contra la Dictadura Militar. Sin embargo, algo distinto se olía en el ambiente. El murmullo de las voces que se reconocen en las esquinas, las citas a la salida de la fábrica o la oficina. El andar apresurado de hombres y mujeres, que de a uno o en pequeños grupos, desde distintos barrios de la Capital Federal, el Gran Buenos Aires y La Plata, convergen hacia el centro de la capital. La consigna era clara, juntarse en Plaza de Mayo. Tratando de llegar, probando por una u otra calle para eludir los controles policiales, se producen corridas y en los acceso hacia la plaza la multitud es reprimida. Estamos en plena dictadura, en diciembre del 81 había asumido como presidente de facto el general Leopoldo Fortunato Galtieri, uno de los hombres más siniestros del llamado Proceso de Reorganización Nacional. Sin embargo, a pesar de los decretos que prohibían reunirse y de la brutal represión, ese día los manifestantes una y otra vez desafían las fuerzas de seguridad. El saldo de la represión desatada fue la detención de cientos de trabajadores, el tendal de heridos y la muerte del obrero José Benedicto Ortiz, asesinado en las proximidades de la Plaza de Mayo. La resistencia, que crecía desde abajo, golpeó el 30 de marzo de 1982 en forma contundente a los militares del *Proceso*. La decisión de ganar la calle de los sindicatos combativos enrolados en la CGT Brasil, que lidera el cervecero Saúl Ubaldini, fue la gota que colmó la medida, poniendo en evidencia para los propios milicos, que las cosas no marchaban bien para la Junta Militar. El poder sostenido con las armas del terror, confirmó su decisión de huir para adelante y las Fuerzas Armadas ocuparon el 2 de abril las Islas Malvinas, para luego capitular frente a Gran Bretaña, convirtiendo una justa causa de soberanía nacional en una parodia suicida. La voluntad de los trabajadores no vaciló ese 30 de marzo; el entreguismo de la Dictadura genocida, tampoco.

Con la derrota de Malvinas, la Dictadura Militar entró en un proceso acelerado de desgaste. Es el momento de volver a la Argentina. Preparo las maletas y el 23 de mayo del año 82 salgo de México rumbo a Brasil. En el aeropuerto de Río de Janeiro hago transbordo para Porto Alegre; desde allí me comunico por teléfono con un compañero de Argentina, que luego viene a buscarme con un coche. Cruzamos a Uruguay y por el puente de Fray Bentos entramos al país. Me conecto con los compañeros de la zona Sur y retomo el trabajo sindical. Primero me voy a vivir junto al río, en Punta Lara, y después me instalo en Quilmes. Son otros tiempos y otras urgencias. El peronismo comienza a movilizarse, la gente se anima cada día más. Políticamente nuestra fuerza se manifiesta como Intransigencia Peronista. Lentamente la militancia comienza a reagruparse. La movilización de los trabajadores sigue creciendo. El 22 de setiembre del 82 la CGT Brasil realiza una marcha de protesta y el 6 de diciembre un paro nacional, que se cumple con un alto grado de acatamiento. El 28 de marzo de 1983 se realiza otro paro nacional. El 9 de noviembre la CGT unificada convocó a otro paro con movilización hacia Plaza de Mayo. El país se agitaba con la convocatoria a elecciones para el 30 de octubre, los días de la dictadura estaban contados, pero la represión no daba cuenta de ello y se cobraba las últimas víctimas. A fines del año anterior, el 18 de diciembre del 82, fue secuestrado por un Grupo de Tareas de la Escuela Mecánica de la Armada, Ricardo René Haidar, *Rodolfo o el Turco* (39) casado, cinco hijos, ingeniero químico, venía del Ateneo, grupo fundador de Montoneros en Santa Fe. Había vuelto al país por segunda vez desde el exilio y se había radicado en una casa cerca de la avenida San Juan y Jujuy, en Capital Federal. *El Turco* Haidar es uno de los tres sobrevivientes de los fusilamientos de Trelew. En la mañana del 30 de abril de 1983 es secuestrado Yäger en la localidad de Guñazú, al norte de la ciudad de Córdoba, por fuerzas del Tercer Cuerpo de Ejército; es salvajemente torturado y después de varios días de tormento lo matan de un disparo a quemarropa en la cabeza. *Roque* era miembro de la CN y estaba a cargo de la zona Centro, Norte y Cuyo del país. Tiempo después, el 14 de mayo de 1983, fueron secuestrados en Rosario, Eduardo Pereyra Rossi y Osvaldo Cambiasso. Cambiasso hacía poco tiempo había recobrado la libertad después de pasar ocho años en la cárcel. Ingeniero químico, como Yäger, provenía del céle-

bre Ateneo de Santa Fe. Son los últimos dos dirigentes asesinados bajo la dictadura militar.

Mientras muchos dirigentes políticos pasaron los años de la dictadura militar debajo de la cama y otros colaboraron con los dueños del poder, agarrando cargos en el gobierno como asesores o intendentes, nosotros asumimos el sagrado derecho de rebelarse contra la injusticia, como lo hicimos frente a las dictaduras de 1955 y de 1966. Cuando se habla del 55 todo el mundo acepta que hubo una resistencia organizada a la dictadura de Aramburu y Rojas, en cambio cuando nos referimos al llamado *Proceso de Reorganización Nacional*, iniciado con el golpe militar del 24 de marzo de 1976, no se reconoce la existencia de una resistencia, menos aún organizada. El paso del tiempo y la derrota de las Malvinas parece que fueron suficientes como para obligar a las Fuerzas Armadas a retornar a los cuarteles. El tiempo que cura tantas cosas no es buen remedio contra las dictaduras; como ejemplos están el golpe militar de Brasil que duró 21 años y el de Chile, donde el dictador Pinochet estuvo 16 años en el gobierno. Esta negación de la resistencia no es inocente. Hay una intención deliberada de ocultarla. Lo más grave es que no solamente el poder la oculta, lo terrible es que muchos sectores de la sociedad también piensan lo mismo. Tan metida está esa idea, que hay compañeros que participaron de esa lucha y la niegan. Hubo *resistencia* organizada a la última dictadura militar, protagonizada por el Movimiento Obrero, los organismos de Derechos Humanos en forma destacada por las Madres de Plaza de Mayo, por los presos, los exiliados y las Organizaciones Armadas que subsistieron al golpe y actuaron en el país durante ese lapso.

El día del golpe

En vísperas del verano del 96, un grupo de compañeros nos encontramos en el cementerio de Berisso. Formamos un círculo junto a familiares e hijos, en derredor de la tumba donde descansa el cuerpo de

Manuel Carrete (67). El montículo que cubre su cuerpo aún conserva la tierra removida, se cumple un mes de su muerte, ocurrida el 20 de noviembre. Algunos amigos no pudimos estar en su entierro y nos acercamos ese día para llevar flores y decir *¡Presente compañero!*.

El Viejo Carrete, como lo llamaban sus amigos, trabajaba en Propulsora Siderúrgica de Ensenada, en la sección Temper (laminado). Unos días después del golpe su casa es rodeada por fuerzas de la Infantería de Marina y lo detienen. Estuvo 12 días desaparecido; la familia recorrió comisarías y dependencias militares y en todos los lugares recibían la misma respuesta, no sabían nada. Reconocida su detención, fue trasladado a la Unidad Carcelaria N° 9 de La Plata, donde permaneció preso por cinco años. Cuando está en la cárcel llega a su casa un telegrama de despido por abandono de tareas. La familia acude a la empresa con el telegrama y explica que Manuel no va a trabajar porque está detenido, que se lo llevaron del mismo lugar de trabajo. Los reclamos no fueron oídos y Manuel fue despedido sin derecho a indemnización alguna. Como si esto fuera poco, estando preso, falleció su esposa. Sus dos hijos, Paulo y Marcelo, pequeños aún, quedaron al cuidado de la familia. En 1981 sale con libertad condicional y en 1982 le dan la libertad definitiva. Después de Malvinas, en Ensenada se organiza una *Comisión de Despedidos de Propulsora Siderúrgica*: participaban aproximadamente unos 30 trabajadores. Manuel y otros compañeros, reclaman la reincorporación a la empresa, pero tampoco obtienen resultados. Cuando en 1984 el presidente Raúl Alfonsín visita Ensenada para la inauguración de una planta de Petroquímica General Mosconi, le hacen llegar, por intermedio de la Subsecretaría de Trabajo, un pedido para que interceda frente a la empresa y tampoco reciben respuesta.

Manuel había entrado a Propulsora en los años 60 y fue elegido delegado en el 73. Miembro de la comisión interna, forma parte, junto a otros compañeros, de la Lista Blanca, opositora a la conducción de la seccional de la UOM que dirigía Rubén Dieguez. Duro crítico del gobierno de Isabel Martínez y López Rega, participa de la formación del Partido Peronista Auténtico y es nombrado apoderado en el orden provincial. Manuel Carrete falleció a los 64 años, sin trabajo y sin jubilación: la empresa nunca le reconoció nada. El día que lo detienen -nos contó- iba alertado, sabía que podía tener problemas, pero era su

trabajo y mantenía a su familia con lo que cobraba mes a mes. Tampoco tenía nada que ocultar, ni negar; nacido en Berisso, todo el mundo sabía que era delegado de la UOM y peronista.

El día 23 a las 23 horas, la Infantería de Marina ocupa la Planta de Propulsora Siderúrgica; en ese momento trabajan 1.300 operarios. Cargan en un camión los archivos de personal y se los llevan. Cuando llega el primer turno de la mañana comienzan los problemas. Tienen confeccionada una lista de nombres y detienen ese día alrededor de 20 trabajadores, la mayoría son delegados. La fábrica permanece cerrada por dos días, cuando los operarios vuelven al trabajo la planta sigue ocupada. Todos los días, cuando entra el personal, los marinos piden documentos de identidad. Violan las taquillas, incautan el archivo de personal, con el que operan sobre los domicilios de los trabajadores. La represión se ensañó con la gente de Propulsora, sólo en esa empresa hay más de quince compañeros detenidos-desaparecidos y muertos por la represión⁽¹⁹⁾. Otro tanto ocurrió con Astilleros Río Santiago (ARS), también de Ensenada. En la mañana del 23 de marzo de 1976 se realizó una asamblea en el interior del ARS; en nombre de la Comisión Interna habló el *Loco Di Mattia*, planteando que el Cuerpo de Delegados se había expedido repudiando un posible golpe de Estado y el planteo fue apoyado por unanimidad. Esa misma noche, Astilleros fue ocupado militarmente por la Infantería de Marina. Cada trabajador que entraba era acompañado hasta su taquilla por un infante armado, tenía que abrirla y era revisada buscando volantes, libros u otros elementos que los *milicos* suponían que los trabajadores guardaban en sus cofres.

A pesar de todo esto, cuando se reabre Astilleros y comienza a funcionar regularmente luego del golpe, lo primero que realizaron los trabajadores fue un retiro de colaboración, no haciendo horas extras en ocho secciones. En Astilleros el personal estaba muy bien organizado y la represión fue muy dura. La planta ocupaba, antes del golpe, a cinco mil quinientos trabajadores de planta y tres mil en las empresas contratistas. El cuerpo de delegados representaba a 25 secciones y estaba compuesto por más de 100 miembros. Según información recopilada por la *Comisión de Recuerdo Memoria y Compromiso de Berisso*

y *Ensenada*, existe una lista, incompleta aún, de más de 40 trabajadores detenidos-desaparecidos y muertos por la represión⁽²⁰⁾.

El Rodrigazo en La Plata

En la Plaza Belgrano de Ensenada, a las diez de la mañana, los trabajadores se convocan para realizar una asamblea, pertenecen a las empresas Propulsora Siderúrgica, Astilleros Río Santiago; obreros de la construcción provenientes de la obra de Petroquímica General Mosconi; Municipales y otros gremios. Es el 3 de julio de 1975 y el país se agita en una de las movilizaciones más grandes de la historia del Movimiento Obrero. A estas jornadas se las conoce como *El Rodrigazo*, nombre que deriva de Celestino Rodrigo, ministro de Economía del gobierno de Isabel Martínez. La asamblea se realiza a cielo abierto, allí discuten y resuelven por mayoría marchar hacia el local de la Delegación Regional de la CGT La Plata, Berisso y Ensenada, en defensa de la Ley 14.250 de Convenciones Colectivas de Trabajo, que Rodrigo pretendía anular y contra el superministro José Lopez Rega, visualizado como el responsable directo de la represión y el accionar de la Triple A. En esa asamblea un grupo importante de trabajadores de Astilleros no estuvo de acuerdo con la marcha y retornó a la planta, la mayoría se quedó. La columna de más de seis mil trabajadores recorrió a pie, por el camino Rivadavia, los siete kilómetros que los separan de La Plata. En el cruce de 32 y 122 los estaba esperando otro contingente de más de 700 operarios de las empresas OFA, INDECO, SIAP, Kaiser Aluminio, Corchoflex y otras. La columna tomó por diagonal 74 rumbo al centro de la ciudad, en el camino se iban sumando trabajadores de otros gremios, entre ellos, los judiciales, los empleados estatales (ATE, SOYEMEP), trabajadores textiles y del frigorífico Swift de Berisso, Petroquímica Sudamericana y los No-docentes de la Universidad Nacional, al frente de los cuales iba su secretario general Ernesto *Semilla* Ramírez. Cuando la columna cruzó las vías del ferrocarril ya eran cerca de 10 mil trabajadores que se dirigían hacia la sede de la UOCRA, en 44 entre 4 y 5, donde funcionaba la Delegación Regional. La avenida 44 era una sola masa de gente que cubría la calle desde la UOCRA a Plaza Italia. Pasadas las 14.30 horas, la policía comenzó a reprimir. Se produce la primera estampida

y la gente se vuelve a reagrupar. El enfrentamiento con la policía se generalizó y los grupos comenzaron a dar vuelta coches y prender fuego. Las corridas duraron hasta caída la tarde. Esta jornada fue organizada y convocada por la *Coordinadora de Gremios y Comisiones Internas en Lucha de La Plata, Berisso y Ensenada*. Fue una de las mayores concentraciones de trabajadores que registra la historia del Movimiento Obrero de la zona.

Suena el teléfono y atiendo. Del otro lado de la línea está Marcelo, un compañero que vive actualmente en Madrid y vino de visita a La Plata. Marcelo fue secretario general del Sindicato de la Dirección General Impositiva seccional La Plata, en los años 70. En 1976 salió con su familia rumbo al exilio; no lo veo desde hace 16 años. Nos juntamos en mi casa y me cuenta de los amigos comunes que, por una u otra circunstancia, siguen viviendo en Europa. Tremendo alegrón de verlo, nos ponemos al día con los chimentos y me comenta que al otro día la familia de José Gola le hace un homenaje en el cementerio. Nos ponemos de acuerdo para ir juntos. José era un compañero de la *Organización* que cayó en manos de los represores el 20 de noviembre de 1976, en La Plata. Al salir de una panadería cerca de su casa, en el barrio de Meridiano V, José es rodeado por un grupo de hombres que le da la voz de alto, escapa y se mete en una casa, al tratar de saltar una pared es alcanzado por un disparo y cae abatido, su cuerpo descansa en el cementerio de La Plata. José Gola estaba casado con Rita Artabe, que fue apresada el 7 de enero de 1977, también en La Plata. El hijo de ambos vive con sus abuelos.

Mi amigo Marcelo vino a pasar las fiestas de fin del año 96 con su madre y pocos días después regresaba a Madrid. Cuando la mayoría de los exiliados retornaron al país con la democracia, él, su mujer y su hijo resolvieron quedarse. Sé que no fue una decisión fácil, pero ahí están, trabajando, firmes en sus convicciones, soñando que la vida merece ser vivida y el mundo merece ser cambiado. Con Andrea, mi

actual compañera, lo invitamos a comer a casa para despedirnos, preparo, para agasajarlo. *Muqueca de peixe a la bahiana*, un plato que me enseñaron a cocinar durante mi exilio en Brasil. Tengo en la alacena leche de coco, aceite *Dendé* y *colorado*, imprescindibles para darle sabor y color a la *Muqueca*. En la feria del barrio compro cazón y del puesto que atiende una familia boliviana me llevo limones y cilantro, esa hierba parecida al perejil, tan típica de la cocina mexicana, boliviana y nordestina. Comemos en casa y después lo invito a un encuentro de murgas en el Club Platense. Están los grupos locales *Tocando Fondo* y *Los Farabutes del Adoquin* y, como invitados, dos formaciones porteñas, *Atrevidos por Costumbre* y *Los Cometas de Boedo*. El club desborda de alegría. Al ritmo de bombos y redoblantes el baile y el canto de los murgueros se adueña del lugar. Qué resorte del alma accionará este ritmo que nos convoca a participar de la fiesta. Siento que hay un renacer de las murgas, una necesidad de retornar a las fuentes en busca de una identidad cultural diluida. Los *Farabutes* arrancan con un estribillo donde enumeran las prohibiciones de festejar el carnaval en nuestra historia y terminan reclamando que los corsos puedan realizarse en nuestra ciudad. El actual intendente justicialista de La Plata, Julio Alak, firmó un decreto donde se prohíbe la realización de los corsos. La cultura negada, que la gesta del 17 de Octubre rescató y colocó en el escenario de la historia, otros supuestamente en nombre de esa misma cultura pretenden sepultarla. Paradojas de la historia. De vuelta a mi casa viajando en el *doscatorce* leo en una pared de la avenida 44, un grafiti pintado con aerosol que reza: *La lucha del ser humano contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. Milan Kundera* ■

¹ **Terrorismo de Estado**, Movimiento Solidario de Salud Mental-Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas Editorial Paidós, Bs. As., septiembre de 1987, página 31.

² Fuente: **El Diario del Juicio**, Nº 8, 16 de julio de 1985.

³ Fuente: texto citado por Luis Salinas, trabajo inédito sobre Derechos Humanos y el Movimiento. La Plata 1985, sobre una información publicada en el diario La Voz.

⁴ **Oscar Smith**. "Queda evidenciada la estrecha relación entre actividad gremial y los consiguientes conflictos con la desaparición de personas. Es el caso de secretario general del Sindicato de Luz y Fuerza de Capital Federal, Oscar Smith, quien desapareció el 11 de abril de 1977, mientras protagonizaba acciones reivindicativas de carácter estrictamente gremial". (Fuente: Nunca Más, pag. 260. Edición Pagina/12 EUDEBA, Bs. As. 1997).

⁵ **Jorge Fernando Di Pasquale**, ver página 100.

⁶ **Benito Vicente Romano** (48). fue secuestrado el 14/04/76 por fuerzas militares, junto al **Gordo Villalba**, de un hotel de Avenida de Mayo en Capital Federal, donde paraban. Los dos son destacados dirigentes de la FOTIA. Villalba es originario de la Banda del Río Salí. Están detenidos-desaparecidos.

⁷ **René Salamanca**. "El 20 de mayo de 1976, desapareció René Salamanca, ex secretario general de Mecánicos de Córdoba (SMATA)". Según testimonios recibidos por esta Comisión, en oportunidad de una visita del general Menéndez al campo de La Perla, hizo llevar a Salamanca ante el y luego de una discusión entre ambos se oyó decir al general Menéndez cuando salía del local donde se encontraba. "A éste me lo 'trasladan' en el primer camión". (Fuente: Nunca Más, pag. 259. Edición Pagina/12 EUDEBA, Bs. As. 1997).

⁸ **Tomás Di Tofino** fue secuestrado el 30/11/76, pero para mi entender el plan que desembocó en su secuestro comenzó bastante tiempo antes. "Cuando los trabajadores de Luz y Fuerza comienzan la medida de fuerza, dando una vez más un ejemplo de consecuencia en la resistencia a la dictadura militar, bajo la dirección entre otros, de Tomás Di Tofino, en La Perla sucedió un hecho inusual: una noche se llevaron a Patricio (Calloway) solo, lo cual nos pareció extraño ya que los 'traslados' se realizaban generalmente de día y en grupos numerosos.

Luego supimos que habían matado a Patricio frente a EPEC. Por los medios de difusión se dijo que el hecho había sido un tiroteo entre las fuerzas del orden y un militante montonero que estaba llamando a la huelga. Para este simulacro le pusieron en la mano a Patricio los volantes que los militares habían previamente impreso en la Perla". "Así se ilegalizó la huelga, se intentó crear terror entre los trabajadores y esta macabra maniobra finalizó con el secuestro, poco después, de Tomás Di Tofino". "Cuando Tomás llegó a La Perla, como no pudieron probarle filiación política lo anotaron en la lista diaria como 'Zurdo Encubierto'". "Tomás fue trasladado el lunes 20 ó 21 de febrero, ese día vino el general Luciano Benjamín Menéndez de inspección a la hora del traslado. Se nos dijo que en el caso de Tomás, el general Menéndez presidiría el fusilamiento para 'dar el ejemplo', 'consolidar la tropa', etc.". (Fuente: Nunca Más, pag. 260. Edición Pagina/12 EUDEBA, Bs. As. 1997).

⁹ **Ernesto Semilla Ramírez** (47) casado, carpintero. Secretario General de la Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata (ATULP). Nació el 12 de enero de 1930. En su primera juventud lo encontramos militando en la UCR, forma parte de la corriente sabbatinista. En el año 52 ingresa como trabajador en el Comedor Universitario que funcionaba en la calle 51, allí inicia su trabajo con los no-docentes y es electo delegado por sus compañeros. En la elecciones del gremio de 1958, triunfa su lista y asume como Secretario General de ATULP. Desde ese cargo desarrolla una intensa actividad gremial y en el '64 encabeza la huelga de los no-docentes. Reelecto en el año 1965, ese mismo año el sindicato sufre una intervención patrocinada por el Dr. Armando Balbin y le quitan la personería jurídica. En 1966 vuelve a recuperar el gremio y desde La Plata promueve la creación de la FATUN Auténtica, Federación que nuclea a los sindicatos de Capital Federal, La Plata y Bahía Blanca, sumándose a la CGT de los Argentinos que encabeza Raimundo Ongaro. En marzo de 1975 durante el gobierno de Isabel Martínez, el Ministro de Educación Ivánissevich le vuelve a intervenir el sindicato. Luego del golpe de 1976 y con el gremio en manos de los militares, Ernesto Ramírez debe ocultarse no solo para salvar su vida, sino también para continuar la lucha, esta vez desde la clandestinidad. El 1 de abril de 1977 en un dispositivo de represión dirigido por fuerzas militares, su casa es destruida por la acción de una tanqueta que formaba parte del operativo. *Semilla* desde ese día forma parte de los miles de los detenidos-desaparecidos.

Trabajadores no-docentes de la Universidad Nacional de la Plata, detenidos-desaparecidos y muertos por la represión (esta lista fue elaborada con aportes de diferentes fuentes y es muy posible que falten nombres):

Asesinados: Rodolfo Achem 08/10/74 casado, dos hijos, estudiante de Derecho; Carlos Miguel 08/10/74 casado, dos hijos, veterinario; Enrique Rusconi 07/12/74 casado, dos hijas; Ana María Guzner /03/75; Roberto Porfirio 07/11/76 casado, una hija.

Detenidos-desaparecidos: Guillermo Diaz Nieto 09/02/75, casado, dos hijos; Adriana Casajus de Gonzalez Villar 01/01/76, casada, una hija; Nestor Oscar Zuppa 24/11/76 e Irene Felisa Seala 24/11/76, un hijo; Hugo Alfredo Iglesias 15/02/77; Hugo Luis Redondo 23/02/77; Cristina Prospero 30/03/77,

Resistencia y sindicalismo: El duro camino hacia la democracia

casada; Ernesto Ramírez *Semilla* 01/04/77 (47), casado; Jorge Arturo Daroqui 15/07/77 (32); José Clemente Artigas 16/09/77; Mónica Elsa Ortega 25/02/78, casada, un hijo; Patricia Carlota Valera 01/02/78 (35), casada, una hija; Francisco Darder; Luis Alberto Luna 01/02/77 (33); Jorge Omar Vazquez *el Oso* 29/03/78 (48), casado, cinco hijos, secuestrado en General Madariaga; Ignacio Manuel Cisneros 15/02/77 (29), desapareció en Córdoba; Sonia Casco.

¹⁰ **Agustín Sánchez** (56), casado, dos hijos. Nació en Jujuy el 6 de mayo de 1925. A los diez años se mudó a Tucumán, donde trabajó de carbonero. Cuando cumple 26 años ingresa en Agua y Energía Eléctrica, empresa en la que trabajó 33 años. Fue delegado en todas las secciones donde se desempeñó. En 1974, el Movimiento Peronista de Recuperación Gremial de Luz y Fuerza, donde él participa, gana el gremio pero les impugnan arbitrariamente las elecciones. En el lapso de los cinco meses siguientes ganan dos elecciones más. En la última victoria de junio de 1975 ocupan el gremio como forma de garantizar la entrega del mismo a su legítima conducción. La lista estaba encabezada por: Gotardo Elizalde, secretario general; Agustín Sánchez, adjunto y Alberto Gastamiza, secretario gremial. Agustín es detenido junto con su esposa, Segunda Honoría Soria, el 4 de setiembre de 1976, por personal uniformado del Ejército. Los dos son detenidos-desaparecidos.

¹¹ Fuente: La Voz del Interior 19/03/77.

¹² Fuente : **Las luchas sindicales contra el Proceso**, Gonzalo Leonidas Chaves, Ediciones de la Causa, Bs. As. Octubre de 1983.

¹³ Fuente: **Los Papeles de Walsh**, Cuadernos de la Jotape, marzo de 1988.

¹⁴ Fuente: **ESMA, Traslados. Testimonios de tres liberadas**, Ana María Martí, María Alicia Miha de Pírlas y Sara Solarz de Osatinsky. Editado por Abuelas de Plaza de Mayo -Familiares de Detenidos Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas-, Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora. Buenos Aires, octubre de 1979.

¹⁵ Fuente: Equipo Argentino de Antropología Forense.

¹⁶ **Armando Daniel Petete Croatto**, casado dos hijos, de militancia cristiana, fue un hombre de intensa vida sindical, cuando sólo tenía 18 años se destacó como dirigente de los Municipales de Avellaneda, liderando la lista Blanca. Durante los años 1968-71 se desempeñó como miembro de la conducción de la CGT de los Argentinos en zona Sur. En 1973 fue electo diputado nacional y renunció a su banca el 25 de enero de 1974, junto a los otros siete diputados de la JP: Santiago Díaz Ortiz; Jorge Gellel; Aníbal Iturrieta; Carlos Kunkel; Diego Muñoz Barreto; Roberto Vidaña y José Vitar, críticos a varias decisiones del General Perón. Fue miembro fundador de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP).

¹⁷ **José Dálmaso La Chancha López**, casado tres hijos, inicio sus actividades gremiales con el *Rosario*, en 1969. Electo delegado general de la empresa Sulfacit de San Lorenzo, provincia de Santa Fe, lideró la lista Azul del gremio de los Químicos. En el año 1975 fue secuestrado por la Triple A. La movilización de trabajadores de San Lorenzo y Rosario, exigiendo su aparición con vida, logró resultados y lo liberaron. Fue miembro de la regional de la JTP y en 1977 asumió la secretaría general de la CGTR.

¹⁸ **Néstor Pichila Fonseca**, ver página 100.

¹⁹ **Trabajadores de Propulsora Siderúrgica de Ensenada (Grupo Techint), detenidos-desaparecidos y muertos por la represión** (esta lista fue elaborada con aportes de diferentes fuentes y es muy posible que falten nombres)

Asesinados: Salvador Deláturi *El Pampa* 01/02/75 (32), delegado de la sección decapado, miembro de la Comisión Interna y Juan Carlos Scaffide 01/02/75, supervisor, ambos fueron sacados de su casa y asesinados por la Triple A.

Detenidos-desaparecidos: Héctor Carlos Baratti Valenti 23/02/77 (28), secuestrado junto a su mujer embarazada de cinco meses, Miguel Casajus 07/12/76; Osvaldo Pedro Cobas 01/12/76; Omar Francisco Cherri *El Turco* (31) 04/11/76, electricista, delegado, miembro de Comisión Interna; Eduardo Clavijo *Coco* 03/12/77, operario y estudiante de Geología; *Dito* 25/11/76, operario, Arturo Martín Garín *Gaucho*

09/12/76 (32), delegado de Oficina técnica, miembro de Comisión Interna; Roberto Raúl López 30/06/76; Manuel Lampert *El Gallego* 27/01/77, operario y estudiante de Geología; Antonio Martínez 03/12/76 (33), gruísta del puerto; Rubén Antonio Martínez 27/02/77, camionero; Eduardo José Priotti 25/11/76; Rubén Humberto Southwell *El Ingles* 06/12/76, delegado; Héctor Ricardo Villalobos 03/12/76; Luis María Witoszynsky 24/11/76 ó 03/12/77, supervisor, vivía en Berrisso; Raúl Percyra, gruísta, allegado a la seccional de la UOM (ex cabo de la Marina); Rojas, delegado de la sección Temper; *Sugus*, trabajaba en expedición; Herrera *Tachuela*, delegado de la línea de corte; Daniel Carlos Ponti 25/11/76 (20), plomero de una empresa que realizaba el mantenimiento en la planta y estudiante de Historia en la UNLP.

²⁰ **Trabajadores de Astilleros Río Santiago, detenidos-desaparecidos y muertos por la represión** (esta lista fue elaborada con aportes de diferentes fuentes y es muy posible que falten nombres)

Asesinados: Juan Carlos Ariola 19/06/76 (40), casado; Leonardo Diego Anas 19/06/76 (29), soltero; José Edgardo Cardinale *Coco* 19/06/76 (34), casado; Héctor Rolando García 19/06/76; Roberto Luciano Sander 19/06/76 (38), casado, ex secretario general de ATE Ensenada; Jorge Pedro Gudzos 19/03/76 (40); José Luis Lucero 20/03/76 (29).

Detenidos-desaparecidos: Carlos Esteban Alaye *Laucha* 05/05/77, operario y estudiante de Psicología; Jorge Raúl Arfuch 28/05/76 (29), administrativo; Jorge Omar Astudillo Galicia 02/07/76, técnico y estudiante de Biología Marina; Fortunato Agustín Andreucci *Nato* 19/03/76 (55), Armando José Bautista 01/06/76 (30), técnico electricista; Eduardo Roberto Bonín 23/02/77 (28), soltero, delegado sección taller estructura; Juan Carlos Blassetti *Cacho* 10/09/76; Mario Guillermo Cobas 26/12/76 (22), electricista y estudiante universitario; Pedro Simón Campano 23/02/77 (35), casado, dos hijos, delegado de sección; Jorge Cuizoa 06/12/77; Mario Guillermo Cavassi 26/05/78; Osvaldo Juan Valdéz *Cocho* 10/09/76 (30), casado, tres hijos; Hugo Daniel Carzolio 06/12/77 (25), soltero, operario cobrero; Ricardo Mario Díaz 24/12/76; Jorge Omar Galicia; Jorge Omar Gallego (37), José Federico García 06/12/77 (56); Jorge Néstor Moral 19/08/76 (37), casado, operario de gradas; Carlos Alberto Herrera Panucci; Jorge Icardi Ocampo 31/01/77 (18), Escuela técnica; Mario Icardi Ocampo 31/01/77 (20), Escuela técnica; Matilde Itzigsohn de García *Tili* 16/03/77 (30), empleada; Alcides Méndez Paz 19/02/76, técnico III; Catalino Martínez 13/10/78, trabajador y estudiante de Medicina; Noriega *Pata* 11/12/75, DNI 11.607.232; Ricardo Mario Noez 31/07/76, calafatero; Carlos Roberto Passero 10/06/77 (33), delegado; Vicente M. Padín 16/05/76 (18), tornero; Angel Mario Pinedo 02/07/76, operario; Jorge Máximo Real 09/06/77 (39); Pedro Jacinto Rabat, calafatero; Miguel Angel Soria 06/06/76 (26); Héctor Simek 11/08/76; Edgardo Sampayo 06/12/77, delegado de estructura; Hugo Diego Vodovosoff 04/11/76 (20); José Manuel Monteagudo 22/06/77 (21), trabajador y estudiante de Geología y su mujer Laura Cedola 22/06/77 (19), estudiante de Ciencias Naturales.

Estos dos ejemplos de represión en establecimientos fabriles, no son hechos aislados, sino que se repiten en todo el país. Lo indica sin lugar a dudas, la existencia de un plan de exterminio de la disidencia sindical, planificado con anterioridad al golpe y ejecutado desde el estado. Según los archivos de la CONADEP, "hay 600 denuncias de secuestros antes del 24 de marzo de 1976. A partir de ese día son privadas ilegítimamente de su libertad decenas de miles de personas en todo el país, 8.960 de las cuales continúan desaparecidas". (Fuente: Nunca Más, Pág. 7, Edición Página/12 EUDEBA, Bs. As., 1997). De estas cifras, "el 30,2% de los detenidos-desaparecidos denunciados en la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas son Obreros, el 17,9% empleados (del 21% que representan los estudiantes, uno de cada tres trabajaba)". (Fuente: Nunca Más, pag. 258, Edición Página/12 EUDEBA, Bs. As., 1997).

La resurrección de un perseguido

La resurrección de un perseguido

(J.O.L.) Se terminaba la época en que sólo las alegrías abrigaban nuestras esperanzas. Comenzaba el año 1970 como abriendo una década que, salvo el breve y maravilloso mayo del '73, sería en mi vida el período de las catacumbas: la larga marcha de una esperanza en cambios revolucionarios que, como diría Juan Gelman en uno de sus poemas, “comía panes desesperados” y yo sentía esa “inocencia de no ser un inocente”.

Fueron las primeras caídas serias en las FAR. El secuestro de los esposos Verd, que conocían datos identificatorios de muchos compañeros, entre ellos de mi hermano Arturo y, por consiguiente míos, dejó un tendal de fugados, de abandono de trabajos y legalidades, teniendo que tomar distancia obligada, casi siempre, de la misma familia.

La caída de Marcelo Verd y su compañera, Sara Palacio, fue la respuesta represiva que produjeron nuestras primeras apariciones públicas como FAR: la toma del pueblo de Garín el 30 de julio de 1970 y el asalto a un camión militar en Pilar del que “recuperamos” más de 100 pistolas, algunas subametralladoras y varios fusiles FAL.

Transcurría el año 70 y yo tuve que dejar mi trabajo de periodista en Primera Plana. Mi compañera y mi pequeña hija Andrea, de algo más de un año, me acompañaron en los primeros días de clandestinidad. Finalmente, mi mujer sintió el peso de una situación que no estaba en sus cálculos: me acompañaba con amor, pero no había elegido la militancia como yo, lo que terminó dejándonos en dos mundos diferentes. Ella en el de la legalidad, yo en el de las catacumbas y la persecución.

Sin embargo nuestra relación de pareja todavía resistía: seguimos regándola en encuentros regulares pero furtivos, con todo un ritual de antiseguimientos y cuidados de seguridad. Recuerdo un día que fallé a una cita y mi hija Andrea, ya de unos tres años, se puso muy mal y le

dijo a su mamá que yo había muerto, porque, dijo, "era lo único por lo que papá puede no venir".

Después vino la cárcel, tras la fuga de Rawson, en agosto de 1972. Mi mujer y mi hija, así como mis padres, me venían a ver con la asiduidad que permitían las visitas del penal (y los casi 1.500 kilómetros que separan a esta ciudad de Buenos Aires), una vez restablecidas, tras el castigo de un mes de aislamiento, posterior a la toma y escape de la cárcel.

Nos veíamos tras dos hileras de barrotes, separadas entre sí por más de un metro. No podíamos tocarnos y teníamos que hablar a los gritos para entendernos, porque las visitas reunían a muchos presos y familiares simultáneamente.

Me dolía en el alma no poder abrazar a mi hija, a mi mujer, a mis padres. Trataba de sostenerlos como ellos lo hacían conmigo. Mis padres trasuntaban su enorme dolor a través del pesimismo: no veían una salida cercana para nuestra condición de presos. Sin embargo, quedaron muy conmocionados cuando, acompañando a otros familiares, se encontraron con un cura de Rawson que les dijo algo así como que ellos, los mayores, eran los responsables de lo que nos pasaba: -nosotros, les dijo el sacerdote, permitimos sin luchar que el país esté así, bajo una dictadura contra la que tuvieron que rebelarse nuestros hijos.

Viajar hasta Trelew para cada visita y trasladarse de ahí a Rawson era una odisea difícil y costosa para los familiares. Así fue como mi mujer recurrió a Rafael Perrota, director en ese entonces de *El Cronista Comercial*, donde yo había trabajado, y consiguió que le pagase los viajes, como muestra de su acrecida solidaridad.

En la cárcel sentíamos el calor de una simpatía y adhesión popular que brotaba por todas partes. Percibíamos el clima de la campaña electoral, del *Luche y Vuelve*, del *Cámpora al gobierno*, *Perón al Poder* y la continuidad del hostigamiento guerrillero y las luchas sociales que iban en aumento. Nosotros mismos nos habíamos transformado en bandera de lucha: *Libertad a los combatientes*.

Más allá de las diferencias políticas que nos separaban de los compañeros presos del ERP, sobre todo de evaluación de la situación que vivía el país, lo cierto es que prácticamente en todos existía un indisimulable clima de confianza en nuestras propias fuerzas y en el avance popular.

En ese marco decidimos lanzar una huelga de hambre para mejorar nuestras condiciones carcelarias. Nunca había realizado una medida de protesta de ese tipo. Los primeros días me resultaron difíciles de atravesar, luego caí en una suerte de acostumbramiento, aunque sentía el esfuerzo que me suponía caminar unos cuantos metros, por ejemplo, cuando nos llamaban "a visita". Estuvimos sin comer durante unos 23 días y varios compañeros terminaron internados en la enfermería. El entonces coronel Leopoldo Fortunato Galtieri, también sintió la presión de nuestros reclamos, en el marco de lo que pasaba en el país, y mandó una enfermería de campaña al penal para evitar cualquier accidente fatal por falta de atención médica.

Recuerdo que nuestra protesta coincidió con las fiestas de fin del año 72. Afuera, tanto en Navidad como en Año Nuevo, los familiares y vecinos de Rawson y Trelew se reunían, tras los muros, y escuchábamos sus cantos y consignas, que nos llenaban de fuerzas. La protesta terminó en un triunfo y obtuvimos casi todas nuestras demandas para mejorar el régimen carcelario.

Cuando salí en libertad, el 25 de mayo del 73, cinco meses después de terminada esa huelga, aún pesaba unos diez kilos menos que cuando había sido detenido.

Se aproximaba la fecha de las elecciones, el 11 de marzo del 73, y ya se respiraba en el aire el creciente torrente popular que se volcaría ese día para dar el triunfo a la fórmula presidencial del peronismo, Cámpora-Solano Lima. El subdirector del penal, comandante de gendarmería Sirone, recibió órdenes de darnos visitas de contacto, es decir, eliminando las crueles doble rejas que nos separaban de nuestros seres queridos en las visitas. Pero Sirone no era de los que regalan nada. En esa oportunidad me llamó aparte, como lo hizo con otros, y me "ofreció" las visitas "siempre y cuando yo no dijera nada al resto de mis compañeros". Me negué y entonces me llevaron nuevamente a mi celda. Allí comenté a todo el pabellón 5, donde estaba alojado, la propuesta que me había hecho el gendarme. Quería desenmascarar a ese habilidoso buscador de complicidades. Un rato después me llamaron nuevamente de la jefatura del penal y me dieron la primera visita en que pude abrazar, luego de tantos meses, a mi hija, mi mujer y mi mamá.

Mi madre había logrado pasar un puñado de almendras, eludiendo

la requisita del ingreso. Las traía dentro de un pañuelo, en la mano. Cuando nos abrazamos me las metió de golpe en la boca. ¿Habrá pensado que yo estaba en un campo de concentración de Europa? Lo cierto es que estaba dispuesta a desafiar cualquier requisita.

Mi Andreíta, con sus tres años y medio, no dejaba de asombrarme. No perdía ni un minuto de esos encuentros. Jugaba conmigo, me abrazaba, me contaba como un torbellino todas sus cosas, no había ni una lágrima ni una palabra de protesta por el poco tiempo que teníamos para estar juntos. Pero no bien anunciaban el fin de la visita se largaba a llorar desconsoladamente. Un día, jugaba en la puerta del penal con una flor y un guardiacárcel, por hacerse el simpático, se la pidió. Andrea se la negó: “usted tiene preso a mi papá”, le dijo.

Tras el triunfo del 11 de marzo, los guardiacárceles, que hasta el día anterior nos verdugueaban en cuanto oportunidad tenían, nos empezaron a llamar señor de aquí, señor de allá. A medida que pasaban los días esa mutación se hizo más visible. Se volvían más obsecuentes y no faltó el que dijo, “no te olvides que yo nunca los jodí”. Fantasaban, mucho más que nosotros, con el poder que llegaríamos a tener.

A nosotros, lo único que nos obsesionaba era la libertad, allí se centraban todas nuestras fantasías. Incluso, al principio no sabíamos si nos dejarían libres o nos darían la opción de salir del país.

Un compañero nos hacía llorar de la risa cuando hablando para todos, a los gritos, porque cada uno estaba encerrado en su celda individual, decía, soñando con una eventual llegada a París:

“Imagínense en el café de ‘La Paix’, en una de las mesas sobre la vereda, rodeado de francesitas. Yo digo, je suis le maqui peronist - miradas de admiración- terriblement torturé... hondos suspiros”. Y seguía, en su jerga, imitación del francés: *“le cocodrilo du Platá y ahí se mueren por nosotros”*, fanfarroneaba.

Muchos, la mayoría de los que reían a mandíbula batiente, habían sido, efectivamente, terriblemente torturados. Era la norma habitual de las primeras semanas de detención.

Yo no pasé por esa horrorosa experiencia: los fusilados de Trelew habían llenado de estupor e indignación a todo el país y la dictadura militar sentía la presión de la gente.

Entre el 11 de marzo y el 25 de mayo la situación cambiaba día a día. Primero nos abrieron las celdas -dejamos de ser presos de máxima

peligrosidad, como nos decían- y pudimos compartir el pabellón entre todos. El primer paso hacia la libertad.

Venían a vernos diputados de la JP, como Rodolfo Vitar o aliados, como Julio Mera Figueroa. Unos más, otros menos, nos pedían paciencia. Mera Figueroa nos dijo que en unos seis meses después de la asunción de Cámpora salíamos todos en libertad. Casi lo linchamos: le dejamos bien en claro que no aceptábamos estar ni 24 horas presos tras la asunción del gobierno popular. Mera, en realidad, nos traía las preocupaciones de los militares, con quienes ya entonces mantenía estrecha relación. Mencionaba mucho al general Betti. Y nosotros, que lo percibíamos en su carácter de emisario, le tirábamos nuestras exigencias de máxima. En las calles la gente nos hacía eco: "ni un día de gobierno popular con los combatientes presos".

Hasta nuestros propios compañeros de organización, en el exterior, veían difícil nuestra salida inmediata, lo que muestra hasta que punto nadie imaginaba el torrente popular que liberaría ese 25 de mayo. Para ser sinceros, tampoco nosotros visualizábamos lo que pasaría, pero la desesperación por alcanzar la libertad, en aquella oportunidad nos acercó más a la realidad.

Por otra parte, teníamos el convencimiento de que la fuerza que tendríamos ese 25 de mayo no la volveríamos a poseer nunca más luego. Es decir, lo que no consiguiésemos enseguida, después sería más difícil o imposible. No nos equivocábamos.

Lo cierto es que los diputados venían, nos trataban de calmar, y para no quedar mal nos hacían entrar comidas de ensueño para un preso. Así nos caían asaderas llenas de mariscos. No puedo olvidar a un dirigente gremial del sindicato de periodistas que me vino a visitar, y que luego declaró a la prensa de Chubut, para mostrar las "malas" condiciones en que estábamos, que no nos dejaban tomar vino, prohibición elemental en cualquier reglamento carcelario. Pero más allá de la desubicación del gremialista, la anécdota ilustra muy bien lo que pasaba entre el triunfo del peronismo el 11 de marzo del 73 y la asunción del gobierno el 25 de mayo.

Y finalmente llegó el gran día. Ese 25 de mayo fue inolvidable. Habían entrado familiares nuestros el día anterior y no se fueron del penal hasta que salimos todos juntos. La alegría era indescriptible, la confusión también. Las autoridades del penal, en un gesto para con-

graciarse con nosotros, nos pusieron por los altoparlantes el discurso del presidente Héctor Cámpora ante la Asamblea Legislativa. Se nos caían las lágrimas de emoción. Al anochecer, sin embargo, aún no había llegado la orden de nuestra libertad, pero ya estábamos enterados que de Devoto habían salido todos los compañeros por decisión del ministro del interior, Esteban Righi. La tensión iba en aumento. Los más exaltados proponían quemar los colchones. Finalmente, el diputado Diego Muñiz Barreto, en contacto con nosotros y las autoridades del penal, le firmó un papelito al jefe de la cárcel, haciéndose personalmente responsable de nuestra libertad.

Realmente se jugó y salvó la situación. Salimos por la presión social de esas horas: la orden de nuestra libertad llegó del ministerio del Interior mucho después, ya estábamos en vuelo a Buenos Aires.

Austral nos puso a disposición el mismo avión y tripulación que habían copado mis compañeros tras la fuga. Ya en vuelo, familiares, presos y tripulación brindamos por nuestra libertad.

En Ezeiza nos esperaban los periodistas en la escalerilla del avión. Yo veía a todos los miembros de la conducción de Montoneros y FAR y no lo podía creer. Como quien no se acostumbra a la luz luego de estar mucho tiempo en la oscuridad, no podía entender la magnitud del vuelco que había dado la situación nacional para que todo eso estuviese sucediendo. Veía miles de policías, patrulleros, autos y agentes de los servicios de inteligencia e, incomprensiblemente para mí, a nuestros dirigentes máximos al frente de las columnas de manifestantes.

Una caravana de colectivos nos llevó hasta la sede central del Partido Justicialista en avenida La Plata. Allí, uno por uno tuvimos que salir al balcón que daba a la calle y hablar ante la multitud. Yo estaba anonadado ante los miles de compañeros que nos vivaban, no sabía que decir, sólo recuerdo haber compartido con ellos la alegría que me embargaba y haberles advertido también que debíamos estar alertas porque la lucha recién comenzaba.

Cargado de abrazos y estrechado por mi mujer me fui, pasada la medianoche, a una casa que transitoriamente me habían prestado.

Hice todos los antiseguimientos, que ya eran un tic en mi vida, para garantizar que mi casa se mantuviese segura. Al salir, a la mañana siguiente, el portero del edificio me felicitó, dijo que me había visto bajar del avión con los otros compañeros por televisión, y así terminó

mi fantasía de seguir buscando la seguridad en la clandestinidad, como había hecho durante tres años. Ahora la seguridad la daban las masas y me sentía rebosante de alegría. Nunca como entonces mi felicidad individual, con mi familia, se fundió tan integralmente con la de la gente: sentía, por primera vez en mi vida que este país era mío; por fin de todos, pero enteramente mío. Años de lucha de muchas generaciones se condensaban en esa primavera del 73. El sabor agridulce de lo mucho que había costado y de los temores subyacentes por lo que podía pasar en el futuro, no podían tapar el perfume de esa primavera incomparable.

Mi hija Andrea subía a los colectivos y le decía en voz bien alta al conductor, como para que escucharan todos los pasajeros: “a mi papá lo liberó Perón, Cámpora y el pueblo”. Imposible esconderse. Pero eso duró poco, después del 13 de julio del 73 -fecha del golpe palaciego que desplazó de la presidencia a Cámpora- la tenía que hacer callar. En realidad, la primera vez que le pedí a Andreíta que bajase la voz fue después del 20 de junio, tras los trágicos sucesos de Ezeiza, que acompañaron el último regreso de Perón.

Los comienzos

La alegría por mi liberación se me mezclaba con la tristeza por los compañeros asesinados en Trelew, de cuya suerte yo me sentía pesadamente responsable (ver capítulo “Fuga de Rawson; Masacre de Trelew”).

Frente a los miles de compañeros que nos abrazaban en la sede central del PJ, recordaba, mientras caminaba hacia mi casa, los inicios, “los pasos previos”, como diría Paco Urondo en el título de una de sus novelas.

Y desfilaban ante mi vista las discusiones con los fogueados activistas del Partido Comunista (PC) en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde yo hacía mis primeros palotes en política, guiado por mi hermano. Cada una de las derrotas argumentales que sufría eran un incentivo para formarme un poco más, para conocer otro tema, leer. Sobre todo, lo exprimía a mi hermano Arturo, con más experiencia en estas lides.

Así empezó, en el 58, mi militancia estudiantil y mi relación política con Silvio Frondizi. Me cautivaba eso de la "nueva izquierda", el "nuevo humanismo", el "nuevo hombre" y la "democracia directa", de que hablaba siempre Silvio. Y en el colegio esas ideas hacían estragos. La muchachada politizada, que era mucha, las bebía como agua fresca. Por otra parte, coincidíamos en esos planteos con compañeros de formación cristiana, socialista o simplemente existencialistas, más por intuición que por filosofía.

Sobre todo, esas ideas erosionaban las nutridas filas del PC: en el Buenos Aires nació la más fuerte fractura juvenil dentro de sus filas, comandada por Pablo Gerchunoff y teledirigida por Juan Carlos Portantiero.

Lo cierto es que le arrebatamos al PC el Centro de Estudiantes con una lista de centroizquierda -así se diría hoy-, en aquel momento la definíamos como de "nueva izquierda". Mientras tanto yo militaba también en varias villas miseria del Gran Buenos Aires. Hacíamos trabajo asistencial, ayudábamos a la gente en lo que podíamos y planteábamos una estrategia para tratar de conquistar los municipios, que considerábamos un eslabón fundamental dentro de las estructuras de gobierno, a partir de la idea de profundizar la democracia directa.

En las elecciones para elegir gobernador de Buenos Aires, en 1962, apoyamos, con Silvio Frondizi a la cabeza, a Andrés Framini, que salió electo, pero luego el presidente Arturo Frondizi (hermano de Silvio, con quien no tenía, precisamente, una buena relación) desconoció el escrutinio, en lo que fue la antesala de un nuevo golpe militar. Tan solo en la localidad de Moreno, donde habíamos realizado el mejor trabajo, presentamos candidaturas comunales propias, con la sigla de Fuerza Autónoma Popular (FAP), e hicimos una buena elección, ubicándonos terceros con un porcentaje importante de votos.

También por esos años me enfrentaría a golpes y cadenas con dirigentes enrolados en la ultranacionalista Tacuara, como Mario Eduardo Firmenich, Fernando Abal Medina y su hermano, Juan Manuel. ¡Quién hubiera dicho, en ese entonces, que luego confluiríamos en Montoneros con los dos primeros! En realidad, ese acercamiento comenzó muy poco después: al final del secundario, y sobre todo en la universidad. Mi cada vez más acentuada ruptura con la izquierda tradicional y la de ellos con el nacionalismo oligárquico, hicieron que

compartiese filas con Fernando Abal Medina en una agrupación estudiantil de Ciencias Económicas. En lo estudiantil esto suponía empezar a integrar a sectores del "reformismo" y del "humanismo", las dos grandes corrientes de la época en la universidad.

En el Buenos Aires sacábamos una revista tras otra. Primero "El Fiulso", después "La Revista del Colegio", también "El Pasquín Insidioso" -hecho en copias a máquina que se reproducían como conejos en manos de los propios estudiantes. Esta última la confeccionábamos con el hoy muy conservador Rolando Hanglin, quien en un reportaje de la revista Gente, frente a la entrada del Colegio, dijo, un tiempo atrás, que "los jóvenes de hoy son unos mal educados". Ese pasquín obtenía información de las grietas que separaban a humanistas y reformistas, quienes se disputaban la universidad y, por ende, el Colegio, que dependía de ella. Operaba incluso con información de profesores y funcionarios y se transformó en un temible medio de comunicación.

Algo parecido ocurrió con "El Fiulso", que llegó a venderse mucho entre el alumnado, especialmente un número, en donde satirizábamos a un preceptor, actor de teatro, de quien publicamos una fotografía trabajando en una obra de Molière. Mi hermano Arturo, que en ese entonces se ganaba el puchero sacando fotos en casamientos y fiestas, fue nuestro fotógrafo. Demás está decir cuánto nos burlamos de "la vocación dramática" de quienes debían velar por el orden en el colegio. La edición se agotó y el preceptor-actor nos exigió los negativos de las fotografías, en que aparecía como un paje al que una espada cortesana pinchaba en el trasero, para evitar otras cargadas.

Con el Centro de Estudiantes ya en nuestras manos, lanzamos "La Revista del Colegio". Sin saberlo fueron mis primeras armas como periodista, profesión que elegiría luego de haber trabajado como empleado, vendedor de libros, de telas de tapicería e improvisado maestro de recreación.

Fue en *El Cronista Comercial* donde comencé profesionalmente a trabajar como periodista y luego pasé a la editorial *Primera Plana*, en la revista especializada de economía, que se llamaba *Competencia*. Cuando caí preso en Rawson, *Primera Plana*, donde había trabajado hasta el 70, publicó una foto mía con el siguiente epígrafe: "la pluma por el fierro".

Militancia y profesión

Hacia fines del 73 la Conducción Nacional de Montoneros me dio la responsabilidad de dirigir *El Descamisado*, tras la gestión de Dardo Cabo, responsabilidad que se prolongó luego con *El Peronista* y, por último, con *La Causa Peronista*, nombres con que rápidamente sorteábamos las sucesivas clausuras del gobierno de Isabel. Esta responsabilidad la ejercía según el estilo de Montoneros: detrás del trono y sin aparecer nunca. Escribía los editoriales, notas sin firmar, o haciéndolo como “la dirección”. Incluso, en algunos casos, con el nombre del director legal de circunstancia. Recuerdo al “Gordo” Miguel Lizaso, maravilloso compañero que en un momento pasó a ejercer la titularidad de la revista por su carácter de dirigente público reconocido. Un día vino a verme para contarme, con su risa bonachona y transparente, que “*en el barrio me pararon varios compañeros y me dijeron, no sabíamos que supieras escribir*”, y largó la carcajada.

Fue una experiencia maravillosa para mí: por fin podía aunar mis convicciones con mi profesión. Y lo entusiasmante era sentir el calor de los miles de compañeros que recibían la revista como su nexo orientador, palpar el éxito creciente de sus ventas -llegó a tirar más de 60 mil ejemplares, con lo que se convirtió en una de las revistas políticas de mayor circulación en el país.

Grandes periodistas, luego secuestrados y desaparecidos, fueron el corazón de ese logro: Enrique *Jarito* Walker y Juan José el *Yaya* Ascone entre ellos. Aquí y en el diario *Noticias* logramos reunir una gran parte de los mejores periodistas argentinos de ese entonces. Baste señalar, en este último medio, a los también detenidos desaparecidos Rodolfo Walsh, Norberto Habegger, Paco Urondo, verdaderos intelectuales orgánicos, de vuelo profesional y creatividad militante.

Las proto FAR

El golpe del 66 nos cambió la vida en la Universidad. La política estudiantil quedaba prohibida y el nivel académico se venía abajo. El país, por otra parte, parecía enfilarse hacia una larga dictadura.

En ese contexto fui perdiendo alicientes para seguir mi carrera de

economista. Allí también empecé a percibir la falta de viabilidad de la política tradicional.

Un día, poco después del golpe de Onganía y de "*La noche de los bastones largos*", en una reunión secreta que hicimos en una iglesia con un montón de compañeros y delegados estudiantiles, entró abiertamente en discusión la cuestión de la política legal o clandestina en la Universidad.

Yo me paré, de acuerdo a lo que habíamos planificado con un amigo, y pedí la palabra. Me preguntaron en nombre de qué o de quiénes hablaba. Yo dije que no era delegado, pero defendí el derecho a expresar mis opiniones en ese verdadero "*estado de asamblea*" en el que estábamos sumergidos. Caminando entre los compañeros empecé mi discurso. Inflamado, mostrando lo inútil de la pasividad de irse a la casa y la imposibilidad de la lucha gremial estudiantil. Llamé a abrazar la lucha armada como único camino. Lo creía firmemente, pero para dar fuerza y dramatismo a mi alegato, inventé una mentira que tendría impredecibles consecuencias: "*y esto lo planteo yo -dije- que tuve el honor de hablar con un gran argentino que la reacción da por muerto*". Alusión trasparente al Che, cuyo paradero era en ese momento desconocido, luego de abandonar el Ministerio de Industria de Cuba.

En realidad, en esa mentira se escondía todo mi deseo de haber podido hablar realmente con el Che y de seguirlo. Pero dio la causalidad que días después apareció la famosa carta de Guevara a la Tricontinental -organización que buscaba representar a los movimientos de liberación de Asia, Africa y América Latina-, con lo que reaparecía públicamente desde algún lugar del mundo. Aquella carta que decía, entre otras cosas, algo así como que "*en cualquier lugar que me sorprenda la muerte, bienvenida sea si otra mano receptiva levanta mi fusil...*".

Esta insólita casualidad hizo que muchos compañeros creyesen que mi encuentro con el Che había existido realmente y pasé a gozar de la fama y envidia de todos los que habíamos estado en aquella reunión. Varios hasta llegaron a pedirme contacto con él para seguir sus pasos.

En ese momento aún no imaginaba que, poco tiempo después, luego de haber formado un pequeño grupo dispuesto a asumir la lucha armada con mi hermano Arturo, Luis Piriz (ambos lo conducían), con Roberto Pampillo, mi cuñada Eva, Humberto y Elida D'Ippolito y otros queridos compañeros de aquellos inicios, viajaría realmente a Cuba

para seguir los pasos del Che. Y menos podía imaginar que en esa isla del Caribe me golpearía la muerte del comandante guerrillero.

Partimos desde Buenos Aires, el 13 de septiembre de 1967. Llegamos a Cuba poco después, tras recorrer casi todo el mundo: el periplo incluía Zurich, Praga, y de allí un largo viaje en un turbohélice de "Cubana", que hacía escala en Islandia y Montreal antes de llegar a la isla.

Poco después fui testigo del dolor y las honras que los cubanos reservaban para Ernesto *Che* Guevara. Una marea humana salió a las calles de La Habana a escuchar las palabras de Fidel, en primer lugar para confirmar lo que no querían creer: la caída en combate del Che. Desde varios días antes las radios habaneras se limitaban a transmitir que "según despachos de agencias extranjeras el comandante Che Guevara habría muerto en la quebrada del Yuro, Bolivia".

La imponente concentración que se reunió en la Plaza de la Revolución escuchó, primero, una salva de cañonazos y luego un emocionado poema de Nicolás Guillén, con su blanca melena recortando su rostro negro contra el silencio insoportable de la multitud de cubanos. Compartí ese silencio inesperado de más de un millón de personas, gentío habitualmente bullanguero y colorido, del que sólo se escuchaba el interminable arrastrar de los pies, como en una descomunal procesión de fe. Lloré como muchos y me abracé con Andrea, la compañera cubana que nos recibió al llegar a la isla y fue nuestro primer contacto con la revolución. Andrea era exigente para definir a un revolucionario y sencilla en su desempeño como cocinera de la casa donde nos alojábamos. Esa combinación me impresionó tanto que, de regreso a Buenos Aires, cuando nació mi primera hija, pensé en ella al darle su nombre.

Poco tiempo después de la muerte del Che decidimos volver al país y hacer nuestro propio aprendizaje y experiencia. Aquí tomamos contacto con otro grupo, el que dirigía Carlos Olmedo. Y así fuimos tejiendo los nexos de lo que luego serían las FAR y realizando las primeras pequeñas acciones militares de propaganda, que aún no firmábamos por considerarnos demasiado débiles y vulnerables, es decir, por no poder ofrecer mínimas garantías de continuidad.

La quema de los supermercados Minimax, del grupo Rockefeller, en vísperas de su visita a la Argentina, fue el hecho más espectacular

de esa etapa. El no firmarlo hizo que muchas organizaciones políticas se lo adjudicasen, hasta que, años después, en el reportaje con el que nos presentamos públicamente como las FAR, asumimos la autoría de esa acción.

Nuestras ideas

Nuestras concepciones en el terreno económico-social y lo que denominábamos las contradicciones que debíamos enfrentar en la sociedad argentina -principales y secundarias-, tuvieron distintos matices y variantes a lo largo de la década del 70, pero mantuvimos, como denominador común, la idea de que el nudo a desatar era el que hacía dependiente a nuestra Nación del imperialismo dominante a nivel mundial en ese momento.

Pueblo-Oligarquía, Imperialismo-Nación, Liberación o Dependencia, eran las definiciones básicas que nos orientaban. Con mayor o menor énfasis, según la organización de que se tratase o de las etapas, agregábamos el objetivo final de la lucha: el socialismo o el socialismo nacional y, por lo tanto, entendíamos que los trabajadores deberían tener un papel decisivo para garantizar la transición continua de la liberación nacional a la liberación social.

Nunca creímos en que tuviese vigencia para esa etapa la lucha capitalismo versus socialismo, que planteaban otros grupos de izquierda. Nunca nos visualizamos ni creímos en una estrategia internacional que se materializara en nuestra patria, como afirmaba machaconamente la propaganda de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, para mostrarnos como agentes de intereses extraños. Por el contrario, nos pensábamos como una revolución nacional en marcha con consecuencias internacionales, sobre todo en América Latina y el Tercer Mundo.

A partir de esto, sin embargo, nuestra práctica político-militar hostigó principalmente a los grupos monopólicos extranjeros, al poder castrense y, en mucho menor medida, a los grupos económicos nativos. El papel hegemónico que desempeñaron estos grupos durante el Proceso del 76 fue para nosotros una sorpresa.

Recién a partir de 1980 sistematizamos este fenómeno y produjimos un aporte importante, pero tardío en cuanto a sus consecuencias

prácticas sobre la estrategia que nos orientaba: “Los Grupos Económicos Oligárquicos”.⁽¹⁾

Este afinar la puntería que supuso la precisión del bloque dominante se produjo cuando nuestras fuerzas ya estaban diezmadas y la derrota ya era irreversible.

Pero estos tardíos avances teóricos también pusieron de manifiesto hasta qué punto habíamos dejado de lado a los sectores oligárquicos o grupos económicos locales, que supieron capitalizar la lucha interna del peronismo y estaban planificando el derrocamiento del gobierno de Isabel Perón.

Eduardo Jorge, también con el seudónimo de Gerardo Duejo, fue un economista de la *Tendencia Revolucionaria Peronista*, que produjo, en 1971, un trabajo de gran importancia, ávidamente leído por nuestra militancia: “*El Imperialismo y las Contradicciones Secundarias en Argentina*”.

Otro destacado compañero de Montoneros, el sociólogo Roberto Carri (le decíamos el Jean Paul Sartre argentino por el estrabismo que tenía en un ojo, al igual que el filósofo francés), también produjo varios aportes (el más leído por nosotros fue “Isidro Velazquez o las formas prerevolucionarias de la Violencia”, en el que contaba la historia real de un ladrón que robaba a los ricos y repartía el dinero en las villas miseria del Chaco) y polemizó con Jorge. Estimaba que éste agigantaba las contradicciones secundarias entre la burguesía local y el imperialismo, con lo que, a su juicio, se inflaba la ilusión de una burguesía independiente y, eventualmente, la de un camino reformista para lograr la liberación nacional.

Lo cierto es que esta forma de concebir el enfrentamiento principal en la coyuntura argentina de los 70 (Imperialismo o Nación; Pueblo u Oligarquía) fue compartida también por Gonzalo Cárdenas y los integrantes de las Cátedras Nacionales. Creo, sin embargo, que nos equivocamos al ideologizar el enfrentamiento interno del peronismo: Patria Peronista versus Patria Socialista fue un modo de encarar el conflicto que favoreció exclusivamente a la Patria Financiera y Contratista, como se la conoció luego.

Nuestro error fue acelerar una pelea que ni conducíamos ni nos beneficiaba: nos hicieron pisar el palito, como se dice. Ese error nos achicó el abanico de aliados, que gratuitamente regalamos a quienes

orientaban los rumbos del poder: una oligarquía no sólo terrateniente, sino diversificada en lo financiero, industrial y en el comercio, que se sacó la careta tras el golpe del 76, conducida por Alfredo Martínez de Hoz.

En cambio, el lopezreguismo y sus aliados no se equivocaron de estrategia en la lucha interna del peronismo: cumplieron sus objetivos de destruir el movimiento popular a pies juntillas.

También fuimos constituyendo, a partir de la muerte de Perón, y especialmente desde 1975, un pensamiento sobre el partido revolucionario y respecto a la relación de ese partido con el movimiento (peronista), que era completamente inconsecuente con nuestros planteos iniciales.

Sostuvimos en esa época -en lo que luego sería una tentación permanente- el agotamiento del movimiento peronista y la necesidad de construir, como consecuencia, un partido conductor de masas, capaz de superar los antagonismos que lo caracterizaban y de liderar un Frente de Liberación Nacional.

El *montonerismo* se identificó con esta concepción de partido de vanguardia y, a pesar de que luego dimos un paso atrás al constituir el Movimiento Peronista Montonero, como una etapa de transición, mantuvimos la errónea idea de Partido como presunta superación ideológica de “*los topes*” (así le decíamos) del peronismo.

Lejos de cumplir esos objetivos tan ambiciosos, el Partido sólo sirvió para acentuar nuestro aislamiento político, por el sectarismo que llevaba implícita esa concepción. En un círculo vicioso, cuanto más alejados del país estuvimos (1978-80), más se profundizó en estas ideas equivocadas, prestadas de la tradición de la izquierda dogmática.

Luego de 1980 volvimos a las fuentes -aunque ya sin ninguna posibilidad de modificar o alterar el curso de los acontecimientos que nos llevaron a la derrota. Retornamos al pensamiento que reafirmaba un hecho incontrastable en América Latina: las revoluciones victoriosas -Cuba, Nicaragua, en ese momento-, no habían sido consecuencia de la existencia previa de un partido de vanguardia; en el mejor de los casos, éste se organizó posteriormente. En general, los partidos autocalificados de vanguardia de los trabajadores en esos países, habían estado marginados, cuando no enfrentados con las fuerzas que llevaron adelante esas revoluciones.

En definitiva, la idea de Partido sólo sirvió para profundizar la sectarización de nuestra política. En el plano organizativo, el intento de constituirnos en Partido Montonero en plena ofensiva militar (a partir de 1976), acentuó la vulnerabilidad de nuestras fuerzas. Al centralizarse las políticas a través de las Secretarías Nacionales, se multiplicaron las reuniones y los enlaces de compañeros del más alto nivel. Precisamente en el momento en que, como lo señalaría el compañero Rodolfo Walsh, había que llamar a la resistencia y sumergirse en el Movimiento: *“Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado. En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonerismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas; y es merecer el calificativo de idealismo que a veces nos aplican hombres del pueblo. En síntesis, creo que el Partido debió, y aún debe replegarse él mismo hacia el peronismo y que la propuesta inversa no es una verdadera propuesta para las masas en esta etapa, aunque pueda llegar a serlo en otra, pero en ese caso ya no se trataría de repliegue sino de un avance”*.⁽²⁾

Recuerdo, sobre el particular, una discusión que tuve con Horacio Mendizábal, miembro de la conducción nacional. En la zona sur del Gran Buenos Aires, donde yo militaba a principios del 77, los grupos de milicianos se fueron haciendo cada vez más autónomos e integrales (hacían trabajo político barrial o sindical, realizaban acciones militares de apoyo a conflictos o de propaganda, etc.), con lo que, en los hechos, dejaban de lado la especialización y la centralización impuestas en la organización. Cada vez eran más sostenidos por la gente de los barrios donde estaban insertos y menos dependientes de la estructura orgánica.

Esta experiencia fue analizada por Mendizábal como una tenden-

cia exagerada y peligrosa, veía en ella el riesgo de la disolución de la estructura de Montoneros. Y eso le preocupaba, no por una desubicación personal, sino porque la estrategia que seguíamos apuntaba en una dirección contraria a la de sumergirnos.

Otro dato político me resultó clarificador en aquel momento. Mientras orgánicamente especulábamos con el agotamiento y superación del peronismo, me encontré con una mujer, en el barrio donde yo vivía, que conocía mi militancia en Montoneros y era solidaria en todo lo que estuviese a su alcance. Esta mujer, que había despotricado contra Isabel antes del golpe de Videla, Massera y Agosti, después de producido comenzó a defenderla como perseguida y a reivindicarla como gestora de una administración mucho mejor que la de los militares en el poder. Supe, en ese entonces, de varios razonamientos similares que me transmitían otros compañeros. Efectivamente, la gente se refugiaba en lo malo pero conocido.

Todo esto motivó varias discusiones que finalmente se resumieron en la reunión del Consejo Nacional que se realizó en México en septiembre de 1977. Allí viajamos varios compañeros que salimos del país y nos juntamos con los miembros de la conducción nacional que estaban en el exterior.

Casi todos los que veníamos de lo que se vivía en Argentina, traíamos las mismas opiniones y preocupaciones: la tendencia al aniquilamiento de nuestras fuerzas, la revigorización del peronismo, aún del isabelismo, como reacción frente al golpe militar, la necesidad de flexibilizar toda la estructura y darle máxima autonomía a sus partes, ya que por la centralización se aceleraban y amplificaban los efectos de todos los golpes represivos.

Sin embargo, la conducción consideró que estábamos demasiado influídos por las caídas que se producían, argumentó que estábamos "rompiendo los plazos estratégicos" que supuestamente tenían las Fuerzas Armadas antes de que se produjera la reacción popular masiva y alardeó de su mayor amplitud de miras por estar fuera del "teatro de operaciones". En definitiva nuestra posición fue derrotada, como sucedería luego con tantos otros compañeros que traían similares o aún más dramáticos gritos de alarma y dolor.

Finalmente acatamos la posición de la conducción. Es que la posibilidad de una ruptura en el exterior -como luego producirían otros

compañeros-, mientras arreciaba el terrorismo de Estado, nos parecía un daño mayor que aceptar que tal vez pudiésemos estar equivocados.

Lo que evidentemente trasuntaba esta situación era la falta de vida democrática interna, además de la incapacidad de la conducción para percibir la realidad. En este aspecto, la constitución del Partido Montonero no ayudó en nada a esa democratización en la toma de decisiones.

Finalmente la terrible realidad económico social y represiva que se abatió sobre todo el pueblo y con particular saña sobre nosotros, terminó de desmembrarnos y destruirnos. Y no supimos ni pudimos ensayar otros caminos, tal vez con menos expectativas de triunfos rimbombantes y a corto plazo, pero quizá con mayores posibilidades de ahorrar fuerzas, salvaguardar compañeros y, sobre todo, de mantener viva la llama de la rebeldía.

Una ética desaparecida

La lucha que emprendió nuestra generación contra la dictadura de la *Revolución Argentina* de Onganía-Lanusse, la participación posterior en la primavera camporista, después en el otoño isabelino y, por último, en el invierno del duro enfrentamiento con el Proceso encabezado por Videla, modelaron una nueva concepción ética de la militancia. Más que nada una nueva vivencia de ella.

Muchos de nosotros asumimos el duro compromiso de la violencia ante el hecho novedoso de una dictadura que no se concebía como una corta transición, sino como una etapa prolongada, "sin plazos pero con objetivos", como la definía Onganía. Pero también lo hicimos asqueados de la política imperante con anterioridad a ese golpe, que toleraba la proscripción de las mayorías, la negación lisa y llana del veredicto de las urnas, la tortura, la desaparición de militantes (en ese entonces un hecho excepcional, como en el caso del metalúrgico Felipe Vallese).

Un folleto que escribí poco después del golpe de Onganía junto a Jorge Diamant y Luis Piriz, titulado *De la Reforma Universitaria a la Revolución Nacional*, abría una cuota de esperanza -rápidamente consumida-, en que ese gobierno militar, pese a su ilegitimidad de origen, sería continuador del espíritu popular del peronismo.

Sin embargo, mas allá del grueso error de apreciación, el trabajo concluía con una afirmación premonitória, que expresaba nuestras dudas en que ese rumbo se concretase y también insinuaba el único camino que vislumbrábamos si esa expectativa se frustraba. “*De no ser así -decíamos, palabras más, palabras menos-, se abrirá la opción de la violencia, que no deseamos, no buscamos, pero tampoco rehui-mos*”.

La influencia del Che con su ejemplo revolucionario junto a Fidel, en Cuba, y el de “*renunciar a los honores pero no a la lucha*”, que habíamos aprendido de Evita y que veíamos reaparecer en el comandante Guevara al abandonar la isla caribeña, luego de la victoria, para retomar los senderos de la guerrilla (primero en Africa -como sabríamos luego- y por último en Bolivia), fortaleció nuestras convicciones en un momento en que los caminos democráticos parecían definitivamente clausurados en Argentina.

El triunfo cubano consolidó, sobre todo, una idea central de aquella generación y que también recorrió toda Latinoamérica: los cambios y las transformaciones revolucionarias en nuestras sociedades dependientes, deformadas y oprimidas, eran posibles y estaban a la orden del día.

Sentíamos, además, que la fuerza de masas del movimiento peronista hacía más real esta posibilidad. Por eso nuestros pasos convergieron o surgieron de la identidad y experiencia mayoritaria de nuestro pueblo.

La naturaleza misma de las organizaciones que constituímos con objetivos revolucionarios tan ambiciosos, suponía una entrega prácticamente sin límites a la causa. Se establecía así una relación voluntaria de estricta compartimentación y subordinación a los mandos de la organización, atenuada en los orígenes por la constitución casi familiar de sus embriones, pero profundizada a medida que crecíamos y el enfrentamiento se hacía más duro. Como contraparte de esto, que fue funcional mientras duró el auge de masas, se instaló un verticalismo que minó nuestra capacidad crítica. Para colmo, la capacidad autocrítica no fue la cualidad más destacada de los ex jefes montoneros sobrevivientes del Proceso. Allí se empezó a notar dramáticamente el valor cualitativo de los cuadros perdidos.

Pese a todo, cabe reconocer que la idea del *Hombre Nuevo*, plan-

teada tanto desde la óptica del cristianismo, como desde la del guevarismo, la sentíamos encarnada en buena medida en nuestras vidas cotidianas de militancia y sacrificios.

La solidaridad más profunda caracterizaba nuestras relaciones de compañerismo, aunque la competencia y la picardía política nunca dejó de existir. Por el contrario, en los momentos en que el auge de masas del 73 nos hacía vibrar de entusiasmo y a su abrigo se gestaba la fusión de FAR y Montoneros, ganaron espacio negociaciones internas típicas de los partidos políticos. Fue lo que se llamó la época del "engorde", por el crecimiento explosivo de nuestras organizaciones.

Sin embargo, el firme marco de una fusión que sabíamos trascendente, ponía un objetivo político-ideológico que preservábamos con ahínco de las ambiciones individuales, que aparecían con más fuerza en esos momentos de bonanza.

Al profundizarse el enfrentamiento, especialmente después del 76, nada ni nadie quedó igual: aparecieron simultáneamente, frente al horror de un nivel represivo desconocido hasta entonces, las muestras más sublimes de integridad y cohesión personal junto a los ejemplos más terribles de degradación. Y si bien estos últimos fueron los más difundidos por una científica e inteligente acción psicológica, las primeras fueron más comunes y notables de lo que se conoce.

Recuerdo que con los Tupamaros habíamos establecido una firme relación; sentíamos que teníamos decisivas coincidencias. Allá por el 69 nos dieron, a los grupos que formábamos las proto-FAR, una parte de las libras esterlinas de oro que obtuvieron de un famoso asalto a una firma uruguaya -Mailoz-, a la que además pusieron en evidencia como fuerte evasora de impuestos.

Nos daban esas monedas de oro para que colaborásemos con ellos en la tarea de cambiarlas por divisas de uso habitual. Luego teníamos que devolverles lo obtenido.

Las recibimos y a mí me dieron a vender una parte, aprovechando un viaje que tenía que hacer a Costa Rica. En todos los países donde hice escalas fui cambiando las monedas, hasta que en aquel país centroamericano me encontré con un amigo que había estudiado en Buenos Aires y militó con nuestro grupo guerrillero inicial, el *Patojo*₂ como le decíamos.

El *Patojo*₂ que viajó con nosotros a Cuba para sumarse al Che, al

fracasar esa experiencia, regresó a su patria y no a la Argentina. Allí, junto a otros compañeros, participó en la organización de un pequeño grupo revolucionario que, dicho sea de paso, sirvió luego de apoyo a los sandinistas.

Cuando nos encontramos nuevamente, me pidió algo de dinero para su organización -yo le había contado mi misión de cambiar las libras esterlinas-, con el compromiso de devolvérmelo por giro a Buenos Aires al poco tiempo.

Le dejé las libras que me pedía, y a pesar de que al regresar recibí cargadas de todo tipo, pero no críticas -"financiás al movimiento revolucionario universal", me decían, con ironía-, al poco tiempo me llegó el giro con la devolución del dinero prestado. De este modo pudimos entregar a los Tupas todo lo que cambiamos.

La anécdota no ejemplifica un hecho aislado: con el mismo desprendimiento nos ayudaron las FAP. Así de transparente fue el manejo del dinero con los compañeros durante gran parte de nuestra experiencia. Sólo que se hizo más estricta su administración para cumplir con las prioridades que nos marcábamos en cada momento. No sólo no conocimos casos de utilización personal indebida del dinero, sino que, por el contrario, todos los que podíamos aportábamos a la organización un porcentaje de nuestros salarios o compartíamos (socializábamos, le decíamos) el uso de vehículos particulares y otros bienes.

Recientemente, una carta dirigida y publicada parcialmente por Clarín, de Julio Alsogaray (hijo), hermano de nuestro compañero Juan Carlos "El Hipie" Alsogaray, ejemplifica elocuentemente lo que estamos diciendo.

Su testimonio, a mi juicio, es doblemente significativo. Primero por provenir del hijo del general Julio Alsogaray y, a su vez, sobrino de Alvaro. En segundo lugar porque establece una impactante comparación entre el también general, Antonio Bussi, luego que se le descubre una cuenta bancaria secreta en Suiza, y su hermano, muerto en Tucumán, que no tiene como pertenencias, según nos cuenta, "ni siquiera un miserable par de largavistas".

No puedo dejar de decir, por último, que mi cuñado, Horacio Campiglia, *Petrus*, que compartió con el *Hipie* la militancia en Tucumán, esa dura experiencia en la selva, y tuvo con él no pocas reuniones entre los cañaverales (el lugar que consideraban más seguro

en la proximidad de las ciudades), según me transmitió, también me dijo, varias veces, de su admiración por él, como militante y como persona.

He aquí la nota completa:

“La polémica por la cuenta en Suiza del general Antonio Bussi terminó reviviendo, una vez más, la historia violenta de los años setenta en el país. Lo refleja claramente una carta que hizo llegar a este diario Julio Alsogaray -sobrino del fundador de la UCeDé e hijo del general homónimo- cuyo hermano, un oficial montonero, murió en la selva tucumana en 1976, en un enfrentamiento comandado por las tropas del actual gobernador de Tucumán.

Alsogaray recuerda cuando su padre viajó a esa provincia a buscar a su hijo muerto y se entrevistó con su camarada de armas, el general Bussi: “De esa terrible reunión, en la cual mi padre reconoció a su hijo fallecido y datos de los muertos, también participó mi madre, quien se encontraba en estado de shock y lloraba ininterrumpidamente. Fue increpada duramente por Bussi, que ‘le exigió que dejara de llorar porque usted, señora, llora por un hijo muerto y a mí me matan todos los días a mis hijos en el monte tucumano y yo no llo por ellos’”.

Luego prosigue Alsogaray: “Bussi no lloraba por los soldados muertos, pero sí lloró delante de las cámaras de televisión cuando le preguntaban si tenía una cuenta secreta en Suiza, lo cual negó en principio, y volvió a llorar cuando sí reconoció que la tenía. Da la sensación de que los bienes materiales lo emocionan más que las vidas humanas”.

Alsogaray concluye: “Si algo faltaba conocer sobre los responsables del terrorismo de Estado que se jactaban de haber salvado al país de caer en las garras del imperialismo comunista, era esta parte de la historia que se está conociendo ahora, la de las cuentas en dólares en Suiza, las que hacen llorar al general Bussi.

Para terminar y en tren de comparar actitudes éticas y morales, me acuerdo que pocos meses antes de su muerte, ocurrida en un enfrentamiento con una patrulla del Ejército en la zona del dique El Cadillal, el 23 de febrero de 1976, mi hermano, el oficial montonero Juan Carlos Alsogaray, me decía, a propósito de Buenaventura Durruti, el legendario dirigente anarquista español, que

cuando aquél había muerto su único bien personal eran unos prismáticos. 'Estaba mejor que yo -reflexionaba-, que ni siquiera tengo un miserable par de largavistas'".⁽³⁾

Recién a partir de la retirada al exterior, como producto de la derrota que estábamos sufriendo, comenzaron a darse manejos menos claros del dinero, o gastos injustificados. Finalmente, de regreso al país en el 82/83, el dinero fue, para la ex conducción nacional, la principal herramienta de control político. Uno de sus miembros me llegó a decir, abiertamente, "no importa que quedemos cuatro, mientras tengamos la guita."

De ahí en adelante, los que se sumaban o se iban y regresaban, para quedarse en definitiva con algún dinero -caso Rodolfo Galimberti-, ya no eran una mosca en la lecha sino el producto de una práctica generalizada. Galimberti, cuando se separa de la organización en el exterior es acusado por la conducción de robarse 70 mil dólares. El sostuvo en ese entonces que había sido condenado a muerte por Firmenich. Sin embargo, todo esto no impidió que, poco después, se reincorporase como si nada hubiese pasado, para irse nuevamente después. Esta vez para incorporarse a la seguridad de Bunge y Born y dar sus primeros y publicitados pasos en el jet set tras su nuevo casamiento.

En realidad, la verdadera discusión ideológica que giraba alrededor del dinero entre 1973 y 1977 -antes del obligado periplo por el exterior- era si el manejo de presupuestos abultados no favorecía el aparatismo, o si la profesionalización de compañeros no ayudaba a su burocratización y a la de la "orga".

Lo cierto es que no fuimos propietarios de una moral para elegidos: por el contrario, creo que encarnamos, con todas las contradicciones del caso, la creciente solidaridad popular, gestada en muchos y difíciles años de lucha. Precisamente eso que hoy sentimos como una carencia los que vivimos aquella experiencia de los años 70 y que es, como contracara de aquella década, hija directa de la derrota popular.

Si el compromiso y la solidaridad de los 70 hoy nos parecen la sombra de una ética desaparecida, no es menos cierto que el individualismo liberal y militante de los 90, tampoco es una verdad absoluta y definitiva, ni una realidad que no dejará nada de positivo. Creemos que la historia no ha concluido, casi está de más decirlo.

Seguramente, la recuperación de valores individuales y colectivos insustituibles, en un futuro de búsqueda de nuevos caminos para alcanzar la justicia social, dará una mayor madurez a los compromisos personales y colectivos que se asuman. Probablemente también ayudará a establecer relaciones menos autoritarias en el ejercicio de la conducción política, a dar mayor protagonismo a los militantes y promoverá una búsqueda de mecanismos más permanentes y democráticos de participación popular.

Una familia

Me casé en enero de 1967 y a los siete meses me fui, pensando que era para siempre, porque así lo contemplaban nuestros planes de acompañar al Che. Cuando volvimos de Cuba, con mi hermano y mi mejor amigo, Roberto Pampillo, sentimos que nos faltaba algo fundamental: terminar de constituir nuestras familias. Mi hermano, Roberto y yo, teníamos pareja. Estoy seguro que nunca lo llegamos a mencionar explícitamente entre nosotros, pero creo que todos sentimos la común necesidad de tener un hijo. Tal vez por haber sentido tan cerca la posibilidad de ir con el Che a la selva y la probabilidad nada desdeñable de no retornar. Lo cierto es que con diferencia de pocos meses nació Juan Pablo, el hijo de mi cuñada Eva y mi hermano; Laura, la hija de Roberto y Elida y mi hija Andrea. Hoy todos ellos andan por los 29 años.

Hacia fines del 73 me separé de mi mujer. Mi hija mayor vive con su mamá en Israel desde hace años, país en el que se refugiaron luego de salvarse ambas de ser secuestradas en 1977. Casi once años sufrí la ausencia de Andrea. Recién nos pudimos reencontrar en 1987, en lo que fue una de las emociones más grandes de mi vida.

En el 74 formé pareja con Alcira, *Pili*, como le decíamos. Con ella compartí el amor y la militancia. En realidad la conocí en esta última, cuando yo era como "un pollo mojado", según su exacta definición, aún dolorido y aplastado por la culpa que me provocó la semi fallida fuga de Rawson y el posterior asesinato de los compañeros que se entregaron en Trelew. Ella fue, para mí, como renacer, recuperar el deseo de vivir. En ese entonces no imaginaba cuántas heridas más aún sufriría.

Pili supo querer en mí lo que realmente era: un antihéroe. Y por

eso su cariño fue para mí tan reparador. Ella me devolvió mucha de la confianza que había perdido. Sé que esto fue mutuo. Ella estaba demasiado convencida que no podía ser querida de verdad, tal vez, como me contó muchas veces, por haberse sentido brutal e injustamente rechazada por su padre desde muy niña, por el único pecado de no haber sido el primogénito varón que él deseaba.

El 8 de mayo de 1976, poco después del golpe, nació nuestra querida y buscada hija Pilar María. Vivíamos en Lanús. Nada casualmente, desde el año 84 -luego de mi forzado exilio- y hasta fines del 94, viví en la misma casa donde una familia conocida había cuidado de mi hija Pilar en las horas en que íbamos a trabajar o militar con mi mujer en aquellos años terribles de la dictadura. Exactamente a la vuelta de la casa donde nació Pilita. Aquí muchos conocían mi vida y mi historia, por eso, al retorno del exilio, decidí echar raíces, dar la cara, en este mismo lugar.

Nuestra hija nació en la maternidad municipal Ramón Sardá. Cuando me anunciaron que mi mujer había dado a luz a Pilita, subí corriendo unas escaleras que llevaban al primer piso y a la sala de partos. Allí me detuvo un policía, vestido de médico, me pidió documentos, se los extendí mientras decía mi nombre en voz alta -eran documentos falsos- para que mis suegros, que subían detrás, supieran "cómo me llamaba". Ocurría que en ese piso, cosa que yo desconocía, llevaban a parir a las compañeras presas, de ahí esa custodia encubierta. Todo un símbolo de lo que estábamos viviendo: la maravilla de tener una hija podía ser la circunstancia para la detención, la muerte o el secuestro y desaparición; algo que, creo, todavía sigue lastimando a todas nuestras familias, pero especialmente a Pilar, hoy ya una mujer.

Un año y un mes después de su nacimiento, el 8 de junio de 1977, fue secuestrada mi compañera y desapareció para siempre. Sólo un año y un mes de vida de Pilita con su mamá y su papá.

A partir de allí la situación se fue haciendo insostenible para mí con Pilita: eran demasiados riesgos para ella. Tuve que dejarla con los abuelos maternos pocos días antes de viajar a México clandestinamente, cuando mi ex cuñado, Horacio Campiglia me transmitió la directiva de que viajase a ese país para la reunión del Consejo Nacional de setiembre de ese año.

Fueron años duros y despiadados. Había perdido a mi hermano el

25 de mayo de 1975. Después del 76 se tuvo que exiliar mi primera mujer con mi hija Andrea para evitar su propio secuestro. En mayo del 77 mataron a mi cuñada Eva. Alrededor de un mes después perdí a mi mujer y, por último, debí separarme de mi hija Pilar. Pero aún no sería todo.

Retorné al país clandestinamente el 17 de octubre del 77 con la idea de quedarme sólo unos pocos meses. Tenía que hacerme cargo de la conducción de la columna Capital. Durante ellos recuperé la relación con compañeros que habían quedado desenganchados y desmoralizados por la caída y traición del anterior jefe de la columna, Nelson Latorre, a quién llamábamos el *Pelado* Diego. A través de ellos retomamos el contacto con muchos compañeros y núcleos de agrupaciones sindicales y barriales de la Capital Federal.

Para intentar revertir esa situación propuse a los compañeros que cada uno tenía que trabajar con una agrupación o grupo sindical, barrial o estudiantil. Quería modificar una característica de la fuerza en Capital, agudizada por la represión: la desinserción del trabajo político y social. Empezamos a escribir una hojita mimeografiada con estas ideas y decidí firmarla con mi nombre y apellido reales, pese a la represión. Sentí la necesidad de dar la cara frente a los compañeros, que estaban destrozados por la defección y colaboración con el enemigo del *Pelado* Diego.

A principios del 78 viajé al Chile de Pinochet, donde me instalé durante varios meses, con la idea de hacer más accesible el contacto con los compañeros que dejaba en Buenos Aires que si estuviese en México, pero menos riesgoso que permaneciendo en el país.

Lo cierto es que ese contacto no mejoró, sino todo lo contrario. Se decidió mi traslado a Costa Rica y luego a México, donde estuve la mayor parte del tiempo hasta mi retorno definitivo al país en el 82, durante la guerra de las Malvinas.

En los años de exilio conviví mucho tiempo con mi cuñado Horacio, hermano de mi desaparecida compañera Alcira.

El también había sufrido el secuestro de su esposa y sus dos hijas habían quedado con su suegra. Compartíamos pues nuestros comunes dolores, las alegrías y la militancia. Horacio, *Petrus* o *Armando*, como le decíamos por nombres de guerra, era de un optimismo y una confianza inagotables. Siempre sabía encontrar el lado bueno de las co-

sas, aunque éstas fueran terribles. Convivir con él fue uno de los grandes placeres que tuve en el exterior. Lamentablemente muchas veces nuestras tareas nos llevaban a lugares distintos. El era mi responsable e integraba la Conducción Nacional de Montoneros.

Un día, creo que en 1979, nos enteramos en México que su mujer vivía y que los marinos la habían dejado salir al exterior con un grupo de compañeros. La amaba profundamente y quería verla, pero no se le escapaba que había estado secuestrada, primero por la Aeronáutica y luego trasladada a la Escuela de Mecánica de la Armada. También sabía que su mujer estaba en contacto, en el exterior, con otros secuestrados, que a su vez mantenían relaciones con oficiales de la marina en España y Francia. Temía una trampa. Ya habíamos vivido el intento de secuestro de Firmenich en México, que nos había obligado a huir a todos. Estábamos muy escaldados por la experiencia, que afortunadamente fue un fracaso para los militares, que “cantaron como Gardel”, tras su detención, según tituló el diario azteca *Uno Más Uno*, y comprometieron en el intento directamente al general Galtieri.

Lo cierto es que a fines del 79 Horacio tomó contacto con su mujer, y le pidió que denunciara públicamente lo que había vivido y visto durante su cautiverio clandestino. Ella se negó y eso puso una barrera insalvable entre ambos. El consideraba que ella estaba quebrada; ella, que Horacio y nosotros estábamos locos. Posiblemente ambos estuvieran en lo cierto. Pero ninguno modificó sus ideas. Horacio podía pensar cualquier cosa menos abandonar la organización, aunque era plenamente conciente que estábamos muy mal. Esa situación, conociéndolo a *Petrus*, no era sino un nuevo incentivo para redoblar los esfuerzos. Cada vez que hablé con él para plantearle alguna duda, siempre encontré en mi cuñado un optimista empedernido, aunque no un iluso.

Poco después de ese encuentro con su mujer (el año nuevo del 79 lo pasamos todos juntos, Horacio, su compañera, sus hijas, la suegra de *Petrus* y yo), fue secuestrado en Brasil, junto a la compañera Binstock cuando tomaba contacto con un grupo con el que debía ingresar al país. Eso sucedió el 11 de marzo del 80 como consecuencia de que el compañero que venía a hacer contacto con él, en realidad había sido “dado vuelta” por los militares, concretamente por el jefe

de ese operativo, el general Cristino Nicolaides, y oficiaba de cebo para su detención.

Allí perdí a quien fue uno de mis pilares afectivos y morales en los años de clandestinidad en el exilio.

Diez meses antes de su secuestro y desaparición, el 14 de mayo del 79 me escribió una carta manuscrita que guardo como un tesoro. Esto es lo que dice en sus principales párrafos:

“Querido hermano

“Te escribo estas pocas líneas a modo de saludo y también para ponerte al tanto de algunos asuntos familiares que son de tu interés.

“Como te podrás imaginar yo ya estoy de lleno dedicado a la nueva tarea que se me ha encomendado, aún un poco asustado por la gran responsabilidad que me implica pero gustoso como con ninguna otra hubiera podido estar.

“En la última reunión de Conducción (Nacional) hemos decidido que me hiciera de un par de días para encontrarme con Merke (nombre de guerra de su compañera Pilar) y con las nenas para dejar el asunto lo más encaminado que me fuera posible y además como forma de aportar en la solución del problema de los liberados de la ESMA, en el marco de mayores precisiones que hicimos en la política a darnos con ellos.

“Fue así que días atrás me encontré con la flaca y las pibas. Demás está decirte la alegría que eso nos significó para Pilar, para mí y para Mechita, María (su hija más pequeña) vivió todo esto un tanto confundida y no demasiado interesada con ese fulano que acaparaba la atención de la madre y al que nunca antes recordaba haber visto.

“Estuvimos juntos unos cuatro días, después la volví a ver a la Merke y como bruto balance te puedo decir que fue positivo tanto para Pilar, para las nenas como para mí.

“Su actitud hacia mí, no sólo en el encuentro, sino -y principalmente- en la educación de las pibas, ha sido muy bueno.

“Mechita es ya una niña y parecía enloquecida de contenta de haberme reencontrado.

“Marita estuvo esos días un poco enferma y como es lógico pegada a la madre, pero me impresionó como vivaracha y cariñosa.

“De esos días desgraciadamente me quedó sólo el recuerdo, pues se me velaron las fotos tomadas; ese recuerdo es agridulce, hay heri-

das de esta resistencia que aún tardarán en cicatrizar y esta etapa de transición aún contiene demasiadas dudas de cómo evolucionarán las cosas en lo personal. Igualmente te repito que el balance que hago es positivo.

“Pasando a otro orden de temas, me comuniqué telefónicamente con los viejos, me dieron a entender que están por viajar y que nos habían enviado correspondencia, como yo iba a pasar por lo de nuestro amigo, les aclaré que la recogería en breve.

“La señora de nuestro amigo, que sigue mal, me dijo por teléfono que no tenía nada para nosotros. Eso obviamente complica las cosas, en especial porque creo que éste sería el mejor momento para arreglar lo referido a Pilita.

“En función de esto les escribiré a los viejos dándoles la dirección y teléfono de tu nuevo trabajo, para que si viajan puedan tomar contacto con vos.

“No les aclaré que no me verán para evitar cualquier vuelta atrás en su decisión y para cubrirme de cualquier indiscreción en el recorrido de esa carta.

“Entiendo que debés hacer un esfuerzo para poder encontrarte con ellos y arreglar la solución del asunto Pilita, lo que me preocupa es que justo en este momento fallaron las comunicaciones a través de este amigo nuestro y que estamos limitados a la dirección de tu trabajo. Como contrapartida podrán ellos arreglar con vos personalmente.

“Les diré que hablen de parte del señor o la señora Gonzalez y que pidan hablar con vos o te dejen el recado.

“Bueno hermanito, espero que tengas suerte en esto, ya mismo empiezo a escribirle estas indicaciones a los viejos.

“Espero que pronto nos volvamos a reencontrar, donde corresponde y queremos, para celebrar los triunfos de esta contraofensiva popular que claramente está ya en marcha.

“Con el cariño y confianza de siempre me despido de vos con un fuerte abrazo montonero”. *Armando.*

Mis padres, con su natural entereza, me vinieron a visitar a México a principios del 79, pese a los riesgos que esto podía significarles. Mi papá me comentó que hablando con Domingo, el padre de Horacio, le dijo: “Ver a mi hijo puede ser peligroso, pero no me importa seguir

viviendo si no puedo verlo”. Fue un encuentro hermoso y reparador. Además, también los pude disfrutar junto con Horacio. Los cuatro estuvimos en México DF y en Cuernavaca. Recuerdo que mi papá, cuando le dije que nos encontraríamos en el DF, en “Reforma e Insurgentes”, creyó por la sonoridad de esos nombres, y conociéndome a mí, que debían ser calles de tierra en algún barrio perdido. Muy grande fue su sorpresa cuando descubrió que era una de las esquinas más céntricas de la capital azteca.

Mis padres ya habían sufrido la muerte de su hijo mayor y con igual entereza mi viejo fue a buscar su cuerpo. Detrás de todo ésto había una relación profunda y amorosa y, a pesar de sus diferencias con nuestra forma de pensar y actuar, también había un indisimulable orgullo.

Hay una carta de mi padre, dirigida a Arturo y a mí, tras la “Guerra de los 6 días” (junio de 1967) en el Medio Oriente, que me parece una cabal demostración de ese amor, ese orgullo y esas discrepancias. Esa guerra motivó una agria discusión entre mi hermano y yo con él. Nosotros, recuerdo que acusamos al ejército israelí y a su jefe, el ministro de Defensa, Moshe Dayan, de haberse transmutado en fuerzas armadas nazis. Sostuvimos, en una teoría un tanto esquemática y algo psicoanalítica, que el pueblo judío, víctima del nazismo, se había identificado, en la “Guerra de los 6 días”, con su agresor, y descargaba sobre sus vecinos árabes del Medio Oriente algo parecido, salvando las distancias, a lo que había padecido en Alemania. Fue la única vez en nuestras vidas que nos dejamos de hablar con mi padre por varios meses. Hasta que llegó, afortunadamente, la reconciliación.

Mi padre escribía muy bien en polaco, pero con dificultad en castellano. En la carta que nos envió sólo corregí lo mínimo indispensable para su comprensión, básicamente signos de puntuación. Este es su texto:

“Queridos

“Estoy pasando por una época muy especial desde los últimos acontecimientos pasados en Israel y me siento muy dolorido en relación a ustedes, y lo más triste, que no veo ningún remedio para nuestras relaciones. Quizás me faltan formas para la descripción que realmente siento, pero trataré como puedo de expresarme.

“Nunca en nuestra familia hubo ese amor chillón con besos y sus-

piros, pero algo más hondo que eso sí, porque para nosotros ustedes eran todo, preocupación, ilusión y, al fin, una esperanza que, algún día, de haberse realizado ustedes según sus deseos, este premio también hubiera sido para nosotros una buena paga.

“Muchos padres entre nuestros amigos siempre tienen las bocas llenas con sus hijos, pero nosotros por modestia y educación callamos; pero la mente siempre hace comparaciones y del mudo balance siempre quedaba algo de orgullo que decía: los míos son superiores. Nunca queríamos ser cargosos, pero más que siete veces por semana nos hubiera gustado quedarnos con ustedes, con un cafecito, charlando, lo que era nuestro mayor placer.

“Todo lo arriba mencionado es muy normal; con mi viejo lo sentí yo y algún día sentirán ustedes y comprenderán muchas cosas.

“Fui siempre tolerante con ustedes y nunca los forzamos para nada, aunque a nuestro parecer hubiera sido lógico. La religión no pude inculcarles porque yo solo no creo. Y así ustedes crecieron eligiendo encontrar caminos. Aunque no estuve de acuerdo con vuestro modo de pensar, pero más de una vez pensé -que la verdad es muy relativa- pero la juventud y su vigor estarán más en lo cierto que yo.

“El hombre para vivir tiene que tener su rincón, su intimidad y la suerte de tener hijos-amigos con quien pueda descargar sus penas, repartir alegrías, todo eso ayuda a vivir. Pero cuando uno no tiene hijos-amigos con quien pueda confesarse, la vida empieza a deslizarse como días opacos, sin sal. El choque nuestro es insólito, porque me siento, entre ustedes, ajeno; no puedo ser franco y lo mismo ustedes; si los miro en los ojos es con un reproche y por más que tras de todo esto la razón dice que somos padres e hijos, no puedo acallar adentro mío la voz que dice, ellos moralmente están con éstos que nos quieren asesinar a todos, terminar la obra de Hitler.

“Vuestros tíos, primos, sobrinos, querían vivir, y por el delito de ser judíos fueron liquidados brutalmente. Fuimos la carne más barata en Europa, apenas servíamos para jabones y si después de todo eso no agarramos desesperadamente a ese borde árido del Medio Oriente, nos golpearon estas manos que querían salvarse. No voy a buscar más razones ni entrar en polémicas porque me sofoca la vergüenza, que mis hijos ayudan a empujar a este pueblo al agua. Día y noche me roe (el pensar): ‘¿cómo es posible tal paradoja?’. Ustedes son suficientemente inteli-

gentes para comprender que cualquier Nación si pierde la guerra sigue viviendo bajo otro régimen, otra tutela, cualquier otra cosa. ¿pero qué esperaba a Israel?. Podrían cambiarse de colores políticos, pero nada cambiaría su destino fatal: ellos tenían solamente dos salidas, ganar o morir. Cualquier hombre sincero y sin complejo alguno lo puede entender así. El destino, sin embargo, les dio el veredicto favorable. El mundo entero suspiró con alegría, felicitando al pequeño David por haber repetido la hazaña.

“Yo no tenía con quien compartir esta alegría. No hay remedio, no les puedo cambiar las entrañas y tampoco mis sentimientos. Dejo nuestras relaciones a la suerte que se merezcan, si vislumbran luz alguna.

Vuestro padre.

(Nota):

“Jorge, me ha conmovido tu tarjeta del día del padre. Y no te reproches de haberte exaltado porque yo prefiero eso que la hipocresía de esconder el alma”.

Mi viejo terminó sosteniendo la relación y mi figura con Pilar en los años de mi exilio, fue el abuelo-padre sustituto de mi sobrino Juan Pablo, tras la muerte de su papá, Arturo, y de su madre, Eva. Ayudó a salir del país a mi hija Andrea, con su madre, cuando estuvo a punto de ser secuestrada. Incluso fue mi ayuda y sostén a mi regreso de México, durante los largos años que duró mi reinserción social, que incluyeron un nuevo período de cárcel, ahora en democracia, y un segundo exilio, como contaré más adelante.

El 7 de diciembre de 1996 tuvo un derrame cerebral y, tras varios meses de ir apagándose lentamente, falleció el 2 de abril del año siguiente. El último día del 96, mientras lo cuidaba en el hospital le escribí este poema:

“Estás, pero ya no estás.

Te fuiste cansando de a poquito de sostenernos
a todos entre tus manos.

Ahora querés descansar o viajar vaya uno a saber a dónde
por qué niñez, guerra, dura madre o ley o Vístula helado
o pantalón roto o alemán obligatorio o judío futbolero, patinador
no muy rezador, aventurero, obrero y soñador.

Para qué hablar más. Siempre cuidadoso, te vas muriendo

de a poquito. Para no darnos un disgusto o prepararnos o acariciarnos, que no dejarnos. Pero con tantas ganas de partir a bordo de un año luz o estrella o galaxia, con que siempre diste calor a mi imaginación y alas a tu sudor en el taller ardoroso, como si siempre hubieras tenido otra dimensión lejana, cósmica, existencial, como los dibujos de tus viejos judíos con violín o mi abuelo a quien sólo conocí en foto y en tu palabra amorosa, filial, cuando enrulabas su larga barba blanca. Después de igual a igual -como decías- a punto de partir hacia tu vida, hacia la vida, lejos de la muerte de la guerra, que intuiste. Intuición genial por la cual yo estoy acá, diciendo esto, a vos que ahora volvéis a partir lento, muy lento, hacia tu muerte, hacia la muerte, a vagabundear por allí y pese a todo tu esmero, tu enorme cuidado, no puedo dejar de llorar ni de acariciarte”.

Después de la pérdida de Horacio, que se sumaba a tantas otras heridas recibidas, viví momentos en que creí que mi vida se terminaba: me costó -y me cuesta, a qué negarlo- reponerme de tantos golpes. Sin embargo, una vez más una secreta pulsión vital me seguía empujando hacia adelante.

A fines del 80 hice pareja en México con mi actual mujer y con ella retorné definitivamente al país en 1982. No bien volví a pisar mi tierra tuve dos nuevos retoños, Arturo y Paula.

Reinicié mi trabajo de periodista en el 84 en *Caras y Caretas*, a poco de haberse recuperado la democracia, pero nuevamente la persecución política me llevó a la cárcel bajo el gobierno de Raúl Alfonsín.

En realidad, tanto a Gonzalo como a mi la legalidad nos duró poco en esta democracia recién reconquistada. El gobierno radical decidió enjuiciar a los comandantes y jefes de las Fuerzas Armadas y, como parte de la teoría de los dos demonios, en el otro platillo puso a los dirigentes guerrilleros. De este modo, a raíz de un decreto del Poder Ejecutivo se abrió un proceso por “asociación ilícita”, en el que Gonzalo fue acusados de haber participado de la conferencia de Roma, el 20 de abril de 1977, donde se lanzó el Movimiento Peronista Monto-

nero, y yo de haber dirigido en México, desde el 80 hasta principios del 82, la revista “Vencer” del MPM.

Yo fui detenido en la clínica “Otamendi Mirulli” el 17 de abril del 85, horas después de una intervención quirúrgica. Y la casa de Gonzalo fue allanada por policías el 18 de octubre de ese mismo año, todo por orden del juez federal Miguel Pons, que conducía ambas causas.

Siempre recuerdo que aún estaba como en una nube, bajo los últimos efectos de la anestesia, y policías de civil ingresaron en mi habitación de la clínica, en la madrugada, donde también estaba mi mujer y mi hija Paula, de tres meses de edad, diciéndome: “¿Cómo, estás desarmado Josesito?, qué pena no poder darte picana en la parrilla de esta cama, esto de la democracia es una caída”.

Gonzalo debió marchar nuevamente al exilio en Brasil. Yo fui liberado provisionalmente tras cuatro meses de detención. Salí en libertad a fines de julio de ese año, pero la causa siguió abierta y pesando como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas.

En octubre del 88 el fallo en firme amenazaba nuevamente con llevarme a la cárcel. El clima preelectoral, para colmo, no era el marco más propicio para nuestra causa, por lo que también decidí refugiarme en Uruguay en enero del 89.

Por último fuimos indultados en 1989 por otro decreto, ahora de Carlos Menem, que nuevamente, en virtud de aquella teoría de los dos demonios, pretendía utilizarnos como moneda de canje de la impunidad que otorgó a los comandantes de las Fuerzas Armadas de la dictadura. Repudiamos públicamente ese indulto porque consideramos inadmisibles que se pretendiese igualarnos con los genocidas.

Los diarios Clarín del 22 de octubre del 89; Crónica, Diario Popular y Sur del 21 de octubre y Página 12 del 24 de ese mes, publicaron una declaración que firmábamos Gonzalo y yo con Carlos Kunkel, Guillermo Gallo Mendoza, Alberto Vulcano, Antonio Andrade y Bernardo Tirelli, que entre otras cosas decía:

“Nadie tiene derecho a bastardear la lucha de toda una generación y pretender en su nombre sepultar las esperanzas en un país mejor.

“Rechazamos el intento por igualar sus luchas con los crímenes, torturas y desapariciones ejecutadas durante el Proceso, aceptar esa equiparación sería como renunciar a la existencia misma de las causas justas.

“Pero además, cualquier militante que haga esto a cambio de algún beneficio personal, por importante que éste sea, incurre lisa y llanamente en una traición.

“Reconocemos errores, pero no nos arrepentimos por haber tratado de realizar una oportunidad histórica para construir una sociedad más justa. Por eso estamos seguros que no hay nada que canjear. Y rechazamos el indulto que, como las anteriores leyes de Obediencia Debida y Punto Final, dejan impunes tantos crímenes y tergiversan la historia reciente”.

Como Penélope, tejía mi reinserción social en democracia y las circunstancias políticas destejían mi obra. Nudo a nudo, sin embargo, seguí reconstruyendo mi nueva vida. Empecé por donde sentía la necesidad más lacerante: recuperar la relación con mis hijas, Pilar y Andrea. Los efectos que causaron sobre mis ex suegros la pérdida de sus dos únicos hijos hicieron todo más difícil con Pilar. Con Andrea nuestra relación mejoró muchísimo a pesar de la distancia. Pero esto ya no hace a la historia, aunque está surcado por ella, sino al presente y al futuro de dos de mis más queridos tesoros.

Sólo puedo agregar que las consecuencias de la persecución penal que sufrí hasta el 89, donde más brutalmente me castigaron fue en la posibilidad de recuperar a mi hija Pilar.

Terminaba así la época de la empecinada esperanza empujando alegrías, tristezas y dolores. Abrazado a mis raíces, como muchos otros, hoy trato de reconstruir otras esperanzas y expectativas, con las mismas ganas de vivir de siempre, en mi país -otro país-, en un mundo distinto. No aquellos con los que soñé, tampoco los que marcan el fin de la historia ■

¹ Este estudio fue realizado con la colaboración de profesionales que trabajaron bajo la dictadura y abrió el camino a trabajos posteriores que se editaron en el país al reiniciarse la democracia, por ejemplo, “El Nuevo Poder Económico en la Argentina de los años 80”, de E.M.Basualdo, M. Kavisse y D.Azpiazu.

En el mismo se plantea, entre otras cosas, que: “los Grupos Económicos (GE) se conforman con el objetivo de concentrar capitales y diversificar sus inversiones en distintos sectores de la actividad económica y en otros países de la región. Son una forma superior de organización empresarial, que pasa a ser la unidad económica básica que controla y articula muchas empresas. Los GE se articulan entre sí compartiendo intereses económicos o por necesidades políticas y constituyen “bloques empresariales de poder”, asimilan personal de las Fuerzas Armadas como funcionarios en los más altos niveles gerenciales de sus empresas.

Los del 73

“A título de ejemplo individual se analiza el caso de José Alfredo Martínez de Hoz, hacendado latifundista de la provincia de Buenos Aires, cuyos antecesores familiares directos, hacia 1850, ya eran considerados dueños de una fortuna casi fabulosa. Su familia fue la fundadora de la Sociedad Rural Argentina, siendo su primer presidente el bisabuelo: su padre también ejerció la presidencia, al mismo tiempo que la vicepresidencia de CARBAP (Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa) (1945-50). Sus estancias ubicadas en Chapadmalal, Mar del Plata, Cañuelas, Castelli, Lobería..., según los datos de anteriores censos abarcaban unas 800 mil hectáreas. Pero sus intereses económicos y su actividad individual no se agotan en el sector agropecuario, sino que penetra fuertemente en el comercial, el industrial y el financiero, a través de los cuales se vincula a grandes capitales transnacionales como la Banca Rockefeller y la Morgan, la Esso, Pan American, Western Telegraph, Siemens...”.

“Es miembro de la UIA (Unión Industrial Argentina) y de la mayoría de las cámaras comerciales y financieras controladas por la oligarquía, así como del Consejo Empresario Argentino, fundado por Krieger Vasena, del cual fue presidente, y de la Asociación Cristiana de dirigentes de Empresa”.

“Su paso por la función pública se inició en 1956, con la dictadura militar de Aramburu, como ministro de Economía de Salta, pasando luego por el gabinete nacional del presidente Guido, para culminar como superministro de la dictadura del general Videla”.

“Martínez de Hoz vincula orgánicamente al grupo oligárquico Acindar (pertenece al directorio de las siguientes empresas del grupo Acindar: San Antonio S.A.-agropecuaria y financiera-, Mojones Explotación Forestal y Colonización S.A., Loace S.A. -financiera-, Tata Sudamericana -agropecuaria, comercial y financiera) con grupos de capital extranjero radicados en el país antes de 1930, como el grupo Bracht (Martínez de Hoz participa en el directorio de Eternit S.A. -fibrocemento-, Fadamac S.A., en el que también participa el grupo Rigolleau, el grupo Soldati-Brown Boveri (Compañía Italo Argentina de Electricidad), y el grupo Robert's (comparte el directorio de las empresas Rosafin S.A. -financiera- y La Buenos Aires Cía. Argentina de Seguros S.A.). Además, en Robert's confluyen también como accionistas minoritarios otros grupos del bloque económico representado en el gabinete económico (de Videla); éstos son: el grupo Bemberg, el Bullrich, el Banco de Italia y el Rigolleau”. (Bases para la Alianza Constituyente de la Nueva Argentina, en el cual se sintetizaron aspectos del libro sobre los Grupos Económicos, tal como el reseñado).

² Aporte de Rodolfo Walsh y su ámbito de trabajo en Montoneros, sobre el documento del Consejo Nacional del 11/11/76. Publicado por “Cuadernos de Jotape”.

³ Clarín, 26 de febrero de 1998.

El puente de la memoria

El puente de la memoria

Cuando el hoy profesor de historia Enrique Vázquez y entonces alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires pronunció este discurso en el homenaje a los alumnos asesinados, secuestrados y desaparecidos por la Triple A y por la dictadura militar, sentimos la alegría y la emoción de escuchar a alguien que intentaba contar en público una historia compartida, sin trampas, sin concesiones al actual “sentido común”, pero también sin mistificaciones ni nostalgias, con la urgencia de aportar herramientas para entender este inesperado presente. Por ese mismo y difícil desfiladero intentamos nosotros contar nuestras peripecias.

Jorge Omar egresó del Colegio Nacional de Buenos Aires en el 63, conoció en la militancia a la mayor parte de los compañeros que Enrique cita y alguno de ellos -es el caso de Olmedo- dio origen a un capítulo de este libro. Otros nombres, como el del *Roña* Eduardo Beckerman o el del *Barbeta* Slemenson, nos lo refrescaron sus palabras. Por eso, su relato de los acontecimientos de los años 70, especialmente desde el 71 en adelante, pero desde lo vivido y sufrido en el colegio, nos pareció otro haz de luz diferente sobre la misma realidad que quisimos enfocar; diferente y enriquecedor.

Los cuadros de hechos históricos o cronogramas suelen ser útiles pero aburridos y externos al relato principal. El discurso de Vázquez sirve también para pasar rápida revista a los hechos esenciales del país, a modo de cronograma, pero como parte de la misma y central reconstrucción colectiva de esta historia: tal como la vivió un estudiante adolescente en el centenario colegio, inmerso en el torbellino revolucionario previo y posterior al 73.

Porque la primavera del 73 fue sin duda el período culminante de los 60 y los 70. Construido y bendecido entonces por las mayorías, maldecido por los defensores del poder de las minorías. Enrique pro-

pone, con buen criterio, que el 73 -año en que él era un quinceañero- denomine a esa generación que ayudó a lograr tamaña conquista popular. Generación de la que también fuimos protagonistas, entre muchos otros, los que lo doblábamos en edad.

Discurso pronunciado por Enrique Carlos Vázquez el 22 de octubre de 1996 en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en ocasión del primer homenaje institucional que se realizó en ese establecimiento a los estudiantes asesinados, detenidos y desaparecidos. Un primer listado incompleto dio cuenta de 90 alumnos del colegio que sufrieron ese cruel e injusto destino.

Este discurso fue escrito por muchos. Es el resultado de charlas con amigos, de lecturas y de frases que tomé prestadas. Ojalá que alguna de ellas represente una porción de lo que cada uno de ustedes siente esta noche. Otras, seguramente, no serán compartidas. También quedarán muchos espacios vacíos, ausencias y omisiones. Tal vez se trata de eso, de que entre todos comencemos a llenar con otras voces el enorme agujero negro de nuestro pasado reciente y del presente.

Si me permiten el anacronismo, me gustaría dirigirme a ustedes con una invocación muy antigua y significativa: Compañeras y compañeros.

Hoy estamos reunidos acá como compañeros, como un conjunto de personas que tienen que resolver algo en común y que necesitan compartir sus experiencias. Nos convocan los compañeros que no están, los detenidos-desaparecidos, los asesinados, los muertos en distintas circunstancias; pero siendo todos parte de lo mismo. Como dijo un ex-alumno en una de las reuniones preparatorias de este acto: todos, los 90, querían una sociedad mejor, una vida mejor; y por eso murieron, los asesinaron, los desaparecieron.

Hacia mucho tiempo que sabíamos que este acto debía hacerse; que era imprescindible por ellos y, más que nada, por nosotros. La orgullosa y golpeada familia del Buenos Aires tenía la necesidad de juntarse para llorar, y sin embargo, esto no tiene nada que ver con

una evocación nostálgica. No vinimos a lamentarnos y a decirle a los más chicos: "¡Qué revolucionarios que éramos!. Vean, acá están nuestros mártires". Vinimos a recordar con alegría y a proclamar una de las pocas certezas que nos quedan: estamos obligados a reconstruir una historia de la que todos nosotros fuimos y estamos siendo protagonistas.

Reconstruir cualquier historia es una tarea difícil, y mucho más ésta. No sólo porque nos robaron los testimonios y hasta nos negaron los cuerpos. También porque durante estos años nos resultó complicado llamar a las cosas por su nombre. Como decía hace unos días otro compañero en "El Querandí": nos hicieron desaparecer las palabras. Durante mucho tiempo, pareció más conveniente -o más presentable, si se quiere- decir que los estudiantes desaparecidos luchaban por el boleto estudiantil y diluir sus anhelos revolucionarios en pequeñas demandas gremiales. Era como si reivindicar su militancia los hiciera menos inocentes, menos defendibles. La teoría de los dos demonios, según la cual extremistas de izquierda "malos" se tiroteaban con militares también "malos", ante la mirada atónita de una sociedad "buena" que permanece ajena al conflicto, es el sentido común que se impuso desde un tiempo a esta parte. Tenemos que comenzar a desarmar esta idea, aunque enfrentarse con el sentido común no resulte cómodo.

Nos costó -y nos cuesta todavía- emplear algunas palabras. Otras hasta perdieron su sentido original. Subversión, por ejemplo. De una palabra hermosa, que habla de dar vuelta las cosas, de transformar lo establecido, nos quedó una versión empobrecida, que califica -y descalifica- a un delincuente. Los propagandistas de la dictadura no fallaban nunca: siempre se referían a la "delincuencia subversiva". Sin embargo, nuestros compañeros eran, soñaban con ser, subversivos.

Cuando digo "nuestros", "nosotros", ¿de quiénes estamos hablando? No es el nosotros de hace 20 años. En esa época, "nosotros" significaba algo muy preciso y específico: sólo participaban del nosotros los que integraban una misma agrupación política. Se preguntaba: ese pibe ¿es nuestro? Esa era la contraseña para que se establecieran una confianza y una complicidad absolutas. Hoy el nosotros es más vago, menos potente, pero necesitamos que sea cada vez más amplio. En este

acto, el nosotros incluye a los más viejos -a las madres y a los padres, a los amigos de los que cayeron y también a los pibes que hoy están en el colegio: tres generaciones, muy distintas y lejanas en edades y en experiencias, pero que necesitamos que formen parte de un "nosotros".

Y todos nosotros debemos juntar los pedacitos que nos quedaron en la memoria para rearmar un relato colectivo. Como escribió alguien: "hace muchos años -demasiados- que venimos pensando sólo". Este acto tiene que ver con eso, con pensar de a muchos. Probablemente, nos va a costar ponernos de acuerdo. ¿Debemos decir en qué organizaciones militaban, militábamos? ¿Debemos reivindicar a todos los muertos y desaparecidos que pasaron por el colegio? ¿Es distinto aquél que murió en un enfrentamiento armado que el que fue capturado y secuestrado? Muchas de estas preguntas pueden dividirnos, pero es hora de empezar a hacerlas. Y todos los que estamos acá, con nuestras diferencias de ayer y de hoy tenemos algo en común: lo que perdimos, lo que nos falta, nuestros amigos o nuestros hijos, nuestras grandes ilusiones de ayer y nuestras más modestas del presente.

También nos une lo que quisimos ser y hacer. Los compañeros muertos y detenidos-desaparecidos del Buenos Aires pertenecían a distintas promociones: entre los egresados de 1965 -como Graciela- y Malena -que debió egresar en 1979- había 15 años de diferencia. ¿Cómo hablar de todos ellos, de todas ellas, diciendo algo que los represente? Cuando un grupo de personas se destacó en la política o en la literatura, se los agrupa como la generación del 80 -por ejemplo- o como la más romántica generación del 37. Creo que los compañeros a los que hoy recordamos y reivindicamos también pertenecieron a una generación: ¿Están de acuerdo en que la llamemos la generación del 73? Creo que en ese año, se cifraron y confluyeron experiencias de vida decisivas para todos. Para Graciela y sus amigos de la promoción 65, en 1973 el colegio ya había pasado hacía tiempo. Tenían unos 26 años; estaban maduros para vivir el regreso de Perón y las expectativas de una revolución social, ya tenían más de 18 años cuando el Cordobazo parecía una ola indetenible. Para ellos el 73 debió ser la plenitud. Como dijo un historiador: la primavera de los pueblos.

Para los más chicos, para los que entonces andaban por los 14 o 15 años, el 73 fue como un huracán, cargado más de sensaciones que

de razones. Pasó por la Plaza de Mayo, de ahí se fue a pie hasta la cárcel de Devoto para liberar a los presos políticos y también entró al colegio. Nos sentimos protagonistas de todo y nos animamos a todo: a decirle a la profesora de latín que su materia no servía para nada -sin mayores fundamentos-, a destruir las garitas de los preceptores que se habían instalado en las esquinas de los pasillos para vigilarnos mejor, a pintar el frente del colegio cuando vinieron los tiempos de la "reconstrucción nacional", a tomar el colegio durante más de un mes cuando la derecha copó la universidad y amenazaban con echar al rector Aragón, a quien creíamos nombrado por nosotros mismos.

Esta aulta magna, el recinto de los actos excepcionales, la de las ceremonias oficiales y la del órgano del maestro Zeoli, no quedó a salvo del huracán. Cuando Aragón asumió como rector en 1973, pronunció un discurso en el que se refirió a Belgrano y a Amadeo Jacques -no podía ser de otra manera- y luego mencionó a los ex-alumnos Abal Medina, Ramus, Olmedo, Sabelli, Provenzano. Estos nombres tienen todavía una resonancia muy particular. No desentonaban con los bombos, los redoblantes y las pancartas que le dieron marco al debut de Aragón como rector, esos nombres y esa escenografía aluden a una parte del pasado que la mayoría de la sociedad no está en condiciones de revisar frontalmente y sin hipocresías. Es hora de empezar a resolver también esta cuestión.

Seguramente, muchos de ustedes recuerdan los actos oficiales que se realizaban para recibir a los alumnos de primer año. En el de 1971, el entonces rector dijo que debíamos estar orgullosos de ingresar a una institución en la que se habían formado hombres como... Y ahí venía una lista interminable de próceres. Ustedes -nos asustó- serán la clase dirigente del mañana. Siempre en este colegio se machacó sobre esa idea. De algún modo, la generación del 73 -a la que hoy queremos darle forma-, se apropió de esa idea y le cambió el sentido. De clase dirigente del país liberal al intento de constituirse en vanguardia de una revolución contra ese país liberal.

En los 60, el colegio fue, a pesar de su proverbial elitismo, el reflejo de una Argentina en la que brotaban los deseos, confusos y turbulentos de jóvenes militantes nacionalistas, católicos, marxistas, peronistas. Era una sociedad que respiraba política. Los ecos del golpe de 1955, el debate entre la educación laica o libre, Cuba, Mao,

Mayo del 68, el Che y Camilo Torres, el Cordobazo, la muerte de Aramburu, el regreso de Perón, marcaron a todos con distintas intensidades.

Las agrupaciones políticas del colegio expresaron esas ansias. Llegaron a contar, entre 1973 y 1975, con cerca de 500 militantes. La Unión de Estudiantes Secundarios, el Frente de Lucha de los Secundarios -luego la Juventud Guevarista-, la Federación Juvenil Comunista, la Tendencia Estudiantil Socialista Revolucionaria, la Juventud Comunista Revolucionaria. Hasta un sector de los estudiantes radicales se llamó Juventud Radical Revolucionaria y se ilusionaba, como todos, con el socialismo. Los que no militaban participaban de las reuniones de división y del cuerpo de delegados; casi nadie se quedaba afuera de los problemas comunes. Así fuimos aprendiendo a ser, a nuestro modo, clase dirigente.

Cuando el terrorismo de Estado comenzó a organizarse sufrimos los golpes más cercanos. El 22 de agosto de 1974 la Triple A -un ensayo de los grupos de tareas de la dictadura- mató a un dirigente de la UES, Eduardo Bekerman. Al Roña -como lo conocían todos- lo velaron en el claustro central del colegio. Los días posteriores al velatorio pegábamos en las paredes del colegio unas obleitas que decían: Por el Roña, un minuto de silencio y 365 días de lucha.

¿Cómo puede armar en su cabeza un chico que hoy está en el colegio esta escena? Deben parecerle imágenes de un mundo irreal. Un pibe muerto en el claustro central. Una gran conmoción y al poco tiempo volvíamos a clase. Nos empezábamos a insensibilizar frente a la muerte. Pura autodefensa, seguramente. Hoy también nos cuesta a los más grandes armar escenario. Cuando en estos días miraba la lista de los 90 chicos, me detuve en la edad del Roña: 19 años. Nos parecía un tipo grande, un egresado. Hoy nos estremece confrontar esas edades con la edad de nuestros hijos, con la de los alumnos actuales, con la de pibes reales. Malena, 15 años; Ara y Martíncho, 16; Barbeta Slemenson -otro que nos parecía enorme-, 20; ¿y los 23 años de María Angélica Sabelli, fusilada en Trelew y con esa cara de nena en los afiches que se pegaban en las paredes de la ciudad cada 22 de agosto?

Después del Roña vinieron otras muertes, otras desapariciones. El 76 fue el año de la seguidilla de caídas. Algunos chicos estaban en

el colegio cuando los secuestraron, otros se habían cambiado de escuela o se habían tenido que ir de sus casas porque se sabían perseguidos por los servicios de inteligencia y por las mismas autoridades del colegio. Otros ya habían egresado y tenían su militancia política en las organizaciones armadas o en agrupaciones de la izquierda o del peronismo revolucionario.

Cuando en los 70 se hacía un acto político, casi invariablemente se iniciaba nombrando a los "caídos" en la lucha. Cada agrupación tenía sus propios mártires, sus eternos jóvenes perfectos e inmutables. Ellos eran a nuestros ojos los mejores, los que se habían animado, los que habían tenido el coraje y -pensábamos entonces- la suerte de haber podido dar la vida por la revolución. No imaginábamos que 20 años después estaríamos nombrándolos en otro acto, sin el fervor ni la confianza revolucionaria de ayer y pensando que los que tuvimos suerte fuimos los sobrevivientes.

Algunos sintieron culpa por sobrevivir; otros por exiliarse, hay quienes se arrepintieron de mucho de lo que hicieron o creyeron; pero todos llevamos esos años como una experiencia con la que convivimos y dialogamos día a día. Los recordamos en momentos íntimos, cuando somos felices por algo y pensamos que ellos no están para compartirlo. Momentos sencillos y sublimes como gritar un gol y recordar al compañero con el que íbamos a la cancha. Pero muy pocas veces hacemos este ejercicio: el de compartir el recuerdo y el de tratar de explicar.

Nunca imaginamos que 20 años después estaríamos en un acto como éste. Pensar entonces en cómo serían las cosas 20 años después era pensar en un futuro remoto, en el que nos intuíamos como protagonistas épicos de oleadas revolucionarias. Solíamos decir: che, nosotros, ¿vamos a ver el socialismo, no? y nos respondíamos que sí. Mucha idea de cómo sería eso y cuál sería nuestro lugar en ese planeta igualitario no teníamos. Pero que se venía, seguro que se venía. Era una ley histórica. El socialismo debía ser algo así como una perpetua movilización en la Plaza de Mayo, el día de fiesta después de entrar en La Habana o la toma del Palacio de Invierno ruso de la película de Einsestein que habíamos visto en el microcine. El socialismo era más bien el camino, la lucha, y no tanto la llegada. Y ahí estábamos, nosotros, para ayudar a la historia a que se apurara. Cuando decíamos Patria o Muerte, Perón

o Muerte, Revolución o Muerte, Libres o Muertos, queríamos decir "vida". Solamente estábamos apurados y nadie se imaginaba muriendo y estábamos seguros que en la disyuntiva iban a ganar la patria o Perón, o la revolución, o la libertad, pero nunca la muerte. Por lo menos, no la nuestra. Eramos una especie de Highlanders con aerosoles, clavos miguelitos, volantes, molotovs, revistas, canciones.

Desde el 83 hasta hoy muchos miran críticamente aquellos años y señalan: esos jóvenes eran violentos, bien intencionados pero sin convicciones democráticas. Como dice una canción de Silvio Rodríguez: Nos vienen a convidar a arrepentirnos... ¿Desde qué valores, desde qué ética se hace este reclamo? ¿Qué era entonces la democracia? Desde 1955, democracia parecía proscripción e ilegitimidad, era un sistema vacío de pueblo, era una experiencia casi desconocida. ¿Se supone que debíamos haber leído un manual europeo de teoría política y llegar a la conclusión de que ese era el camino correcto? Algunos grandes demócratas de hoy fueron los intelectuales de los golpes de aquellos años. No teníamos la menor idea de cómo era vivir en una democracia y nos acostumbramos a convivir con la violencia. ¿Tenemos que pedir disculpas por haber creído que la lucha política se resolvía a corto o largo plazo de manera violenta? La violencia era el estado natural de las cosas, no la impusimos ni la inventamos. La respiramos y muchos la tomaron. Simplemente, ahí estaba.

Sin embargo, en 1973 y 74, cuando tuvimos la oportunidad, cuando el rector Aragón creyó en nosotros y nos dejó hacer, nos sentimos dueños del colegio y tuvimos una extraña actitud tolerante y democrática para aquellos años. El Cuerpo de Delegados se reunía periódicamente, las divisiones discutían y votaban con la presencia de todos cada uno de los temas en cuestión. Hasta los más remisos a participar se bancaban las reuniones y a los delegados -imagino que los considerarían como unos tipos molestos, pero se quedaban y votaban. De todos modos, fue un ensayo frustrado: la Triple A y los vientos de la época nos llevaron para otro lado. La primavera de Aragón duró un poco más que la de Cádiz, pero no alcanzó.

En los 70 se optaba de manera definitiva: curas que optaban por los pobres o por los privilegios, votantes que optaban por la liberación o por la dependencia, jóvenes que optaban por la revolución armada o por la paz de los hippies. Opciones, certezas, verdades. Creía-

mos que existía LA verdad histórica y que una línea muy precisa separaba a los buenos de los malos. La experiencia de estos últimos años nos lleva a pensar que las verdades provisorias y parciales son mejores que la verdad absoluta. También que muchos buenos pueden ir borrando de a poquito la línea que los separa de los malos, y todos se van -nos vamos corriendo un poco- para que el cambio no se note demasiado. Cuando esta línea se hace imperceptible, conviene que recordemos a nuestros 90 compañeros. Si alguna suerte tuvieron, es que quedaron para siempre del lado de los buenos. No los pudieron tentar con indultos, con tranzas, con cargos en gobiernos corruptos ni convertirlos en flexibilizadores o en falsificadores de palabras.

Los del Buenos Aires siempre fuimos -y a veces nos pesó- privilegiados. Tanto nos pesaba que hacia 1975 algunos chicos se cambiaron de colegio para ir a militar a colegios más populares. Suponíamos que un normal de Barracas o un nocturno nos pondría más cerca del pueblo. Esfuerzo altruista y no muy efectivo: en seguida se nos escapaba alguna expresión latina o cualquier otro tic imperceptible con el que el mundo suele detectarnos. No creo que debamos vivir el privilegio como un estigma. Asumamos el lugar que nos fue dado, utilicemos algunas de las luces del Colegio de la Patria -no el del patriciado- y hablemos de lo que le pasó a la sociedad argentina. Estamos obligados porque hay otros que no pueden hablar. ¿Los que más perdieron, los que no tienen quién hable por ellos, cómo reconstruyen su experiencia? No pretendamos hablar por ellos, pero no renunciemos a hablar por nosotros.

Algo tiene este colegio: nos echaron y nos fuimos, nos mataron, nos desaparecieron; lo denostamos por elitista, pero queremos cada uno de sus mármoles, y necesitamos estar acá para regenerarnos. Colegio de libertad y de represión. Un edificio al que muchos ex-alumnos no se animaron a volver a pisar, algunos ni a pasar por la puerta. Muchos fantasmas en las escaleras de Bolívar. Pero acá estamos, los sobrevivientes. Cada uno a su manera es un sobreviviente de la dictadura. Los más viejos, los padres, los que se animaron a denunciar y a exigir justicia, y los que no se animaron; los amigos y compañeros de colegio, de militancia, de joda y de vida; y también son sobrevivientes los más chicos, los pibes del Buenos Aires que hoy vinieron a este acto y que, sospecho, quieren recuperar un pedazo de la historia que les

amputaron. Si entre todos los sobrevivientes logramos reconstruir la historia en común de estas últimas décadas, sin medias palabras, asumiendo todo el pasado, también ellos, los chicos, los que perdimos en el camino, se convertirán en sobrevivientes.

Hoy muchos jóvenes se molestan cuando se les habla de los maravillosos y revolucionarios años 60 y 70. Enarbolar la palabra utopía ya empieza a parecer un latiguillo gastado. Los pibes dicen: muy bien, ustedes a los 20 años eran bárbaros; miren lo que nos dejaron. Tal vez ese sea el punto, ¿qué les dejamos? Las canciones de Sui Generis, algunos héroes para hacer un poster.

Hoy venimos a dejarles algo más: una lista con 90 nombres. No pretendemos que se hagan cargo de 90 muertes. Se trata de una lista con 90 vidas, 90 pibes que aprendieron a ilusionarse con causas justas en este mismo edificio, transitando los mismos claustros de paredes verdes, memorizando las mismas eternas declinaciones en la biblioteca, enamorándose en las mismas escaleras o en una mesa del Querandí. Lo que pase a partir de hoy con estos 90 compañeros ya no es sólo cosa de los más viejos. Esto es lo que les dejamos.

Este encuentro se llama "Puente de la Memoria". Un puente entre épocas y entre personas. Un puente que debe ser fuerte para que lo podamos transitar todos, cargados de algunas certezas y de muchas preguntas y de contradicciones. Los más grandes no podemos ni debemos ser guías de nadie, apenas -y no es poca cosa- podemos ayudar a construir lazos que unan generaciones. Podemos ayudarlos a imaginar cómo eran los pibes que hace 20 o 25 años pensaban que la política era una buena palabra, antes de que otros la redujeran al movicom, a la encuesta y al asesor de imagen.

No queremos que a los pibes les pase como al protagonista de The Wall. No queremos agregar otro ladrillo en la pared. Y para eso tenemos que desterrar la expresión "mi época", como un rótulo que incluye a todos los que nacieron entre tal y tal año. La década de los 90 no es sólo de los que hoy se acercan a los 18 años. También es nuestra. ¿Cuando una Madre de Plaza de Mayo habla de "su época" no tiene derecho a considerarse dueña de los 80 y de los 90, aunque tuviera entonces más de 50, de 60 años? Los propietarios de las épocas son los que las protagonizan. Este fin de siglo no pinta muy bien, pero debe ser de todos nosotros, en lo que tenga de bueno y de malo. Tam-

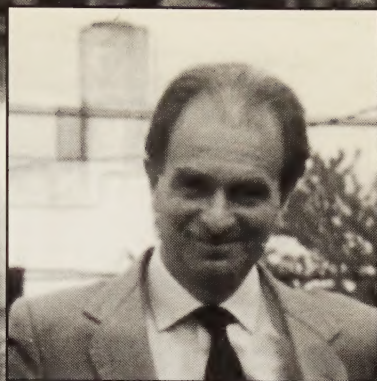
poco las revoluciones de los 70 son propiedad exclusiva de nadie. Aprópiense ustedes, los pibes, de ese pasado que les pertenece y recíclenlo como se les de la gana, lo mejor que puedan. Los más grandes vamos a estar ahí para ayudarlos ■

Indice

Introducción	Pág.11
1. Horacio Chaves	Pág.15
Suboficial del ejército y soldado de la Resistencia Peronista	
2. Arturo Lewinger	Pág.51
Un corazón muy grande	
3. El Exilio	Pág.63
4. Fuga de Rawson; Masacre en Trelew	Pág.69
5. Gustavo Rearte	Pág.83
Un jefe de la JP	
6. Carlos Olmedo	Pág.103
Los días del estio	
7. Julio Roqué	Pág.117
Un maestro de vida	
8. José Sabino Navarro	Pág.125
El negro que fue leyenda	
9. 17 de Noviembre de 1972	Pág.139
La insurrección frustrada	
10. Recuerdos	Pág.147
11. Resistencia y sindicalismo	Pág.159
El duro camino hacia la democracia	
12. La resurrección de un perseguido	Pág.203
13. El puente de la memoria	Pág.241

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0

Impreso y Encuadernado en
GRÁFICA GUADALUPE
Av. San Martín 3773 (1847) Rafael Calzada
en el mes de Agosto de 1998



Jorge Omar Lewinger. Nació el 7 de diciembre de 1944. Tiene cuatro hijos. Es periodista, trabajó en la agencia Télam, colaboró en los diarios Clarín, Página 12, la revista Somos y en radio. Escribió también en el Cronista Comercial, Primera Plana, Caras y Caretas y en el diario Sur. Fue responsable periodístico de El Descamisado, El Peronista y la Causa Peronista. Inició su militancia con Silvio Frondizi, viajó a Cuba para sumarse a las fuerzas del Che en Bolivia. En los años 70 militó en la Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y luego en Montoneros. Participó de la fuga de guerrilleros del penal de Rawson. Fue detenido. Fue liberado el 25 de mayo del 73. En el 75 fue muerto su hermano y dos años después su cuñada. A mediados del 77 fue secuestrada y desaparecida su mujer Alcira Campiglia. Poco después se exilió en México, donde fue director periodístico de Vencer, órgano del Movimiento Peronista Montonero. Volvió al país durante la guerra de las Malvinas. Con la democracia reinició su trabajo profesional. En el 84 fue procesado y detenido. Excarcelado, pero aún bajo proceso, conoció un segundo exilio, esta vez en Montevideo. Hoy vive y trabaja en la Capital Federal.

Los del 73 es, claro, la sistematización de una visión determinada - más bien de dos convergentes- de una experiencia política y vital concreta, paradigmática para una generación: la de la militancia, con el método de la lucha armada, en la organización Montoneros. Es una visión crítica. Pero hay que apurarse a aclarar que no tiene nada que ver con la *autocrítica* artificial, planteada desde afuera y desde *atrás* del marco político concreto en el que la experiencia se hizo, tal al uso en estos años. Pero, gracias a las historias personales de Gonzalo Chaves y Jorge Omar Lewinger, y a esa militancia superviviente que implica no traicionarlas, el texto es, además, un aporte clave sobre las fuentes, la formación, los bagajes conceptuales, los auténticos héroes-modelo, que confluyeron desde el primer activismo de la Resistencia Peronista y desde la izquierda marxista no burocrática, para construir los mejores aportes del conjunto de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo.

Carlos Eichelbaum (Periodista)

Este libro cuenta historias de cuando la política era una cosa linda, romántica, aventurera, sin otros *premios* que el orgullo de luchar por un ideal de país mejor. Y por el retorno del *Viejo*, que era Perón, y estaba lejos, pero nos encendía el alma de pasión y ganas de *cambiar la historia*.

Vos, que pensás que *todos los políticos son iguales* y no te interesa la política, pero que te gusta Los Piojos, te enganchás con Soledad y los Stones, hacé la prueba de leer este libro, no muerde y te va a contar por qué unos tipos que también fueron jóvenes como vos, se jugaron la vida por la revolución. Como el Che, pero gente de acá a la vuelta, del barrio, que siguen enteros a pesar de las derrotas, porque son de *los que desensillaron pero no vendieron el caballo*. Así, por ahí, a vos también te entran ganas de meterte a luchar por un país más justo y solidario.

Envar El Kadri (Militante de la Resistencia)

Un libro que recupera la memoria histórica. Necesario para explicar la realidad argentina de hoy, para comprender la continuidad de lucha del pueblo, para seguir el ejemplo de quienes fueron consecuentes con sus principios. La descripción de conductas que resultan opuestas a la política actual, donde todo se mide por resultados electorales, por cargos, por espacios de poder sin principios.

Ramón Torres Molina (Diputado Nacional)

